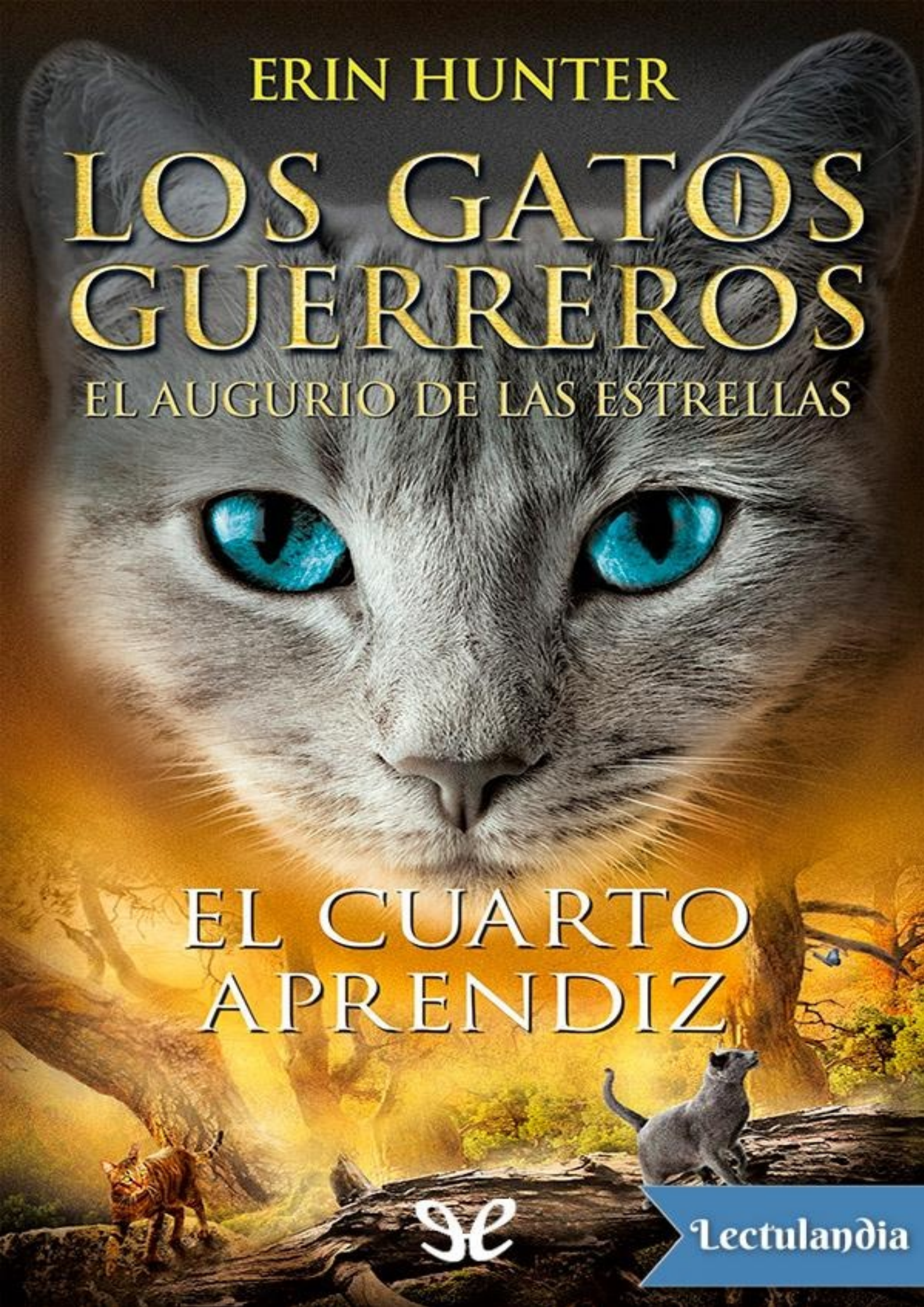
ERIN HUNTER

LOS GATOS GUERREROS

EL AUGURIO DE LAS ESTRELLAS



EL CUARTO APRENDIZ

Lectulandia

«Después del león rugiente y del arrendajo de vista aguda, llegará la paz…».

Cuatro clanes guerreros han habitado como iguales la tierra de alrededor del lago durante muchas lunas, hasta que una profecía predice que tres gatos del Clan del Trueno sostendrán el poder de las estrellas en sus patas. Glayo y Leonado saben que ellos son dos de los elegidos. Estos dos hermanos deberán esperar una señal del Clan Estelar para descubrir la identidad del tercero. Mientras tanto, Pequeña Tórtola y Pequeña Espinela, parientes del gran líder Estrella de Fuego, están listas para convertirse en aprendices del Clan del Trueno. Tras un sueño inquietante, una de las hermanas poco a poco empezará a darse cuenta de que sus habilidades sobrenaturales son más potentes que las de cualquier otro gato.

Erin Hunter

El cuarto aprendiz

Los gatos guerreros: El augurio de las estrellas - 1

ePub r1.0
Titivillus 06.07.2022

Título original: *The Fourth Apprentice*
Erin Hunter, 2021
Traducción: Begoña Hernández Sala

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Un agradecimiento especial
para Cherith Baldry

«¿Qué está pasando?».

Glayo no captó el rastro de Bayo, pero vio que había otros tres gatos sentados junto al muro de la maternidad. El joven curandero sintió que se le erizaba hasta el último pelo cuando distinguió, espantado, las musculosas siluetas de Estrella de Tigre y Alcotán, uno con los relucientes ojos ámbar y el otro con los ojos azul hielo. El tercer gato era un macho marrón grande con la cola torcida. Era la primera vez que Glayo lo veía, pero reconoció su olor, era el desconocido que lo había atacado en la Laguna Lunar durante su pelea con Ventolero.

—Ya se acerca —susurró Glayo—. Una batalla entre el Clan Estelar y el Bosque Oscuro, en la que todos los guerreros serán llamados a luchar.

Filiaciones

CLAN DEL TRUENO

Líder

ESTRELLA DE FUEGO: gato de un intenso color rojizo.

Lugarteniente

ZARZOSO: gato atigrado marrón oscuro de ojos ámbar.

Curandero

GLAYO: gato atigrado de color gris.

Guerreros

(*gatos y gatas sin crías*)

LÁTIGO GRIS: gato gris de pelo largo.

MANTO POLVOROSO: gato atigrado marrón oscuro.

TORMENTA DE ARENA: gata de color melado claro y ojos verdes.

FRONDE DORADO: gato atigrado marrón dorado.

ACEDERA: gata parda y blanca de ojos ámbar.

NIMBO BLANCO: gato blanco de pelo largo y ojos azules.

CENTELLA: gata blanca con manchas canela.

ESPIRNARDO: gato atigrado marrón dorado.

Aprendiza: GABARDETA

ESQUIRUELA: gata de color rojizo oscuro y ojos verdes.

HOJARASCA ACUÁTICA: gata atigrada de color marrón claro y de ojos ámbar (antigua curandera).

ZANCUDO: gato negro de largas patas, con la barriga marrón y los ojos ámbar.

BETULÓN: gato atigrado marrón claro.

BAYO: gato de color tostado.

PINTA: pequeña gata gris y blanca.

Aprendiza: FLORINA.

RATONERO: gato gris y blanco.

Aprendiz: abejorro.

CARBONERA: gata atigrada de color gris.

LEONADO: gato atigrado dorado de ojos ámbar.

RAPOSO: gato atigrado rojizo.

NUBE ALBINA: gata blanca.

ROSELLA: gata parda.

TORDO: gato blanco y negro.

ROSADA: gata de color tostado oscuro.

MILI: gata atigrada de color gris.

Aprendices

(*de más de seis lunas de edad, se entrenan para convertirse en guerreros*)

GABARDETA: gata de color marrón oscuro.

FLORINA: gata parda y blanca.

ABEJORRO: gato de color gris muy claro con rayas negras.

Reinas

(*gatas embarazadas o al cuidado de crías pequeñas*)

FRONDA: gata gris claro con motas más oscuras, de ojos verde claro.

DALIA: gata de pelo largo y color tostado, procedente del cercado de los caballos.

CANDEAL: gata blanca de ojos verdes, madre de dos cachorritas, hijas de Betulón: Pequeña Tórtola (de color gris) y Pequeña Espinela (atigrada gris y blanca).

Veteranos

(*antiguos guerreros y reinas, ya retirados*)

RABO LARGO: gato atigrado, de color claro con rayas muy oscuras, retirado anticipadamente por problemas de vista.

MUSARAÑA: pequeña gata marrón oscuro.

PUMA: gato viejo, rechoncho y de hocico gris.

En otro tiempo, un solitario.

CLAN DE LA SOMBRA

Líder

ESTRELLA NEGRA: gran gato blanco con enormes patas negras como el azabache.

Lugarteniente

BERMEJA: gata de color rojizo oscuro.

Curandero

CIRRO: gato atigrado muy pequeño.

Aprendiz: ROSERO (gato rojizo).

Guerreros

ROBLEDO: pequeño gato marrón.

Aprendiz: ZARPA DE HURÓN (gato atigrado marrón oscuro).

SERBAL: gato rojizo.

CHAMUSCADO: gato negro.

SAPERO: gato marrón oscuro.

POMA: gata de color marrón moteado.

GRAJO: gato negro y blanco.

LOMO RAJADO: gato marrón con una larga cicatriz en el lomo.

Aprendiza: PINOSA (gata negra).

AGUZANIEVES: gata de un blanco inmaculado.

TRIGUEÑA: gata parda de ojos verdes.

Aprendiz: CHIRLERO (gato rojizo).

OLIVA: gata parda.

RAPAZ: gato atigrado de color marrón claro.

TOPERA: gata gris de zarpas negras.

CARBÓN: gato gris oscuro.

MANTO RUANO: gato moteado de color marrón y rojizo.

CORAZÓN DE TIGRE: gato atigrado marrón oscuro.

CANELA: gata de color marrón claro.

Reinas

PELOSA: gata atigrada de pelo largo que apunta en todas direcciones.

YEDRA: gata blanca, negra y parda.

Veteranos

CEDRO: gato gris oscuro.

AMAPOLA: gata atigrada marrón claro de patas muy largas.

CRÓTALO: gato marrón oscuro de cola rayada.

ESPUMOSA: gata blanca de pelo largo, ciega de un ojo.

CLAN DEL VIENTO

Líder

ESTRELLA DE BITOTES: gato atigrado de color marrón.

Lugarteniente

PERLADA: gata gris.

Curandero

AZOR: gato gris moteado.

Guerreros

CORVINO PLUMOSO: gato gris oscuro.

CÁRABO: gato atigrado de color marrón claro.

Aprendiz: PARDINO (gato de color marrón claro).

COLA BLANCA: pequeña gata blanca.

NUBE NEGRA: gata negra.

GENISTA: gata de color blanco y gris muy claro, de ojos azules.

TURÓN: gato rojizo de patas blancas.

LEBRÓN: gato marrón y blanco.

HOJOSO: gato atigrado oscuro de ojos ámbar.

HORMIGUERO: gato marrón con una oreja negra.

RESCOLDO: gato gris con dos patas oscuras.

COLA BRECINA: gata atigrada de color marrón claro y ojos azules.

Aprendiza: ZARPA DE RETAMA (gata blanca y gris).

VENTOLERO: gato negro de ojos ámbar.

Aprendiz: PLOMIZO (gato grande de color gris claro).

CAÑAMERA: gata atigrada de color marrón claro.

FOSCA: gata de color gris oscuro.

CARA SOLEADA: gata parda con una gran mancha blanca en la frente.

Veteranos

MANTO TRENZADO: gato atigrado gris oscuro.

OREJA PARTIDA: gato atigrado.

CLAN DEL RÍO

Líder

ESTRELLA LEOPARDINA: gata atigrada con insólitas manchas doradas.

Lugarteniente

VAHARINA: gata gris oscuro de ojos azules.

Curandera

ALA DE MARIPOSA: gata atigrada dorada de ojos ámbar.

Aprendiza: BLIMA (gata atigrada de color gris).

Guerreros

JUNCAL: gato negro.

Aprendiz: LOBEZNO (gato atigrado de color marrón oscuro).

TORRENTERO: gato atigrado de color gris oscuro.

BOIRA: gata atigrada gris claro.

Aprendiza: NEBLINA (gata atigrada gris claro).

AJENJO: gato atigrado de color gris claro.

NÍVEA: gata blanca de ojos azules.

PALOMERA: gata de color gris oscuro.

Aprendiza: ZARPA PICAZA (gata blanca y marrón).

GUIJO: gato gris moteado.

Aprendiz: CARRICERO (gato atigrado marrón claro).

MALVOSO: gato atigrado marrón claro.

PARDAL: gato pardo y blanco.

BICHERO: gato atigrado marrón y blanco.

PÉTALO: gata blanca y gris.

MATOJO: gato de color marrón claro.

NUTRIA: gata marrón oscuro.

Aprendiz: SOPLO (gato blanco y gris).

CHUBASCO: gato moteado de color gris azulado.

Reinas

VESPERTINA: gata atigrada marrón.

MUSGOSA: gata parda de ojos azules.

Veteranos

PRIETO: gato negro grisáceo.

MUSGAÑO: pequeño gato atigrado de color marrón.

FLOR ALBINA: gata gris muy claro.

ROANA: gata gris moteada.

SALTÓN: gato blanco y canela.

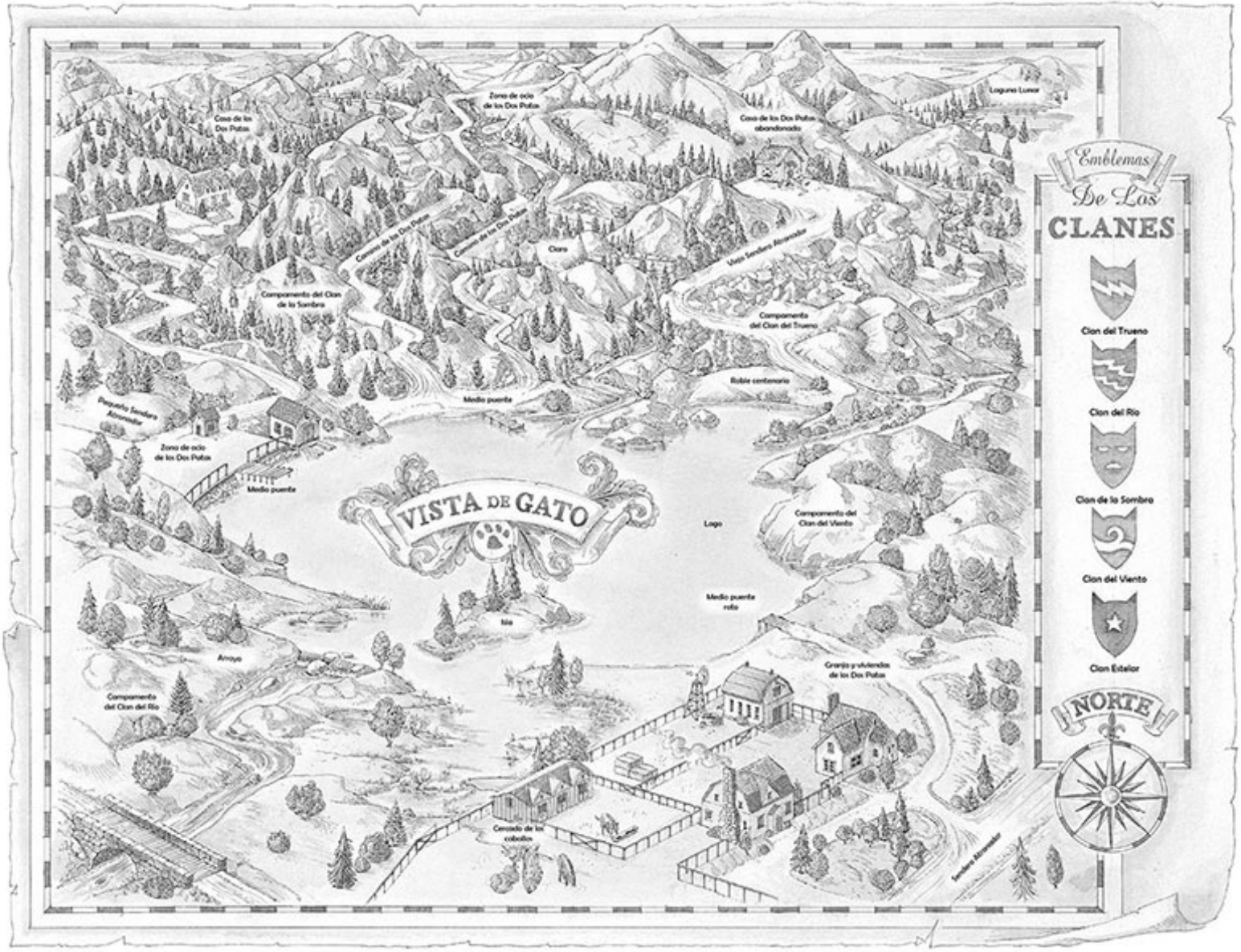
GATOS DESVINCULADOS DE LOS CLANES

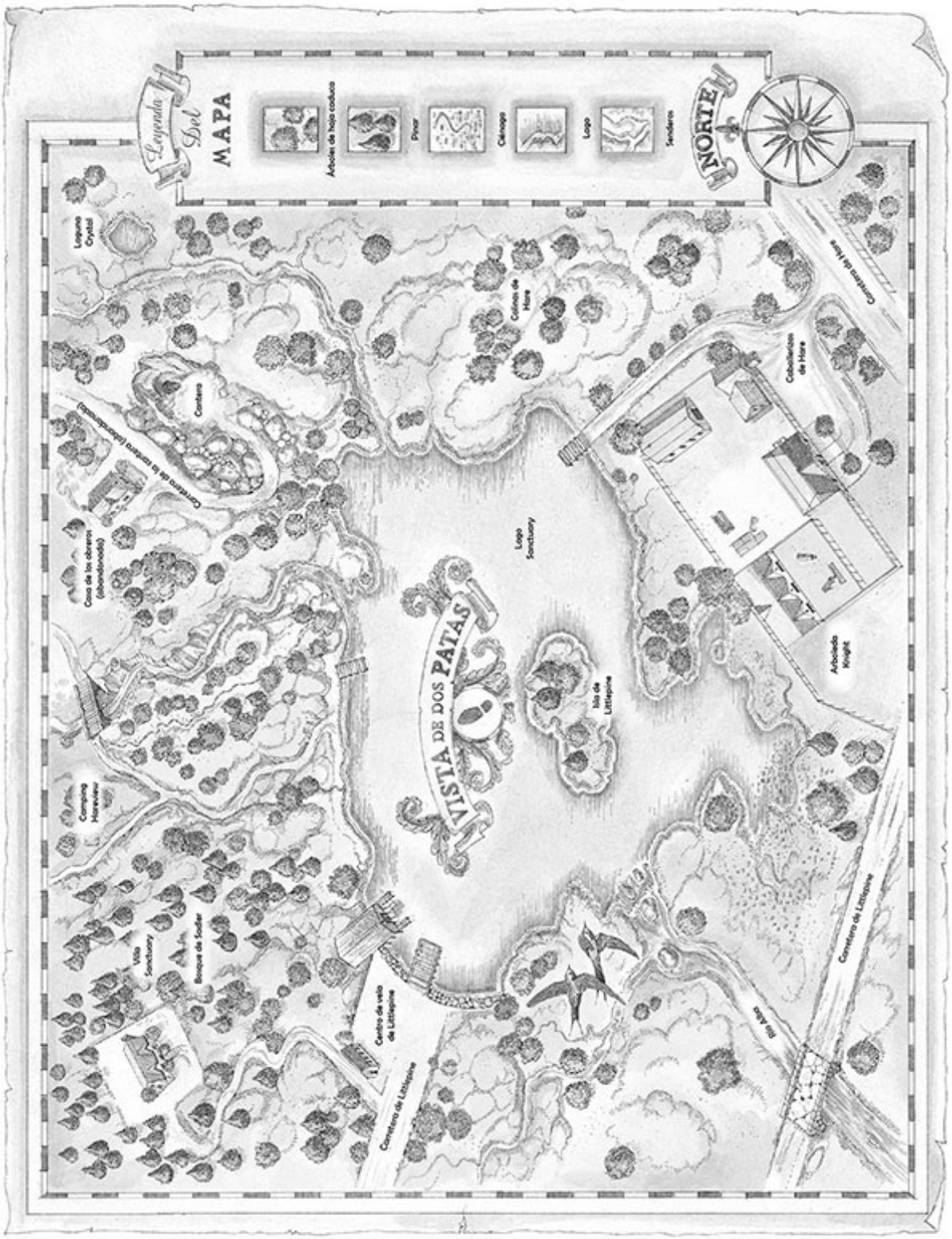
HUMAZO: musculoso gato de color blanco y gris que vive en un granero junto al cercado de los caballos.

PELUSA: pequeña gata blanca y gris que vive en el cercado de los caballos.

OTROS ANIMALES

MEDIANOCHE: tejona observadora de las estrellas que vive junto al mar.


VISTA DE GATO
Emblemas De Los CLANES
Clan del Trueno
Clan del Río
Clan de la Sombra
Clan del Viento
Clan Estelar
NORTE
Casa de los Dos Patos
Zona de ocio de los Dos Patos
Casa de los Dos Patos abandonada
Laguna Lunar
Camino de los Dos Patos
Claro
Vieja Sendero Ancestral
Campamento del Clan de la Sombra
Campamento del Clan del Trueno
Roble centenario
Medio puente
Pequeño Sendero Ancestral
Zona de ocio de los Dos Patos
Medio puente
Lago
Campamento del Clan del Viento
Medio puente roto
Isla
Arroyo
Granja y viviendas de los Dos Patos
Campamento del Clan del Río
Cercado de los caballos
Sendero Ancestral


Leyenda Del MAPA
Árboles de hoja caduca
Pinar
Ciénaga
Lago
Senderos
NORTE
VISTA DE DOS PATAS
Laguna Crystal
Cantera
Cantera de la cantera (abandonada)
Casa de los obreros (abandonada)
Camping Hareview
Villa Sanctuary
Bosque de Sadler
Centro de vela de Littlepine
Carretera de Littlepine
Lago Sanctuary
Isla de Littlepine
Colinas de Hare
Caballerizas de Hare
Arboleda Knight
Carretera de Hare
Carretera de Littlepine
Río Alto

Prólogo

El agua caía por el borde de una roca que formaba una curva suave, y luego descendía rugiendo por una sima. Muy abajo, espumeaba estruendosamente en una poza. Los rayos del sol poniente creaban una miríada de arcoíris que danzaban atrapados en el agua en suspensión.

Había tres gatos sentados al borde del río, a poca distancia de la cascada. Miraban a una gata que se acercaba a ellos con delicadeza por el tupido musgo que cubría la ribera. Una luz estelar centelleaba en sus zarpas y se reflejaba en su pelaje gris azulado.

La recién llegada se detuvo y con su gélida mirada azul recorrió a los gatos que la aguardaban.

—En el nombre de todos los clanes, ¿por qué habéis elegido este lugar para reunirnos? —les soltó, irritada, sacudiendo una de las patas delanteras—. Está demasiado mojado, y apenas puedo oír mis propios pensamientos.

Otra gata, de pelo gris y enmarañado, se levantó y se volvió hacia ella.

—Deja ya de quejarte, Estrella Azul. Elegí este lugar precisamente porque es húmedo y ruidoso. Tengo que contaros ciertas cosas que no quiero que nadie más escuche.

Un atigrado dorado le hizo una señal con la cola.

—Ven a sentarte a mi lado, Estrella Azul. Justo aquí hay un espacio seco.

La gata fue a sentarse a su lado mientras soltaba un resoplido desdeñoso.

—Si esto está seco, Corazón de León, entonces yo soy un ratón. —Y volviéndose hacia la gata gris, añadió—: Bueno, Fauces Amarillas, ¿qué ocurre?

—La profecía no se ha cumplido. Los tres están juntos por fin, pero dos de los gatos podrían no reconocer al tercero.

—¿Estás segura de que esta vez tenemos a los verdaderos tres? —preguntó Estrella Azul con cierta aspereza.

—Ya sabes que sí —dijo una preciosa gata de color carey, que inclinó levemente la cabeza ante la que había sido la líder de su clan—. ¿Acaso no tuvimos todos el mismo sueño la noche que nació la tercera?

Estrella Azul agitó la punta de la cola.

—Tal vez tengas razón, Jaspeada, pero es que han salido mal tantas cosas que ya resulta difícil confiar en nada.

—Por supuesto que Jaspeada tiene razón —dijo Fauces Amarillas, sacudiendo las orejas—. Pero si Glayo y Leonado no reconocen a la tercera, podría haber más problemas. Quiero enviarles una señal.

—¡¿Qué?! —exclamó Estrella Azul, que se puso en pie y movió la cola de forma imperiosa, como si aún tuviese autoridad sobre la vieja curandera—. ¿Acaso has olvidado que la profecía ni siquiera es nuestra? Podría ser peligroso entrometernos. Yo creo que deberíamos dejar que todo siga su curso.

Jaspeada parpadeó, confundida.

—¿Peligroso?

—Bueno, supongo que ninguno de vosotros creerá que es buena idea que en los clanes haya gatos más poderosos que las estrellas, ¿no? —preguntó Estrella Azul, mirando a los demás, desafiante—. Más poderosos que nosotros, sus antepasados guerreros.

Movió la cola en un gesto que abarcaba a los demás compañeros de su clan, que se hallaban en aquel hermoso bosque rebosante de presas.

—¿Qué pasará con el Clan del Trueno si…? —intentó proseguir.

—Ten fe, Estrella Azul —la interrumpió Corazón de León con delicadeza —. Son gatos buenos y leales.

—¡Eso mismo pensábamos de Carrasca! —replicó la gata.

—No volveremos a equivocarnos, Estrella Azul —maulló Fauces Amarillas—. Tenemos que confiar en la profecía, venga de donde venga. Y también tenemos que confiar en nuestros compañeros de clan.

Jaspeada abrió la boca para hablar, pero se volvió de golpe al oír que algo se movía entre la vegetación, a unos zorros de distancia arroyo arriba. Unos segundos después apareció una gata de color plateado, que corrió hacia ellos envuelta en luz estelar.

—¡Plumosa! —exclamó Estrella Azul—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Nos espiabas?

—Ahora todos somos compañeros del mismo clan —le recordó la antigua guerrera del Clan del Río—. Imaginaba por qué os habíais reunido, y…

—Esto es asunto del Clan del Trueno, Plumosa —la cortó Fauces Amarillas, mostrando levemente sus colmillos afilados.

—¡No, de eso nada! Glayo y Leonado también son miembros del Clan del Viento, aunque solo sea en parte, teniendo en cuenta que son hijos de Corvino Plumoso. —Sus ojos se llenaron de congoja—. Me importa mucho lo que les pase… Tengo que cuidar de ellos. Y lamento tanto como vosotros lo que le ha sucedido a Carrasca.

Jaspeada la acarició con la cola.

—Plumosa tiene razón. Dejemos que se quede.

Fauces Amarillas se encogió de hombros.

—Glayo y Leonado no son tus hijos, Plumosa —le advirtió con una dulzura inesperada—. Podemos aconsejarles y guiarlos, pero al final ellos elegirán su propio camino.

—Eso es lo que hacen todos los hijos, Fauces Amarillas —dijo Estrella Azul.

Durante unos segundos, la expresión de Fauces Amarillas se ensombreció, y sus ojos ámbar se quedaron clavados en la distancia, como si estuviera viendo toda una vida de recuerdos dolorosos dibujados en el cielo. El sol empezaba a deslizarse tras el horizonte, y las nubes escarlata iban tomando un color añil. En la poza de debajo de la cascada la espuma alborotada lanzaba unos destellos pálidos a las zonas de sombra.

—Bueno, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó Corazón de León—. Fauces Amarillas, tú has propuesto enviarles una señal.

—Yo sigo pensando que no deberíamos involucrarnos —insistió Estrella Azul, antes de que la vieja curandera pudiese responder—. La tercera ya es fuerte e inteligente, aunque aún no sabemos cuál será su poder especial. Si de verdad es ella la que esperamos, ¿no lo averiguará todo por sí misma?

—¡No podemos quedarnos sentados sin hacer nada! —protestó Plumosa, hundiendo las garras en la tierra mojada—. Esos jóvenes gatos necesitan nuestra ayuda.

—Yo también lo creo —coincidió Corazón de León, moviendo la cola hacia la gata plateada—. Si hubiéramos intervenido más… —continuó, lanzándole una mirada a Estrella Azul—, a lo mejor no habríamos perdido a Carrasca.

A Estrella Azul se le erizó el pelo del cuello.

—Carrasca tomó sus propias decisiones. Esos gatos tienen que vivir su vida. Nadie puede hacerlo por ellos.

—No, pero podemos guiarlos —maulló Jaspeada—. Yo estoy de acuerdo con Fauces Amarillas. Creo que deberíamos enviarles una señal.

—Veo que estáis decididos —suspiró Estrella Azul, dejando que se le alisara el pelo del cuello—. Muy bien, haced lo que os parezca.

—Les enviaré un augurio… —dijo Fauces Amarillas, inclinando la cabeza.

Durante unos segundos, todos los demás pudieron ver que, más allá de su pelo apelmazado y sus modales bruscos, se agazapaba la profunda sabiduría de la curandera que había sido en el pasado.

—Un augurio procedente de las estrellas.

—¿Y a quién se lo enviarás? —le preguntó Estrella Azul—. ¿A Leonado o a Glayo?

La vieja gata se volvió hacia su antigua líder de clan; sus ojos ámbar centellearon a la luz del final del día.

—A ninguno de los dos —respondió—. Se lo mandaré a la tercera.

1

La luna llena flotaba en un cielo sin nubes, proyectando unas sombras negras y densas por toda la isla. Las hojas del Gran Roble susurraban bajo una brisa tórrida. Sentado entre Acedera y Látigo Gris, Leonado sentía que no lograba coger aire suficiente.

—Creía que por la noche se estaría más fresco —refunfuñó.

—Lo sé —suspiró Látigo Gris, incómodo, cambiando de postura sobre el suelo seco y polvoriento—. En esta estación hace más y más calor cada vez. Ni siquiera soy capaz de recordar cuándo fue el último día que llovió.

Leonado estiró el cuello para mirar a su hermano por encima de las cabezas de los demás. Glayo estaba sentado con los curanderos. Estrella de Bigotes acababa de anunciar la muerte de Cascarón, y Azor, el nuevo curandero del Clan del Viento, parecía bastante nervioso: era la primera vez que representaba a su clan.

—Glayo dice que el Clan Estelar no le ha mandado ninguna señal sobre la sequía —le susurró Leonado a Látigo Gris—. Me pregunto si alguno de los otros curanderos…

Se interrumpió cuando Estrella de Fuego, el líder del Clan del Trueno, se levantó en la rama en la que se había sentado a esperar su turno. La líder del Clan del Río, Estrella Leopardina, lo miró desde la rama de más abajo, donde se había acomodado. Estrella de Bigotes, el líder del Clan del Viento, se hallaba en una horcadura, unas colas más arriba, mientras que el líder del Clan de la Sombra, Estrella Negra, se distinguía tan solo por el brillo de sus ojos entre las hojas, por encima de Estrella de Bigotes.

—Como todos los demás clanes, el Clan del Trueno está preocupado por el calor —empezó Estrella de Fuego—. Pero de momento nos las arreglamos. Dos de nuestros aprendices se han convertido en guerreros y han recibido sus nuevos nombres: Tordo y Rosada.

Leonado se incorporó de un salto.

—¡Tordo! ¡Rosada! —aulló.

El resto de los miembros del Clan del Trueno se le unieron, junto con varios gatos del Clan del Viento y el Clan de la Sombra, pero Leonado se dio cuenta de que los guerreros del Clan del Río guardaban silencio y los miraban con hostilidad.

«¿Qué mosca les ha picado?», se preguntó. Era de ser muy mezquino que un clan entero se negara a vitorear a un nuevo guerrero en una Asamblea. Agitó las orejas. No lo olvidaría la próxima vez que Estrella Leopardina anunciara nombramientos en el Clan del Río.

Los dos nuevos guerreros del Clan del Trueno bajaron la cabeza, avergonzados, aunque los ojos les brillaban de emoción por el recibimiento de los clanes. Nimbo Blanco, que había sido el mentor de Tordo, no cabía en sí de satisfacción, mientras que Esquiruela, la mentora de Rosada, contempló a los jóvenes con los ojos relucientes.

—Todavía me sorprende que Estrella de Fuego escogiera a Esquiruela como mentora —masculló Leonado para sí mismo—. Después de tanto tiempo mintiendo, asegurando que éramos sus hijos…

—Estrella de Fuego sabe lo que hace —le respondió Látigo Gris, que había oído su crítica—. Confía en Esquiruela, y quiere demostrarles a todos que es una buena guerrera y un miembro valioso del Clan del Trueno.

—Sí, supongo que tienes razón…

Leonado parpadeó, abatido. Había querido y respetado mucho a Esquiruela cuando creía que era su madre, pero ahora sentía un vacío que lo helaba cuando la miraba. Lo había traicionado, tanto a él como a sus hermanos. Y era una traición demasiado profunda como para que pudiera perdonarla, ¿o no?

—Si ya has terminado… —maulló Estrella Leopardina por encima de los últimos vítores, poniéndose en pie y mirando ceñuda a Estrella de Fuego—. El Clan del Río tiene que informar de algo.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza con educación ante la líder del Clan del Río y dio un paso atrás para volver a sentarse con la cola enroscada alrededor de las patas.

—Adelante.

Estrella Leopardina fue la última en hablar en la Asamblea. Leonado había visto cómo sacudía la cola nerviosamente mientras sus colegas informaban sobre sus clanes. En ese momento, la gata recorrió a los

congregados en el claro con una mirada penetrante y erizando el pelo del cuello con rabia.

—¡Ladrones de presas! —bufó.

—¡¿Qué?! —Leonado dio un salto.

Su grito de sorpresa se perdió en el clamor de las protestas de otros gatos del Clan del Trueno, el Clan del Viento y el Clan de la Sombra.

Estrella Leopardina los miró desde lo alto enseñando los colmillos, sin hacer el menor intento de calmar los ánimos. Leonado levantó instintivamente la vista hacia el cielo, pero no había nubes que cubrieran la luna. El Clan Estelar no estaba mostrando el menor disgusto por aquella acusación tan indignante. «¡Como si los otros clanes les quisiéramos robar sus peces viscosos y malolientes!», pensó el joven guerrero.

De pronto reparó en lo flaca que estaba la líder del Clan del Río; los huesos se le marcaban afilados debajo del pelaje moteado. Los demás guerreros de su clan estaban igual, más enflaquecidos aún que los gatos del Clan del Trueno y el Clan de la Sombra… Y más todavía que los miembros del Clan del Viento, que parecían escuálidos incluso cuando estaban bien alimentados.

—Están pasando hambre… —murmuró.

—Todos estamos pasando hambre —contestó Látigo Gris.

Leonado suspiró, resignado. Lo que decía el guerrero gris era cierto. En el Clan del Trueno se habían visto obligados a cazar y entrenar al amanecer y al atardecer para evitar el calor abrasador de las horas centrales del día. Los momentos más calurosos los pasaban durmiendo bajo la preciada sombra que se formaba al pie de los muros de la hondonada rocosa. Por una vez, los clanes estaban en paz, aunque el joven guerrero sospechaba que eso se debía solo a que todos se encontraban demasiado débiles para luchar, y a que ninguno tenía presas por las que valiera la pena combatir.

Estrella de Fuego se puso en pie de nuevo, alzando la cola para pedir silencio. Los aullidos fueron apagándose poco a poco, y los gatos volvieron a sentarse, lanzando miradas furiosas a la líder del Clan del Río.

—Estoy seguro de que tienes buenas razones para acusarnos a todos de esa forma —maulló Estrella de Fuego cuando se hizo de nuevo el silencio—. ¿Podrías explicarte?

Estrella Leopardina sacudió la cola.

—Habéis estado robando peces del lago. Todos vosotros —gruñó—. Y esos peces pertenecen al Clan del Río.

—De eso nada —contestó Estrella Negra, asomando la cabeza entre las hojas—. El lago bordea los territorios de los cuatro clanes. Tenemos el mismo derecho que vosotros a cazar los peces que hay en él.

—Especialmente ahora —añadió Estrella de Bigotes—. Todos estamos sufriendo a causa de la sequía. Las presas escasean en los cuatro territorios. Si no comemos peces, moriremos de hambre.

Leonado se quedó mirando atónito a los dos líderes. ¿De verdad el Clan del Viento y el Clan de la Sombra estaban pasando tanta hambre que tenían que añadir peces a sus montones de la carne fresca? Las cosas les debían de ir realmente mal para llegar a ese extremo.

—Pero ¡nos estáis perjudicando! —insistió Estrella Leopardina—. El Clan del Río no come otra clase de presas, así que los peces deberían ser para nosotros.

—¡Eso es ridículo! —saltó Esquiruela, sacudiendo la cola—. ¿Estás diciendo que el Clan del Río no puede comer ninguna otra presa? ¿Acaso tus guerreros son tan incompetentes que no pueden cazar siquiera un ratón?

—Esquiruela… —Zarzoso, el lugarteniente del Clan del Trueno, la cortó con tono autoritario desde donde estaba, entre las raíces del roble junto a los demás lugartenientes—, aquí no puedes hablar. —Se incorporó, se volvió hacia Estrella Leopardina y añadió—: Aun así, mi compañera de clan tiene razón.

Leonado se estremeció al oír el tono de Zarzoso, y no pudo evitar sentir una oleada de compasión por Esquiruela, que se sentó de nuevo, cabizbaja, como una cachorrita a la que su mentor hubiera reñido en público. Habían pasado ya seis lunas, dos estaciones enteras, pero Zarzoso aún no había podido perdonar a la que fue su pareja por haberse hecho pasar por la madre de los hijos de su hermana, Hojarasca Acuática, y por haberle hecho creer a él que era el padre. Leonado aún se sentía aturdido cuando recordaba que Esquiruela y Zarzoso no eran sus verdaderos padres. Él y su hermano, Glayo, eran hijos de la antigua curandera del Clan del Trueno, Hojarasca Acuática, y de Corvino Plumoso, un guerrero del Clan del Viento. Desde que la verdad había salido a la luz, Zarzoso y Esquiruela apenas habían cruzado palabra, y, aunque el lugarteniente jamás castigaba a la guerrera encargándole las tareas más duras o enviándola con las patrullas más peligrosas, se aseguraba de que sus caminos no se cruzaran en el desempeño de sus respectivas obligaciones.

Que Esquiruela les hubiera mentido era bastante malo de por sí, pero todo se había torcido cuando se había visto obligada a confesar. Contó la verdad en un intento desesperado por salvar a sus hijos de la furia asesina de Cenizo,

que la odiaba desde que lo había rechazado para emparejarse con Zarzoso, muchas lunas antes de que Leonado y sus hermanos fueran siquiera engendrados. La hermana de Leonado y Glayo, Carrasca, había matado a Cenizo para impedir que desvelara el secreto en una Asamblea. Luego, la propia Carrasca había desaparecido tras un hundimiento de tierra al tratar de huir por los túneles para empezar una nueva vida. Ahora, los dos hermanos tenían que aceptar que eran mestizos, que tenían sangre de dos clanes, y que su padre, Corvino Plumoso, no quería saber nada de ellos. Y, por si eso fuera poco, debían seguir soportando miradas recelosas de algunos de sus compañeros de clan, lo que hacía que a Leonado le ardiera la piel de rabia.

«¡Como si fuéramos a volvernos desleales de repente por haber descubierto que nuestro padre es un guerrero del Clan del Viento! ¿Quién querría unirse a esos escuálidos engullidores de conejos?».

Leonado miró a Glayo, preguntándose si él estaría pensando lo mismo. Los ciegos ojos azules de su hermano estaban vueltos hacia Zarzoso, y sus orejas alerta, pero era difícil saber qué le pasaba por la cabeza. Para alivio de Leonado, los demás gatos parecían demasiado concentrados en las palabras de Estrella Leopardina como para prestar atención a las desavenencias entre Zarzoso y Esquiruela.

—Los peces del lago pertenecen al Clan del Río —continuó Estrella Leopardina, con una voz aguda como el viento cuando pasa entre los juncos —. Cualquier gato que intente apoderarse de ellos sentirá nuestras garras. A partir de ahora, ordenaré a nuestras patrullas fronterizas que incluyan todo el perímetro que rodea el agua.

—¡No puedes hacer eso! —Estrella Negra se abrió paso entre las hojas para saltar a una rama más baja, desde donde le lanzó una mirada amenazante —. Los territorios nunca han incluido el lago.

Leonado pensó en cómo era antes el lago, con el agua lamiendo suavemente las riberas herbosas, y con solo unas franjas estrechas de arena y guijarros a lo largo de la orilla. Ahora se había alejado hacia el centro, dejando unas extensiones de barro muy anchas que se secaban y se agrietaban bajo el implacable sol de la estación de la hoja verde. ¿Qué pretendía Estrella Leopardina? ¿Acaso estaba reclamando esos espacios áridos como territorio del Clan del Río?

—Como una patrulla del Clan del Río ponga una sola pata en nuestro territorio —gruñó Estrella de Bigotes, mostrando los colmillos—, deseará no haberlo hecho.

—Estrella Leopardina, escucha. —Estrella de Fuego estaba haciendo un esfuerzo por mantener la calma, aunque se le empezaba a erizar el pelo del cuello y el lomo—. Si sigues por ese camino, vas a provocar una guerra. Y muchos gatos saldrán heridos. ¿No crees que tenemos ya bastantes problemas?

—Estrella de Fuego tiene razón —murmuró Acedera al oído de Leonado —. Deberíamos intentar ayudarnos unos a otros, en lugar de ir por ahí erizando el pelo para provocar una pelea.

Estrella Leopardina se agazapó, como si pretendiera saltar sobre los demás líderes, gruñendo y desenvainando las uñas.

«¡Estamos en plena tregua! —pensó Leonado, con los ojos desorbitados por la angustia—. ¿Cuándo se ha visto que los líderes de los clanes se ataquen unos a otros en una Asamblea? ¡Esto no puede ser!».

Estrella de Fuego se había puesto tenso, preparado por si Estrella Leopardina se abalanzaba sobre él, pero la líder saltó al suelo con un bufido furioso y ondeó la cola para que sus guerreros la siguieran.

—¡Manteneos lejos de nuestros peces! —bufó de nuevo la gata, guiando a los suyos hacia los arbustos que rodeaban el claro para salir de la isla por el árbol puente.

Los miembros de su clan fueron tras ella, lanzando miradas hostiles a los gatos de los otros clanes cuando pasaron junto a ellos. Una vez que hubieron desaparecido, brotaron los murmullos y las especulaciones, pero entonces la voz de Estrella de Fuego resonó con autoridad por encima del ruido:

—¡La Asamblea ha terminado! Debemos regresar a nuestros territorios hasta la próxima luna llena. ¡Que el Clan Estelar ilumine nuestro camino!

• • •

Leonado caminaba justo por detrás de su líder. Los gatos del Clan del Trueno estaban bordeando el lago de regreso a su territorio, y el agua era apenas visible, poco más que un destello plateado en la distancia. La pálida luz de la luna se reflejaba en la superficie del barro reseco, y el joven guerrero arrugó la nariz por el olor a peces putrefactos: «¡Si sus presas apestan igual, el Clan del Río puede quedárselas todas!».

Delante de él, Zarzoso caminaba junto a Estrella de Fuego, con Manto Polvoroso y Fronda al otro lado del líder.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó el lugarteniente—. Estrella Leopardina es muy capaz de enviar patrullas al lago. ¿Qué pasará si las

encontramos en nuestro territorio?

Estrella de Fuego agitó las orejas.

—Tenemos que lidiar con esto con mucha precaución —maulló—. ¿El fondo del lago es nuestro territorio? Jamás se nos habría ocurrido reclamarlo cuando estaba cubierto de agua.

Manto Polvoroso soltó un bufido.

—Si la tierra seca bordea nuestro territorio, entonces ahora es nuestra. El Clan del Río no tiene ningún derecho a cazar ni a patrullar por esa zona.

—Pero parecen muertos de hambre… —maulló Fronda con delicadeza—. Y además, en el Clan del Trueno nunca hemos comido peces del lago. ¿No podemos dejar que se queden con ellos?

Manto Polvoroso tocó la oreja de su pareja con el hocico.

—Las presas escasean también para nosotros —le recordó.

—No atacaremos a los guerreros del Clan del Río —decidió Estrella de Fuego—. No, a menos que traspasen las marcas olorosas de nuestro territorio, a tres colas de distancia desde la orilla, como acordamos al llegar aquí. Zarzoso, asegúrate de que las patrullas lo entienden cuando las organices mañana.

—Por supuesto, Estrella de Fuego —respondió el lugarteniente, moviendo la cola.

Leonado sintió que un hormigueo le recorría la piel. Aunque respetaba la opinión de Estrella de Fuego porque era el líder del Clan del Trueno, no estaba seguro de que esta vez hubiese tomado la decisión correcta. «¿El Clan del Río no pensará que somos débiles si les permitimos patrullar por nuestro lado del lago?».

Pegó un salto al notar que alguien lo tocaba, y al volverse vio que Glayo lo había alcanzado.

—Estrella Leopardina tiene abejas en el cerebro —sentenció su hermano —. Jamás se saldrá con la suya. Antes o después, volarán los zarpazos.

—Lo sé —respondió Leonado, y llevado por la curiosidad, añadió—: En la Asamblea he oído que algunos gatos del Clan de la Sombra decían que Estrella Leopardina ha perdido dos vidas hace poco. ¿Eso es cierto?

Glayo asintió.

—Sí.

—Pues no lo ha hecho público —comentó el guerrero.

Glayo se detuvo y le lanzó una mirada de una inteligencia tan penetrante que a Leonado le costó creer que sus brillantes ojos azules no pudieran ver nada.

—Venga, Leonado. ¿Desde cuándo anuncian los líderes de un clan que han perdido una vida? Eso les haría parecer débiles. Los gatos no tienen por qué saber cuántas vidas le quedan a su líder.

—Ya, supongo que tienes razón —admitió Leonado, echando a andar de nuevo.

—Estrella Leopardina perdió una vida por una herida que acabó infectándosele —continuó Glayo—. Y justo después de eso contrajo una enfermedad que le provocaba una sed terrible y que la dejó muy débil. Ni siquiera podía ir andando hasta el arroyo a beber.

—¿Ala de Mariposa y Blima te han contado todo eso? —le preguntó Leonado, consciente de que los curanderos se lo contaban casi todo, sin pensar en las rivalidades entre los clanes, que impedían a los guerreros hablar demasiado de esas cosas.

—Qué más da cómo lo haya averiguado —contestó su hermano—. Lo sé, y punto.

Leonado contuvo un estremecimiento. Aunque sabía que los poderes de Glayo procedían de la profecía, seguía molestándole que recorriera senderos que ningún otro gato, ni siquiera otros curanderos, jamás habían recorrido. Glayo sabía cosas sin que nadie se las contara… ni siquiera el Clan Estelar. Podía pasearse por los sueños de otros gatos y descubrir sus secretos más ocultos.

—Supongo que por eso Estrella Leopardina se ha puesto tan pesada con lo de los peces —murmuró el joven guerrero, dejando a un lado su inquietud—. Quiere demostrarle a su clan que todavía es fuerte.

—Pues se está equivocando —sentenció Glayo—. Debería saber que no puede obligar a los demás clanes a seguir sus órdenes. El Clan del Río acabará peor de lo que está si no se limita a intentar salir adelante durante la sequía en su propio territorio, como hacemos los demás.

Estaban acercándose al arroyo que marcaba la frontera entre el Clan del Viento y el Clan del Trueno. El cauce de agua, que en la pasada estación de la hoja nueva desembocaba en el lago borboteando veloz, había quedado reducido a un hilillo de limo verde que era muy fácil sortear de un salto. Leonado respiró aliviado al internarse en la vegetación del otro lado, bajo los familiares árboles de su territorio.

—Quizá todo quede en nada —maulló esperanzado—. A lo mejor Estrella Leopardina entra en razón después de lo que le han dicho los demás líderes en la Asamblea.

Glayo soltó un resoplido desdeñoso.

—Los erizos volarán antes de que Estrella Leopardina entre en razón. Lo único que resolverá nuestro problema es que el lago se llene de nuevo.

Leonado avanzaba entre la hierba alta y abundante, y las patas se le hundían en el agua a cada paso. Una brisa fresca le alborotaba el pelo. En cualquier momento podía bajar la cabeza y beber tanto como quisiera, aliviando la sed que lo quemaba por dentro como una espina. Un campañol salió de repente del macizo de juncos que tenía delante, pero antes de que el joven pudiera saltar sobre él, algo duro se le clavó en el costado. Se despertó y se descubrió en su lecho de la guarida de los guerreros, con Nimbo Blanco plantado ante él. Notó el pelaje pegajoso y que el aire olía a polvo.

—Despierta de una vez —le dijo el guerrero blanco, clavándole de nuevo la zarpa—. ¿Qué eres, un lirón?

—¿No podrías haber esperado un poco más? —se quejó Leonado—. Estaba teniendo un sueño realmente fantástico…

—Así ahora puedes salir en una patrulla de agua realmente fantástica —replicó Nimbo Blanco sin mostrar la más mínima compasión.

Desde que los arroyos que alimentaban el lago se habían secado, la única fuente de agua era la charca poco profunda y salobre que había en medio del lecho del lago. Las patrullas se acercaban allí varias veces al día a recoger agua, aparte de para cazar y vigilar las fronteras, como de costumbre. Las noches de la estación de la hoja verde parecían más cortas que nunca, y todos los gatos estaban agotados por las tareas extra.

Leonado abrió la boca en un bostezo enorme.

—De acuerdo, vamos allá.

Siguió a Nimbo Blanco fuera de la guarida, mientras se sacudía trocitos de musgo del pelo. Con la primera luz del alba, el cielo estaba claro y, aunque el sol no había salido aún, el aire ya era denso y caliente. Leonado se lamentó para sus adentros ante la sola idea de tener que sufrir otro día seco y abrasador.

Pinta estaba sentada junto a la guarida con su aprendiza, Florina, con Bayo y Nube Albina, y todos se pusieron en pie en cuanto Nimbo Blanco apareció con Leonado. Ninguno de ellos había asistido a la Asamblea de la noche anterior, pero, por la cara que ponían, el joven guerrero supo que ya se habían enterado de las amenazas de Estrella Leopardina.

—Vámonos —les ordenó Nimbo Blanco, al tiempo que les hacía una señal con la cola en dirección al túnel de espinos.

Mientras Leonado recorría el bosque tras el guerrero blanco, oyó como Bayo fanfarroneaba con Nube Albina:

—Será mejor que el Clan del Río no se meta con nosotros cuando lleguemos al lago. Yo les enseñaré a esos gatos a no tocarme las narices.

Nube Albina murmuró una respuesta que Leonado no logró oír. «Bayo se cree el mejor —pensó—. Pero es una insensatez ir buscando problemas cuando ninguno de nosotros está lo bastante fuerte para combatir».

Por suerte, Nimbo Blanco condujo a la patrulla al pie de un roble enorme, donde les ordenó que recogieran musgo para empaparlo de agua en el lago. Con la boca llena de bolas verdes y esponjosas, Bayo no pudo seguir contándole a Nube Albina lo magnífico que era como guerrero.

Cuando llegaron al lago, Nimbo Blanco se detuvo brevemente en la orilla, observando el fondo lacustre. La ribera, atravesada de grietas irregulares, estaba seca y polvorienta. Más allá, la superficie del agua reflejaba la pálida luz del amanecer. Mientras intentaba distinguir dónde terminaba el barro y empezaba el agua, Leonado vio las figuras minúsculas de cuatro gatos en mitad del cieno. Dejó en el suelo su fardo de musgo y olfateó el aire; el tenue olor del Clan del Río flotó hasta él, mezclado con la ya familiar pestilencia de los peces muertos.

—Ahora escuchad —maulló Nimbo Blanco, tras dejar su carga de musgo —. El Clan del Río no puede poner pegas a que recojamos agua, y Estrella de Fuego ya ha dicho que no quiere peleas. ¿Lo has entendido, Bayo? —añadió, mirando con dureza al joven guerrero.

Bayo asintió de mala gana.

—Vale —masculló con la boca llena.

—Que no se te olvide.

Lanzándole una última mirada, Nimbo Blanco guio a su patrulla por el barro cuarteado, hacia la charca de agua que ahora les quedaba tan lejos.

Al principio notaron el suelo duro, pero, al ir acercándose más al agua, Leonado descubrió que las patas se le hundían con cada paso que daba.

—Esto es asqueroso —masculló, con la voz amortiguada por el musgo, mientras intentaba librarse de los grumos marrones y pegajosos—. Nunca conseguiré limpiarme esto.

Cuando se acercaron al borde del agua, vio que los gatos del Clan del Río se apiñaban para bloquearles el paso. Eran Juncal y Boira, con Nutria y su aprendiz, Soplo. Todos parecían enflaquecidos y exhaustos, pero sus ojos relucían con hostilidad y tenían el pelo erizado, como si estuviesen dispuestos a pelear por un par de colas de ratón.

Juncal dio un paso adelante.

—¿Habéis olvidado lo que Estrella Leopardina dijo anoche en la Asamblea? —maulló—. Los peces del lago pertenecen al Clan del Río.

—No hemos venido a por peces —contestó Nimbo Blanco con calma, tras dejar el musgo en el suelo—. Solo queremos agua. No iréis a negárnosla también, ¿verdad?

—¿Es que no hay arroyos en vuestro territorio? —preguntó Boira.

—Se han secado, lo sabéis de sobra —respondió Nimbo Blanco, agitando la punta de la cola con irritación; al temperamental guerrero le estaba costando mucho controlarse—. Necesitamos agua.

—Y nos la llevaremos tanto si os gusta como si no —intervino Bayo, dejando caer su bola de musgo y dando un paso hacia ellos, desafiante.

Los cuatro gatos del Clan del Río sacaron las garras de inmediato.

—El lago nos pertenece —bufó Nutria.

A Florina se le desorbitaron los ojos por la angustia, y Pinta se colocó delante de ella. Leonado desenvainó las uñas a su vez, listo para saltar.

Nimbo Blanco se dio la vuelta para encararse con su patrulla.

—¡Mantén la boca cerrada! —le espetó a Bayo.

—¿Vas a dejar que nos hablen de esa manera? —replicó el joven guerrero —. A mí no me dan miedo, pero parece que a ti sí porque…

Nimbo Blanco avanzó hasta que su hocico tocó el de Bayo; sus ojos parecían dos trozos de hielo.

—Una palabra más, y te pasarás la próxima luna quitándoles garrapatas a los veteranos. ¿Entendido?

Leonado se quedó pasmado. En sus mejores días, Nimbo Blanco era bastante brusco, pero nunca lo había visto enfurecerse tanto con uno de sus compañeros de clan. De repente, recoger agua parecía lo más importante del mundo para él; y quizá lo fuera, con el clan consumido por la sed y más débil cada día. El joven guerrero se preguntó qué pasaría si el Clan del Río conseguía impedir que los demás clanes se acercaran al lago. ¿Acabarían muriendo?

Sin esperar una respuesta de Bayo, Nimbo Blanco se volvió de nuevo hacia los gatos del Clan del Río.

—Os pido disculpas por el comportamiento de mi guerrero —maulló con la voz tensa.

Leonado percibió el gran esfuerzo que estaba haciendo por mostrarse educado.

—Creo que le ha dado demasiado el sol. Ahora, agradecería mucho que nos permitierais recoger un poco de agua.

Juncal se los quedó mirando un segundo. Leonado sintió un cosquilleo en las zarpas, ansioso por batirse en combate. Nimbo Blanco les había dicho que estaban demasiado débiles para luchar, pero eso era porque no sabía que Leonado era uno de los tres, y que tenía el poder de pelear en las batallas más feroces sin sufrir un solo arañazo. «Aunque es cierto que ya tenemos bastantes problemas sin pelearnos entre nosotros…», pensó.

Al final, Juncal se apartó, haciendo un gesto con la cola a su patrulla para que siguiera su ejemplo.

—Podéis recoger agua, pero no toquéis los peces —gruñó.

«No hemos venido a por peces —pensó Leonado—. ¿Cuántas veces tendremos que repetíroslo?».

—Gracias.

Nimbo Blanco inclinó la cabeza y se acercó al borde del agua. Leonado lo siguió, consciente de las miradas hostiles que los gatos del Clan del Río les clavaban en la espalda mientras vigilaban sus movimientos. El joven sintió crecer su rabia de nuevo. «¡Esto es ridículo! ¿Acaso creen que puedo esconderme un pez debajo del pelo?».

Se percató de que sus compañeros también estaban furiosos. Nimbo Blanco agitaba la punta de la cola, y Bayo echaba chispas por los ojos, aunque tuvo la sensatez de no volver a abrir la boca. Las dos gatas habían erizado el pelo y lanzado miradas furibundas a la patrulla del Clan del Río cuando había pasado por su lado.

Leonado empapó el musgo en el lago y luego bebió un poco. El agua estaba caliente y sabía a tierra y a plantas acuáticas, y apenas sació la sed del joven. Se obligó a tragarla, haciendo una mueca cuando el líquido cenagoso le bajó por la garganta. El sol se había elevado, y sus rayos descendían despiadados y con crudeza por encima de las copas de los árboles. No había ni una sola nube en todo el cielo.

«¿Cuánto tiempo más podremos seguir así?».

2

Glayo inspeccionó las hierbas que quedaban en la cueva donde las almacenaban, al fondo de la guarida. Las hojas y los tallos estaban secos y quebradizos, y olían a rancio. «Debería estar abasteciéndome para la estación de la caída de la hoja. Pero ¿cómo voy a hacerlo si apenas hay plantas frescas?».

La presión de ser el único curandero del Clan del Trueno le pesaba como una piedra en el estómago. Siempre refunfuñaba cuando Hojarasca Acuática era su mentora y le decía lo que tenía que hacer, pero ahora deseaba que la gata no hubiese renunciado a ser curandera y que siguiese allí con él, y no en la guarida de los guerreros.

«¿Qué importa que haya tenido hijos? Eso no cambia el hecho de que conoce todas las hierbas y sabe qué hacer cuando un gato resulta herido».

Sintió un hormigueo en la piel al recordar con amargura lo que había sucedido unos días atrás, cuando Gabardeta llegó corriendo al campamento y frenó en seco delante de la guarida del curandero.

—¡Glayo! —exclamó la aprendiza sin aliento—. ¡Tienes que venir conmigo, corre! ¡Estrella de Fuego está herido!

—¿Qué? ¿Dónde?

—¡Lo ha atacado un zorro! —Gabardeta parecía muy asustada, y le temblaba la voz—. En la frontera del Clan de la Sombra, cerca del árbol muerto.

—De acuerdo, voy para allá. —Para sus adentros, Glayo se sintió igual de asustado que la aprendiza, pero se obligó a sonar seguro de sí mismo—. Ve a buscar a Hojarasca Acuática y cuéntaselo.

Gabardeta soltó un respingo, desconcertada, pero Glayo no se detuvo a preguntarle por qué. Cogió unos cuantos tallos de cola de caballo, salió corriendo por el túnel de espinos y se dirigió a toda velocidad hacia la

frontera del Clan de la Sombra. Solo cuando ya estaba de camino se acordó de que Hojarasca Acuática ya no era curandera.

Antes de llegar al árbol muerto, el olor a sangre lo guio hasta su líder. Estrella de Fuego yacía de costado sobre una mata de helechos, respirando de forma ronca y superficial. Tormenta de Arena y Látigo Gris se inclinaban sobre él, mientras Espinardo vigilaba desde lo alto de un tocón de árbol.

—¡Gracias al Clan Estelar! —exclamó Tormenta de Arena cuando apareció el curandero—. Estrella de Fuego, Glayo ya está aquí. Aguanta un poco más.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el joven curandero, palpando con delicadeza el costado del líder.

El estómago le dio un vuelco al descubrir un gran corte que seguía sangrando.

—Estábamos patrullando y de repente ha aparecido un zorro —respondió Látigo Gris—. Hemos ido tras él para echarlo, pero… —Se le quebró la voz.

—Buscad telarañas —ordenó Glayo, antes de empezar a mascar la cola de caballo para hacer una cataplasma.

«¿Dónde está Hojarasca Acuática? —se preguntó angustiado—. No sé si estoy haciendo lo correcto…».

Aplicó el ungüento en el corte, y poco después lo envolvió con las telarañas que había encontrado Látigo Gris, pero antes de terminar oyó que la respiración del líder iba volviéndose más y más lenta, hasta que terminó por detenerse.

—Está perdiendo una vida… —susurró Tormenta de Arena.

Glayo continuó colocando las telarañas torpemente. Tenía que cortar la hemorragia antes de que Estrella de Fuego recuperara el conocimiento. El tiempo pareció prolongarse de una forma extraña, antinatural, mientras el joven curandero intentaba calcular cuántas vidas le quedaban a su líder.

«Esa no era su última, ¿verdad? ¡No puede ser!».

Casi había perdido toda esperanza cuando, de pronto, el líder del Clan del Trueno tosió y comenzó a respirar de nuevo.

—Gracias, Glayo… —maulló débilmente Estrella de Fuego, levantando la cabeza en su dirección—. No te preocupes. Estaré bien en unos instantes…

Aun así, al regresar al campamento, con el líder apoyándose en Látigo Gris, Tormenta de Arena flanqueándolo nerviosa por el otro lado y Espinardo cerrando la comitiva, Glayo fue incapaz de perdonarse a sí mismo. «Necesitaba a Hojarasca Acuática, y ella no estaba conmigo…». Su antigua mentora no apareció hasta que ya casi habían llegado a la hondonada rocosa.

Estaba cazando en la frontera del Clan del Viento, y a Gabardeta le había costado lo suyo encontrarla.

—Has hecho todo lo que has podido —lo tranquilizó la gata cuando él le contó lo que había sucedido—. A veces no se puede hacer más.

Pero Glayo no se quedó convencido. Sabía que, de haber estado ella allí, habría salvado una de las vidas de Estrella de Fuego.

«El líder de mi clan ha perdido una vida por mi culpa —se dijo con amargura—. ¿En qué clase de curandero me convierte eso?».

Tras hacer recuento de las plantas, Glayo recogió un poco de hierbacana y se fue a la guarida de los veteranos. Cuando pasó por debajo de la madreselva que envolvía las ramas del avellano, se encontró con Musaraña ovillada cerca del tronco, roncando levemente. Rabo Largo y el antiguo solitario, Puma, descansaban juntos a la sombra del muro rocoso.

—De modo que ese tejón, bueno, ya sabes, iba buscando problemas, y yo le seguí el rastro… —Puma se interrumpió al ver que entraba el curandero—. ¡Hola, jovenzuelo! ¿Qué podemos hacer por ti?

—Podéis comeros esto.

Glayo dejó su carga en el suelo y la dividió cuidadosamente en tres.

—Es hierbacana; os ayudará a reponer fuerzas.

Puma se incorporó resollando y toqueteó las hierbas.

—¿Esto? Tiene una pinta bastante rara, la verdad.

—No importa la pinta que tenga —contestó Glayo, apretando los dientes —. Cómetelo y ya está. Tú también, Rabo Largo.

—De acuerdo. —El veterano ciego se acercó a comerse las hierbas—. Venga, Puma —maulló con la boca llena—. Sabes que te harán bien.

Tenía la voz ronca y le flaqueaban las patas. Glayo, inquieto, sintió que un estremecimiento le recorría el cuerpo entero. Todo el clan estaba pasando hambre y sed, pero Rabo Largo parecía sufrir especialmente. El curandero sospechaba que estaba dándole su ración de agua y comida a Musaraña.

«Si consigo hablar a solas con Puma, se lo preguntaré».

El viejo solitario gruñó con incredulidad, pero terminó comiéndose la hierbacana.

—Tiene un sabor asqueroso —se quejó.

Glayo recogió la parte que quedaba y se la acercó a Musaraña. La anciana se había despertado al oírlos hablar.

—¿Qué quieres ahora? —le espetó al joven—. ¿Es que aquí no se puede dormir?

Sonaba tan cascarrabias como siempre, y eso lo tranquilizó; por lo menos la vieja gata conseguía sobrellevar el calor. «El día que suene simpática y dulce, ¡empezaré a preocuparme de verdad!».

—He traído hierbacana. Tienes que comértela.

Musaraña suspiró resignada.

—Como supongo que no me dejarás en paz hasta que te haga caso, me la comeré, pero mientras lo hago tendrás que contarme qué pasó anoche en la Asamblea.

Glayo esperó a oír que la veterana empezaba a masticar las hierbas, y entonces le explicó lo sucedido.

—¿Qué?

Musaraña se atragantó con una hoja de hierbacana cuando el joven llegó al momento en que Estrella Leopardina había reclamado para su clan el lago y todos los peces.

—¡No puede hacer eso!

—Pues lo hizo. —El curandero se encogió de hombros—. Dijo que el Clan del Río debe quedarse con todos los peces porque no pueden comer ningún otro tipo de presa.

—¿Y el Clan Estelar lo consintió? —bufó la veterana—. ¿No hubo nubes que taparon la luna?

—De haber sido así, la Asamblea se habría disuelto.

—Pero ¿en qué están pensando nuestros antepasados guerreros? —gruñó la anciana—. ¿Cómo pueden quedarse al margen y permitir que esa gata sarnosa decida por las buenas que ningún otro clan puede acceder al lago?

Glayo no supo responder a sus preguntas. Llevaba sin recibir señales del Clan Estelar desde que había empezado ese tiempo tan caluroso. «A estas alturas, Hojarasca Acuática ya habría sabido algo de nuestros antepasados —pensó—. Ellos le habrían dicho qué hacer para salir de esta».

Dejó a Musaraña rezongando mientras masticaba los restos de la hierbacana y salió de nuevo al claro. Al pasar ante la guarida de los aprendices, captó un par de olores inesperados.

—¿Qué ocurre ahora? —maulló irritado.

Metió la cabeza entre los helechos que cubrían la entrada de la guarida y oyó unos murmullos amortiguados entre el musgo de los lechos.

—¡Pequeña Tórtola! ¡Pequeña Espinela! —gruñó—. Salid de ahí ahora mismo. ¡Aún no sois aprendizas!

Las dos cachorritas salieron disparadas, sofocando ronroneos de risa, y se detuvieron ante Glayo sacudiéndose trocitos de musgo del pelo.

—¡Solo estábamos mirando! —protestó Pequeña Tórtola—. Cualquier día nos nombrarán aprendizas, así que queríamos elegir un buen lugar donde poner nuestros lechos.

—Uno al lado del otro —añadió Pequeña Espinela—. Haremos el entrenamiento juntas.

—Así es. Y nunca patrullaremos con ningún otro gato.

Glayo soltó un bufido, sin saber si aquello le parecía divertido o frustrante.

—Eso será en vuestros sueños, cachorritas. Serán los demás aprendices quienes os digan dónde vais a dormir. Y solo vuestros mentores podrán decidir dónde patrullaréis y con quién.

Las dos gatitas guardaron silencio durante unos segundos, y finalmente Pequeña Tórtola exclamó:

—¡Pues no nos importa! ¡Venga, Pequeña Espinela, vamos a contarle a Candeal que hemos echado un vistazo a la guarida!

Glayo se quedó donde estaba mientras las dos hermanas corrían hacia la maternidad. Sintió una punzada en el pecho cuando recordó los días en que él era un cachorro y creía que tenía una madre y un padre ante los que presumir. Ahora solo tenía a Hojarasca Acuática.

Como si sus recuerdos la hubieran convocado, captó el olor de su verdadera madre, que estaba entrando por el túnel de espinos con el resto de una patrulla de caza. Saboreando el aire, Glayo detectó que Manto Polvoroso, Fronde Dorado e incluso Abejorro, que aún era aprendiz, habían cazado algo, pero Hojarasca Acuática no llevaba nada.

El joven curandero frunció el hocico en un gesto de disgusto. «¡Solo ha atrapado pulgas! Es curandera, no guerrera. Debería estar ayudándome en lugar de fingiendo que toda su historia se esfumó el mismo día en que la verdad salió a la luz».

Oyó que Hojarasca Acuática se dirigía hacia él, pero no quería hablar con ella, así que volvió la cabeza y siguió caminando. Pudo sentir la tristeza de la gata cuando pasó por su lado. Hojarasca Acuática ni siquiera intentó entablar conversación, pero él percibió su soledad y su sentimiento de derrota tan intensamente como si fuesen suyos. «¡Es como si hubiera renunciado a toda su capacidad de lucha!», pensó Glayo.

También percibió la incomodidad del resto de la patrulla, como si ya no supiesen interactuar con ella. Había sido su curandera de confianza durante tanto tiempo que no querían castigarla por haber amado a un gato del Clan del

Viento, pero daba la sensación de que les costaba tratarla como a una compañera de clan leal a la que habían querido mucho.

Los miembros de la patrulla de caza se dirigieron al montón de la carne fresca para dejar sus presas, y Centella apareció tras ellos por el túnel de espinos. Glayo detectó que iba cargada de milenrama.

—¡Qué maravilla, Centella! —exclamó el curandero—. No estaba seguro de que lograras encontrar alguna mata, y ya nos habíamos quedado sin.

—Hay unas cuantas plantas cerca de la vivienda abandonada de los Dos Patas —le respondió la guerrera con la boca llena, dirigiéndose a la guarida de Glayo.

Muchas estaciones atrás, la que era entonces curandera del Clan del Trueno, Carbonilla, le había enseñado a Centella los usos básicos de las hierbas y también a tratar heridas y enfermedades menores. Desde que Glayo se había convertido en el único curandero del clan, Centella había estado ayudándolo a recolectar hierbas y a ocuparse de las heridas leves. El joven sabía que la gata nunca podría ser su aprendiza —era bastante mayor que él y le encantaba su labor como guerrera—, pero agradecía mucho su apoyo.

«Además, todavía no necesito buscar un aprendiz, eso es para curanderos de más edad». Glayo notaba que incontables lunas se extendían ante él, vibrando bajo sus zarpas como las antiguas huellas que pisaba junto a la Laguna Lunar. Y, por supuesto, tenía que cumplir la profecía antes de que llegase su hora de reunirse con el Clan Estelar. «Habrá tres… que tendrán el poder de las estrellas en sus manos…».

El sol estaba ya muy por encima de los árboles, y sus rayos caían con tanta fuerza que Glayo tenía la sensación de que su pelaje estaba ardiendo. «¡Si casi puedo oler el humo!».

De pronto notó un picor en la nariz. El olor acre del humo, no cabía duda. Sintió un hormigueo de miedo y saboreó el aire durante unos segundos para asegurarse. Su agudo olfato localizó el olor al borde de la hondonada, cerca de la guarida de los veteranos.

—¡Fuego! —aulló, mientras corría hacia el olor a quemado.

Casi en ese mismo instante trastabilló; Pequeña Tórtola se había cruzado con él y lo había rozado al pasar corriendo hacia el centro del claro.

—¡Fuego! —iba chillando la cachorrita—. ¡El clan está ardiendo!

A Glayo lo impresionó que la gatita hubiese olido el humo con tanta rapidez. «¡Pensaba que yo tenía el mejor olfato de todo el clan!». Sin embargo, en ese momento no tenía tiempo de pararse a pensar en eso, debía

encontrar el punto donde se había iniciado el fuego e intentar apagarlo antes de que se propagara por el resto del campamento.

Sonaron más alaridos a sus espaldas, mientras Glayo se abalanzaba hacia el avellano. Se dio cuenta de que Fronde Dorado corría a su lado y le gritó:

—¡Saca a los veteranos de la guarida!

El guerrero atigrado se dirigió hacia la entrada, y Glayo siguió adelante dejándose guiar por el olor a humo. Al acercarse más al muro rocoso, oyó el crepitar de las llamas y sintió una oleada de calor. «¿Y ahora qué?», se dijo. ¡No sabía por dónde empezar a combatirlo! Su ceguera le daba más rabia que nunca; una rabia tan ardiente como el fuego.

En ese momento, otro gato lo apartó de un empujón. Glayo distinguió el olor de Látigo Gris, al que seguían Estrella de Fuego y Esquiruela.

—Necesitamos agua —dijo el líder del Clan del Trueno, tajante—. Glayo, reúne a algunos gatos para que bajen al lago…

—Tardarán demasiado —contestó Látigo Gris—. Vamos a echar tierra en las llamas, ¡deprisa!

El joven curandero oyó cómo empezaban a arañar vigorosamente el suelo, pero el humo y las llamas no parecían disminuir, así que dio media vuelta dispuesto a obedecer la orden que le había dado Estrella de Fuego. Justo entonces, percibió que se acercaban varios gatos a la carrera.

—¡Nimbo Blanco! ¡Leonado! —exclamó el líder—. ¡Gracias al Clan Estelar!

Glayo captó el olor a musgo empapado cuando su hermano y los demás guerreros pasaron por su lado. Luego se produjo un sonoro siseo, y el olor acre a humo se intensificó de repente. El joven curandero tuvo que retroceder, tosiendo y reprimiendo una arcada.

Poco después, Leonado se le acercó.

—¡Por los pelos! —maulló sin apenas aliento—. Si no hubiéramos llegado justo en este momento, el campamento habría acabado ardiendo.

—¿Estás seguro de que el fuego se ha extinguido? —le preguntó Glayo, sin dejar de parpadear por el picor que le provocaba el humo en los ojos.

—Estrella de Fuego y los demás lo están comprobando. —Leonado soltó un largo suspiro—. Y ahora supongo que tendremos que ir a por más agua. Espero que los gatos del Clan del Río ya se hayan ido…

—¿El Clan del Río? —A Glayo se le empezó a erizar el pelo del cuello.

—Cuando hemos llegado al lago nos hemos encontrado con una patrulla. Casi hemos tenido que pelear por un par de tragos. Si siguen allí, seguro que

no nos reciben con los brazos abiertos. —La voz se le puso ronca por la rabia —. ¡Parecía que contaran hasta la última gota!

Glayo se acercó a los restos del incendio con la cola gacha, y Leonado lo siguió. A su alrededor, algunos gatos estaban sacando del campamento las zarzas quemadas; el intenso olor lo hizo toser de nuevo.

«¿Acaso el final de los clanes va a ser así? —se preguntó—. ¿Igual que se está encogiendo el lago? ¿Tan vulgar, frustrante, amarga y dolorosamente lento?».

Leonado le tocó el lomo con el hocico en un gesto de consuelo.

—Recuerda que pronto volveremos a ser tres —murmuró—. Las hijas de Candeal también están emparentadas con Estrella de Fuego…

Glayo se encogió de hombros.

—¿Cómo podemos estar seguros de eso? ¿Y por qué el Clan Estelar no nos ha enviado una señal?

—Para empezar, ni siquiera sabemos si la profecía procede de nuestros antepasados guerreros —señaló Leonado.

—Aun así…

Un aullido estridente lo interrumpió desde el otro lado del claro.

—¡Hola, Glayo!

El curandero agitó los bigotes al reconocer la voz del gato más fastidioso de todo el clan.

—¿Qué pasa ahora, Bayo? —respondió con un suspiro, al tiempo que le dirigía una mirada.

Cuando Bayo se le acercó, detectó que iba seguido de Rosella.

—Rosella va a tener cachorros —anunció el guerrero, dándose importancia—. Mis cachorros.

—Felicidades —murmuró Glayo.

—Quiero que le digas que debe descansar y cuidarse —continuó Bayo—. El embarazo puede ser peligroso, ¿verdad?

—Bueno… solo a veces.

—Sí, he oído que los cachorros pueden nacer antes de hora, o débiles, o…

—Bayo —lo cortó Rosella.

Glayo percibió su hartazgo tan claramente como si la gata se lo hubiera gritado a todo el campamento.

—Seguro que estaré bien —añadió.

—… o incluso que pueden tardar demasiado en nacer —terminó Bayo, como si su pareja no hubiese hablado.

—La cosa se puede complicar, sí, pero… —Glayo se acercó a Rosella para olfatearla de arriba abajo—. Parece que está perfectamente —dijo al cabo—. No veo ninguna razón que le impida seguir con sus obligaciones habituales, al menos por el momento.

—¿Qué? —Bayo sonó indignado—. ¡Eso no basta! Rosella, ahora mismo nos vamos a la maternidad para que Fronda y Dalia se ocupen de ti.

—En serio, no hace falta que… —empezó la gata.

Pero el guerrero ya estaba empujándola por el claro hacia la entrada de la maternidad.

Glayo se quedó inmóvil hasta que el sonido de sus pisadas se alejó. «¿Para qué consultas a un curandero si no vas a hacerle caso, cerebro de ratón?».

Se sintió derrotado, como si una ola enorme lo arrasara. ¿De qué le servía tener el poder de las estrellas en las manos si ni siquiera sus propios compañeros de clan lo escuchaban?

—No sé si podremos hacerlo sin ayuda —murmuró para sí mismo—. Solo dos… o tres…

3

Pequeña Tórtola se retorcía entusiasmada mientras Candeal le pasaba la lengua por las orejas y el cuello.

—¡Estate quieta! —la riñó su madre—. No puedes ir a tu ceremonia de nombramiento como si hubieras cruzado el túnel de espinos a contrapelo.

Pequeña Espinela las miró por encima del hombro desde la entrada de la maternidad.

—¡Los gatos ya se están reuniendo en el claro! —maulló con la voz temblorosa por la expectación—. ¡Creo que va a venir todo el clan a ver cómo nos convertimos en aprendizas!

Pequeña Tórtola esquivó la lengua de su madre y corrió al lado de su hermana.

—¡Vámonos! —exclamó apremiante.

—Todavía no es la hora —contestó Candeal—. Tenemos que esperar a que Estrella de Fuego convoque al clan.

—No creo que tarde mucho —maulló Dalia con dulzura.

La gata tostada era originaria del cercado de los caballos, y Pequeña Tórtola tenía entendido que jamás sería guerrera; Dalia y Fronda se habían quedado en la maternidad para ayudar a las nuevas reinas con los cachorros.

Dalia estaba ovillada junto a Rosella, que se había trasladado a la maternidad hacía dos días, con el vientre suavemente abultado por los hijos de Bayo. Dalia era la madre de Bayo, así que los cachorros iban a llevar su sangre.

—¿Vais a venir a ver cómo nos nombran aprendizas? —les preguntó Pequeña Tórtola a las gatas.

—Por supuesto. —Rosella se puso en pie y se atusó rápidamente, retirando los trocitos de musgo que se le habían pegado al pelo—. No nos lo perderíamos por nada del mundo.

Pequeña Tórtola erizó el pelo y sacudió la cabeza; sentía como si no pudiera mantener las patas quietas ni un segundo más. Estaba tan emocionada que casi podía olvidarse de la sed que tenía.

—Me pregunto quiénes serán nuestros mentores —maulló.

Antes de que su hermana pudiera responder, la rojiza silueta de Estrella de Fuego apareció en la Cornisa Alta.

Su voz resonó por todo el campamento.

—¡Que todos los gatos lo bastante mayores para cazar sus propias presas vengan aquí, bajo la Cornisa Alta, para una reunión del clan!

Pequeña Tórtola se incorporó de un salto, lista para salir disparada al claro, pero su madre la retuvo alargando la cola.

—Todavía no —murmuró—. Y vas a salir de aquí caminando como una aprendiza sensata, no como una cachorrita que no sabe comportarse.

—Vale, vale —masculló ella, tratando de controlar su impaciencia.

Pequeña Espinela repitió las mismas palabras, y luego añadió:

—Creo que voy a vomitar…

—¡Oh, no! —Su hermana soltó un maullido.

«¿Qué pensará el clan de nosotras si Pequeña Espinela vomita en su ceremonia de nombramiento?».

—Eso no va a pasar —maulló Candeal con calma—. Os comportaréis como es debido y haréis que me sienta orgullosa de vosotras. Mirad, vuestro padre viene a buscaros.

Betulón había aparecido en la entrada de la maternidad, y miraba a sus hijas con los ojos centelleantes.

—Venga, el clan os está esperando —les dijo.

Pequeña Espinela dio un brinco, y su hermana flexionó las garras mientras Candeal se atusaba a toda prisa y se unía a ellas. Para entonces, el Clan del Trueno en su totalidad se había congregado en el claro, bajo la Cornisa Alta. Pequeña Tórtola notó que muchos ojos la miraban cuando salió de la maternidad con su hermana y sus padres. Dalia, Fronda y Rosella los siguieron y se sentaron delante de su guarida.

A Pequeña Tórtola le latía el corazón tan fuerte que pensó que se le iba a salir del pecho, pero mantuvo la cabeza y la cola bien altas.

—Sé que me voy a olvidar de lo que hay que hacer… —le susurró Pequeña Espinela al oído.

Pequeña Tórtola se restregó contra ella.

—Lo harás bien.

Candeal las guio hacia el círculo de gatos, que se separaron para dejarlas pasar. Pequeña Tórtola se encontró entre su hermana y Esquiruela, que le dedicó un gesto de ánimo.

—Os he convocado para uno de los acontecimientos más importantes en la vida de un clan —empezó Estrella de Fuego—. Pequeña Tórtola y Pequeña Espinela han alcanzado las seis lunas de edad, y ha llegado el momento de que se conviertan en aprendizas. —Les hizo una señal con la cola—. Acercaos.

A Pequeña Tórtola le habría gustado dar un gran salto hasta el centro del claro, pero recordó lo que le había dicho su madre y se obligó a avanzar despacio junto a su hermana.

—Pequeña Tórtola —maulló Estrella de Fuego—, desde este día en adelante, hasta que recibas tu nombre de guerrera, serás la aprendiza Zarpa de Tórtola.

—¡Zarpa de Tórtola! —corearon sus compañeros de clan, haciendo que la joven sintiera un cosquilleo por todo el cuerpo al oír su nuevo nombre—. ¡Zarpa de Tórtola!

—Clan Estelar, te pido que guíes a esta nueva aprendiza —continuó Estrella de Fuego, mirando al cielo azul—. Conduce sus pasos por el sendero que debe seguir para convertirse en guerrera.

Zarpa de Tórtola sintió un escalofrío al pensar en todos los gatos estelares, sus antepasados guerreros, que estaban observándola mientras Estrella de Fuego les hablaba.

—Leonado. —Estrella de Fuego llamó con la cola al guerrero atigrado dorado, que estaba cerca de las rocas desprendidas de la Cornisa Alta—. Tú serás su mentor. Eres un guerrero leal, y tus habilidades para el combate son excepcionales. Sé que le transmitirás esas cualidades a Zarpa de Tórtola.

«¡Leonado!», a Zarpa de Tórtola le dio un vuelco el corazón al mirar al joven guerrero. «Es un gato estupendo, pero… ¿y si no le caigo bien?».

Fue hacia él, mirando con nerviosismo sus ojos de color ámbar. Se quedó sorprendida y encantada al ver lo complacido que parecía cuando se inclinó para entrechocar la nariz con ella.

—Trabajaré muy duro —le prometió la aprendiza en un susurro.

—Y yo también —declaró el guerrero—. Formaremos un gran equipo.

Zarpa de Tórtola se quedó a su lado, muy orgullosa, mientras escuchaba cómo Estrella de Fuego repetía la fórmula de nombramiento con su hermana. Pequeña Espinela parecía nerviosa y desamparada en mitad del círculo de gatos, pero mantuvo la cabeza alta con valentía, mirando fijamente al líder.

—Pequeña Espinela —maulló Estrella de Fuego—, desde este día en adelante, hasta que recibas tu nombre de guerrera, serás la aprendiza Zarpa Espinela. Que el Clan Estelar te guarde y guíe en tu camino para convertirte en guerrera. —Hizo una pausa mientras el clan coreaba el nombre de la nueva aprendiza, y luego señaló a Carbonera con la cola—. Carbonera, demostraste mucho valor y una gran resistencia durante tu aprendizaje, y ahora confío en que enseñarás a Zarpa Espinela a seguir tus pasos.

Un murmullo de aprobación brotó entre los gatos que se habían reunido cuando Zarpa Espinela fue a entrechocar el hocico con el de Carbonera. Los ojos azules de la guerrera brillaron de alegría al saludar a su nueva aprendiza.

—¡Zarpa de Tórtola! ¡Zarpa Espinela! —coreó el clan.

Zarpa de Tórtola sintió que estaba a punto de reventar de satisfacción y felicidad cuando sus compañeros las rodearon para darles la enhorabuena.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó impaciente a Leonado.

—Nada emocionante, me temo —respondió él, moviendo las orejas—. El clan necesita agua. Tenemos que recolectar musgo y luego bajar al lago para empaparlo.

La joven soltó un gritito de emoción.

—¡Eso es genial! Por fin podré ver el territorio. —Y buscando a su hermana con la mirada, añadió—: ¿Zarpa Espinela y Carbonera pueden venir con nosotros?

—Por supuesto —respondió Carbonera, acercándose con su aprendiza—. Pero tendremos que estar atentos, puede que haya gatos del Clan del Río y que nos den problemas…

Zarpa Espinela ladeó la cabeza y se la quedó mirando.

—Yo creía que el Clan del Río estaba al otro lado del lago…

—Ya no —gruñó Leonado—. Pongámonos en marcha y os lo explicaré por el camino.

Guio al grupo por el túnel de espinos y avanzó en dirección al lago. Igual que su hermana, Zarpa de Tórtola nunca había estado a más de unos pocos zorros de distancia del campamento, pero su ilusión por ver algo nuevo se mezcló con la indignación de oír lo que les estaban contando Carbonera y Leonado.

—Pero ¡el Clan del Río no puede acaparar el lago de esa forma! —protestó—. ¿O sí?

—¿Por qué Estrella de Fuego no presenta pelea? —quiso saber Zarpa Espinela.

—A Estrella de Fuego no le gustan las peleas absurdas —respondió Carbonera—. Él siempre intenta buscar otras soluciones. Esa, en parte, es la razón de que sea tan buen líder.

Zarpa de Tórtola no estaba segura de haberlo entendido. Aunque no era más que una aprendiza novata, sabía que los clanes no debían traspasar las fronteras de los demás. ¡Eso formaba parte del código guerrero!

—No os separéis de Carbonera y de mí —les advirtió Leonado—. Y, pase lo que pase, no os metáis con los gatos del Clan del Río.

«Mientras ellos no se metan con Zarpa Espinela ni conmigo…», pensó Zarpa de Tórtola.

Los mentores las llevaron al pie de un roble enorme, donde recogieron musgo de las raíces antes de dirigirse hacia el lago. Al salir de entre los árboles, Zarpa de Tórtola se quedó boquiabierta. La bola de musgo que llevaba en la boca rodó por el suelo.

—¡Yo creía que el lago era enorme! —exclamó sin aliento—. No simplemente ese poquito de agua de ahí.

Sintió una punzada de decepción.

¿Por qué los guerreros armaban tanto alboroto por algo que no era más grande que una charca?

—El lago suele llegar hasta donde estamos nosotros ahora mismo —le explicó Leonado, ladeando las orejas hacia una franja estrecha de guijarros que daba paso a la amplia extensión de barro cuarteado—. Pero la sequía lo ha reducido a… esto.

—Bueno, la sequía también ha hecho que durante esta estación de la hoja verde no hayan venido muchos Dos Patas —maulló Carbonera—. Así que no todo es malo. —Sonó como si estuviera intentando convencerse a sí misma tanto como a las aprendizas.

—¿Y si el lago desaparece por completo? —preguntó Zarpa Espinela.

—Eso no pasará —afirmó Carbonera, aunque la mirada que intercambió con Leonado revelaba sus dudas—. Tarde o temprano volverá a llover.

—Aprovechando que estamos aquí, podríais aprender algo sobre los territorios —dijo Leonado—. Este es el del Clan del Trueno, por supuesto, y el de ahí —añadió, dibujando un arco con la cola— es el del Clan del Viento.

Zarpa de Tórtola miró hacia el páramo herboso que se elevaba hasta encontrarse con el cielo.

—Ahí no hay muchos árboles entre los que cazar.

—No. A los gatos del Clan del Viento les gustan los espacios abiertos, así que su territorio es perfecto para ellos —explicó Carbonera—. En cambio, a

los gatos del Clan de la Sombra les gustan los pinos, por eso eligieron el territorio de ese lado.

Las dos hermanas observaron la línea oscura de árboles que bordeaba el lago, al otro lado del territorio del Clan del Trueno.

—Me alegro de no pertenecer al Clan de la Sombra —maulló Zarpa Espinela.

Zarpa de Tórtola se concentró en lo que veía, tratando de memorizar todo lo que le decía el paisaje. Vio un grupo de gatos que cruzaban el suelo reseco en el territorio del Clan de la Sombra, en dirección al lejano lago, y aspiró profundamente para saborear su olor. En el lado del territorio del Clan del Viento había gatos que regresaban a la orilla, y también aspiró el rastro oloroso que dejaban tras ellos.

—Zarpa Espinela —susurró, dándole en la oreja con la cola—, tú también deberías estar memorizando el olor de todos esos gatos. Son cosas que tenemos que saber.

—¿Qué?

Zarpa Espinela la miró desconcertada, pero antes de que su hermana pudiera decir algo más, Leonado exclamó:

—¡¿Y ahora qué pasa?!

Zarpa de Tórtola miró más allá del barro agrietado y vio una patrulla del Clan del Trueno cerca del agua. Parecía que estaban forcejeando, con el lomo arqueado y sacudiendo la cola en el aire. Unos segundos después, uno de los guerreros echó a correr hacia ellos. Cuando estuvo más cerca, reconocieron a Espinardo.

—¡¿Qué ocurre?! —exclamó Leonado.

—Bayo y Zancudo se han quedado atascados en el barro —respondió Espinardo sin resuello—. Necesito una rama o algo para sacarlos.

—Os ayudaremos —le dijo Carbonera, llamando a las dos aprendizas con un movimiento de la cola—. Venid. Recoged el musgo y vigilad dónde ponéis las patas.

Y dicho esto, las guio por el lodo. Una de las veces que Zarpa de Tórtola miró hacia atrás, vio que Espinardo sacaba un palo largo de debajo de las raíces de un saúco que crecía en la ribera. Antes de que el guerrero pudiera llevárselo, Glayo surgió de entre la vegetación con un fardo de hierbas en la boca.

—¡Eh, eso es mío! —protestó el curandero, esparciendo hojas verdes por todas partes—. ¡Vuelve a dejarlo en su sitio!

—¿Es que tienes el cerebro de un ratón? —le soltó Espinardo—. Lo necesito. Solo es un palo.

—Pero ¡es mi palo!

Zarpa de Tórtola se sorprendió al ver lo alterado que estaba Glayo, sus ojos echaban chispas y había erizado el pelo del cuello, como si se estuviera enfrentando a un enemigo.

—Si no me lo devuelves de una pieza —continuó el curandero—, te… te…

—Está bien, está bien. Te devolveré tu estúpido palo —gruñó Espinardo —. No te sulfures.

Y echó a correr por el barro con el palo entre los dientes. Las dos aprendizas lo siguieron más despacio, junto a sus mentores. El suelo les abrasaba las patas, y Zarpa de Tórtola intentaba no dejarlas más de un segundo posadas en él. Las almohadillas se le arrugarían antes de llegar al agua.

—¿Crees que a Glayo le está afectando el calor? —le preguntó Zarpa Espinela en un susurro—. Espinardo tiene razón: solo es un palo.

Zarpa de Tórtola se encogió de hombros.

—Tal vez sea cosa de curanderos.

—Sí, pero ¿qué será de nosotros si resulta que nuestro curandero tiene abejas en el cerebro?

Su hermana no respondió. Se acercaban al borde del lago, y aquella parte estaba llena de cadáveres de peces que relucían; casi se ahogó al percibir el olor que emanaban. De repente, el suelo duro se vio reemplazado por un lodo caliente y brillante que se le adhería a las patas. Las zarpas se le hundían más y más a cada paso, y la superficie se estremecía, como si estuviese aguardando ávidamente a que avanzase un poco.

—Quedaos aquí —les ordenó Leonado por encima del hombro.

Ya tenía el pelaje salpicado de fango marrón grisáceo y el pelo de la barriga totalmente enlodado. Un poco más allá, Bayo y Zancudo estaban de barro hasta las ancas.

Los dos guerreros se debatían impotentes, y tenían el pelo de los costados cubierto de limo marrón. Al parecer, estaban hundidos solo hasta la barriga, pero no conseguían aferrarse a nada para salir de allí.

—Me alegro de no compartir guarida con ellos… —le susurró Zarpa de Tórtola a su hermana—. ¡Apestarán a barro y peces muertos toda una luna!

Zarpa Espinela asintió.

—¡Seguro que nadie quiere compartir guarida con ellos hasta que se desprendan de ese tufo!

Mientras su hermana se quedaba mirando cómo Espinardo se acercaba con cuidado a los dos guerreros atrapados, sujetando el palo por un extremo y empujándolo hacia delante para que sus compañeros de clan pudieran agarrarlo, Zarpa Espinela se acercó a un pez muerto que había a un par de zorros de distancia.

En cuanto le acercaron el palo, Bayo hundió las garras en la madera y se izó hasta alcanzar suelo más firme, donde Leonado y Carbonera lo ayudaron a incorporarse del todo.

—¡Qué asco! —exclamó el guerrero tostado mientras se sacudía, haciendo que un montón de gotas pegajosas salieran volando en todas direcciones.

Zarpa de Tórtola retrocedió de un salto para evitar que la salpicara. Mientras tanto, Zancudo había seguido el ejemplo de Bayo, y se estaba agarrando al palo para salir del atolladero. Cuando por fin lo consiguió, se quedó resollando al borde del agujero embarrado.

—Gracias… —le dijo a Espinardo—. La próxima vez procuraré mirar por dónde piso.

Su compañero asintió.

—De nada. Será mejor que regreséis los dos al campamento y os lavéis a fondo.

Zancudo y Bayo se dirigieron penosamente hacia la orilla de guijarros, arrastrando la cola, cabizbajos y dejando un reguero de barro a su paso.

—Bueno, supongo que será mejor que le devuelva el palo a Glayo… —maulló Espinardo—. ¡Si no lo hago, enloquecerá más que un zorro rabioso!

Empezó a caminar hacia la orilla, pero se detuvo al cabo de unos pasos al oír unos aullidos furiosos procedentes de otro punto del lago. Zarpa de Tórtola alzó la vista, alarmada. Un gato moteado de color gris azulado corría hacia ellos, con la cola ondeando en el aire. Cuando agitó los bigotes, la aprendiza captó un olor desconocido, muy parecido al de los peces que había tirados en el barro.

«Debe de pertenecer al Clan del Río», pensó.

Espinardo dejó el palo en el suelo.

—¡Eh, Chubasco! —exclamó—. ¿Qué quieres…?

El guerrero del Clan del Río no le hizo el menor caso, ni a él ni al resto de los gatos que se apiñaban a poca distancia del agujero de barro. Iba derecho hacia Zarpa Espinela, que seguía olfateando el pez muerto con curiosidad.

—¡Ladrona de presas! —bramó—. ¡Deja eso ahora mismo! ¡Los peces son nuestros!

Zarpa Espinela se volvió en redondo con el pelo erizado, y se le dilataron los ojos de pavor al ver que un guerrero adulto del Clan del Río corría hacia ella.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó Carbonera, dando un brinco para interceptar a Chubasco antes de que pudiera atacar a su aprendiza.

Zarpa de Tórtola y Leonado fueron tras ella.

De repente, el guerrero soltó un alarido:

—¡Chubasco, cuidado!

Zarpa de Tórtola se dio cuenta de que el gato del Clan del Río iba directo hacia el agujero de barro. Chubasco estaba tan concentrado en la aprendiza que no pareció oír el aviso de Leonado, y cuando sus veloces patas comenzaron a hundirse en el barro lanzó un grito de miedo y sorpresa. Su cuerpo empezó a hundirse rápidamente hasta la barriga.

—¡Ayuda! —chilló—. ¡Sacadme de aquí!

—¡Te está bien merecido! —le espetó Carbonera, indignada, deteniéndose al borde de la poza y mirando al guerrero, que estaba desesperado—. ¿Es que no ves que no es más que una aprendiza? Hoy es el primer día que sale del campamento.

—Lo siento —se disculpó Zarpa Espinela, acercándose con expresión angustiada—. No pensaba comerme ese pez, de verdad.

—Y no creo que nadie quisiera comérselo —maulló Zarpa de Tórtola, situándose junto a su hermana—. ¡Puaj!

Chubasco no dijo nada. Había caído en una zona del agujero mucho más profunda que la que había atrapado a Bayo y Zancudo, y el lodo le había cubierto ya gran parte de las patas. Sus intentos desesperados por salir solo servían para que se hundiera más.

—Estate quieto —le dijo Leonado—. Te sacaremos de ahí.

Espinardo se acercó con el palo y lo empujó sobre el fango para que Chubasco pudiera clavar las garras en él. Pero el guerrero del Clan del Río no logró aferrarse con la fuerza suficiente para izarse, como si su lucha con el barro hubiera consumido ya todas sus energías. Zarpa de Tórtola presenció la escena apretujándose contra su hermana, con un hormigueo de nervios en el estómago. Aunque ese tal Chubasco había estado a punto de atacar a Zarpa Espinela, no quería ver cómo se ahogaba en ese lodazal.

—Ayuda… ayuda… —pedía el guerrero, con la voz ronca y estirando el cuello para mantener el hocico fuera del lodo.

—Oh, por el Clan Estelar… —masculló Leonado.

Se acercó muy despacio hasta el mismo borde de la poza, tanteando el terreno con las zarpas antes de dar el paso siguiente, y luego se inclinó al máximo para agarrar a Chubasco por el pescuezo. Tiró de él con todas sus fuerzas, y con un sonoro ruido de ventosa el gato del Clan del Río quedó libre del pegajoso barro y cayó de costado, respirando entre jadeos.

—Considérate afortunado —le dijo Espinardo sin la menor compasión—. Y ahora, vuelve a tu territorio. Ni siquiera deberías haber venido a este lado del lago.

Chubasco trató de incorporarse, pero las patas le cedieron y se derrumbó de nuevo en el fango.

—¿Qué vamos a hacer ahora con él? —preguntó Carbonera—. En ese estado, jamás logrará llegar con los suyos.

Leonado suspiró.

—Si el Clan del Río hubiera entrado en razón, nada de esto habría ocurrido. ¿Hay algún compañero suyo por aquí?

—Allí veo a algunos.

Espinardo señaló con la cola, y Zarpa de Tórtola vio a un grupo de gatos del Clan del Río en la distancia, cerca del territorio del Clan de la Sombra. Estaban frente a la patrulla del Clan de la Sombra que habían visto antes dirigiéndose hacia el agua. La aprendiza agitó los bigotes; era evidente que aquellos gatos estaban discutiendo.

—Yo no pienso meterme —maulló Espinardo—. Si vamos hacia allí, terminaremos peleando con el Clan del Río y el Clan de la Sombra a la vez. Venga. —Dio un empujón a Chubasco con una pata—. Te quedarás en nuestro campamento hasta que te encuentres en condiciones de viajar. Está más cerca que tu territorio.

—Gracias —resolló Chubasco.

Se levantó con dificultad, y en esta ocasión consiguió mantenerse derecho.

Leonado se acercó a él para ofrecerle su apoyo.

—Carbonera, ¿vigilas tú a las aprendizas mientras recogen agua? Yo voy a ayudar a Espinardo a llevar a Chubasco al campamento.

—Claro —respondió la guerrera.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando cómo los dos gatos del Clan del Trueno se alejaban por el suelo cuarteado flanqueando al guerrero, que a duras penas se sostenía en pie.

—¡Eh! —exclamó—. ¡No os olvidéis del palo!

Espinardo regresó sacudiendo la cola con irritación.

—No sé qué le debe de pasar a Glayo, pero… —gruñó, recogiendo el palo para llevárselo.

—¿Te encuentras bien, Zarpa Espinela? —le preguntó Carbonera a su aprendiza, mirándola con preocupación.

—Sí, estoy bien… Lamento no haber pensado antes de acercarme al pez. Si no hubiera sido tan estúpida, Chubasco no se habría metido en esa poza.

—¡No ha sido culpa tuya! —protestó Zarpa de Tórtola, indignada—. ¡Él iba a hacer algo horrible!

—Tu hermana tiene razón —maulló Carbonera—. No tenía por qué venir avasallando de esa manera. Bueno, será mejor que recojamos esas bolas de musgo y vayamos a por agua. Me gustaría regresar al campamento lo antes posible para ver qué decide hacer Estrella de Fuego cuando se entere de esto.

4

Leonado se detuvo en el centro del claro y dejó que Chubasco se derrumbara en el suelo, donde se quedó de costado, con las patas dobladas de cualquier manera debajo del cuerpo. El guerrero del Clan del Río estaba hecho un desastre. Con el pelaje pegado a la piel por el barro, se veía claramente lo flaco que estaba, como si no hubiera comido bien en una luna. El joven guerrero del Clan del Trueno no pudo evitar sentir lástima.

«El Clan del Río debe de estar pasándolo realmente mal si sus gatos están dispuestos a pelear por un pez muerto».

Espinardo había subido por las rocas desprendidas hasta la guarida de Estrella de Fuego para hablar con él. Mientras tanto, Leonado se había quedado esperando con Chubasco y Glayo, que se les había unido en la orilla y los había acompañado de regreso al campamento. A Leonado le dolían las patas y estaba muerto de sed. El trayecto desde el lago con el guerrero del Clan del Río apoyado en sus hombros se le había hecho muy largo. El sol ya había llegado casi a lo más alto, y el aire de la hondonada temblaba con el calor. El barro que cubría el pelaje de Chubasco ya se había secado y endurecido.

«Si no nos hubiéramos topado con este problema, ya haría rato que habríamos vuelto con el agua y a estas alturas estaríamos descansando —pensó Leonado—. Hace demasiado calor como para estar yendo arriba y abajo».

Los gatos del Clan del Trueno empezaron a salir de sus guaridas, mirando con curiosidad al guerrero del Clan del Río.

—¿Qué está haciendo ese aquí? —maulló Florina entre dientes.

Acababa de salir de la guarida de los veteranos con una gran bola de musgo usada, y la dejó en el suelo para cruzar el claro y echar un vistazo.

—¿Es nuestro prisionero? —añadió.

—No, ha tenido un accidente —le explicó Leonado—. Regresará al Clan del Río en cuanto se haya recuperado.

—Pues no sé por qué tiene que descansar aquí. —Musaraña había seguido a la aprendiza al exterior, y Rabo Largo y Puma aparecieron también detrás de ella. La anciana olfateó recelosa a Chubasco—. ¡Puaj! ¡Huele a pez podrido!

—¿Y dónde está nuestra agua? —preguntó Puma.

—¿Chubasco está herido? —quiso saber Centella, más compasiva—. Glayo, ¿necesitas que traiga hierbas?

—No, está agotado, es solo eso —respondió el curandero.

Leonado empezó a explicar lo que había ocurrido en el lago, aunque omitió el hecho de que Chubasco había arremetido contra Zarpa Espinela; quería creer que el guerrero del Clan del Río no le habría hecho daño a una aprendiza tan pequeña, y no tenía sentido generar más hostilidad.

—Alguien tendrá que vigilarlo —maulló Zarzoso cuando Leonado concluyó su relato—. No podemos tenerlo dando vueltas por el campamento.

—Me parece que va a tardar un buen rato en empezar a dar vueltas —señaló Tormenta de Arena, moviendo las orejas.

Los comentarios cesaron en cuanto aparecieron Estrella de Fuego y Espinardo, abriéndose paso entre los congregados hasta que se detuvieron ante el guerrero del Clan del Río. Chubasco se incorporó pesadamente para mirar al líder a la cara, y Leonado se dio cuenta de que apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

Estrella de Fuego inclinó la cabeza ante el guerrero mostrándose cortés pero distante.

—Saludos, Chubasco —maulló—. Espinardo me ha contado lo ocurrido.

—Sí, yo… —El guerrero vaciló, como si se ahogara con las palabras—: Estoy muy agradecido por la ayuda que me han prestado tus guerreros…

—Siempre estamos dispuestos a ayudar a un gato que está en problemas, sin importar el clan al que pertenezca —respondió el líder—. Será mejor que te quedes aquí hasta que se ponga el sol, así podrás volver a casa cuando haga menos calor. Leonado te indicará un sitio tranquilo donde descansar.

—Yo lo vigilaré —maulló Zarzoso.

—Buena idea —dijo Estrella de Fuego, mientras varios gatos del Clan del Trueno asentían entre murmullos.

—¿Podríamos darle algo de comer? —preguntó Fronda, mirando compasivamente a Chubasco.

—Si no tenemos bastante ni para nosotros… —le espetó Espinardo, sin esperar a que el líder del clan respondiera—. Estrella de Fuego —añadió—, se me ha ocurrido una idea mientras veníamos hacia aquí. Le hemos salvado la vida a Chubasco. ¿Por qué no sacamos algo de eso?

Estrella de Fuego se lo quedó mirando, desconcertado.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, tenemos a un guerrero del Clan del Río. ¿Por qué no le enviamos un mensaje a Estrella Leopardina y le decimos que solo podrá recuperarlo si nos deja cazar unos cuantos peces?

—¿Qué? ¡No podéis hacer eso! —protestó Chubasco.

—Podemos hacer lo que nos dé la gana, gato sarnoso —replicó Espinardo desenvainando las uñas—. ¿Acaso no crees que merecemos una recompensa por haberte ayudado?

—¡Eso es verdad! —exclamaron algunos gatos.

—¿Es que tienes el cerebro de un ratón? —gruñó Glayo, encarándose a Espinardo—. ¿Para qué queremos nosotros los peces del Clan del Río? ¡Huelen fatal!

Cuando miró a su alrededor, Leonado vio que varios gatos coincidían con Espinardo, a pesar de lo que había dicho Glayo. «¿Por qué no? —pensó—. Estamos pasando hambre suficiente como para llegar a eso». Aun así, la idea de mantener prisionero a un gato de otro clan le provocó un hormigueo de incomodidad.

—¿Tú qué opinas, Estrella de Fuego? —le preguntó Tormenta de Arena en voz baja.

El líder guardó silencio un instante, mientras Chubasco paseaba la mirada por los gatos que se habían reunido allí, como si pudiera leer su destino en sus ojos.

—Yo creo que Espinardo tiene razón. —Zancudo, todavía con barro pegado al pelo, se abrió paso entre sus compañeros—. Quizá eso le enseñe al Clan del Río a mantenerse alejado de nuestro lado del lago.

—Y a dejar de decirles a los demás clanes lo que pueden o no pueden hacer —intervino Nimbo Blanco—. Estrella Leopardina se está adjudicando poderes que no le corresponden.

Fronde Dorado no parecía estar de acuerdo.

—El Clan del Río solo está desesperado —protestó el atigrado—. Este calor…

—¡Aquí también hace calor! —espetó Musaraña.

Zarzoso alzó la cola para exigir silencio a los gatos enfrentados.

—Estrella de Fuego, ¿qué quieres que hagamos?

El líder del Clan del Trueno negó con la cabeza.

—Lo lamento, Espinardo. Sé que quieres lo mejor para el clan, y admito que no me hace gracia rechazar la oportunidad de tener algo de comida extra. Pero no hay nada en el código guerrero que nos permita utilizar a un gato de otro clan para chantajear.

—Exacto —se sumó a él Esquiruela, colocándose junto a su padre—. Si hiciéramos algo así, solo estaríamos empeorando las cosas.

Espinardo abrió la boca para protestar, pero luego volvió a cerrarla y se encogió de hombros.

—Lo que tú digas, Estrella de Fuego —masculló.

—Zarzoso, muéstrale a Chubasco dónde puede descansar —le ordenó el líder al lugarteniente—. Después, cuando refresque un poco, organiza una patrulla para que lo escolte de vuelta al Clan del Río.

Leonado trepó a la sombra de una roca y consiguió echar una cabezada. Tuvo unos sueños oscuros y confusos, y cuando se despertó se sintió casi tan cansado como al acostarse.

El cielo estaba ya veteado de escarlata y las sombras se extendían por el claro cuando se dirigió hacia el paupérrimo montón de la carne fresca. El calor abrasador del mediodía había cedido un poco, pero el aire seguía siendo denso y viciado.

«Podría reunir a unos cuantos gatos y formar una patrulla de caza…».

—¡Eh, Leonado!

El joven guerrero se volvió en redondo al oír la voz de Zarzoso. El lugarteniente del clan iba hacia él, con Chubasco detrás, que avanzaba más despacio. El gato del Clan del Río andaba con paso firme, pero seguía pareciendo exhausto.

—Voy a acompañar a Chubasco a su territorio —le explicó Zarzoso cuando llegó a su lado—. Me gustaría que tú también vinieras.

—Claro. ¿Puedo avisar a Zarpa de Tórtola? Creo que sería una buena experiencia para ella.

Zarzoso no puso impedimento alguno. Leonado miró a su alrededor y localizó a su aprendiza delante de su nueva guarida, al lado de Zarpa Espinela y Carbonera. Cuando hizo una señal con la cola, las tres se acercaron a él a toda prisa.

Mientras tanto, Zarzoso había entrado en la guarida de los guerreros, de donde salió con Fronde Dorado y Acedera. Leonado reparó en que el lugarteniente no había escogido a ninguno de los gatos que querían retener a Chubasco como rehén a cambio de que el Clan del Río les permitiera cazar peces.

—Nos vamos al Clan del Río con Chubasco —le contó Leonado a Zarpa de Tórtola.

—¡Genial! —La aprendiza dio un saltito de alegría—. Voy a ver otros territorios.

—¿Y nosotras? —preguntó Zarpa Espinela, mirando a Carbonera con desilusión.

—Lo siento, pero no podemos ir —respondió su mentora—. Tenéis que acostumbraros a llevar a cabo vuestras tareas por separado —le explicó a su alicaída aprendiza—. Pero iremos al claro de entrenamiento y te enseñaré tus primeros movimientos de combate.

—¡Genial! —Zarpa Espinela se animó al instante, y sus ojos centellearon de emoción—. Zarpa de Tórtola, ¡cuando vuelvas, te aplastaré!

Su hermana le dio en el hocico con la punta de la cola.

—Me gustará ver cómo lo intentas.

Zarzoso reunió a su patrulla y echó a andar hacia el túnel de espinos. En cuanto se internaron en el bosque, Leonado advirtió que se dirigían al territorio del Clan de la Sombra.

—¿No sería más seguro ir por el otro lado y pasar junto al Clan del Viento? —sugirió.

Zarzoso lo miró con sus ojos de color ámbar.

—Ya lo he pensado… —respondió—. Pero últimamente hemos tenido demasiados problemas con el Clan del Viento. Además, esa ruta es más larga, y no estoy seguro de que Chubasco aguante mucho. Creo que será mejor que atajemos por el barro y permanezcamos entre lo que queda del lago y el territorio del Clan de la Sombra.

—Espero que tengas razón —murmuró Leonado.

Salieron de entre los árboles, no muy lejos del arroyo que marcaba la frontera con el Clan de la Sombra. Leonado se quedó mirando, abatido, el lodo del cauce.

—Este arroyo solía estar lleno hasta el borde —le contó a Zarpa de Tórtola cuando la aprendiza se asomó con curiosidad a la cuenca vacía—. El agua fluía constantemente hasta el lago, pero ya no baja casi nada.

—¿Por eso ha encogido el lago? —preguntó la gatita, ladeando la cabeza.

—En parte.

—¿Y por qué ha desaparecido el arroyo?

—Nadie lo sabe. Supongo que por el calor.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando arroyo arriba, hacia donde el cauce se curvaba, oculto bajo unas matas de helechos marchitos. Le temblaban los bigotes y no dejó de flexionar las garras.

—No hay nada que podamos hacer —le dijo Leonado—. Será mejor que sigamos.

Zarpa de Tórtola pegó un brinco, como si su mentor la hubiera sobresaltado, aunque este no entendió por qué se había quedado tan absorta.

—¿Qué te ha…? —empezó el guerrero, pero entonces lo interrumpió un alarido.

—¡Leonado! ¿Vienes de patrulla o no?

Zarzoso había guiado a los demás gatos hasta la zona desecada del lago, donde se había detenido para llamar a Leonado por encima del hombro.

—¡Lo siento! —respondió el joven guerrero, y echó a correr sobre el duro barro marrón para alcanzarlos—. No te separes de mí —le dijo a Zarpa de Tórtola—. Y si nos encontramos con guerreros del Clan de la Sombra, deja que Zarzoso se ocupe.

—¿Y si nos atacan? —La aprendiza parecía más emocionada que asustada.

—No creo que lo hagan. Pero, si lo hacen —le advirtió—, mantente al margen. Siempre que sea posible, claro. No estás entrenada, y un guerrero del Clan de la Sombra te haría papilla de un solo zarpazo.

—No lo creo —masculló Zarpa de Tórtola apretando los dientes, y justo lo bastante alto para que solo la oyera su mentor.

Leonado no se lo recriminó. Recordaba perfectamente cómo se sentía él cuando era un aprendiz, desesperado por demostrar su valía y por aprender todas las habilidades de los guerreros. Le caía bien aquella joven gata; era valiente y curiosa, y estaba seguro de que aprendería rápido.

«¿Eres tú la tercera? —se preguntó, viendo cómo avanzaba resuelta sobre el barro, mirando a un lado y a otro, alerta por si se acercaba una patrulla del Clan de la Sombra—. ¿O es tu hermana? Ojalá el Clan Estelar nos envíe pronto una señal…».

Para su alivio, no se encontraron con ninguna patrulla del clan vecino mientras atravesaban la extensión de barro. Leonado tenía la sensación extraña de que desde la vegetación de la ribera lo observaban unos ojos hostiles, pero ningún gato los interceptó.

La última luz del sol empezaba a desvanecerse por el horizonte, y la luna se había alzado por encima de los árboles, cuando la patrulla llegó al borde del territorio del Clan del Río.

—Ve tú delante ahora —le dijo Zarzoso a Chubasco—. Condúcenos a vuestro campamento.

—No hay necesidad de que os acerquéis a nuestro campamento —replicó Chubasco, sonando un poco más beligerante ahora que se hallaba en su territorio—. A partir de aquí puedo seguir solo.

—Quiero que Estrella Leopardina escuche nuestra versión de la historia —repuso Zarzoso, con un leve temblor en la punta de la cola que revelaba su irritación—. Y si nos ofrece algunos peces a cambio de haber cuidado de ti, no le diremos que no.

—No tenemos presas para compartir con los demás clanes —le soltó Chubasco mientras echaba a andar hacia su territorio, subiendo por la ribera.

Los gatos del Clan del Río tenían el campamento en una porción de tierra situada entre dos arroyos. Habitualmente, el nivel del agua era alto, pero ahora la tierra estaba seca del todo. La lozana vegetación que solía ribetear los arroyos se había marchitado y secado, dejando a la vista un suelo duro y cuarteado por el sol. El olor a plantas y peces en descomposición colmaba el aire como si fuera humo.

Leonado sintió un escalofrío. Estaban entrando en el territorio de otro clan, y aunque tenían una buena razón para hacerlo, los miembros del Clan del Río podrían no verlo así.

—¿Nos echarán? —le preguntó Zarpa de Tórtola en un susurro.

Leonado soltó un respingo. Había hecho todo lo posible por ocultarle sus preocupaciones a su aprendiza y no esperaba que ella fuese tan perspicaz.

—Es posible —le respondió, susurrando también—. Si hay algún problema, quédate junto a mí. Y mantén los ojos y los oídos bien alerta.

Poco después, cuando Chubasco guiaba ya a la patrulla del Clan del Trueno por el lecho seco del arroyo para subir por la ribera del otro lado, una gata gris salió de entre la vegetación. La ansiedad de Leonado se relajó un poco al ver que se trataba de Vaharina, la lugarteniente del Clan del Río. Vaharina era una gata razonable que en el pasado había tenido una relación de amistad con el Clan del Trueno.

En el tono de la guerrera, sin embargo, no hubo nada de amistoso cuando se dirigió a la patrulla.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó con brusquedad—. ¿Y qué le ha ocurrido a Chubasco?

—Me han retenido en su campamento… —empezó él.

—Hemos permitido que se quedase con nosotros —lo interrumpió Zarzoso—. Leonado y Espinardo lo rescataron de una poza de barro que había al borde del lago. De no ser por mis guerreros, a estas alturas Chubasco estaría cazando con el Clan Estelar.

—¿Es eso cierto? —le preguntó Vaharina a Chubasco.

El gato del Clan del Río bajó la cabeza.

—Sí. Y les estoy agradecido. Pero luego han dicho que no me dejarían volver a menos que Estrella Leopardina les diera unos cuantos peces.

—¿En serio? —Vaharina agitó las orejas, volviéndose inquisitiva hacia Zarzoso.

—Lo hemos debatido, es cierto —admitió el lugarteniente, un poco azorado—. Pero Estrella de Fuego ha dicho que eso supondría quebrantar el código guerrero. Así que hemos dejado que Chubasco descansara durante la parte más calurosa del día, y ahora lo hemos acompañado hasta aquí. ¿Podríamos hablar con Estrella Leopardina? —preguntó educadamente.

—Está ocupada —respondió Vaharina en un tono tan insólitamente brusco que Leonado se preguntó si estaría ocultando algo—. Os agradezco vuestra ayuda —continuó—, y si tuviéramos peces de sobra, os ofreceríamos unos cuantos, pero no es el caso.

Los dos lugartenientes se quedaron inmóviles unos segundos, mirándose a los ojos. Leonado imaginó que Zarzoso estaría sopesando si debía insistir en ver a Estrella Leopardina. «Venga, Zarzoso —le dijo para sí—. No vas a vencer en una discusión, ni en una pelea, justo aquí, ¡en el mismísimo campamento del Clan del Río!».

Junto a él, Zarpa de Tórtola tenía las orejas plantadas y los bigotes alerta. Su brillante mirada parecía atravesar la vegetación y alcanzar el centro del campamento del Clan del Río.

«Ojalá Zarpa de Tórtola pudiera ver lo que está pasando —pensó Leonado —. Hay algo que el Clan del Río no quiere que sepamos».

Al final, Zarzoso inclinó la cabeza.

—Entonces nos despedimos, Vaharina. Por favor, transmítele a Estrella Leopardina los respetos de Estrella de Fuego. Y que el Clan Estelar ilumine tu camino.

La gata pareció aliviada.

—Y también el tuyo, Zarzoso —respondió—. Gracias por ayudar a nuestro guerrero.

Tras hacerle una señal a Chubasco, dio media vuelta y desapareció entre la maleza en dirección al campamento. Chubasco les dedicó un gesto incómodo a los gatos del Clan del Trueno, y luego, aunque a regañadientes, masculló:

—Gracias.

Dicho eso, siguió a Vaharina.

—¡Vaya! —exclamó Acedera—. Podría haber sonado un poco más agradecido. Cualquiera diría que le hemos arrancado la cola.

Zarzoso se encogió de hombros.

—A nadie le gusta admitir que necesita la ayuda de otro clan. Vamos.

La patrulla cruzó de nuevo el arroyo seco y se dirigió al trote hacia la frontera. Fronde Dorado y Acedera caminaban al lado de Zarzoso, seguidos de Leonado y Zarpa de Tórtola, que iban mirando por encima del hombro para asegurarse de que ningún gato del Clan del Río los perseguía.

—Leonado —maulló la pequeña resollando, mientras sus cortas patas se esforzaban por mantener el ritmo—, ¿esa gata de pelo gris es la lugarteniente del Clan del Río?

—Sí, se llama Vaharina. Es una gran gata.

—Estaba muy preocupada, ¿verdad?

A Leonado lo sorprendió un poco el comentario de su aprendiza. En efecto, creía que Vaharina les estaba ocultando algo, pero no habría dicho que estuviera preocupada.

—A todos nos preocupan la sequía y la escasez de presas —respondió.

Zarpa de Tórtola negó con la cabeza.

—No, creo que hay algo más. Creo que está preocupada por la gata enferma.

Leonado se detuvo al borde del fondo embarrado del lago y se volvió a mirar a su aprendiza.

—¿Qué gata enferma?

—En el campamento del Clan del Río hay una gata que está muy enferma —maulló la joven; sus ojos verde claro se habían dilatado por el asombro—. ¿Tú no te has dado cuenta?

5

Zarpa de Tórtola se despertó al notar que una pata le daba un toquecito en la oreja. Todavía con los ojos cerrados, le dio un manotazo, irritada.

—¡Déjame en paz, Zarpa Espinela! Necesito dormir.

Había pasado casi una luna desde su ceremonia de nombramiento, y el día anterior sus mentores les habían hecho la primera evaluación en el extremo más distante del territorio. Zarpa de Tórtola no recordaba haber estado tan cansada en su vida. Nunca había sido consciente de lo estresante que podía llegar a ser que unos ojos invisibles vigilaran todos y cada uno de tus movimientos.

La pata volvió a golpearla, también suavemente esta vez, pero desenvainando un poco las uñas.

Zarpa de Tórtola abrió los ojos de repente.

—Zarpa Espinela, como no dejes de incordiarme, te voy a…

Se interrumpió y abrió los ojos como platos. Ante ella había una gata a la que no conocía, tenía el pelo gris y enmarañado, y los ojos de color ámbar. La boca entreabierta en un leve gruñido dejaba a la vista dos hileras de dientes torcidos.

Zarpa de Tórtola se agazapó de un salto, preparada para atacar a aquella desconocida que había conseguido colarse en el campamento del Clan del Trueno.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —gruñó, esforzándose por mantener la voz firme.

—Te quiero a ti —respondió la gata.

Luchando por no dejarse llevar por el pánico, Zarpa de Tórtola miró a su alrededor. A la luz de la luna que se filtraba entre los helechos que cubrían la entrada de la guarida de los aprendices, vio a Zarpa Espinela y a sus demás compañeros ovillados y dormidos.

—¡Zarpa Espinela! —exclamó, dándole un fuerte empujón a su hermana —. ¡Despierta! ¡Ayúdame!

Su hermana no se movió, y Zarpa de Tórtola se volvió de nuevo hacia la intrusa, notando cómo su miedo daba paso a la furia.

—¿Qué le has hecho?

—Nada —respondió la gata gris, con un destello de irritación en sus ojos ámbar—. Ahora, haz lo que te digo y sígueme.

Zarpa de Tórtola quiso preguntarle por qué debería hacer nada de lo que ella le dijera, pero algo la impulsó a salir de la guarida de los aprendices. El claro estaba en silencio bajo la luz de la luna, y las sombras eran negras contra las paredes plateadas. Tordo, que montaba guardia en la entrada del campamento, estaba tan quieto que parecía de piedra, y no movió ni un bigote cuando la misteriosa gata guio a Zarpa de Tórtola hacia el bosque.

«Esto es muy raro —pensó la aprendiza—. ¿Qué me está pasando?». Ni siquiera el bosque le resultaba familiar. La vegetación escasa y marchita volvía a ser verde y vigorosa, y notaba la hierba fresca bajo las patas.

—¿Adónde vamos? —preguntó al tiempo que tropezaba con una rama caída que quedaba oculta por la sombra de un zarzal—. No debería haber salido del campamento de noche. Me meteré en problemas si…

—Deja de quejarte —le espetó la gata gris—. Enseguida lo descubrirás.

Condujo a Zarpa de Tórtola entre los árboles. Poco a poco, la vegetación fue reduciéndose y la luz de la luna se hizo más intensa. Una brisa fresca comenzó a soplar, arrastrando olor a agua. Zarpa de Tórtola se detuvo un instante, dejando que la brisa le alborotara el pelo y disfrutando de su frescura después de tantos días de calor implacable.

—Venga.

La desconocida se había detenido debajo de un árbol, a unos pocos zorros de distancia.

—Ven a ver esto.

Zarpa de Tórtola corrió a su lado y se quedó pasmada. Los árboles daban paso a una franja de hierba áspera; más allá, hasta donde alcanzaba la vista, había una extensión de agua. Su superficie se veía plateada a la luz de la luna. Oyó el chapoteo suave de las olas, tan rítmico como los lametazos de una reina a su cachorro.

—Esto… ¡esto es el lago! —tartamudeó—. Pero… ¡está lleno hasta arriba! Nunca había visto tanta agua. ¿Estoy soñando?

—¡Por fin! —bufó con ironía la vieja gata—. ¿Es que hoy en día a los aprendices os llenan la cabeza de vilano de cardo? Pues claro que estás

soñando.

Por primera vez, Zarpa de Tórtola reparó en el tenue resplandor de luz estelar que ribeteaba las patas de la desconocida.

—Eres… eres del Clan Estelar… —susurró.

—Sí. Y una vez fui miembro de tu clan.

—Entonces, ¿puedes hacer algo para ayudarnos? —preguntó la aprendiza, con la voz temblorosa por el miedo y la emoción—. Lo estamos pasando muy mal…

—Los clanes lo pasan mal todas las estaciones. El código guerrero no promete una vida fácil. Habrá muchas discusiones y peleas…

—¿Peleas? —la interrumpió Zarpa de Tórtola, horrorizada. Luego se tapó la boca con la cola—. Lo siento —masculló.

—En todas las generaciones se derrama sangre —continuó la guerrera estelar.

Su mirada se ablandó, y Zarpa de Tórtola percibió una gran bondad detrás de aquella fachada áspera.

—Sin embargo, al igual que el sol sale siempre, siempre hay esperanza.

Su figura comenzó a difuminarse. Zarpa de Tórtola vio el agua plateada del lago a través del pelaje gris de la gata.

—¡Espera, no te vayas! —le suplicó.

La desconocida se fue desdibujando hasta que quedó en poco más que una voluta de humo, y luego desapareció del todo. A medida que se iba desvaneciendo, Zarpa de Tórtola creyó oír su voz una última vez, susurrándole bajito, al oído: «Después del arrendajo, de vista aguda, y del rugiente león, la paz llegará sobre la suave ala de una tórtola».

Zarpa de Tórtola se despertó agitada, con el corazón desbocado, y se levantó de un salto con un movimiento veloz. «¡Estoy aquí, en mi guarida! Así que ha sido un sueño…». La luz del amanecer se colaba entre los helechos de la entrada, y oyó que algunos gatos se llamaban en el claro, preparándose para la patrulla del alba.

A su lado, Zarpa Espinela agitó una oreja y abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —masculló, con la voz pastosa por el sueño—. ¿Por qué saltas de esa manera?

—¿Te das cuenta de que me has llenado de musgo? —maulló Abejorro a sus espaldas, irritado.

—¡Lo siento! —se disculpó Zarpa de Tórtola.

Llevaba casi una luna durmiendo en la guarida de los aprendices, pero aún no se había acostumbrado a lo llena que estaba.

El sueño empezaba a deshacerse en fragmentos, que se fueron volando como hojas cuando ella intentó recordarlos. «Había una gata vieja y gris… una guerrera del Clan Estelar. Y el lago volvía a estar lleno…». Notó que las patas le pesaban por el cansancio y que tenía las almohadillas magulladas, como si de verdad hubiera ido al lago y vuelto al campamento en mitad de la noche. «¡Eso es ridículo! Solo ha sido un sueño».

En el sueño, sin embargo, había pasado algo importante. La guerrera del Clan Estelar le había dado un mensaje. Zarpa de Tórtola clavó las garras profundamente en el musgo de su lecho, intentando recordar sus palabras, pero no lo consiguió. Soltó un pequeño resoplido, medio divertida y medio fastidiada. «¿Quién te crees que eres? —se dijo—. ¿Una curandera? ¿Por qué vendría una guerrera del Clan Estelar a darte un mensaje a ti?».

Abriendo la boca en un gran bostezo, se sacudió aquel sueño de la cabeza y salió al claro. El cielo estaba despejándose más y más a medida que el sol ascendía. Las primeras patrullas ya se habían marchado, y durante unos segundos Zarpa de Tórtola localizó el rastro de Fronde Dorado y Acedera, que estaban acechando presas cerca del arroyo que marcaba la frontera con el Clan de la Sombra. Plantando las orejas, oyó cómo Acedera saltaba sobre una ardilla que había intentado escapar trepando a un árbol, y cómo Fronde Dorado se acercaba a tocarle la oreja con la nariz.

—Buena caza, Acedera —murmuró el guerrero.

«Será mejor que no siga escuchando…», se dijo la pequeña, cerrando los oídos al ronroneo amoroso de Acedera y centrando su atención en un par de estorninos que disputaban ruidosamente entre las ramas del árbol muerto. Dejó que sus sentidos recorrieran el territorio y captó un alarido de dolor en la patrulla del alba, que se encontraba junto a la frontera del Clan del Viento, y luego la voz de Bayo:

—¡He pisado un cardo!

Zarpa de Tórtola soltó un ronroneo de risa al imaginarse al guerrero tostado brincando indignado a tres patas, mientras intentaba sacarse los pinchos con los dientes. Conociendo a Bayo, seguro que le echaba la culpa al cardo.

—¡Por el gran Clan Estelar! —Manto Polvoroso sonó furioso y frustrado —. ¿Por qué no te sientas y dejas que alguien te ayude? Rosada, échale una mano, o nos pasaremos el día aquí.

—Solo es otro día más en el Clan del Trueno —susurró Zarpa de Tórtola para sí.

«¿Y qué hay de tu sueño?», pareció decirle una voz en su cabeza.

—¿Qué pasa con él? —masculló la aprendiza, volviendo a relegar el recuerdo con firmeza.

Entró de nuevo en la guarida para clavarle una uña a Zarpa Espinela en el costado.

—¡Despierta, gandula! Vamos a buscar a Carbonera y Leonado, a ver si nos llevan a cazar.

Zarpa de Tórtola sintió que un cosquilleo de satisfacción la recorría desde las orejas hasta la punta de la cola cuando llevó sus presas —un ratón y un mirlo — al montón de la carne fresca y las depositó delante de los guerreros que había por allí.

—Eh, buena caza —maulló Látigo Gris, apartando la vista del campañol que estaba compartiendo con Mili, su pareja—. A este ritmo, serás una de las mejores cazadoras del clan.

—Y eso que hace menos de una luna que es aprendiza —intervino Leonado, acercándose a dejar sus propias capturas en el montón—. Parece saber qué va a hacer la presa antes que la presa misma.

Candeal, que estaba compartiendo lenguas con Betulón a poca distancia, soltó un ronroneo de aprobación.

—Muy bien. Me alegro de saber que estás trabajando duro.

Zarpa de Tórtola empezó a sentir vergüenza.

—No soy tan buena… —protestó tras dejar sus piezas.

No le gustaba que la alabaran demasiado delante de Zarpa Espinela, que solo había conseguido cazar una musaraña.

—Tengo un gran mentor, eso es todo.

Luego volvió a arder de vergüenza al pensar que alguien pudiera creer que estaba criticando a Carbonera. La guerrera gris no pareció advertir nada al ir a dejar sus presas junto con Zarpa Espinela, aunque esta le lanzó una mirada de envidia a su hermana.

—No te disgustes —le susurró Zarpa de Tórtola—. Solo ha sido mala suerte que se te escapara esa ardilla.

Su hermana se encogió de hombros, enfadada.

—La mala suerte no llena las barrigas.

—Podéis comeros una pieza cada una —les dijo Carbonera—. Esta mañana habéis trabajado muy duro.

—¡Gracias!

Zarpa de Tórtola escogió un campañol y, después de vacilar, Zarpa Espinela se quedó con su musaraña. Zarpa de Tórtola se dio cuenta de lo hambrienta que estaba su hermana, pero también de que no quería tomar más de lo que había logrado aportar.

Ella también tenía mucha hambre, pero cuando se sentó para comerse el campañol procuró no zampárselo en un par de bocados. El sol se alzaba ya por encima de las copas de los árboles y sus rayos caían sobre el claro sin piedad, así que no habría más presas hasta que llegara el atardecer.

—No sé cuánto tiempo durará esta sequía… —suspiró Mili, terminándose el último trozo del ratón que había escogido y pasándose la lengua por el hocico—. ¿Cuántos días más pasaremos sin lluvia?

—Solo el Clan Estelar lo sabe —maulló Látigo Gris, tocando el lomo de su compañera con la cola, en un gesto de consuelo.

—Entonces ¡el Clan Estelar debería hacer algo! —exclamó Zancudo, alzando la vista hacia ellos desde el otro lado del montón de la carne fresca, donde estaba con Pinta y Ratonero—. ¿Acaso nuestros antepasados esperan que sobrevivamos sin agua?

—Apenas queda nada en el lago —comentó Pinta, afligida—. Y el arroyo que nos separa del Clan de la Sombra se ha secado del todo.

—Pero ¿cómo es posible que no quede agua? —preguntó Ratonero, agitando las orejas con irritación.

Zarpa de Tórtola hizo una pausa, desconcertada, antes de dar otro mordisco a su campañol.

—¿No sabéis por qué se ha secado el arroyo? —maulló—. Pensaba que era por los animales marrones que lo bloquean.

Zancudo se quedó mirándola.

—¿Qué animales marrones?

Zarpa de Tórtola engulló su bocado.

—Los que arrastran troncos y ramas al arroyo.

Cuando miró a su alrededor se dio cuenta de que todos los gatos que había cerca del montón de la carne fresca tenían los ojos clavados en ella. De repente, el campañol que acababa de comerse pareció que se revolvía en su estómago. «¿Por qué están tan sorprendidos?».

El silencio pareció prolongarse durante una estación entera. Finalmente, Leonado se acercó a ella:

—Zarpa de Tórtola, ¿de qué estás hablando? —preguntó en voz baja.

—De… de esos animales grandes y marrones —tartamudeó ella—. Están construyendo una barrera en el arroyo, como nuestro túnel de espinos, el que protege la entrada del campamento. Eso impide que el agua fluya. Y hay Dos Patas observándolos.

—¡Dos Patas! —Ratonero soltó un resoplido de risa—. ¿Es que también les han salido alas y vuelan?

—¡No seas bobo! —le soltó Zarpa de Tórtola—. Vigilan a los animales y los enfocan con… con unas cosas de los Dos Patas. A lo mejor los animales están bloqueando el río porque los Dos Patas les han pedido que lo hagan.

—Y a lo mejor los erizos vuelan —replicó Zancudo con un suspiro—. Leonado, en serio, deberías decirle a tu aprendiza que no se invente esa clase de cosas. No tienen ninguna gracia, con todo lo que estamos sufriendo…

—Zancudo tiene razón —maulló Candeal; su cara de aprobación había cambiado, y ahora parecía un poco avergonzado y molesto—. Zarpa de Tórtola, ¿qué te pasa? Eso puede parecerte divertido para entretenerte con tu hermana, pero no es el tipo de cosas que deberías inventarte delante de todos tus compañeros de clan.

La aprendiza dio un salto con un arrebato de rabia, olvidándose del resto del campañol.

—¡No es un juego! ¡Y no me lo estoy inventando! Yo no miento.

—Pues yo no sé de qué estás hablando —le espetó Zancudo—. ¿Dos Patas y animales grandes y marrones? Suena a cuento para cachorros.

—Pero ¿es que no los oís? —les preguntó Zarpa de Tórtola.

Los demás la miraron desconcertados, y a ella le costó aguantar su mirada.

—No seas tan estricto con ella… —Látigo Gris le hizo un gesto con la cola a Zancudo—. Todos hemos jugado a esas cosas cuando éramos aprendices.

—Puede que esté confundida —añadió Mili con dulzura—. Podría ser por el calor. ¿Lo has soñado? —le preguntó a Zarpa de Tórtola.

—¡Ni lo he soñado ni es un juego!

La aprendiza notó que su enfado estaba transformándose en inquietud, y empezó a amasar el suelo con las zarpas. «¿Por qué fingen que no saben nada del arroyo?».

—Venga —dijo Pinta, desperezándose—. Vamos a buscar un sitio con sombra donde dormir. A lo mejor soñamos todos con animales grandes y marrones.

Y se dirigió al lindero del claro, seguida de Zancudo y Ratonero. Betulón bordeó el montón de la carne fresca para detenerse delante de Zarpa de Tórtola con expresión seria.

—Si te estás inventando cosas para divertirte, déjalo ya y discúlpate —maulló—. Si no te encuentras bien, ve a pedirle unas hierbas a Glayo. Pero basta de molestar a los guerreros. Tienen mejores cosas que hacer que escuchar cuentos infantiles.

—¡No es un cuento infantil!

Zarpa de Tórtola estaba a punto de ponerse a gemir como una cachorrita perdida. «¡Incluso mi propio padre se pone de su parte!».

Betulón intercambió una mirada con Leonado y luego se alejó con Candeal. Látigo Gris y Mili entraron en la guarida de los guerreros, y Carbonera se incorporó.

—Descansa un rato, Zarpa Espinela. Más tarde, cuando haga un poco más de fresco, te llevaré a practicar movimientos de combate.

—Gracias —maulló la aprendiza, observando cómo su mentora seguía a los demás guerreros. Luego le dio un fuerte empujón a su hermana—. ¡Deja ya de alardear!

Zarpa de Tórtola se la quedó mirando como si no pudiera creer lo que acababa de oír.

—Pero, Zarpa Espinela, tú…

—Solo lo estás haciendo para llamar la atención —bufó, y sin dejarla responder, desapareció en la guarida de los aprendices.

Zarpa de Tórtola se quedó sentada junto al montón de la carne fresca, cabizbaja, sintiéndose completamente abatida. Todos los gatos del clan la habían tratado como si fuera una cachorrita tonta solo porque conocía la existencia de los animales marrones. «¿Por qué fingen que ellos no lo saben?». Leonado estaba junto a ella cuando los oyó arroyo arriba desde la frontera con el Clan de la Sombra. Estaba segura de que también él los había oído… ¿Acaso era un gran secreto que se suponía que los aprendices no podían saber? «¡En ese caso, Leonado no debería haberme llevado a ese arroyo seco!».

En ese momento, notó el roce leve de un hocico en la oreja. Cuando alzó la cabeza, vio que su mentor la estaba observando; su mirada ámbar le resultó indescifrable.

—Sígueme —le dijo el guerrero.

6

Zarpa de Tórtola siguió a Leonado hasta el claro que había justo al salir del campamento, al otro lado del túnel de espinos. «¿Él también está enfadado conmigo?», se preguntó la aprendiza.

Su mentor se detuvo a la sombra de un avellano, en el lindero del claro, y se volvió hacia la joven.

—Cuéntame qué oyes en este mismo momento —maulló.

Zarpa de Tórtola lo miró sorprendida. ¿Aquel era su castigo?

—El chapoteo de olas en la orilla del lago… —empezó—. Y a la patrulla del alba, que ya está de regreso. —Y animándose un poco, añadió—: Bayo ha pisado un cardo, y ha intentado mantener el equilibrio sobre tres patas mientras se sacaba los pinchos con los dientes.

—¿Ahora? —murmuró Leonado—. ¿Dónde ha sucedido eso?

—Bueno, hace un rato… En la frontera con el Clan del Viento, cerca de los pasaderos para cruzar el arroyo.

Mientras estaba diciendo eso, los helechos del otro lado del claro se separaron y apareció Manto Polvoroso al frente de su patrulla, formada por Rosada, Raposo y Bayo; el guerrero tostado iba cojeando.

—¡Eh, Bayo! —lo llamó Leonado—. ¿Qué te ha pasado?

En vez de responder, Bayo soltó un suspiro profundo.

—Ha pisado un cardo —maulló Manto Polvoroso—. Cualquiera diría que es el primer gato en clavarse un pincho en la almohadilla.

Leonado guardó silencio hasta que la patrulla desapareció por el túnel de espinos. Luego se volvió hacia Zarpa de Tórtola, que sintió un hormigueo por todo el cuerpo ante la intensa mirada de su mentor.

—Espera aquí —le ordenó.

Zarpa de Tórtola se sentó mientras el guerrero cruzaba el claro para seguir a la patrulla por el túnel de espinos. La aprendiza sintió que se le revolvía el

estómago. «¡No entiendo qué está pasando!».

Poco después, Leonado volvió a aparecer, y la joven se puso tensa al ver que iba acompañado de Glayo. «¿Es que Leonado también cree que estoy enferma? ¿Por qué ha ido a buscar a nuestro curandero?».

—Más te vale que esto sea importante —rezongó Glayo mientras cruzaba el claro junto a su hermano—. Me has pillado preparando una cataplasma de milenrama que debo…

—Es importante —lo cortó el guerrero, deteniéndose ante Zarpa de Tórtola—. Creo que ella es la que esperamos.

—¡¿La que qué?! —La voz de la pequeña aprendiza sonó como un chillido agudo debido al nerviosismo—. ¡No habléis de mí como si yo no estuviera!

Leonado la ignoró por completo.

—Zarpa de Tórtola oye cosas —le explicó a su hermano—. No del Clan Estelar. Me refiero a cosas que están a mucha distancia. —Y volviéndose hacia su aprendiza, añadió—: Cuéntale a Glayo lo de los animales marrones que bloquean el arroyo.

De mala gana, Zarpa de Tórtola repitió la historia que les había contado a sus compañeros de clan junto al montón de la carne fresca. Al terminar, esperó a que Glayo se burlara de ella, como los demás. «¿Por qué Leonado está haciéndome pasar por esto otra vez?».

Glayo se la quedó mirando, pero no dijo nada, cuando habló fue para dirigirse a Leonado.

—¿Crees que dice la verdad?

Zarpa de Tórtola sintió una frustración enorme. Antes de que su mentor pudiera responder, la pequeña aprendiza dio un salto y se encaró al curandero.

—¡No entiendo por qué todo el mundo cree que me lo estoy inventando! Hay unos animales bloqueando el arroyo, ¿es que vais a decirme que vosotros no los oís?

Glayo le contestó con otra pregunta:

—¿Solo los oyes?

La aprendiza negó con la cabeza, pero luego recordó que el curandero no podía ver.

—No, también sé cómo son… —No sabía explicarlo—. Es decir, en realidad no puedo verlos como si los tuviera delante, pero… bueno, sé qué aspecto tienen. Son marrones, de pelo duro y cola plana. Ah, y sus dientes delanteros son muy grandes, y los usan para cortar árboles y ramas.

—También ha visto que Bayo pisaba un cardo —comentó Leonado—. Pero cuando él estaba en el otro extremo del territorio, en la frontera con el Clan del Viento.

Glayo agitó los bigotes.

—Vale, Zarpa de Tórtola, así que has visto y oído a Bayo. ¿Algo más? ¿Has percibido su dolor?

—No —respondió ella—. Pero lo he visto trastabillar, y he oído que se quejaba porque los pinchos se le habían clavado en la zarpa… Y he visto también que estaba intentando sacárselos con los dientes.

—Eso no me suena a mensaje del Clan Estelar. —El curandero se volvió hacia su hermano—. Es más como… bueno, como si Zarpa de Tórtola pudiera ver y oír cosas que otros gatos no pueden.

—Tenemos que ponerla a prueba —maulló Leonado.

—¿Queréis decir que soy distinta de los demás? —preguntó la aprendiza, con la cabeza dándole vueltas.

«¿Acaso no son conscientes todos los gatos de lo que sucede en su territorio? ¿Cómo pueden entonces saber cuándo se avecinaban problemas?». Sintió que se le erizaba todo el pelo por el miedo, desde la cabeza hasta la cola.

—¿Es que… me pasa algo malo?

—No —le aseguró Leonado, tocándola con la punta de la cola en un gesto tranquilizador—. Lo que significa es que… bueno, que eres especial.

—¿Zarpa Espinela percibe las mismas cosas que tú? —quiso saber Glayo.

La aprendiza se encogió de hombros.

—Nunca hemos hablado de eso, pero… quizá no.

Cuando se detuvo a pensarlo, se dio cuenta de que siempre era ella la que mencionaba cosas que sucedían en lugares remotos, no su hermana. Una sensación de miedo se retorció en su estómago. «Yo creía que todos los gatos podían ver y oír como yo. ¡No quiero ser la única!».

—Tenemos que ponerla a prueba —insistió Leonado, y al ver que a la joven gata se le empezaba a erizar el pelo otra vez, añadió—: ¿Te parece bien, Zarpa de Tórtola?

Ella lo miró, consciente de que algo había cambiado en los últimos segundos. Leonado ya no era solo su mentor, el que le enseñaba cosas y le decía lo que debía hacer, ahora veía respeto en su mirada, incluso cierto asombro.

«Qué raro… —pensó Zarpa de Tórtola—. Pero será mejor que acabemos con esto de una vez; con un poco de suerte, la vida volverá pronto a la

normalidad».

—Sí, me parece bien —respondió.

—Voy a ir a un sitio a hacer algo muy concreto —maulló Leonado—. Cuando vuelva, quiero que me cuentes lo que he hecho.

Zarpa de Tórtola se encogió de hombros.

—Vale.

Sin añadir nada más, Leonado echó a correr entre los árboles, hacia la frontera con el Clan del Viento. Zarpa de Tórtola se sintió un poco rara al quedarse sola en el claro con Glayo. No conocía al curandero tanto como a los guerreros, aunque sí sabía que tenía una lengua muy afilada. Aun así, en aquel momento no se lo veía muy deseoso de hablar, y se limitó a sentarse con las patas dobladas debajo del cuerpo. La aprendiza dejó vagar su atención por el bosque.

Poco a poco fue distinguiendo la confusión de ruidos que sonaban entre los árboles. Una patrulla del Clan de la Sombra seguía el olor de un zorro cerca de la frontera, y algunos guerreros del Clan del Río armaban un buen jaleo por lo pegajoso que estaba el barro en el borde del reducido lago, donde Vaharina reñía a un aprendiz. Y más allá, justo hasta donde alcanzaban sus sentidos, uno de los animales grandes y marrones añadía otro tronco a la barrera del arroyo.

Zarpa de Tórtola se sobresaltó al oír la voz de Glayo.

—¿Ya sabes qué está haciendo Leonado?

La joven dirigió las orejas hacia el camino que había tomado su mentor, pero en la frontera del Clan del Viento no percibió ni rastro de él. «¿Dónde se habrá metido?». Investigó la vivienda abandonada de los Dos Patas y el claro de entrenamiento, donde captó a Zarpa Espinela y a Carbonera practicando movimientos de combate. Pero de Leonado, nada de nada.

Luego centró sus sentidos en la ribera del lago. «¡Sí! ¡Ahí está!», podía oírlo y olerlo, se dirigía hacia la orilla pedregosa. «¿Es que cree que va a engañarme si cambia de dirección?».

Los pasos de Leonado resonaban sobre el barro seco. El guerrero se detuvo a mirar a su alrededor, y luego saltó hacia un pedazo de madera maltrecha y empezó a arrastrarlo por los guijarros. Zarpa de Tórtola oyó cómo rodaba ásperamente mientras su mentor tiraba de él. Cuando Leonado llegó a la zona de hierba, arrancó un zarcillo de un arbusto cercano y lo dejó encima de la madera.

—Leonado, ¿qué estás haciendo?

Zarpa de Tórtola oyó la voz de Tormenta de Arena, y vio que la gata melada aparecía por detrás del arbusto, seguida de Hojarasca Acuática, Gabardeta y Abejorro. Los cuatro gatos iban cargados con bolas de musgo.

—Ah, hola, Tormenta de Arena… —Leonado sonó azorado—. Yo solo… bueno… estoy llevando a cabo un… experimento.

—Muy bien, pues no te interrumpo.

Tormenta de Arena pareció un poco desconcertada, pero les hizo una señal con la cola a los miembros de su patrulla y se internó en el lago, en dirección a la poza.

Cuando la patrulla se alejó, Leonado regresó corriendo entre los árboles y, pocos segundos después, llegó jadeando junto a su hermano y su aprendiza.

—¿Y bien, Zarpa de Tórtola? ¿Adónde he ido y qué he hecho?

—Has intentado engañarme, ¿verdad? —La joven estaba tan cohibida que sentía un hormigueo por todo el cuerpo—. Has ido hacia el Clan del Viento, pero luego has bajado a la orilla del lago. Allí has encontrado un trozo de madera…

Mientras hablaba, vio que Glayo la escuchaba ladeando la cabeza y con las orejas erguidas. El curandero no habló hasta que terminó el relato.

—¿Es así, Leonado?

—Sí, hasta el último detalle —afirmó el guerrero.

De repente, el aire que los rodeaba pareció crepitar con cosas no pronunciadas, como si una tormenta de la estación de la hoja verde estuviera a punto de estallar. Zarpa de Tórtola tomó aire, abrumada.

—Bueno, no es para tanto —protestó—. Yo pensaba que todos los gatos sabían lo que pasaba a su alrededor aunque no lo tuvieran delante. Los felinos tenemos buen oído y unos bigotes muy sensibles, ¿no?

—No tan sensibles —replicó Leonado.

—Escucha. —Glayo se inclinó hacia delante, clavándole intensamente sus ciegos ojos azules—. Hay una profecía, Zarpa de Tórtola —empezó—: «Habrá tres, sangre de tu sangre, que tendrán el poder de las estrellas en sus manos». Se la reveló un anciano gato a Estrella de Fuego hace mucho tiempo, y se refiere a tres gatos que serán más poderosos que ningún miembro de los cuatro clanes… más poderosos incluso que el Clan Estelar. Leonado…

—Pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? —lo interrumpió Zarpa de Tórtola, que de repente sintió que no quería saber la respuesta.

—… Leonado y yo somos dos de esos gatos —maulló Glayo agitando las orejas—. Y creemos que tú eres la tercera.

—¡¿Qué?! —chilló la aprendiza con tanto espanto e incredulidad que sonó como una cachorrita asustada—. ¿Yo? —Volviéndose en redondo, miró a su mentor—. ¡Leonado, eso no puede ser! ¡Por favor, dime que no es verdad!

7

Glayo respondió con una mueca a la angustia que mostró Zarpa de Tórtola al enterarse de que era distinta del resto de los gatos de su clan, y que la esperaba un destino que iba más allá incluso del Clan Estelar. «Aunque en realidad no sabemos cuál es…», pensó Leonado soltando un suspiro de resignación, mientras su aprendiza le suplicaba que le dijese que aquello no era verdad.

—No puedo, Zarpa de Tórtola —maulló el guerrero—, porque es cierto. Yo también he deseado a menudo que no lo fuera, créeme.

—Leonado y yo también tenemos poderes especiales —señaló Glayo—. A él nadie puede derrotarlo en combate, y yo… bueno, tengo más habilidades que otros curanderos.

«¡Y no pienso contarte cuáles son! Al menos por ahora», añadió para sus adentros.

—Y en tu caso, tus sentidos son especialmente agudos —le dijo Leonado a su aprendiza—. Sabes lo que está sucediendo a mucha distancia. Ya me sorprendiste el día que fuimos al territorio del Clan del Río, cuando me contaste que en el campamento había una gata muy enferma. Yo no percibí nada. Eres mejor cazadora de lo que deberías, y apenas llevas un mes de entrenamiento. Y solo tú sabes de esos animales que dices que están bloqueando el río. La exactitud con la que has relatado lo que he hecho junto al lago me hace pensar que tienes razón sobre esos animales.

Zarpa de Tórtola guardó silencio unos segundos, mientras arrancaba hierbas con las garras.

—¡Eso es absurdo! —exclamó al cabo—. No os creo. ¡Y yo no quiero ser diferente!

—Lo que tú quieras no… —empezó Glayo, pero se interrumpió al oír que unos gatos avanzaban entre los helechos.

Eran Tormenta de Arena y su patrulla, aunque su olor quedaba casi camuflado por el hedor húmedo del barro.

—Estoy harta de esto —balbuceó Tormenta de Arena, con la boca llena de musgo empapado en agua—. El Clan del Río se comporta como si tuviésemos que pedirles permiso cada vez que queremos acercarnos al agua.

—Y yo estoy cubierta de barro —protestó Gabardeta.

—Como todos —se sumó Hojarasca Acuática, que, por la voz, parecía agotada—. En cuanto les llevemos el agua a nuestros compañeros de clan, podremos descansar y lavarnos.

—¡Puaj! —exclamó Abejorro.

El sonido de la patrulla se fue apagando cuando se dirigieron al túnel de espinos.

—Aquí no podemos hablar —maulló Glayo—, o acabará enterándose todo el clan.

—Adentrémonos en el bosque, donde nadie pueda oírnos —propuso Leonado.

Glayo abrió la marcha por el viejo sendero de los Dos Patas, en dirección a la vivienda abandonada. Allí lo recibió el olor de la nébeda, que calmó sus inquietudes y le proporcionó una gran satisfacción. «Si el Clan del Trueno vuelve a sufrir de tos verde, estaremos bien preparados».

—Tu nébeda está estupenda —señaló Leonado al entrar en el antiguo jardín de los Dos Patas—. Qué raro que crezca tan bien con esta sequía…

—Si creciera bien con esta sequía sí que sería de lo más raro —coincidió Glayo—. He estado trayendo musgo empapado para humedecer las raíces. No podemos permitir que estas plantas se sequen y acaben muriendo.

Olvidándose momentáneamente del problema de Zarpa de Tórtola, Glayo se puso a inspeccionar las plantas guiándose por el intenso olor a nébeda. Olisqueó las raíces con esmero, para asegurarse de que los delicados brotes prosperaban.

—¿Cómo es posible que tú sepas dónde están estas plantas si no puedes verlas? —le dijo Zarpa de Tórtola, desafiante—. Eso es tan raro como que yo perciba lo que ocurre por todo el bosque y otros no.

Glayo agitó las orejas, asombrado, al tiempo que Leonado empezaba a decir:

—Zarpa de Tórtola, eso es distinto…

—Tranquilo —lo interrumpió el curandero.

Le parecía toda una novedad que hubiera alguien que no se complicara la vida intentando no mencionar su ceguera delante de él.

—Zarpa de Tórtola tiene razón. Soy consciente de que los demás gatos se sorprenden al ver que sé dónde están las cosas. He desarrollado un gran sentido del olfato y del oído —continuó, dirigiéndose a la aprendiza—. Supongo que, de algún modo, he conseguido compensar que soy ciego, pero no soy capaz de decir qué está pasando al otro lado del bosque. —Sintió una pequeña punzada de resentimiento—. Tus poderes son mucho más extraordinarios que mis sentidos.

—Pero ¡no lo entiendo! —La joven estaba haciendo un gran esfuerzo por mantener la voz firme—. ¿Por qué los tengo? ¿Qué significa la profecía?

—No estamos seguros —respondió Leonado—. Al principio nos sentíamos igual que tú ahora. Y nos hemos esforzado mucho para entenderla, pero…

—¿A ti qué te pasa, Zarpa de Tórtola? —maulló Glayo, interrumpiendo a su hermano—. ¿Cómo es posible que no quieras ser más poderosa que tus compañeros de clan? ¿Tener un destino más importante, un misterio que resolver? ¿Cómo es posible que no quieras ser parte de los tres?

—Pero es que no somos tres, ¡somos cuatro! —La aprendiza se volvió en redondo para encararse con él—. ¿Y Zarpa Espinela? ¿Cuáles son sus poderes especiales? ¿Qué dice la profecía de ella?

—Nada —contestó Glayo—. Al principio no sabíamos si la profecía se refería a ella o a ti, pero tú ya has dejado bastante claro que eres la tercera.

—Acabas de decirnos que Zarpa Espinela no percibe las cosas como tú —señaló Leonado.

—Todavía no, pero ¿cómo sabemos que no lo hará? —replicó con obstinación la aprendiza.

Glayo hundió las garras al oírla.

—Además, es mi hermana. No voy a hacer nada sin ella.

—No tienes elección —le soltó el curandero.

—¿Tú crees que nosotros hemos pedido esto? —Leonado suspiró profundamente—. No hay día que no desee ser más que un guerrero común y corriente que hace lo posible por ayudar a su clan.

—Pero hemos tenido que aceptarlo —maulló Glayo.

Zarpa de Tórtola empezó a meter y sacar las uñas, clavándolas en el suelo.

—Pues yo no tengo por qué aceptarlo —masculló con rebeldía.

—Tienes que aceptarlo por lo que has hecho hoy —le dijo Leonado.

En ese momento, Glayo se dio cuenta de que su hermano sentía una gran simpatía por su aprendiza.

—No podrías haberlo dejado más claro ni aunque hubieras subido a aullarlo a los cuatro vientos desde la Cornisa Alta —añadió el guerrero.

Zarpa de Tórtola guardó silencio. El curandero percibió que el enfado de la aprendiza se iba disipando, a medida que la incertidumbre y el miedo lo reemplazaban. Glayo suspiró, consciente de lo que tenía que decirle, aunque había esperado que no fuese necesario.

—Debes de haber oído que teníamos una hermana —empezó—. Carrasca. Nosotros… creíamos que era parte de la profecía, una de los tres.

—Pero no lo era. —Leonado continuó con la historia, para alivio de su hermano—. Intentó con todas sus fuerzas descubrir cuál era su poder especial y cómo podía utilizarlo para ayudar a su clan.

—¿Cómo supisteis que no era una de los tres? —preguntó Zarpa de Tórtola.

Glayo sintió la misma oleada intensa de dolor y vergüenza que cuando descubrió que no era hijo de Esquiruela y Zarzoso. Advirtió que su hermano se sentía igual. ¿Cómo iban a contárselo todo a la aprendiza sin reabrir las heridas que habían amenazado con destruir a su clan?

—¿Qué sabes de ella? —le preguntó a Zarpa de Tórtola.

—No mucho —respondió con curiosidad—. Que era vuestra hermana, y que murió en un accidente en los túneles. Zarpa Espinela y yo oíamos hablar de ella a veces, pero cuando nos veían escuchando, todos cambiaban de tema enseguida.

«No me extraña», pensó Glayo.

—La cuestión es que, al final, nos dimos cuenta de que la profecía no se refería a ella —dijo Leonado sin más, en un tono que avisaba a su aprendiza de que no hiciese preguntas.

—¡Entonces os equivocasteis! —contestó Zarpa de Tórtola—. ¿Cómo sabéis que ahora no os estáis equivocando también? Estrella de Fuego tiene montones de parientes en el Clan del Trueno, ¡no solo Nimbo Blanco y Candeal!

—Bueno, está muy… —empezó Glayo.

—¡No quiero seguir escuchándoos! —exclamó la joven, furiosa, echando chispas por los ojos y con el pelo del cuello erizado.

Glayo percibió un miedo profundo en su interior, un miedo que ella intentaba esconder bajo su rabia.

—¡Me tienen sin cuidado los poderes especiales, a menos que puedan ayudarme a ser una guerrera leal del Clan del Trueno! No quiero ser parte de

ninguna profecía, ¡y menos aún si es tan imprecisa que ni siquiera sabéis con seguridad a quién se refiere!

—¡Escucha, estúpida bola de pelo! —bufó Glayo—. ¿Acaso crees que nosotros queríamos ser así?

Liberó toda su furia y su frustración, como cuando una tormenta estallaba en el bosque, y ni siquiera trató de contenerlas.

—¡Nosotros no elegimos ser parte de la profecía! ¡Por culpa de eso perdimos a nuestra hermana!

Le temblaban tanto las patas que tuvo que sentarse. «¿Quién envió la profecía? —se preguntó una vez más—. ¿Y por qué deberíamos prestarle oídos cuando provoca tanto dolor?».

—Yo… yo… lo lamento —tartamudeó Zarpa de Tórtola—. Pero, si es tan duro, ¿por qué no le preguntáis a Estrella de Fuego al respecto?

—Estrella de Fuego nunca nos ha mencionado el tema —respondió Leonado—. Ni siquiera sabe que nosotros sabemos que le revelaron la profecía.

—Entonces, ¿cómo…? —Zarpa de Tórtola sonó desconcertada.

—Me colé en sus sueños —le explicó Glayo a su pesar.

Notaba que su intensidad estaba asustando a la aprendiza, y que le costaría aceptar la oscuridad de sus poderes. Pero algo lo empujaba a seguir, una voz interior que parecía avisarlo de que no les quedaba mucho tiempo. Era necesario que Zarpa de Tórtola lo entendiera cuanto antes.

—No sabemos qué pretende la profecía que hagamos —continuó, tratando de hablar con calma—, pero debemos estar preparados. Y eso significa tener el valor de aceptar nuestros poderes, sean los que sean.

Zarpa de Tórtola vaciló, y Glayo percibió el embate de sus dudas.

—¿Y no creéis que el Clan Estelar preferirá que antes aprenda a ser una buena guerrera? —maulló al cabo.

—No lo sé. Ni siquiera estamos seguros de que la profecía proceda del Clan Estelar.

Glayo detestó admitirlo, pero era cierto; ningún antepasado del Clan Estelar le había confirmado la profecía.

—Sea como sea, tienes razón, Zarpa de Tórtola —admitió Leonado—. Lo mejor que podemos hacer es seguir con tu entrenamiento de guerrera. Vayamos a practicar la caza antes de que los demás envíen una patrulla de búsqueda para encontrarnos.

—¡Bien!

Zarpa de Tórtola sonó más animada al instante. Glayo sabía que lo único que quería la aprendiza era olvidarse de la profecía.

—Adelante —maulló el curandero—. Yo me quedaré aquí a cuidar de mis plantas. Hay unas cuantas hojas secas que será mejor que arranque.

Leonado se puso en marcha y Zarpa de Tórtola lo siguió de inmediato. Pero en el límite del jardín, la aprendiza se detuvo a mirar atrás.

—Glayo… —empezó dubitativa—, hace poco he tenido un sueño. Una gata del Clan Estelar me llevó hasta el lago, y este volvía a estar lleno de agua.

—¿Cómo era la gata? —le preguntó Leonado.

—¡Daba miedo! Tenía el pelo gris y enmarañado, y los ojos ámbar, y los dientes torcidos…

—Esa es Fauces Amarillas —le dijo Glayo—. Fue curandera del Clan del Trueno cuando los clanes vivían en el viejo bosque.

—Estrella de Fuego habla de ella a veces —maulló Leonado—. Dice que no era tan fiera como parecía.

—¿Te contó por qué fue a verte? —quiso saber Glayo.

—No… —Zarpa de Tórtola volvió a sonar dubitativa—. O si me lo dijo, no me acuerdo.

—¿Es el único sueño que has tenido?

—El único del Clan Estelar. ¿Crees que es importante?

—Sí, pero no sé por qué. —El curandero arañó el oloroso suelo mojado —. Si tienes más, dímelo, ¿de acuerdo? Ah, y bienvenida a los tres.

8

Leonado cruzó el túnel de espinos y luego el claro en dirección a la guarida de los guerreros. Con la llegada del atardecer, Zarzoso lo había enviado a patrullar a lo largo de la frontera del Clan de la Sombra, para aprovechar al máximo el frescor de la noche. Ahora Leonado se sentía como si se le fueran a desprender las almohadillas. Estaba tan agotado que ni siquiera estaba seguro de que pudiera llegar hasta su lecho.

La luz de la luna bañaba el claro. El guerrero se estremeció cuando miró hacia el cielo y vio que la luna ya estaba casi llena. «Mañana por la noche habrá Asamblea —pensó—. Ha pasado una luna entera desde que Estrella Leopardina reclamó para su clan todos los peces del lago. Y las cosas no han mejorado, precisamente…».

Haciendo un esfuerzo enorme, se sacudió de encima el cansancio para desviarse hacia las rocas desprendidas que llevaban a la Cornisa Alta. «Tengo que hablar con Estrella de Fuego».

Se detuvo un instante en la entrada, para asegurarse de que sabía lo que quería decirle, y luego llamó bajito a su líder, por si estaba dormido.

—¿Estrella de Fuego?

—Adelante.

Estrella de Fuego habló con cautela. Cuando entró en la guarida, Leonado se sorprendió al ver lo delgado e intranquilo que parecía el líder del clan, que estaba sentado entre el musgo y las frondas de su lecho, con sus ojos verdes fijos en el suelo. Parpadeó despacio cuando levantó la cabeza para mirar al joven guerrero.

—Lo… lo lamento, Estrella de Fuego —tartamudeó Leonado, retrocediendo un poco—. Pareces cansado, tal vez sea mejor que…

—No, estoy bien —lo tranquilizó el líder—. Si quieres hablar, este es un buen momento.

Algo más alentado por esas palabras, Leonado acabó de entrar en la guarida, inclinó la cabeza ante Estrella de Fuego y se sentó junto a su lecho con la cola enroscada alrededor de las patas.

—¿Cómo va el entrenamiento de Zarpa de Tórtola?

—Bien… Muy bien, de hecho.

Leonado se preguntó si Estrella de Fuego habría establecido una conexión entre su aprendiza y la profecía. Sin duda ya habría oído hablar de la historia que ella había contado sobre los animales marrones que estaban obstruyendo el río. ¿Se la habría creído? Y si era así, ¿se la habría tomado como una señal del enorme poder que tenía?

—Trabaja muy duro. Creo que va a ser una de nuestras mejores cazadoras.

El líder asintió.

—Tiene un gran mentor.

Leonado se azoró un poco.

—Lo hago lo mejor que puedo.

Estrella de Fuego clavó en él su brillante mirada verde, en la que se reflejaba la luz de la luna.

—Igual que Zarzoso cuando te crio como a su propio hijo —murmuró.

Leonado contuvo la respiración, sintiendo que una rabia ardiente brotaba en su interior, como si se hubiera tragado una bellota en llamas. «¿Por qué saca este tema ahora? ¡Yo no quiero hablar de eso!».

—Sé que Glayo y tú estáis enfadados porque os han mentido —continuó el líder con voz calmada—. Y lo entiendo. Pero no deberíais olvidar que no podríais haber tenido mejores padres que Esquiruela y Zarzoso. Las cosas podrían haber sido muy distintas.

—Yo no estoy enfadado con Zarzoso —replicó Leonado—. Él es un gato noble y leal. Me sentía muy orgulloso de él cuando creía que era mi padre. Y él ha sufrido por todas esas mentiras tanto como los demás.

—Hojarasca Acuática y Esquiruela hicieron lo que creyeron mejor para ti y tus hermanos. ¿Crees que habría sido más fácil vivir con la verdad?

—Tenemos que vivir con ella ahora —maulló Leonado, haciendo un esfuerzo por no sacudir la cola.

—Sí, es cierto. —Estrella de Fuego suspiró—. Los secretos nunca permanecen ocultos eternamente. Hace falta mucho valor para enfrentarse a la verdad. —Hizo una pausa. Su expresión era ahora un tanto melancólica, como si estuviera recordando algo muy lejano ya—. No tienes por qué castigar a Hojarasca Acuática más de lo que ya ha sido castigada —continuó al cabo—.

Ha perdido todo lo que ha amado. Y Esquiruela ha perdido a su pareja. ¿Tú crees que eso es fácil para ella?

«¡Las dos se lo tienen bien merecido!», pensó Leonado, recurriendo a toda su capacidad de autocontrol para no gritar esas palabras. Su rabia amenazaba con aplastarlo; no tenía ningunas ganas de pensar en lo que pudiera estar sintiendo Hojarasca Acuática.

Estrella de Fuego ladeó la cabeza levemente.

—Supongo que no es eso de lo que has venido a hablar.

Leonado aprovechó la oportunidad de cambiar de tema, contento de hablarle a su líder como guerrero del Clan del Trueno, no como un pariente atribulado.

—¿Has oído la historia que ha contado Zarpa de Tórtola sobre los animales marrones que taponan el arroyo fronterizo con el Clan de la Sombra?

Estrella de Fuego se limitó a asentir.

—Creo que podría tener razón —prosiguió Leonado.

El líder parpadeó sorprendido, abrió la boca para hablar y luego pareció considerar la posibilidad más detenidamente.

—Si Zarpa de Tórtola tiene razón, no sé cómo puede saberlo —respondió, entornando los ojos.

Leonado contuvo un escalofrío ante su penetrante mirada verde. «¿Cuánto sabe Estrella de Fuego sobre nosotros?».

—Tal vez el Clan Estelar le haya enviado un sueño —añadió el líder al cabo de unos segundos—. ¿Te ha mencionado algo?

A Leonado le habría gustado poder decir que sí; sería una explicación de lo más conveniente. Pero no podía contarle la verdad a su líder sin hablarle de la profecía, y eso, en ese momento, crearía más problemas que soluciones.

—No, no me ha dicho nada —respondió.

—Ummm… —Los bigotes de Estrella de Fuego se estremecieron; era evidente que estaba reflexionando—. Aun así, lo que cuenta tu aprendiza tiene sentido —dijo por fin—. No me refiero a los animales marrones, pero sí podría haber algo obstaculizando el arroyo, y por eso el agua ya no llega hasta el lago.

—Eso es lo que pienso yo.

Leonado se sintió aliviado: había una buena razón para creer a Zarpa de Tórtola, eso significaba que ya no tendría que revelar la verdad sobre sus sentidos.

—En nuestro territorio no hay nada —continuó Estrella de Fuego en un murmullo, casi para sí mismo—. Y tampoco en el territorio del Clan de la Sombra, si no ellos lo habrían solucionado…

—Tiene que estar mucho más lejos, arroyo arriba —maulló Leonado—. Déjame ir con una patrulla a investigar. Tal vez podamos hacer algo.

—No, es demasiado peligroso. —Estrella de Fuego negó con la cabeza—. No sabemos qué está provocando el bloqueo y, además, tendríamos que cruzar el territorio del Clan de la Sombra. Estrella Negra nos arrancaría las orejas, y yo no podría culparlo por eso.

—Entonces, ¿tenemos que resignarnos a sufrir la falta de agua y ya está? —replicó Leonado, desafiante—. Glayo está haciendo todo lo que puede para mantener sano al clan, Estrella de Fuego, pero los curanderos también tienen límites. Si esto sigue así más tiempo, acabaremos muriendo de sed.

—Soy consciente de ello… —Estrella de Fuego soltó un largo suspiro con el que expresó su desesperación con más claridad que con sus palabras—. Pero hacer una incursión arroyo arriba es demasiado arriesgado… Y ni siquiera sabemos con seguridad que el arroyo esté obstruido.

—¿Y qué vamos a hacer entonces? ¿Quedarnos sentados a esperar a que llueva? —Leonado empezaba a enfurecerse de nuevo, apenas podía contener la rabia—. El Clan Estelar no nos ha enviado ningún mensaje para decirnos cuándo acabará la sequía. ¡Ha llegado la hora de que nos hagamos cargo de nuestro propio destino!

Frustrado, arañó el suelo rocoso de la guarida, y en el aire flotaron sus pensamientos: «¡Tú sabes que yo soy más poderoso que el Clan Estelar! ¿Por qué no me crees cuando te digo que podemos arreglar esto?». Pero Leonado logró contenerse y no pronunciarlos en alto.

—Está bien —respondió Estrella de Fuego, cansado—. Si estás convencido de que Zarpa de Tórtola está en lo cierto, dejaré que investigues. No veo otra opción para arreglar esto, la verdad. Pero no voy a permitir que una patrulla de gatos del Clan del Trueno viaje sola arroyo arriba. Jamás llegaríais a la barrera, si es que existe.

—Pero, entonces, ¿cómo vamos a…?

—He dicho «sola» —lo interrumpió el líder—. Si el Clan de la Sombra se une a nosotros, la misión será mucho menos peligrosa. De hecho, lo ideal sería que todos los clanes pudiéramos formar una expedición conjunta. Los cuatro clanes trabajando juntos serían mucho más fuertes que una única patrulla.

—¿Crees que los demás estarán de acuerdo? —preguntó Leonado, que tenía serias dudas al respecto.

—Todos estamos sufriendo por la falta de agua. —Estrella de Fuego sonaba más enérgico, como si el plan estuviera renovando sus fuerzas—. ¿Por qué no iban a estarlo?

Leonado se encogió de hombros. Le costaba imaginar que Estrella Negra, Estrella Leopardina y Estrella de Bigotes accedieran a enviar guerreros a lo desconocido en ese momento, cuando la vida alrededor del lago era tan dura. Aunque con un poco de suerte tal vez estarían lo bastante desesperados como para considerar la propuesta. «Y si es la única manera de superar la sequía —pensó—, seguro que yo no soy el único que apoya la expedición».

—Lo propondré mañana en la Asamblea —decidió Estrella de Fuego.

Cuando Leonado volvió a bajar al claro, se encontró a Zarpa de Tórtola y a Glayo, esperándolo ansiosos.

—He oído que estabas con Estrella de Fuego —susurró Zarpa de Tórtola —. ¿Qué ha dicho?

—¿Nos has oído y no sabes lo que ha dicho? —le preguntó Leonado, desconcertado al darse cuenta de que su aprendiza podría haber estado escuchando todo lo que había hablado con el líder.

—¡A mí no me gusta espiar! —La joven sacudió las orejas, indignada—. Eso está mal.

—Bueno, ¿qué te ha dicho? —intervino Glayo.

—Está de acuerdo en enviar una patrulla arroyo arriba para ver si podemos desbloquear la corriente de agua, pero quiere que esté formada por los cuatro clanes —respondió Leonado—. Lo propondrá en la Asamblea, mañana por la noche.

—¿En la Asamblea y con los cuatro clanes? —A Zarpa de Tórtola se le dilataron los ojos, aterrorizada—. Pero… pero ¿y si no me creen?

—No te preocupes. —Leonado posó la cola en el lomo de su aprendiza—. Estrella de Fuego no va a contar que es idea tuya.

—Probablemente les dirá a los otros clanes que deberíamos explorar arroyo arriba para averiguar por qué no llega el agua hasta aquí —maulló Glayo con los ojos relucientes, lo que sorprendió a Leonado.

El guerrero no compartía el entusiasmo de su hermano. Le parecía que intentar convencer a los clanes para que colaboraran entre ellos podría provocar más inconvenientes de los que él estaba dispuesto a aguantar.

—Parece que te gusta la idea —le dijo a Glayo.

—Por supuesto. —El curandero ondeó la cola—. Todos los clanes estamos sufriendo. Tiene sentido que trabajemos juntos para resolver el problema.

9

Leonado contempló la luna llena, que flotaba sobre el lecho vacío del lago. Su luz silueteaba de plata a los gatos del Clan del Viento que se dirigían hacia la orilla, de camino a la Asamblea. Se los veía más flacos que nunca, y avanzaban cabizbajos y arrastrando la cola, como si estuvieran demasiado cansados para poner una pata delante de la otra.

Sin embargo, cuando miró a sus compañeros de clan, Leonado se dio cuenta de que ellos estaban igual de agotados. Solo Zarpa de Tórtola parecía tener algo de energía. Llevaba el pelo erizado por la emoción, y de vez en cuando se adelantaba un poco con un trote rápido y luego esperaba a que Carbonera y Leonado la alcanzaran. Erguía las orejas y le temblaban los bigotes. Leonado se preguntó qué estaría percibiendo, y si ya habría oído los murmullos procedentes de la isla.

No fue necesario utilizar el árbol caído para cruzar el lago. En el estrecho canal no quedaba agua, y el fondo del lago estaba expuesto a las estrellas, lleno de guijarros y trozos de madera. Estrella de Fuego guio al grupo saltando con elegancia entre los despojos desperdigados, pisando las piedras sin hacer ruido.

—No sé por qué hemos dado todo este rodeo —masculló Raposo—. Podríamos haber atravesado directamente el lago desde nuestro territorio.

—Ya —coincidió Carbonera—. Pero siempre lo hemos hecho así. Supongo que, de algún modo, dejar de hacerlo puede parecer poco respetuoso.

Raposo se encogió de hombros con un suspiro cansado.

La luz de la luna mostraba el lecho del lago en toda su crudeza, despojado de toda su magnificencia, pues había quedado reducido a un manto de polvo y piedras. A Leonado le resultó raro caminar por esa árida extensión de guijarros que un día había estado cubierta de aguas profundas. Por encima de

él, el árbol caído tampoco parecía tan peligroso como cuando tenía que recorrerlo cautelosamente, con el oscuro lago ondulándose ávido bajo sus patas.

La vegetación de la isla se veía marrón y quebradiza desde la orilla. El Clan del Trueno y el Clan del Viento se mezclaron mientras la cruzaban para llegar al claro. El joven guerrero atigrado vio a Perlada, la lugarteniente del Clan del Viento, caminando junto a Corvino Plumoso. Al recordar que Perlada era la madre del guerrero oscuro, sintió una conmoción repentina: tenía más parientes en el Clan del Viento.

Leonado redujo el paso, esperando que ninguno de los dos hubiera reparado en él, y se encontró justo detrás de Esquiruela y Espinardo. Carbonera estaba junto a él, con Betulón al otro lado y seguida de Zarpa de Tórtola y Zarpa Espinela. Juntos se internaron en los arbustos que circundaban el claro y salieron a la fría luz de las estrellas, bordeada de pinos. El Clan de la Sombra ya había llegado, y sus gatos saludaron a los del Clan del Viento y el Clan del Trueno con gestos apagados. Las sombras que se movían por el claro eran tan leves y frágiles que parecían hojas caídas; ¿era cosa suya, o esos gatos escuálidos hacían realmente menos ruido cuando pisaban la hierba?

Mientras Estrella de Fuego y Estrella de Bigotes trepaban al roble para unirse a Estrella Negra, Leonado vio a Glayo entrechocando la nariz con Cirro, el curandero del Clan de la Sombra. Cerca de ellos, el aprendiz de Cirro, Rosero, estaba sentado con sus hermanos, Corazón de Tigre y Canela.

Corazón de Tigre dio un salto en cuanto vio a Leonado.

—¡Hola! —lo llamó—. ¿Cómo te va?

—Bien, gracias —respondió Leonado secamente, siguiendo su camino y tratando de ignorar la expresión dolida del joven guerrero.

Lunas atrás, cuando Corazón de Tigre y sus hermanos acababan de convertirse en aprendices, su madre, Trigueña, los había llevado al Clan del Trueno porque un solitario llamado Solo se había apoderado del Clan de la Sombra. Trigueña había nacido y se había criado en el Clan del Trueno, así que ella y sus hijos fueron bien recibidos, aunque con cierta reserva por parte de algunos gatos. Sin embargo, acabaron regresando al Clan de la Sombra cuando finalmente los suyos expulsaron a Solo.

«Entonces yo creía que ellos eran mis parientes —pensó Leonado con tristeza—, porque Trigueña es hermana de Zarzoso… Me caían bien sus hijos, sobre todo Corazón de Tigre, pero ahora…».

—Ojalá me dejaran en paz —le dijo entre dientes a Carbonera—. Ya saben que no estamos emparentados.

La expresión de Carbonera se dulcificó.

—Podéis ser amigos aunque no seáis parientes —señaló la gata—. Además, ¿no crees que es bueno tener amigos en otro clan, en vez de enemigos?

«¿Cómo vas a entenderlo tú? ¡A ti no te han traicionado tus propios padres!». Leonado miró a Corazón de Tigre y a Canela. «Me pregunto si Estrella de Tigre los habrá visitado en sueños, como hacía conmigo».

Estrella de Tigre era el padre de Zarzoso y Trigueña. Había sido guerrero y lugarteniente del Clan del Trueno, pero Estrella Azul lo había desterrado por conspirar para asesinarla y convertirse en el líder del clan. Cuando vivía, Estrella de Tigre soñaba con dominar los cuatro clanes. Y seguía alimentando ese sueño, aunque ahora deambulaba por el Bosque Oscuro con otros gatos a los que se les había negado la entrada al Clan Estelar. Se había acercado a Leonado de noche, insistiendo en que compartían la misma sangre, para instruirlo en el arte del combate implacable y la ambición brutal. Leonado lo aprendió todo con avidez, pero cuando descubrió que no estaba emparentado con él, comprendió que el guerrero muerto había estado utilizándolo para sus siniestros propósitos.

Leonado se obligó a volver hacia los jóvenes guerreros del Clan de la Sombra, consciente de que debía disculparse por haberse mostrado tan antipático. Sin embargo, cuando apenas había dado unos pocos pasos, Estrella de Bigotes exclamó desde el Gran Roble:

—¡¿Alguien ha visto a Estrella Leopardina y su clan?! —Al no recibir más que gestos de negación, añadió—: Turón, ve a echar un vistazo, ¿quieres?

El guerrero del Clan del Viento desapareció entre los arbustos, pero regresó al cabo de un instante.

—Hay una patrulla de camino —informó—. Vienen directamente por el lago.

Todos los gatos se pusieron cómodos para esperar en silencio. Leonado se sentó junto a Carbonera, mirando con culpabilidad a los gatos del Clan de la Sombra, que estaban en el otro extremo del claro. «A lo mejor puedo hablar con ellos antes de que nos marchemos…».

Poco después se oyó un susurro entre los arbustos, y Estrella Leopardina entró en el claro a la cabeza de la patrulla del Clan del Río. Leonado notó que el pelo se le erizaba de la impresión al ver lo débil que estaba la líder; se le

marcaban todos los huesos debajo del pelaje moteado, y sus ojos se veían tan opacos como el barro que quedaba en el lago.

En cuanto apareció Estrella Leopardina, Zarpa de Tórtola se incorporó y miró a Leonado con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Es la gata enferma del campamento del Clan del Río! —le susurró al oído.

—¿Estás segura?

Se quedó pasmado. «¡Eso significa que Estrella Leopardina lleva enferma casi una luna!».

Zarpa de Tórtola se limitó a asentir, y él no le preguntó nada más. No quería que ningún otro gato oyera su conversación.

La líder del Clan del Río cruzó el claro con la cabeza bien alta, seguida de su lugarteniente, Vaharina, y se detuvo al pie del árbol mirando hacia arriba, pero sin hacer ningún intento de trepar. La gata de color gris oscuro le susurró algo.

—Creo que Vaharina se está ofreciendo a ayudarla… —murmuró Carbonera al oído de Leonado—. Estrella Leopardina debe de estar realmente enferma si ni siquiera puede trepar a un árbol.

Sin embargo, mientras Carbonera hablaba, la líder del Clan del Río se sacudió resueltamente, tensó los músculos y saltó. Sus patas delanteras apenas alcanzaron la rama más baja, pero la gata clavó las garras y logró izarse con esfuerzo trepando de manera muy poco digna. Luego se agazapó en la rama, mirando iracunda con sus fieros ojos ámbar a los gatos que había reunidos, como retándolos a hacer algún comentario sobre su torpeza.

Leonado intercambió una mirada con Raposo, que estaba a su lado. «¡Parece que vaya a caerse de la rama de un momento a otro!». Luego miró a su hermano, que estaba sentado al pie del roble con los demás curanderos, y se preguntó si sabría lo débil que estaba la líder del Clan del Río.

Estrella de Fuego se puso en pie y aulló para anunciar el inicio de la Asamblea. Aunque estaba mucho más delgado de lo habitual, parecía muchísimo más sano que Estrella Leopardina.

—Gatos de todos los clanes —empezó—, todos estamos sufriendo por el calor y la falta de agua.

—¡¿Qué tiene eso de nuevo?! —exclamó Corvino Plumoso, sentado con un grupo de guerreros del Clan del Viento.

Estrella de Fuego lo ignoró.

—El problema está empeorando. El arroyo que discurre entre nuestro territorio y el del Clan de la Sombra se ha secado del todo. Creemos que es

posible que haya algo obstaculizándolo. Algunos gatos de mi clan quieren ir a explorar arroyo arriba y comprobar si eso es cierto.

Mientras hablaba, sus ojos verdes se posaron en Leonado, como si quisiera asegurarle que no iba a nombrar a Zarpa de Tórtola ni a revelar que quien había tenido la idea no era más que una aprendiza.

«Esperemos que los gatos que escucharon su historia alrededor del montón de la carne fresca tengan el sentido común de mantener la boca cerrada», pensó Leonado, respondiendo a la mirada de su líder con un leve asentimiento. Luego observó de reojo a Zarpa de Tórtola y vio, aliviado, que estaba escuchando con tanta atención como los demás. En ningún momento dio la impresión de que sabía más de lo que estaba contando su líder.

—Si tu patrulla se desplaza arroyo arriba, entrará en nuestro territorio —gruñó Estrella Negra ante las palabras de Estrella de Fuego—. No pienso permitirlo.

—Creo que deberíamos enviar una patrulla formada por gatos de los cuatro clanes… —replicó el líder del Clan del Trueno. Y alzó la cola exigiendo silencio cuando brotaron murmullos de sorpresa—. ¿Recordáis lo que hicimos cuando los Dos Patas destrozaron nuestro hogar en el antiguo bosque? —continuó—. Enviamos una patrulla de seis gatos, formada por guerreros de todos los clanes, a una expedición de búsqueda para localizar territorios nuevos. Así fue como conseguimos sobrevivir entonces; y esa podría ser la manera de sobrevivir ahora.

Leonado notó que una oleada de entusiasmo recorría el claro. Algunos gatos se pusieron en pie, con el pelo ahuecado y ondeando la cola.

—¡Yo iré! —exclamó Corazón de Tigre.

—¡Y yo! —se sumó Canela, con ojos relucientes—. ¡Será una auténtica misión guerrera!

—Yo aún no había nacido cuando los clanes hicieron el Gran Viaje —le dijo Raposo a Rosada—. Pero seguro que fue de lo más emocionante.

—Me pregunto qué encontraremos —maulló Rosada, sin poder evitar que sus bigotes se estremecieran por el entusiasmo—. Me apuesto una luna entera de patrullas del alba a que es cosa de los Dos Patas otra vez.

—O de los tejones —replicó Raposo—. De los tejones me esperaría cualquier cosa.

—Yo quiero ir —le susurró Zarpa de Tórtola a su mentor—. ¿Crees que Estrella de Fuego escogerá a una aprendiza?

—No te preocupes —le contestó Leonado en voz baja—. Tú eres la única de todos los clanes que tiene que ir sí o sí.

—¿De verdad crees que podríamos recuperar el agua? —le preguntó Estrella de Bigotes a Estrella de Fuego, en un tono cauto pero con un brillo de esperanza en los ojos.

—Creo que vale la pena intentarlo —respondió el líder del Clan del Trueno.

—¿Y quién estaría al mando de esa patrulla conjunta? —quiso saber Estrella Negra, todavía beligerante—. ¿Tú?

Estrella de Fuego negó con la cabeza.

—No creo que ningún líder deba formar parte de la expedición. Los clanes nos necesitan aquí. Además, cuando hicimos el Gran Viaje, no hubo nadie al mando. Entonces aprendimos a cooperar, y no hay ninguna razón para que no podamos hacerlo de nuevo. ¿Qué opináis?

Estrella Negra guardó silencio, pero todos podían oír cómo sus garras arañaban la corteza de la rama en la que se mantenía de pie. Estrella de Bigotes intercambió una mirada con su lugarteniente, Perlada, que estaba sobre una raíz del roble, a sus pies, y finalmente asintió con firmeza:

—Estoy de acuerdo. Tiene sentido que todos los clanes se involucren en la misión. El Clan del Viento está contigo, Estrella de Fuego.

—Y el Clan de la Sombra también. —Estrella Negra miró con dureza a Estrella de Fuego—. Tendréis que atravesar nuestro territorio, y os aseguro que no vais a hacerlo sin que los gatos del Clan de la Sombra os tengan vigilados.

—Gracias a los dos…

A Leonado le pareció que Estrella de Fuego estaba intentando disimular su sorpresa por haber conseguido tan fácilmente la aprobación de dos líderes.

—Y tú, Estrella Leopardina, ¿qué opinas al respecto?

La líder del Clan del Río miraba el claro como si no hubiera oído nada del debate.

Al cabo de unos instantes de silencio incómodo, Cirro se levantó.

—Si se me permite hablar… —empezó, inclinando cortés la cabeza ante los líderes—, creo que la situación actual no es exactamente la misma. Los gatos que fueron a la primera misión lo hicieron guiados por una profecía.

Paseó la mirada por el claro hasta encontrar a Zarzoso, Corvino Plumoso y Trigueña, que asintieron al mismo tiempo. Leonado creyó ver recuerdos centelleando en sus ojos.

Esquiruela miró a Zarzoso con un arrepentimiento profundo. Leonado sabía que el Clan Estelar no había escogido a Esquiruela, pero que ella había

insistido en ir con los demás. La guerrera debía de añorar aquellos tiempos, antes de que entre ella y su pareja se interpusieran mentiras y traiciones.

—El Clan Estelar escogió deliberadamente a esos gatos, uno de cada clan —continuó Cirro—. ¿Quién escogerá ahora a los miembros de esta patrulla? —Hizo una pausa para mirar a los demás curanderos—. ¿El Clan Estelar os ha dado alguna indicación sobre qué deberíamos hacer?

Los curanderos, incluido Glayo, negaron con la cabeza. Leonado sintió que se le contraía el estómago. Zarpa de Tórtola sabía que los animales grandes y marrones habían bloqueado el arroyo, pero el Clan Estelar no le había dicho nada a nadie. «¡No podemos sentarnos a esperar a que nuestros antepasados guerreros nos salven! ¡Ellos saben de esto menos que nosotros!».

Por un momento, Leonado temió que Estrella de Fuego aceptara esperar señales del Clan Estelar, pero el líder del Clan del Trueno se incorporó e inclinó la cabeza hacia Cirro.

—Sé que eso es importante —maulló—. Sin embargo, si el Clan Estelar fuera a enviarnos alguna señal, ya lo habría hecho. Los líderes somos perfectamente capaces de elegir qué gatos deberían representar a nuestro clan. El Clan Estelar confía en nosotros cuatro para que hagamos lo mejor para nuestros gatos; por esa razón nos concedieron nueve vidas.

Se oyeron murmullos de aprobación. Estrella de Bigotes y Estrella Negra también asentían.

—Los gatos que vayan a la misión deben ser fuertes y valientes —continuó Estrella de Fuego—. Capaces de buscar algo de lo que no saben casi nada y de dejar a un lado las rivalidades entre clanes por el bien de todos. Confío en que los líderes haremos la elección adecuada.

Leonado soltó un suspiro de alivio. Todo había salido muchísimo mejor de lo que esperaba. ¡El arroyo no seguiría bloqueado mucho más tiempo! Pero entonces Estrella Leopardina alzó la cabeza.

—Típico de ti, Estrella de Fuego —maulló la gata con voz ronca—. Siempre apareces con un plan. ¿Crees que no sé lo que de verdad tienes en mente?

Estrella de Fuego miró hacia abajo con expresión desconcertada.

—No estoy ocultando nada —declaró.

—¡Cagarrutas de zorro! —bufó Estrella Leopardina; el pelaje, ralo, se le erizó a lo largo de toda la columna vertebral—. ¡Esto es una trampa! Estás intentando engañar al Clan del Río para robarnos los peces. Quieres librarte de nuestros guerreros para que no podamos mantener el mismo número de patrullas.

—Eso no tiene sentido. —Estrella de Fuego no sonó enfadado, sino comprensivo—. Estrella Leopardina, veo que no estás en condiciones de…

—No soy idiota, Estrella de Fuego. —La gata rechazó la compasión del líder del Clan del Trueno con un bufido y, haciendo un gran esfuerzo por incorporarse, se balanceó en la rama como si fuera a perder el equilibrio y caer—. ¡Sé perfectamente que serías capaz de dejar morir de hambre al Clan del Río para salvar a tu preciado clan!

—Él solo quiere ayudar —protestó Estrella de Bigotes—. Igual que todos nosotros.

—Lo que queréis todos vosotros son nuestros peces —gruñó Estrella Leopardina—. Pero no los vais a conseguir. El Clan del Río no se unirá a la patrulla.

Los demás líderes se miraron abatidos, pero, antes de que ninguno pudiera decir nada, Vaharina saltó a la rama de su líder, se agachó a su lado y le habló entre susurros.

Leonado aguzó el oído para captar lo que decía la lugarteniente, y distinguió unas pocas frases:

—Ellos también se verán debilitados si envían a sus guerreros más fuertes a esa expedición… Y nosotros nos beneficiamos más que el resto si el lago vuelve a llenarse…

La tensión creció en el claro mientras los demás esperaban. Leonado notó un escalofrío, como el aviso de que se acercaba una tormenta. Estrella Leopardina replicó un par de veces a su lugarteniente, pero Vaharina insistió, posando dulcemente la punta de la cola en el lomo de su líder.

Al cabo de un buen rato, Vaharina se incorporó, todavía con la cola sobre Estrella Leopardina.

—El Clan del Río también enviará guerreros con la patrulla —anunció.

Unos pocos aullidos de protesta brotaron entre los miembros de su propio clan.

—¡Eso debe decirlo Estrella Leopardina, no tú! —bufó el veterano Prieto.

—Ella ya había tomado una decisión —añadió Malvoso—. ¡Ahora la has hecho parecer débil!

Betulón, sentado a unas colas de distancia de Leonado, bufó con desdén.

—Estrella Leopardina no podría parecer más débil ni aunque estuviese muerta —comentó.

Vaharina no intentó discutir; se limitó a esperar a que las protestas cesaran. Luego inclinó la cabeza ante Estrella Leopardina y los demás líderes y volvió a saltar al suelo.

—Gracias, Estrella Leopardina —maulló Estrella de Fuego, dando un paso adelante—. Te prometo que no te arrepentirás de haber tomado esa decisión. —Hizo una pausa para darse unos lametazos en el pecho, pensativo, y luego continuó—: Cada clan debe enviar dos gatos a la desembocadura del arroyo seco en el segundo amanecer a partir de hoy. Los lugartenientes de los clanes pueden escoltarlos. —Sus ojos verdes centellearon a la luz de la luna, y su voz resonó por todo el claro—: ¡Encontraremos el agua! ¡Los clanes deben sobrevivir!

10

Un zumbido de entusiasmo despertó a Glayo a la mañana siguiente después de la Asamblea. Era como si las abejas de una colmena alborotada revolotearan por todo el campamento. Bostezando y tratando de sacudirse de encima los sueños oscuros que habían perturbado su descanso, el joven curandero se puso en pie y le dio un manotazo a una fronda de helecho que tenía pegada al hocico.

«¿Es que no se dan cuenta de que los gatos que van a ser enviados a esa expedición podrían no regresar?».

Salió soñoliento al claro y percibió que justo en ese momento Estrella de Fuego estaba saliendo también de su guarida. El clan estaba congregándose a sus pies antes incluso de que el líder convocara una reunión. Glayo notó que Ratonero lo rozaba al pasar, y oyó los pasos presurosos de Florina, Gabardeta y Abejorro. El curandero encontró un sitio cerca de Leonado y Zarpa de Tórtola.

—¡Gatos del Clan del Trueno! —empezó Estrella de Fuego cuando los murmullos dieron paso al silencio—. En la Asamblea de anoche, cada uno de los cuatro clanes se comprometió a escoger a dos gatos para que formen parte de una patrulla conjunta con la misión de explorar el arroyo y descubrir si realmente está obstruido. Yo he decidido que sean Leonado y Zarpa de Tórtola quienes vayan en representación del Clan del Trueno.

Antes incluso de que el líder terminara de hablar, unos aullidos de indignación brotaron en el inmóvil aire matinal.

—¡Zarpa de Tórtola es aprendiza! —protestó Espinardo—. ¡Deberíamos enviar a un guerrero fuerte que pueda enfrentarse al peligro!

—¡Eso! ¿Qué tiene ella de especial? —repuso Bayo.

Sin embargo, todas las voces de desaprobación quedaron ahogadas por el alarido desesperado de su hermana:

—¡¿Por qué tú puedes ir y yo no?! ¿Por qué Estrella de Fuego no escoge a otro guerrero?

—No es que Estrella de Fuego me prefiera a mí, Zarpa Espinela —la tranquilizó Zarpa de Tórtola, acercándose a ella para darle un lametazo de consuelo que su hermana rechazó bruscamente—. Es solo que yo fui la primera en pensar que había algo bloqueando el arroyo.

Al oírla, Glayo percibió la culpabilidad que embargaba a la aprendiza por estar ocultándole a su hermana que sus sentidos eran extraordinarios y todo lo que sabía sobre la profecía. «Tendrá que acostumbrarse», pensó el curandero.

—Ya lo sé —maulló Zarpa Espinela, que parecía muy afectada—, pero yo creía que siempre lo haríamos todo juntas…

—Ojalá pudiéramos, pero no es así —respondió Zarpa de Tórtola.

—¡Ya basta! —exclamó Esquiruela, alzando la voz por encima del clamor de las protestas—. Estrella de Fuego ha tomado una decisión. Ninguno de nosotros tiene derecho a cuestionarla.

—Exacto —coincidió Látigo Gris—. ¿Acaso no confiáis en vuestro líder?

Poco a poco, el ruido cesó, y Estrella de Fuego habló de nuevo.

—Leonado y Zarpa de Tórtola saldrán hacia la desembocadura del arroyo al amanecer. La reunión ha terminado.

La multitud se disgregó en pequeños grupos, con los gatos cuchicheando entre sí. Durante unos segundos, Glayo perdió la pista de Zarpa de Tórtola, pero poco después la localizó cerca del montón de la carne fresca, con Nube Albina y Raposo. Al captar una gran ansiedad en la aprendiza, el curandero se acercó a ella.

—¿Cómo es que te han elegido a ti para ir? —le estaba preguntando Raposo a Zarpa de Tórtola—. ¿Y cómo es posible que supieras lo del arroyo?

—¿Tuviste un sueño del Clan Estelar? —quiso saber Nube Albina, ilusionada—. ¿Qué te dijeron?

Glayo se dio cuenta de que Zarpa de Tórtola estaba a punto de dejarse llevar por el pánico.

—¿Y qué más da si tuvo un sueño? —le espetó el curandero a Nube Albina—. Eso es algo entre ella y Estrella de Fuego. Ahora, si no tenéis nada mejor que hacer, podéis ir al lago a buscar agua para los veteranos.

Raposo bufó molesto, pero tanto él como su hermana se marcharon sin rechistar.

—Nos habla como si fuera nuestro mentor —se quejó Nube Albina en un susurro mientras se dirigía al túnel de espinos con Raposo.

—Glayo, ¡no sé qué decirles! —maulló Zarpa de Tórtola en cuanto los dos jóvenes guerreros se alejaron—. Todo esto no tiene nada que ver con el sueño que tuve, tú ya lo sabes. Puedo oír a esos animales marrones, sentirlos, igual que supe lo que Leonado estaba haciendo junto al lago.

El curandero agitó los bigotes.

—Lo sé, pero solo Leonado y yo podemos comprenderlo. En lo que respecta a los demás gatos, todo esto es por un sueño, ¿entendido?

Zarpa de Tórtola vaciló.

—No me gusta mentir —susurró.

Glayo percibió su desconcierto y entendió que, para ella, sus sentidos superagudos eran algo absolutamente natural. Aquella joven estaba empezando a ser un incordio, era tozuda y estrecha de miras. El curandero sintió una punzada de frustración, afilada como una espina.

—¿Es que no quieres ser especial? —le preguntó—. ¿No te gusta que te hayan escogido para tener un destino más importante que el de tus compañeros de clan?

—¡No, no me gusta! —le soltó ella, erizando el pelo; luego pareció recordar con quién estaba hablando—: Lo… lo lamento, Glayo… —musitó —. No me gusta tener secretos con mis compañeros de clan, eso es todo.

—Entonces, limítate a no hablar de ello —le aconsejó el curandero.

Se dio cuenta de que la aprendiza iba a seguir protestando, pero justo en ese momento Centella se acercó a ellos, y Zarpa de Tórtola aprovechó la ocasión para irse al otro extremo del claro, donde estaba su hermana, sentada delante de la guarida de los aprendices.

—Hola, Glayo —lo saludó Centella—. ¿Quieres que vaya a recolectar hierbas de viaje para Leonado y Zarpa de Tórtola?

—Gracias, Centella, eso sería genial —respondió él, con la mente girando a toda velocidad.

Sabía que la guerrera estaba esperando a que le dijera qué hierbas debía buscar. «¡Cagarrutas de ratón! ¡No sé si me acuerdo!».

Era la primera vez que tenía que preparar hierbas de viaje sin la ayuda de Hojarasca Acuática. Intentó recordar qué hierbas había reunido la antigua curandera cuando Zarzoso y los demás se habían marchado en busca de Solo, pero una preocupación más profunda hacía que fuera incapaz de concentrarse. «Ojalá Leonado y Zarpa de Tórtola no tuvieran que ir juntos a la misión. ¿Y si no regresan? ¡La profecía jamás se cumplirá y yo seré el único que quede!».

En ese preciso instante captó el olor de Hojarasca Acuática, que se dirigía al montón de la carne fresca. Se moría de ganas de preguntarle por las hierbas

de viaje, pero se obligó a mantener la boca cerrada. «¡Ella ya no es la curandera! Renunció a ese privilegio cuando se permitió enamorarse de Corvino Plumoso».

—Perdona —le dijo a Centella entre dientes—. Dame un par de minutos.

Podía preguntárselo a Carbonera… Tal vez fuera capaz de recitarle de memoria la lista de hierbas aprovechando los recuerdos semienterrados de Carbonilla… «Pero, no, eso causaría aún más problemas. Carbonera no tiene ni idea de que en otro tiempo fue curandera del Clan del Trueno…».

—Oye, no pasa nada —maulló Centella alegremente—. Creo que recuerdo la mezcla de cuando la tomé antes de ir a la Piedra Lunar, en nuestro viejo bosque, y antes de emprender el Gran Viaje… Déjame pensar… Lleva vinagrera, ¿verdad? Y margarita. ¡Lo recuerdo porque detesto su sabor!

—Sí, eso es… —Para su alivio, Glayo estaba recuperando la memoria—. Y también camomila…

—¡Y agrimonia! —maulló la guerrera, eufórica—. Eso es todo, ¿verdad? Iré a buscarlas enseguida.

—Gracias, Centella. —Glayo inclinó la cabeza—. El mejor lugar para encontrar vinagrera es junto al viejo sendero de los Dos Patas. Y es probable que encuentres algo de camomila en el jardín trasero de la vivienda abandonada.

—¡Genial! —Entusiasmada, la gata se puso en marcha—. ¡Pinta! ¡Florina! —gritó—. ¿Queréis venir conmigo a buscar hierbas?

Cuando las tres desaparecieron por el túnel de espinos, Glayo volvió a percibir a Hojarasca Acuática junto al montón de la carne fresca. Lo sobresaltó la oleada de emoción que emanaba de ella, tan potente que casi lo derriba. Antes de que pudiera evitarlo, se vio inmerso en los recuerdos de la que había sido su mentora.

Estaba mirando a través de sus ojos. Hojarasca Acuática corría entre la hierba alta y la maleza con el corazón desbocado. Tenía en la boca el acre sabor de las hierbas de viaje. Cuando percibió que los olores que lo rodeaban le resultaban extraños, Glayo comprendió que el recuerdo debía de pertenecer al viejo bosque, antes de que los clanes fueran expulsados de allí. Hojarasca Acuática luchaba contra un miedo atroz, y estaba absolutamente concentrada en su hermana. Había algo que no quería que Esquiruela hiciese…

Al final, Hojarasca Acuática se abría paso entre las ramas de un arbusto y se encontraba frente a Zarzoso y Esquiruela. A Glayo lo sorprendió lo pequeños y jóvenes que parecían todos. «Esto es antes del Gran Viaje. Hojarasca Acuática y Esquiruela debían de ser todavía aprendizas…».

Hojarasca Acuática depositó el fardo de hojas delante de Zarzoso y de su hermana.

—Os he traído hierbas de viaje —murmuró—. Las vais a necesitar cuando os vayáis.

Zarzoso abrió los ojos de par en par, sorprendido, y comenzó a acusar a Esquiruela de haberle revelado el secreto a su hermana. «¿A qué secreto se refiere?», se preguntó Glayo.

—Esquiruela no necesitaba contarme nada —aseguró Hojarasca Acuática —. Yo lo he sabido sin más; eso es todo.

Glayo se estremeció. Hojarasca Acuática y Esquiruela tenían una conexión que él nunca había percibido… y ahora a la antigua curandera la aterrorizaba que su hermana se fuera muy lejos y no volvieran a verse. «¡Esto es el principio de la expedición! —comprendió Glayo—. Cuando seis gatos se fueron en busca de Medianoche y ella les transmitió el mensaje del Clan Estelar».

A través de los oídos de Hojarasca Acuática escuchó a Esquiruela relatar toda la historia de los sueños de Zarzoso y la reunión con los miembros de otros clanes. Notó la angustia creciente de la que había sido su mentora, un caos de sentimientos que no logró desentrañar, como si la gata quisiera incluso esconder aquellos recuerdos. Hojarasca Acuática intentó con todas sus fuerzas disuadir a Esquiruela, aun sabiendo que no había la menor esperanza de hacerla cambiar de opinión. «¡Esquiruela no ha cambiado mucho!», se dijo Glayo. Al final, Hojarasca Acuática tuvo que aceptar con tristeza la marcha de su hermana.

—No le contarás a nadie que nos hemos ido, ¿verdad? —le preguntó Esquiruela.

—No sé adónde vais… y, en realidad, vosotros tampoco —señaló Hojarasca Acuática—. Pero no, no diré nada.

Se quedó mirando cómo Esquiruela y Zarzoso se comían las hierbas de viaje, y luego, en un repentino ataque de ansiedad, intentó enseñarle a su hermana todo lo que había aprendido de Carbonilla, para que pudiesen usar las hierbas adecuadas mientras estuvieran de misión.

—Volveremos —le prometió Esquiruela.

En ese preciso momento, el recuerdo se disolvió, Glayo volvía a ser ciego y estaba de regreso en el claro. Cuando la oleada de sentimientos de Hojarasca Acuática se desvaneció del todo, notó que ella lo estaba mirando desde el montón de la carne fresca. La gata le había enviado ese recuerdo con toda la intención. «Sé cómo te sientes. Yo también me sentí igual una vez».

«¡De eso nada! —maulló Glayo para sí, furioso—. Esquiruela y tú no formabais parte de ninguna profecía. Tal vez habría sido mejor para todos que ella no hubiera vuelto».

Hojarasca Acuática se incorporó y se dirigió hacia la guarida de los guerreros, dejando tras de sí un aire de inmensa tristeza. Durante unos segundos, Glayo estuvo a punto de dejarse llevar por la compasión. El recuerdo había sido tan vívido, y las emociones de Hojarasca Acuática tan descarnadas… Sin embargo, sacudió la cabeza, tratando de librarse de aquel instante de debilidad.

«Si hubieras contado la verdad desde el principio, podrías habernos ayudado con la profecía y Carrasca tal vez seguiría aquí. Pero ahora ya no está, y nosotros tenemos que afrontarlo solos».

El sol ya había ascendido por encima de los árboles, y sus rayos abrasaban la hondonada de tal forma que parecía que el aire estuviera a punto de convertirse en llamas. Glayo se moría de ganas de hacer algo, pero como Centella se había ido a recolectar hierbas, no tenía excusa para salir del campamento.

«Inspeccionaré el borde de la hondonada en busca de serpientes. Están todos tan emocionados que seguro que a nadie se le ocurre echar un vistazo», decidió.

Mientras cruzaba el claro se acordó del fatídico día en que una serpiente mordió a Melada. La serpiente había salido por uno de los agujeros que había al pie del muro rocoso, y no hubo nada que Hojarasca Acuática o él pudieran hacer para salvarle la vida a la joven guerrera. Más tarde, mientras los familiares de Melada lloraban su muerte, Glayo y Hojarasca Acuática rellenaron un ratón con bayas mortales y lo introdujeron en el agujero, con la esperanza de que la serpiente se lo comiera y se envenenara. La ponzoñosa criatura, sin embargo, no picó el anzuelo. Y Glayo sospechaba que seguía rondando por allí, aguardando la ocasión de volver a atacar.

Mientras iba desplazándose a lo largo de la pared rocosa, comprobando que todos los agujeros seguían bien tapados con piedras, el curandero captó el olor de Puma: el viejo solitario estaba estirado sobre la roca plana, cerca de donde había aparecido la serpiente. Oyó sus rítmicos ronquidos, que terminaron bruscamente con un resoplido, como si los pasos de Glayo hubieran perturbado su descanso.

—Ten cuidado ahí arriba —le dijo el curandero, deteniéndose junto a la roca—. Ya sabes que la serpiente…

—Lo sé todo sobre la serpiente, jovenzuelo —lo interrumpió Puma—. Y por aquí no hay ni rastro de criaturas escurridizas. He estado vigilando.

—Me parece estupendo, Puma. —Glayo iba a hacerle un comentario sobre la habilidad que tenía, sin duda, para vigilar a las serpientes mientras dormía, pero se lo tragó—. Aun así, tengo que inspeccionar la zona.

—Te echo una mano.

El viejo saltó al suelo, se tambaleó hasta recuperar el equilibrio y se acercó al curandero.

—Los jóvenes necesitáis gatos con experiencia que os ayuden a espabilar un poco.

«Claro que sí», pensó Glayo mientras seguía revisando los agujeros, de donde iba retirando alguna que otra piedra pequeña para olfatear a fondo antes de devolverla a su sitio y asegurarse de que el hueco quedaba bien taponado.

Puma caminaba a su lado y le iba brindando comentarios de lo más útiles, como «Ahí te has dejado un huequecito» justo cuando Glayo estaba buscando una piedra que encajara en él, o «¿Estás seguro de que has olisqueado a fondo ese agujero?».

El curandero apretó los dientes.

—Bastante seguro, gracias, Puma.

«¡Que el Clan Estelar me ayude a no arrancarle las orejas!».

—Imagino que echarás de menos a tu hermano cuando se marche —continuó el viejo gato—, pero, mira lo que te digo: regresará antes de que te des cuenta. Es como cuando Zarzoso y Esquirolina se fueron a buscar a Medianoche.

—Esquiruela —lo corrigió Glayo.

«¡No empieces tú también! ¡Ya he tenido bastante con Hojarasca Acuática!».

—Recuerdo el día que los conocí —prosiguió Puma—. ¡Eran tan jóvenes y valientes…! Aunque yo pensaba que todos tenían abejas en el cerebro por atreverse a viajar tan lejos. Pero ¡ya lo ves! ¡Estaba totalmente equivocado! Encontraron este lugar para vivir, después de que los Caminaerguidos arrasaran su antiguo hogar.

Glayo, que se había agazapado ante un agujero del que emanaba un olor sospechoso, se limitó a asentir con un gruñido.

—Aunque yo nunca tuve ningún problema con los Caminaerguidos, la verdad —continuó el viejo gato—. El mío era muy agradable, y yo lo tenía muy bien entrenado, ¿sabes? Era especialmente bueno conmigo cuando

empezaba a hacer frío y resultaba difícil cazar. Siempre tenía algo sabroso para comer y un fuego junto al que tumbarme…

Glayo dejó que la voz del viejo solitario se diluyera en el crujido de las ramas y el zumbido de los insectos que llenaban el claro. Deseaba que los gatos mayores olvidaran la expedición de los seis en busca de Medianoche. Le entraban ganas de aullar las palabras de su propia profecía para que todos pudieran oírla.

«¡Eso es más importante que nada de lo sucedido en el pasado!».

—Muy bien, Puma —maulló, interrumpiendo una larga y enrevesada historia sobre un zorro—. Aquí ya estamos. Gracias por tu ayuda.

—De nada, jovenzuelo —maulló, dirigiéndose de nuevo hacia la roca plana para tumbarse al sol—. Ahora no se encuentran tantos zorros como cuando yo era joven… —murmuró soñoliento.

Cuando regresó a su guarida, Glayo oyó que Leonado y Zarpa de Tórtola estaban haciendo prácticas de combate junto al túnel de espinos. Se detuvo a escuchar cómo la aprendiza saltaba hacia su mentor arañando el aire, apenas a un bigote de distancia del pelo del guerrero. De repente, la expedición se había vuelto algo real. Leonado y su joven aprendiza se irían a la mañana siguiente, y esa idea lo aterrorizó más de lo que había imaginado.

«Encontrad a esos animales y regresad —suplicó para sus adentros—. No sé qué nos veremos obligados a hacer para que se cumpla la profecía, pero tengo claro que no podré hacerlo yo solo».

11

Zarpa de Tórtola se hallaba en la desembocadura del arroyo que señalaba la frontera con el Clan de la Sombra. Aunque el sol apenas había rebasado el horizonte, notaba las piedras calientes bajo las zarpas, y la isla del otro extremo del lago estaba envuelta en una calima reluciente. El viaje estaba a punto de empezar —la expedición que ella había puesto en marcha al oír a los animales que bloqueaban el arroyo—, sin embargo, no podía desprenderse de la sensación de tristeza por haber tenido que dejar atrás a su hermana. Antes del alba, cuando Leonado había ido a despertarla a la guarida de los aprendices, Zarpa Espinela se había ovillado más, para fingir que estaba dormida y no tener que despedirse.

Ahora, mientras esperaban, Zarzoso y Leonado hablaban en voz baja a su lado. Como no quería oír su conversación, Zarpa de Tórtola dejó que sus sentidos se desplegaran. Localizó una patrulla del Clan del Río, bordeando el agua salobre del centro del lago; parecían hambrientos y asustados. Tras escuchar brevemente sus quejas por el calor, se alejó más todavía para centrarse en los gatos que la patrulla del Clan del Río había dejado en el campamento. No tardó en identificar a Vaharina, a Juncal y a la curandera de pelaje dorado, Ala de Mariposa, a los que había visto en la Asamblea.

—He hecho todo lo que he podido por Estrella Leopardina —decía Ala de Mariposa, angustiada—. Pero aún no se ha recuperado de la última vida que perdió.

Vaharina negó con la cabeza.

—No ha tenido la oportunidad de recobrar fuerzas, pero sin duda habrá hierbas que puedas usar, ¿no?

—Todas están secas —respondió la curandera quedamente—. Me temo que Estrella Leopardina también va a perder esta vida.

La conmoción hizo que se instalara el silencio. «¿Cuántas vidas le quedan a Estrella Leopardina?», se preguntó Zarpa de Tórtola.

Finalmente, Juncal rompió el silencio:

—Entonces, solo podemos esperar a que el plan de Estrella de Fuego funcione, y que los gatos que hemos enviado a la expedición descubran qué le ha pasado al agua.

El sonido de unos pasos al otro lado del arroyo devolvió a Zarpa de Tórtola a su territorio. De entre los arbustos resecos acababan de salir tres gatos que avanzaron sobre los guijarros para unirse a la joven aprendiza y sus compañeros de clan.

Zarzoso se adelantó y les dio la bienvenida.

—Saludos, Bermeja —maulló.

La gata rojiza se limitó a responder con un gruñido.

—Es la lugarteniente del Clan de la Sombra, ¿verdad? —le susurró Zarpa de Tórtola a Leonado—. ¡Parece muy vieja!

—Hizo el Gran Viaje con muchos otros —le susurró Leonado—. Pero sigue siendo una guerrera formidable. ¡Más te vale que no te oiga llamarla «vieja»!

—Estos son los gatos que ha escogido el Clan de la Sombra —maulló Bermeja, señalando con la cola a los dos guerreros que la habían seguido arroyo abajo.

Los dos gatos se adelantaron y saludaron con la cabeza a la patrulla del Clan del Trueno. Zarpa de Tórtola reconoció el pelaje atigrado y dorado de Corazón de Tigre porque lo había visto en la Asamblea —era uno de los hijos de Trigueña—, pero no conocía al otro guerrero, un gato algo mayor y de color marrón oscuro.

—¿Quién es ese? —le preguntó al oído a Leonado.

—Sapero —le respondió su mentor—. Él también hizo el Gran Viaje, pero entonces apenas era un cachorro.

—¡Guau! ¿Los cachorros también hicieron el Gran Viaje?

Leonado asintió, pero le hizo un gesto con la cola a su aprendiza para que guardara silencio cuando Bermeja habló de nuevo.

—Para empezar, no olvidéis que estaréis atravesando nuestro territorio —gruñó la lugarteniente—. Que no se os ocurra siquiera robar una sola presa, porque mis guerreros os estarán vigilando.

Leonado paseó la vista por la hierba seca de ambos lados del arroyo.

—¿De qué presas estaríamos hablando? —preguntó irónicamente.

Bermeja le mostró los colmillos amagando un gruñido.

—No te hagas el listo conmigo, Leonado. Y recuerda que, aunque la misión haya sido idea de Estrella de Fuego, los gatos del Clan del Trueno no están al mando.

—Nadie ha dicho eso en ningún momento —maulló Zarzoso, conciliador —. Así es como funcionó todo en el primer viaje. Los elegidos resolverán las cosas entre ellos durante el camino.

Bermeja fulminó con la mirada a Zarpa de Tórtola y soltó un resoplido.

—¿En qué estaba pensando Estrella de Fuego al escoger a una aprendiza? —preguntó irritada—. ¿De qué servirá ella?

Zarpa de Tórtola abrió mucho los ojos, ofendida. «¡Yo soy la que ha oído a los animales que están bloqueando el arroyo!», gritó para sus adentros. Y a continuación miró alarmada a Leonado.

—Tiene que venir —la defendió su mentor—. Es la única que sabe por qué está obstruido el arroyo.

Zarzoso dio un paso adelante, mirando a Leonado con los ojos entornados. Zarpa de Tórtola imaginó que el lugarteniente quería gritarle: «¡Es que tienes el cerebro de un ratón!», pero no podía hacerlo delante de los gatos de otro clan.

—¿Que ella sabe qué? —Sapero parecía que desconfiaba—. ¿Y cómo lo sabe?

Leonado tragó saliva trabajosamente cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer.

—Bueno, ella… Sí, tuvo un sueño del Clan Estelar —explicó con torpeza —. Nuestros antepasados se lo dijeron.

—Sí, claro, y los erizos vuelan —masculló Sapero.

Zarpa de Tórtola se irguió al máximo y trató de parecer fuerte y capaz, pero justo en ese momento su estómago rugió.

La joven aprendiza hizo una mueca. «¡Oh, no!». Bermeja puso los ojos en blanco, y Sapero negó con la cabeza con desprecio, pero Zarpa de Tórtola recibió una mirada comprensiva de parte de Corazón de Tigre y se sintió un poco mejor. Al menos uno de los gatos del Clan de la Sombra parecía amable.

Leonado le tocó el lomo con la punta de la cola, y acto seguido ladeó las orejas hacia el lago para señalar que se acercaba otra patrulla desde el territorio del Clan del Río. Zarpa de Tórtola reconoció de inmediato a Vaharina. Iba acompañada de una joven guerrera blanca y gris y de un atigrado gris oscuro.

—Pétalo y Torrentero —le susurró Leonado al oído.

Vaharina saludó a los demás lugartenientes inclinando la cabeza, pero no se acercó a ellos. Los tres miembros del Clan del Río se detuvieron a cierta distancia, esperando con expresión cautelosa y reservada. Zarpa de Tórtola supuso que, aunque Estrella Leopardina se había dejado convencer para que el Clan del Río se uniera al viaje, ninguno de los gatos de su clan estaba contento con aquella decisión.

Sapero bufó con desprecio y se inclinó a susurrarle algo a Corazón de Tigre. Zarpa de Tórtola captó sus palabras:

—¡Menudo lote escuálido nos envían! Estrella Leopardina debe de haber reservado a sus mejores guerreros para que se queden vigilando el lago.

Zarpa de Tórtola, sin embargo, no estaba muy segura de que Sapero tuviese razón. Era cierto que Pétalo y Torrentero parecían desnutridos y desaliñados, pero eso podía aplicarse a todos los miembros del Clan del Río. Le habría gustado que los gatos del Clan de la Sombra no fuesen tan antipáticos, la verdad. «¡Este viaje no será muy divertido si ni siquiera somos capaces de saludarnos debidamente!».

Bermeja arañó el barro seco del lecho del arroyo.

—¿Dónde se han metido los gatos del Clan del Viento? —maulló con impaciencia—. Tengo mejores cosas que hacer que pasarme aquí todo el día.

Al mirar más allá de la lugarteniente del Clan de la Sombra, Zarpa de Tórtola vio que tres gatas bajaban corriendo por la ladera del territorio del Clan del Viento, en dirección hacia el reducido lago. Perlada, la lugarteniente del clan, iba en cabeza, seguida de dos guerreras: una blanca y menuda, y una atigrada marrón claro más joven.

—¿Quiénes son esas? —le preguntó Zarpa de Tórtola a su mentor—. Las vi en la Asamblea, pero nadie me dijo cómo se llamaban.

—Son Cola Blanca y Cañamera —respondió Leonado, mirando al otro lado del lago vacío—. Buena elección… Sobre todo por Cola Blanca; es una guerrera experimentada.

A Zarpa de Tórtola le gustó ver que las gatas del Clan del Viento, que corrían hacia el grupo con un brillo de ilusión en los ojos, parecían mucho más amistosas.

—¡Saludos! —maulló Perlada tras detenerse al borde del arroyo—. Me alegro de veros.

—Yo también, Perlada —contestó Zarzoso, inclinando la cabeza.

Bermeja se limitó a responder con un gruñido, y Vaharina no dijo nada.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —maulló Zarzoso.

—Descubrir qué está bloqueando el arroyo y eliminarlo —se apresuró a contestar Leonado sacudiendo la cola, como deseoso de ponerse en camino.

—¿En serio? —Torrentero miró alarmado a Vaharina—. Yo creía que solo teníamos que averiguar el problema y luego regresar para informar.

Antes de que la lugarteniente del Clan del Río pudiera responder, Bermeja soltó un gruñido.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso al Clan del Río le da demasiado miedo enfrentarse a un desafío?

—¡Por supuesto que no! —le espetó Vaharina con un centelleo en sus ojos azules—. Pero nos importa la seguridad de nuestros compañeros de clan, aunque ya veo que para vosotros no es muy importante.

—Todos estos gatos van a llevar a cabo la misión por el bien de nuestros compañeros de clan —gruñó Bermeja, erizando el pelo del cuello.

A Zarpa de Tórtola se le aceleró el corazón. Por un momento pareció que las dos lugartenientes iban a enzarzarse en una pelea, pero entonces Perlada se adelantó.

—Ya basta —maulló—. Estamos juntos en esto. La patrulla debe hacer todo lo que pueda sin poner en peligro la vida de nadie.

Sapero soltó un suspiro poniendo los ojos en blanco. Zarzoso plantó las orejas al verlo.

—Tú hiciste el Gran Viaje, Sapero —le dijo con cierta crispación—. Deberías recordar hasta qué punto los cuatro clanes fueron capaces de colaborar y ayudarse unos a otros. Eso no significa que nuestros guerreros no vayan a regresar a sus territorios cuando vuelvan.

Sapero rascó el suelo polvoriento.

—Entonces yo no era más que un cachorro —masculló—. No recuerdo gran cosa.

—Pues haz un esfuerzo —le aconsejó Zarzoso secamente.

Al ver que el guerrero del Clan de la Sombra no respondía, se volvió a mirar a los demás.

—Seguid el arroyo y no os costará encontrar el camino de regreso —les ordenó—. No os desviéis de la ruta, y no dejéis que los zorros o los mininos caseros os aparten de vuestro objetivo…

—¡Como si pudieran! —lo interrumpió Sapero.

«Este gato es un auténtico dolor de cola —pensó Zarpa de Tórtola—. Zarzoso tiene más experiencia en viajes que ningún otro. ¿Por qué no lo escucha?».

El lugarteniente del Clan del Trueno fulminó con la mirada al guerrero del Clan de la Sombra.

—Tomaos el tiempo de comer y descansar siempre que podáis —continuó —. Si encontráis el obstáculo que impide que el agua fluya y estáis agotados, no podréis hacer nada.

Aunque Zarpa de Tórtola sabía que los consejos de Zarzoso eran buenos, estaba empezando a impacientarse. Podía oír arroyo arriba, en las piedras, los arañazos de los animales marrones, y percibía el esfuerzo que estaban haciendo por seguir reteniendo el agua.

—¿Es que tienes hormigas en el pelo? —le susurró Leonado.

—¡Lo siento! —murmuró la aprendiza, intentando estarse quieta.

Zarzoso retrocedió para unirse a las tres lugartenientes. Al mirar a su alrededor, Zarpa de Tórtola se dio cuenta de que era la primera vez que los gatos que iban a llevar a cabo la expedición se juntaban. «¡Apenas sé cómo se llaman!», pensó, reprimiendo un arrebato de pánico. Los diferentes olores de clan se mezclaban unos con otros y la mareaban un poco. Se arrimó más a Leonado, sintiéndose alentada por lo tranquilo y fuerte que parecía entre aquellos gatos desconocidos y desasosegados.

—Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino —maulló Perlada con solemnidad—. Y que os traiga a todos de vuelta a casa sanos y salvos.

12

Con la mirada de los cuatro lugartenientes puesta en ella, la patrulla dio media vuelta y empezó a ascender por el lecho seco del arroyo. No era lo bastante ancho para que fuesen unos al lado de los otros, y Sapero se puso enseguida en cabeza para abrir la marcha.

—Este es nuestro territorio, ¿sabéis? —gruñó.

«¡También el nuestro! —pensó Leonado, con indignación—. Este arroyo marca la frontera entre el Clan de la Sombra y el Clan del Trueno, ¡cerebro de ratón!». Se dio cuenta de que Zarpa de Tórtola, que estaba a su lado, había erizado el pelo, como esperando a que protestara, pero él guardó silencio, haciéndole un leve gesto con la cabeza.

—Perdón —dijo, avergonzado, Corazón de Tigre al pasar junto a Zarpa de Tórtola, para ir a reunirse con su compañero de clan a la cabeza del grupo.

Leonado no pudo evitar sentir lástima de él. No era culpa suya que Sapero fuese tan latoso.

Siguiendo a los gatos del Clan de la Sombra, los demás se colocaron también en parejas, y Zarpa de Tórtola y Leonado ocuparon la retaguardia. La aprendiza iba cabizbaja y arrastrando la cola. Parecía un tanto decepcionada, como si no hubiera imaginado que el viaje fuese a ser tan tenso. Leonado supuso que le habría gustado hacerse amiga de los miembros de los demás clanes.

—No te preocupes —le susurró al oído—. No siempre será así, pero tardaremos un poco en llegar a conocernos.

Zarpa de Tórtola lo miró parpadeando.

—No tenemos tiempo para discusiones tontas —le respondió en un susurro—. Sea lo que sea lo que bloquea el arroyo, los animales marrones lo están reforzando. ¡El agua podría quedar retenida para siempre!

Leonado le tocó el lomo con la punta de la cola.

—No si hacemos algo al respecto —le prometió.

A medida que se adentraban en el arroyo, el lecho fue volviéndose más profundo, resguardado por riberas de arena poco firmes. La hierba se extendía a ambos lados, y, más adelante, Leonado oyó los golpeteos extraños y los alaridos raros de los Dos Patas.

—Nos estamos acercando a la zona a la que acuden los Dos Patas en la estación de la hoja verde —le dijo el guerrero a Zarpa de Tórtola—. ¿Recuerdas que oíste esos mismos sonidos cuando te llevé a recorrer nuestro territorio por primera vez?

La joven asintió. Con los bigotes vibrando por la curiosidad, trepó por la ribera antes de que Leonado pudiera detenerla y se asomó al borde. Su mentor saltó a su lado, estirando las garras en un intento de arrastrarla de nuevo al fondo del arroyo.

—¡Son enormes!

Zarpa de Tórtola, asustada, no pudo contener un gritito al ver a aquellas criaturas altas y rosadas que solo tenían pelo en la cabeza. Había tres o cuatro cachorros de Dos Patas saltando por el claro, lanzándose unos a otros algo de un color muy brillante, mientras los Dos Patas adultos estaban sentados delante de unas guaridas de manto verde con pinta de ser poco consistentes. «Son como árboles móviles», pensó Leonado llevado por la curiosidad, y olvidándose por unos segundos del peligro.

—¡Bajad ahora mismo! —bufó Sapero a sus espaldas.

Pero era demasiado tarde. Uno de los cachorros de los Dos Patas había visto a Zarpa de Tórtola, que se quedó paralizada de espanto cuando la criatura empezó a correr hacia ella estirando sus zarpas rosadas. Los demás Dos Patas comenzaron a chillar, y los adultos se pusieron en pie de un salto y cruzaron el claro a la carrera, donde sus hijos ya se estaban arremolinando.

—¡Por aquí! —exclamó Sapero.

Mientras Leonado empujaba a Zarpa de Tórtola ribera abajo, el guerrero del Clan de la Sombra salió disparado arroyo arriba, pero un Dos Patas gigantesco saltó al lecho seco y se interpuso en su camino. Unas zarpas grandes y rollizas descendieron del cielo hacia los gatos.

—¡No! —aulló Pétalo.

Presa del pánico, Cañamera intentó trepar por la parte más escarpada de la ribera, pero acabó cayendo hacia atrás agitando las patas y la cola. Torrentero se volvió en redondo para huir arroyo abajo, pero allí también habían aparecido de repente varios Dos Patas. Colocando a Zarpa de Tórtola tras él,

Leonado avanzó hacia el primero con el pelo erizado y las uñas desenvainadas.

—¡Por aquí! —bramó Sapero por encima del griterío—. ¡Seguidme!

Había subido por un punto en el que la ribera se había desmoronado y era más fácil trepar. Corriendo tras él, Leonado se lanzó al espacio abierto seguido del resto de la patrulla.

Sapero los guio por el centro del claro hacia las endebles guaridas verdes.

—¡No, por aquí! —aulló cuando Cola Blanca y Cañamera se desviaron hacia el lago—. ¡No nos separemos!

Las gatas del Clan del Viento se volvieron de nuevo, y toda la patrulla voló sobre la hierba seca, seguida de los Dos Patas, que no paraban de gritar. Las almohadillas de Leonado retumbaban en el duro suelo. Tenía erizado hasta el último pelo, pero, al mismo tiempo, notaba un cosquilleo de emoción. «¡No podéis atraparnos, estúpidos!».

Sapero bordeó una guarida y guio a los gatos de nuevo hacia el arroyo. Leonado vio con el rabillo del ojo a Pétalo y Torrentero; los gatos del Clan del Río estaban quedándose atrás, y Pétalo cojeaba.

—¡Leonado, mira! —exclamó sin aliento Zarpa de Tórtola, que también los había visto.

Antes de que el guerrero pudiera hacer el menor movimiento, un ejemplar joven y macho de Dos Patas, más grande que los demás cachorros, se agachó hacia Pétalo. Cuando la elevó en el aire, la gata del Clan del Río soltó un alarido de pavor y se retorció para liberarse.

—¡Ayuda! —aulló Torrentero—. ¡No la abandonéis!

Sapero dio media vuelta y la patrulla se lanzó hacia el joven Dos Patas.

—¡Formad un círculo! —ordenó el guerrero del Clan de la Sombra—. Si queremos que suelte a Pétalo, tenemos que demostrarle que no nos asusta pelear.

Cola Blanca, Cañamera y Torrentero, que estaban temblando de arriba abajo, intercambiaron miradas de espanto, pero obedecieron y rodearon al Dos Patas mientras Leonado se situaba entre Corazón de Tigre y Zarpa de Tórtola. Siguiendo las instrucciones de Sapero, la patrulla empezó a acercarse al joven, avanzando despacio sobre la hierba y bufando.

—¡Suéltala! —gruñó Leonado.

Por detrás de él, un Dos Patas adulto lanzó un bramido. El Dos Patas más joven soltó a Pétalo, que se quedó plantada en el suelo con la cola temblorosa.

—¡Deprisa! —gritó Sapero, que reunió a la patrulla con un movimiento de la cola y pasó a toda velocidad junto al Dos Patas joven.

Torrentero corrió al lado de Pétalo, pegándose a ella para guiarla. Había muchos Dos Patas, y algunos se dirigían hacia ellos. A un gesto de Sapero, los miembros de la patrulla se dividieron y se colaron en el interior de dos guaridas verdes.

Leonado se internó en la extraña luz verde-azulada, seguido de Zarpa de Tórtola y Corazón de Tigre. La aprendiza chocó contra un montón de objetos duros de los Dos Patas que se desperdigaron a su alrededor repiqueteando y que estuvieron a punto de aplastarla. Tras recuperarse, la gata cruzó un manto blando que había en el suelo y se introdujo debajo de otro que colgaba del techo de la guarida pero que cayó sobre ella con un suave «flop» y la enterró.

Sintiendo que se asfixiaba, Zarpa de Tórtola soltó un grito de terror mientras arañaba desesperada para liberarse.

—¡Ayúdala! —le espetó Leonado a Corazón de Tigre, mientras él corría hacia la parte más profunda de la guarida verde, tratando de encontrar una salida.

El joven guerrero tiró del manto hasta que Zarpa de Tórtola logró asomar la cabeza. La aprendiza tragó aire a bocanadas y salió a rastras, sacudiéndose de encima aquel extraño pelaje mientras recuperaba el equilibrio.

Leonado descubrió un pliegue suelto en el manto inferior, y lo levantó sujetándolo con los dientes para dejar un hueco. Tenía un sabor asqueroso, era como si estuviera chupando el rastro que hubiera dejado un monstruo en el sendero atronador. Corazón de Tigre se coló por allí retorciéndose, seguido de Zarpa de Tórtola, y los tres salieron de nuevo a la cruda luz del claro. Cuando Leonado se incorporó del todo, algo duro pasó silbando junto a su cabeza y aterrizó en un zarzal que bordeaba el claro.

Zarpa de Tórtola saltó alarmada, sin saber muy bien qué había pasado, y luego continuó corriendo al ver a Sapero más adelante. Leonado la siguió, asegurándose de que Corazón de Tigre iba tras él. Sapero condujo a la patrulla más allá de las guaridas humanas, hacia los helechos que circundaban el claro. Mientras se internaban en la vegetación, Leonado captó las marcas olorosas del Clan del Trueno, y se dio cuenta de que acababan de entrar en su propio territorio.

El resto de la patrulla se apelotonó junto a él en los helechos, resollando. A lo lejos, los Dos Patas del claro no paraban de aullar. Sapero fue el último en aparecer, y miró a los demás echando chispas por los ojos y sacudiendo la cola con furia.

—¡Esto es inútil! —bufó—. Ni siquiera somos capaces de salir de nuestro propio territorio sin meternos en problemas. —Y fulminando con la mirada a

Zarpa de Tórtola, añadió—: ¡Y todo gracias a esta aprendiza!

Leonado vio que su compañera de clan erizaba el pelo del cuello y del lomo. «Sapero, cerebro de ratón, pero ¡si eres tú el que nos ha llevado derechos a los Dos Patas!», pensó, estirando la cola para darle un toque a Zarpa de Tórtola y tranquilizarla.

—Los jóvenes son curiosos, Sapero —respondió con calma—. Si los Dos Patas no estuvieran chiflados, esto no habría ocurrido.

El guerrero del Clan de la Sombra bufó con rabia.

—Esta misión está acabada antes de comenzar —gruñó—. Ni siquiera sabemos qué encontraremos al final del arroyo. ¿Cómo vamos a ser capaces de volver a llenar el lago de agua si unos pocos Dos Patas nos hacen entrar en pánico?

—Creo que te equivocas —dijo Cola Blanca, que seguía temblando pero logró plantarse con firmeza ante el guerrero del Clan de la Sombra—. De acuerdo, nos hemos librado por los pelos, pero eso no significa que tengamos que rendirnos. No vamos a servir de mucho a nuestros clanes si nos quedamos en nuestros territorios a contemplar cómo el lago encoge cada vez más.

Torrentero, que estaba junto a la temblorosa Pétalo intentando consolarla, alzó la vista hacia ellos erizando el pelo del cuello.

—¿Acaso estás culpando al Clan del Río? Ninguno de vosotros es consciente de lo duro que resulta esto para los gatos de mi clan. ¡Necesitamos el lago para comer!

—¡No, no os estoy culpando! —replicó Cola Blanca, indignada—. ¿Qué he dicho yo para que pienses eso?

Leonado se incorporó y se colocó entre Cola Blanca y el enfurecido guerrero del Clan del Río.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso —maulló—. Tenemos que seguir adelante. Cuando volvamos, evitaremos a los Dos Patas.

—Si es que volvemos… —empezó a decir Sapero.

—Eh, hemos sido capaces de salir de esta, ¿no? —lo interrumpió Corazón de Tigre.

Leonado se dio cuenta de que parecía el menos afectado por el peligro que acababan de correr; sus ojos brillaban de emoción, como si en realidad hubiera disfrutado con todo aquello.

—¡Les hemos enseñado lo que es bueno a esos Dos Patas con cerebro de ratón! ¡Estaban aterrados! ¿Qué más da si tropezamos de nuevo con ellos al volver? —Y dándose la vuelta hacia la aprendiza del Clan del Trueno, añadió —: No te preocupes, Zarpa de Tórtola, yo te protegeré.

Leonado se rio para sus adentros al ver que su aprendiza, indignada, se quedaba boquiabierta.

—¡Sé cuidar perfectamente de mí misma!

—Todos somos capaces de cuidar de nosotros mismos —intervino Cañamera, apoyando inesperadamente a Zarpa de Tórtola—. Al fin y al cabo, nos escogieron por eso, ¿no? Y nuestros clanes están convencidos de que tenemos más posibilidades de solucionar el problema del arroyo si trabajamos juntos.

—Eso es cierto —maulló Leonado.

Pétalo irguió la cabeza. Seguía temblando de arriba abajo y apenas podía hablar, pero miró a los demás con valentía.

—Yo creo que deberíamos seguir adelante —maulló—. He visto cómo mis compañeros de clan pasan hambre, ¡y ya no puedo soportarlo más! Pensar en eso me da valor.

—Bien dicho, Pétalo —maulló Cola Blanca con la voz queda.

—Entonces continuaremos la marcha —declaró Leonado antes de que Sapero tuviera ocasión de protestar. Luego, fulminándolo con la mirada, añadió—: Y como ahora estamos en el territorio del Clan del Trueno, yo abriré la marcha.

13

Leonado iba mirando de reojo a Zarpa de Tórtola, que caminaba a su lado por los estrechos pasajes de debajo de los helechos. La aprendiza seguía con el pelo erizado por el encontronazo con los Dos Patas, y tenía las pupilas dilatadas.

«¿Nos hemos equivocado al traerla? —se preguntó el guerrero—. Solo es aprendiza desde hace una luna… —Luego negó con la cabeza y se dijo—: No, la necesitamos…». Y recordó el viaje que había hecho con sus hermanos hasta las montañas para ir al encuentro de la Tribu de las Aguas Rápidas. Entonces, ellos no eran más que aprendices, y se las habían arreglado. «Zarpa de Tórtola también estará bien. Tiene que estarlo».

El sol brillaba ya en lo alto del cielo cuando llegaron al punto en el que el arroyo se internaba de nuevo en el territorio del Clan de la Sombra. Leonado se detuvo, mirando el lecho seco que zigzagueaba por el bosque de pinos, donde el suelo estaba cubierto de pinocha marrón y la vegetación era escasa y dispersa.

Sapero se acercó a él.

—Creo que deberíamos descansar un rato y comer algo… —Señaló con la cabeza a los gatos del Clan del Río—. Parece que estén a punto de desmoronarse.

A Leonado no le gustó su tono de burla y, por supuesto, no quería unirse a las críticas que hacía Sapero de los demás clanes, pero tuvo que admitir que el guerrero tenía razón. Todos estaban cansados tras haber tenido que huir de los Dos Patas, y el calor era cada vez más asfixiante, pero Torrentero y Pétalo parecían exhaustos. La joven gata del Clan del Río ya se había dejado caer de costado entre los helechos, respirando entrecortadamente.

«No me sorprende que les esté resultando duro a los gatos del Clan del Río —pensó Leonado—. Se les da mejor nadar que caminar».

—De acuerdo, descansaremos aquí. —Leonado alzó la voz para que lo oyeran los demás—. El Clan del Trueno y el Clan de la Sombra cazarán para todos, cada uno en su propio territorio.

—Nosotras también podemos cazar —señaló Cola Blanca, mirando a Cañamera.

—Por supuesto —coincidió la atigrada.

—¡Eso sería robar presas! —les espetó Sapero.

Cola Blanca suspiró.

—Pero ¿no es lo mismo si las cazas tú y nos las entregas? ¿No puedes darnos permiso y facilitarnos así las cosas a todos?

Leonado imaginó que a la gata le habría gustado añadir «cerebro de ratón», pero por suerte se había contenido. «Al menos Sapero no las ha insultado diciéndoles que ellas solo saben cazar conejos», pensó.

—Lo haremos a la manera de Sapero —maulló Leonado, en un intento de pacificar las cosas—. Seguro que más adelante tendréis ocasión de cazar para nosotros.

Aunque comprendía a la gata del Clan del Viento, no quería correr el riesgo de que se tropezaran con una patrulla del Clan de la Sombra o el Clan del Trueno. Ya habían sufrido bastantes retrasos por el encuentro con los Dos Patas.

Cola Blanca vaciló un instante, pero finalmente asintió.

Leonado guio a Zarpa de Tórtola al interior del territorio del Clan del Trueno, sintiéndose más seguro y relajado al hallarse en terreno conocido.

—Ve tú por ese lado —le sugirió a su aprendiza, ladeando las orejas hacia unos avellanos—. Podría haber presas debajo de esos arbustos. Yo iré por aquí y nos veremos de nuevo en la frontera.

—Vale.

Zarpa de Tórtola echó a andar, pisando el suelo con delicadeza y plantando las orejas. Al llegar a los arbustos, abrió la boca para saborear el aire.

«Espero que Zarpa de Tórtola encuentre una buena presa —pensó Leonado al perderla de vista—. ¡Eso le enseñará a Sapero con quién está tratando!». Él avanzó entre los árboles en dirección contraria, y un instante después descubrió a una ardilla que estaba rebuscando debajo de las hojas que cubrían el bosque.

«¡Genial!».

Adoptando la postura de acecho, Leonado avanzó con sigilo hacia su presa, rozando apenas el suelo con el estómago. No había viento que

propagara su olor, y estaba seguro de que no había hecho el menor ruido, pero antes de que pudiera recorrer la mitad de la distancia, la ardilla se incorporó alarmada y corrió hacia el árbol más cercano.

—¡Cagarrutas de ratón! —bufó Leonado.

Se lanzó a por ella, y con una oleada de triunfo advirtió que a la ardilla le pasaba algo, porque cojeaba y apenas podía correr. La alcanzó en dos zancadas, y la mató de un zarpazo en la columna antes de que llegase al árbol.

«¡Espero que no tenga una enfermedad horrible!», pensó mientras observaba el cuerpo inerte que yacía ante él. La olfateó con cautela. Olía bien; en realidad, olía tan bien que se le hizo la boca agua. Cargado con la presa, se dirigió de nuevo a la frontera. Zarpa de Tórtola lo alcanzó cuando prácticamente ya había llegado. Llevaba un ratón pequeño en la boca.

—Lo siento —masculló la joven—. Esto es lo único que he podido encontrar.

Leonado suspiró. Si Zarpa de Tórtola no había encontrado una presa mejor, seguro que ningún otro gato podía hacerlo.

—No te preocupes —maulló—, un ratón es mejor que nada.

Al llegar donde los aguardaban los demás, encontraron a Torrentero y Pétalo dormitando a la sombra de los helechos. Cola Blanca y Cañamera estaban junto a ellos, alertas, como si estuvieran vigilando.

Cuando Leonado dejó su pieza al borde del arroyo, Cola Blanca lo felicitó:

—¡Esa ardilla tiene muy buena pinta! —exclamó la gata—. Y también ese ratoncito —añadió, dirigiéndose a Zarpa de Tórtola.

—No, de eso nada. —La aprendiza dejó la presa sacudiendo la cola con irritación—. Si fuera un poco más pequeño, sería un escarabajo.

—Bueno, sea como sea es muy bienvenido. —La guerrera blanca la tocó con la punta de la cola—. Necesitamos todas las presas que podamos conseguir.

—Mirad, ¡ya vuelven Sapero y Corazón de Tigre! —anunció Cañamera.

Cuando se dio la vuelta, Leonado vio que Sapero avanzaba muy seguro entre los pinos, cargando con un mirlo. Corazón de Tigre lo seguía a poca distancia, arrastrando algo por el suelo.

—Esa ardilla no está mal —maulló Sapero, tras cruzar el arroyo de un salto y dejar su presa junto a la de Leonado—. Qué lástima lo del ratón.

El guerrero del Clan del Trueno no le hizo el menor caso. Estaba observando cómo Corazón de Tigre lanzaba su pieza al fondo del arroyo seco

y luego bajaba de un salto para subirla por el otro lado. Era una paloma enorme. El joven atigrado tenía plumones grises pegados por todo el pelo.

—¡Estupenda caza! —exclamó Cañamera.

—Sí, es una buena pieza, la verdad —se sumó Leonado, reprimiendo su envidia.

Él quería darle una lección a Sapero demostrándole que los guerreros del Clan del Trueno eran mejores cazadores que los del Clan de la Sombra, pero la presa de Corazón de Tigre era impresionante, y no iba a estropearle al joven la satisfacción de haberla abatido.

Sapero se mostró discretamente triunfal, y al menos no alardeó de la caza de su compañero de clan.

Corazón de Tigre estaba un poco aturullado.

—Por poco se me escapa —maulló—. Ha echado a volar, y he tenido que dar un salto enorme para poder atraparla.

—¡Pues lo has hecho genial! —lo felicitó Leonado.

Se alegró al ver cómo brillaban los ojos del joven, y esperó haber arreglado un poco las cosas después de haberse mostrado tan antipático con él en la Asamblea. Carbonera tenía razón: era mejor tener amigos en los otros clanes que enemigos. Y Corazón de Tigre era un guerrero realmente valioso para su clan.

«¿Estrella de Tigre se habrá dado cuenta de eso?», se preguntó Leonado, sintiendo que una fría garra le recorría la columna vertebral a pesar del calor.

Dividieron las presas y se acomodaron para comer. Por primera vez, Leonado sintió cierto compañerismo por aquellos gatos que, solo un día atrás, eran sus rivales.

«Quizá, después de todo, podamos trabajar juntos».

Al despertar de su pequeña siesta, Torrentero y Pétalo comieron como si no hubiesen visto presas durante una luna. Sin necesidad de decirse nada, los demás se apartaron para dejar que llenaran bien el estómago.

—No serán de mucha ayuda si están demasiado débiles para seguir adelante —le susurró Cola Blanca a Leonado.

Cuando terminaron de comer, Sapero volvió a ponerse en cabeza, pues el arroyo dejaba la frontera atrás y serpenteaba entre los pinos del territorio del Clan de la Sombra. Leonado no se sentía cómodo en aquellos espacios abiertos, viendo tanto cielo por encima de su cabeza. El sol proyectaba la sombra de los pinos sobre la pinocha marrón que alfombraba el suelo, y Leonado tenía la sensación de que avanzaban sobre un pelaje atigrado enorme. Un poco más adelante entrevieron una patrulla del Clan de la Sombra

en la distancia, dirigida por Serbal. Sapero los saludó desde lejos, pero la patrulla no se les acercó.

El sol empezaba a descender cuando el grupo llegó al borde del territorio del Clan de la Sombra. Leonado se detuvo al traspasar las marcas olorosas y examinó el bosque que había más allá. El arroyo discurría entre unas rocas enormes y grises pulidas por el agua y cubiertas de musgo. A unos pocos zorros de distancia, el suelo cambiaba: se volvía más irregular, salpicado de piedras lisas, y los pinos daban paso a unos árboles retorcidos, más pequeños y más viejos que los que había en el territorio del Clan del Trueno. Sus ramas se entrelazaban como el techo de una guarida, con musgo y enredaderas en sus pálidos troncos, aunque en el sotobosque había muy poca vegetación.

«No hay muchos sitios donde esconderse», pensó Leonado con inquietud.

Cola Blanca se situó a su lado con la boca abierta para saborear el aire.

—Tal vez deberíamos turnarnos para encabezar la marcha —maulló con convicción.

Su aire de autoridad le recordó a Leonado que era la guerrera más veterana, a pesar de su pequeño tamaño.

—Me parece bien —respondió, dando un paso atrás y moviendo la cola para dejarla pasar.

Sapero abrió la boca para protestar, pero decidió no decir nada. Con Cola Blanca abriendo la marcha, todos saltaron al lecho del arroyo y se internaron en aquel bosque desconocido. Los árboles se cerraban por encima de ellos, y el grupo avanzó bajo una luz verdosa y tenue, mirando a ambos lados para comprobar que no había peligro. Leonado advirtió que la gata del Clan del Viento había escogido la mejor protección posible al seguir por el arroyo vacío, donde podrían agacharse para mantenerse ocultos si era necesario.

—¡Aquí hay bastante barro! —exclamó Zarpa de Tórtola, sacudiendo una pata con asco—. He metido toda la zarpa dentro.

—Eso es bueno —maulló Torrentero—. Si hay barro, acabaremos encontrando agua. Parece que en esta zona el arroyo no recibe mucha luz solar directa.

El guerrero del Clan del Río tenía razón. Un poco más adelante, Cola Blanca encontró una pequeña charca en un recodo de la ribera, detrás de las raíces de un roble. Todos los gatos se apiñaron para beber. El agua estaba caliente y sabía a lodo, pero Leonado tuvo la sensación de que nunca había probado nada tan delicioso.

Después de saciar su sed, la patrulla siguió adelante. Cada pocos pasos, Cola Blanca le indicaba a uno de los gatos que subiera a la orilla a echar un

vistazo. Cuando le tocó a Leonado, vio un par de ciervos saltando ágilmente entre los árboles. «No vemos muchos en el territorio del Clan del Trueno —pensó—, pero por aquí parece haber bastantes». Se fijó en las huellas que dejaban sus pezuñas en la ribera y en que el musgo de los árboles estaba arrancado hasta la altura que alcanzaba un ciervo.

Al regresar al lecho del arroyo, se acercó a Cola Blanca para informarla:

—He visto ciervos ahí arriba.

La gata del Clan del Viento asintió.

—No creo que supongan ningún problema para nosotros.

Cuando reiniciaron la marcha, Leonado se dio cuenta de que estaba empezando a disfrutar, y supuso que a sus compañeros les estaría pasando lo mismo. Bajo los árboles, el aire era fresco y húmedo, y ahora tenían el estómago lleno y habían saciado su sed. Caminaron tranquilamente, en un silencio roto solo de vez en cuando por el susurro de las hojas en el bosque o el chapoteo de una pata que pisaba un charquito de barro. Leonado pensó que a todos les resultaría fácil olvidar lo seria que era su misión.

Justo entonces, Zarpa de Tórtola frenó en seco erizando el pelo del lomo y se volvió hacia Leonado con los ojos desorbitados y llenos de temor.

—Perros… —susurró—. Vienen por ahí.

Y señaló con la cola hacia un punto del arroyo.

Leonado se apresuró a tomar una bocanada de aire, pero fue incapaz de detectar el olor de los animales. Tampoco oyó nada, aunque eso no significaba que Zarpa de Tórtola estuviese equivocada. Era inútil intentar correr más que los perros, sobre todo en un territorio que no conocían, y no podían arriesgarse a perder de vista el arroyo. Solo tenían una salida.

—¡Perros! —aulló Leonado, volviéndose hacia el resto de la patrulla—. ¡Deprisa! ¡Subid a un árbol!

Los gatos empezaron a arremolinarse desconcertados, tropezando unos con otros en el estrecho arroyo.

—¿Qué? ¿Dónde?

—Yo no huelo a perros.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Torrentero con auténtica curiosidad.

—¡No hay tiempo para hablar! —Leonado se obligó a hacerse oír por encima de la confusión—. Subid ahora mismo a un árbol, ¿de acuerdo?

Para su alivio, Sapero y Corazón de Tigre se volvieron en redondo y ascendieron por el otro lado de la ribera, treparon veloces a un árbol cercano y se los quedaron mirando desde una rama alta. «Por lo menos ellos ya están a salvo», pensó Leonado.

Los gatos del Clan del Río y el Clan del Viento, sin embargo, no se habían movido; se limitaban a arañar el suelo, mirándose incómodos unos a otros.

—Nosotros no trepamos a los árboles… —maulló Cola Blanca.

—¡Oh, por el Clan Estelar!

Sin tiempo para discutir, Leonado, ayudado por Zarpa de Tórtola, empujó a los cuatro gatos fuera del arroyo y los dirigió hacia el árbol más próximo.

—¡Ahora subid!

Cañamera se acercó a un árbol bajo de ramas retorcidas que le pareció más accesible.

—Yo creo que podría subirme a este —maulló.

—¡No! ¡Ven aquí! —la llamó Leonado—. Los perros llegarían ahí arriba en un santiamén… Mira, solo tienes que clavar las garras así —le explicó mientras ella regresaba a su lado—. Luego usa las patas traseras para izarte por el tronco. Es muy fácil.

Cañamera parecía asustada y desconcertada.

—Jamás lo conseguiré. —Estaba temblando—. Subid vosotros, yo prefiero jugármela aquí, aunque sea arriesgado…

—¡No vamos a dejarte aquí abajo! —replicó Zarpa de Tórtola ferozmente.

Leonado luchó contra el miedo y la exasperación. Ya oía a los perros; sus ladridos eran débiles en la distancia, pero sonaban más fuertes con cada segundo que pasaba.

—Mira, prueba a hacerlo así.

Zarpa de Tórtola se dirigió al árbol más cercano y subió de un salto por el tronco hasta la rama más baja. Luego descendió de nuevo.

—Venga, que puedes hacerlo —la animó.

Para alivio de Leonado, Sapero y Corazón de Tigre reaparecieron a su lado.

—Nos ocuparemos cada uno de uno —maulló Sapero, yendo hacia Pétalo.

—Genial, gracias. —Leonado le hizo una señal con la cola a Cañamera—. Corazón de Tigre, tú ayuda a Torrentero; Zarpa de Tórtola, a ti te toca Cola Blanca.

Dio por hecho que la veterana tendría más seguridad en sí misma, y que a una aprendiza le resultaría más fácil ayudarla; además, sospechaba que Cola Blanca habría trepado alguna vez a alguno de los árboles de la zona de bosque que había junto a la frontera del Clan del Trueno. Libre ya para concentrarse en Cañamera, que estaba aterrorizada, la empujó hacia el árbol que les quedaba más cerca.

—Pon aquí las garras delanteras —la instruyó—, y apoya una pata trasera en ese nudo. Ahora, aúpate.

Cañamera hizo lo que le decía, y luego se quedó paralizada, espatarrada contra el tronco, con las cuatro zarpas clavadas en la corteza.

—No puedo moverme —dijo con la voz estrangulada.

—Sí que puedes —la animó Leonado—. Y si te caes, caerás de pie. Ahora sube una pata trasera hasta ese hueco de ahí…

Poco a poco, paso a paso, la gata del Clan del Viento fue trepando por el árbol con Leonado junto a ella. Los perros ya casi los habían alcanzado, ladrando estridentemente y atravesando como locos la escasa vegetación. Su olor saturaba el aire, y Leonado respiró a bocanadas cortas, intentando no absorber el hedor que emanaban.

Debían asegurarse de que los perros no podían atraparlos, por eso los árboles que habían escogido eran bastante altos y difíciles de trepar, lo que aún complicaba más el ascenso para un gato inexperto. Al mirar a su alrededor, Leonado vio que Zarpa de Tórtola y Cola Blanca habían alcanzado ya la seguridad de una rama alta, y que Corazón de Tigre empujaba a Torrentero hasta la horcadura entre dos ramas. Sapero, sin embargo, seguía intentando que Pétalo subiera por el tronco del árbol que se alzaba junto al de Leonado.

—Lo estás haciendo muy bien —gruñó el guerrero del Clan de la Sombra —, pero, por el amor del Clan Estelar, no mires hacia abajo.

Justo cuando Cañamera logró ascender hasta una rama, los perros irrumpieron entre la maleza. Eran dos, de pelaje liso y lustroso, uno rubio y el otro negro. Se pusieron a dar brincos, entrando en el arroyo y saliendo de él, y olisqueando alrededor de las raíces de los árboles.

—Aquí no pueden alcanzarnos —maulló Leonado, agazapado en la rama junto a Cañamera—. Qué animales tan estúpidos… No tienen ni idea de que estamos aquí arriba.

Justo entonces, uno de los perros los descubrió. Comenzó a ladrar entusiasmado, saltando alrededor del árbol y plantado sobre las patas traseras, apoyando las delanteras en el tronco. Tenía la boca abierta, de la que le colgaba una lengua larga y rosa.

Cañamera soltó un chillido aterrado y resbaló de la rama, agitando inútilmente las patas mientras caía. Leonado se abalanzó hacia delante y consiguió agarrarla con las zarpas delanteras, pero fue un segundo demasiado lento y no pudo sujetarla con firmeza. Notó que Cañamera se le escurría poco a poco de entre las garras, mientras el perro saltaba y ladraba en un alborozo

frenético. A la guerrera se le desorbitaron los ojos de pavor y abrió la boca en un grito mudo.

Justo cuando Leonado pensaba que la gata iba a caer, Sapero voló por el aire desde el árbol vecino, dejando a Pétalo, que estaba aterrorizada, con las patas delanteras abrazadas a una rama.

Para entonces, eran ya los dos perros los que saltaban al pie del árbol, tratando de morder la cola de Cañamera. Por un instante, Leonado creyó que Sapero se había quedado corto con el salto y que caería en las fauces de los chuchos, pero entonces su rama se sacudió bruscamente y el guerrero del Clan de la Sombra aterrizó a su lado para clavar las garras en el pescuezo de la gata del Clan del Viento.

Muy despacio, los dos guerreros izaron a Cañamera hasta que ella pudo volver a clavar las uñas en la rama.

—¡Gracias! ¡Ay, gracias…! —exclamó la gata, sin aliento y temblando con tanta fuerza que estuvo a punto de caerse de nuevo.

Leonado la ayudó a recuperar el equilibrio con la cola.

—Gracias —le dijo a su vez a Sapero.

El guerrero del Clan de la Sombra soltó un gruñido y asintió casi imperceptiblemente, como si lo avergonzara que lo hubieran sorprendido ayudando a una gata de un clan rival.

Leonado oyó aullar a unos Dos Patas entre los árboles. Los dos perros dejaron de saltar al instante y echaron a correr en dirección a las voces, deteniéndose de vez en cuando para lanzar una mirada apenada a los gatos. Cuando el ruido se apagó y el bosque quedó de nuevo en silencio, Leonado guio a Cañamera de regreso al suelo, mientras Sapero volvía a su árbol para ayudar a Pétalo. Todos los gatos descendieron temblorosos y se reunieron junto al arroyo, encorvados entre los tallos quebradizos de la hierba reseca por el sol.

—Creo que me he dislocado el hombro —maulló Cañamera, flexionando una de sus patas delanteras con una mueca de dolor—. Lo siento muchísimo, Leonado. He sido un completo estorbo…

—Tonterías —la tranquilizó él—. No podemos ser buenos en todo. Si tuviéramos que escapar de algo corriendo, Cola Blanca y tú nos dejaríais atrás a todos.

—No si el hombro me duele como ahora —masculló Cañamera, abatida.

—Ala de Mariposa me enseñó algunas cosas sobre hierbas antes de que nos marcháramos —maulló Torrentero, olfateando la lesión de su compañera

de viaje—. Según ella, las cataplasmas de hojas de saúco van bien para las torceduras. ¿Quieres que busque unas cuantas?

—Buena idea —respondió Leonado—. Pero no te alejes demasiado.

—No lo haré —maulló Torrentero antes de salir corriendo, contento de poder hacer algo útil.

—¿Cómo vamos a salir de esta si algunos de nosotros ni siquiera podemos trepar a los árboles? —preguntó Corazón de Tigre cuando el guerrero del Clan del Río se hubo marchado—. No vamos a poder cumplir con nuestra misión…

La angustia del joven impactó a Leonado más que si le hubiera dado un zarpazo, sobre todo porque al principio se había mostrado muy optimista.

El resto le dio la razón entre murmullos.

—Ni siquiera sabemos a qué nos enfrentamos —señaló Cañamera—. Es decir, ¿cómo sabemos que el arroyo está bloqueado? Podría haberse secado por el calor, ¿no? ¡Podríamos estar caminando eternamente y no encontrar nada! —concluyó con voz lastimera.

Leonado miró a su aprendiza y vio que parecía preocupada.

—No te has equivocado —le susurró, inclinándose hacia ella—. Yo confío en ti.

Zarpa de Tórtola pareció un poco más aliviada, aunque Leonado vio que seguía arañando el suelo.

Para entonces, el sol ya casi había desaparecido tras el horizonte. El cielo estaba teñido de rojo, y las sombras crecían alrededor de los árboles.

—Creo que deberíamos quedarnos aquí a pasar la noche —maulló Cola Blanca—. Todos necesitamos descansar… sobre todo Cañamera.

—Pero ¿creéis que es seguro? —preguntó Pétalo, todavía asustada—. ¿Y si regresan los perros? Tal vez deberíamos dormir en los árboles…

—Seguro que, en cuanto te quedaras dormida, te caerías de cabeza —le soltó Sapero con brusquedad.

A Pétalo se le dilataron los ojos, alarmada.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Todo irá bien —la tranquilizó Leonado—. Haremos turnos para vigilar. —Antes de que nadie pudiera quejarse más, dio un salto—. Vamos a buscar frondas y musgo para los lechos.

Zarpa de Tórtola y Pétalo bajaron al arroyo a por musgo, y Leonado y los demás empezaron a arrancar hojas resecas de los helechos.

—Tú quédate aquí y descansa. No debes forzar la pata —le dijo Leonado a Cañamera—. Torrentero no tardará en volver.

Para cuando el guerrero del Clan del Río regresó con un fardo de hojas de saúco, los demás habían transformado las hojas de helecho en una burda guarida provisional. Por su parte, Pétalo y Zarpa de Tórtola habían preparado lechos con el musgo.

—Aquí están —maulló Torrentero alegremente, tras dejar las hojas junto a Cañamera—. Ahora hay que mascarlas y extendértelas por el hombro. Por la mañana te encontrarás mejor.

Cañamera se lo quedó mirando, atónita.

—Gracias.

Mientras los miembros de la patrulla se acomodaban como podían en la guarida improvisada, Leonado pensó en lo raro que se le hacía tumbarse a descansar junto a gatos de clanes rivales. Cada uno se apretujó contra su compañero de clan, y Corazón de Tigre pegó un salto cuando Pétalo lo tocó accidentalmente con la cola.

—Lo siento —susurró la gata, azorada.

Leonado casi le pisó la oreja a Cola Blanca, y al apartar la pata de golpe rozó a Sapero.

—¡Cuidado! —gruñó el guerrero del Clan de la Sombra.

Leonado se disculpó con un movimiento de la cabeza, y decidió que lo mejor era salir de allí. De un salto, salvó el pequeño muro de helechos y se plantó en el borde del arroyo.

—Yo seré el primero en montar guardia —anunció.

Se acomodó en la ribera con las patas debajo del cuerpo, pero pronto descubrió que estaba demasiado cansado y que acabaría durmiéndose a menos que se moviera. Obligándose a sí mismo a ponerse en pie, patrulló por la orilla arriba y abajo, sin perder de vista la guarida. Mantuvo las orejas plantadas y no dejó de saborear el aire para captar la menor señal de peligro. En el bosque reinaba el silencio, y a esas alturas el olor de los perros prácticamente se había disipado. En un momento dado, le pareció detectar un olorcillo a tejón, aunque estaba demasiado lejos para suponer una amenaza.

Cuando regresó a la guarida, la luna menguante se reflejaba en un par de ojos que lo miraban desde los helechos.

—Zarpa de Tórtola —susurró Leonado, para no despertar a los demás—. No tienes por qué quedarte despierta. Lo sabes, ¿verdad?

—¿En serio? —contestó ella, en voz baja pero desafiante—. Si esos perros vuelven, yo seré la primera en oírlos.

—Tú no eres la única responsable de nuestra seguridad, Zarpa de Tórtola —le dijo Leonado con una punzada de lástima—. Los demás también

podemos ser de ayuda, ¿no crees? Ahora duérmete.

Por un instante pensó que la aprendiza iba a protestar, y que él se vería obligado a recordarle que era su mentor. Pero finalmente la joven soltó un suspiro leve y se acurrucó, cerrando los ojos y tapándose el hocico con la cola. Poco después, el ritmo de su respiración le indicó que se había quedado dormida. «Sé perfectamente lo que se siente cuando uno tiene un poder que ningún otro gato puede entender —pensó el joven guerrero del Clan del Trueno—. Es el sentimiento más desolador del mundo».

14

En cuanto el túnel de espinos dejó de temblar después de que Zarzoso, Leonado y Zarpa de Tórtola salieran de la hondonada, Glayo regresó a su guarida. Las dudas lo invadían. «Ocho gatos han salido para llevar a cabo una misión basada en lo que Zarpa de Tórtola cree que puede ver, oír, sentir o lo que sea, siguiendo un arroyo que se ha secado. No puede decirse que eso responda precisamente a una profecía del Clan Estelar».

Lo que más le molestaba era que sus antepasados guerreros no le hubieran dicho nada sobre la misión, o sobre esos animales marrones que obstruían el arroyo. Tampoco los otros curanderos lo habían mencionado en la última reunión en la Laguna Lunar. «¿Es que el Clan Estelar está esperando a que la profecía de los tres nos salve? Después de todo, la profecía es más grande que todos ellos». Glayo se detuvo, alzó los ojos hacia un cielo que no podía ver y se preguntó: «¿Estará alguno de nuestros antepasados contemplándonos ahora?».

A su espalda sonaron unos pasos que lo sacaron de sus pensamientos.

—¡No me mires así! —protestó Zarpa Espinela.

«¿Qué pasa ahora?», se dijo Glayo con un suspiro.

—¡Bueno, pues deja de estar tan malhumorada! —replicó Gabardeta—. Parece que alguien te haya puesto hormigas en el pelo.

—Tú también estarías de mal humor si uno de tus hermanos se hubiese marchado a salvar a los clanes… —gruñó la aprendiza—, ¡y tú te hubieras quedado haciendo entrenamientos estúpidos!

Glayo oyó cómo la joven le daba una patada a un guijarro, seguido de un alarido indignado de Musaraña.

—¡Cuidado! ¡¿Es que una no puede hacer sus necesidades sin que le lancen piedras?! —exclamó la veterana.

—Lo… lo siento… —se disculpó Zarpa Espinela.

La vieja gata volvió a su guarida, y Glayo pudo percibir su irritación, semejante al zumbido que hacían las abejas en un árbol hueco. El joven curandero no pudo evitar sentir cierta compasión por Zarpa Espinela. «A mí también me han dejado atrás…».

Detectó el olor de Carbonera, que llegaba cruzando el claro a toda prisa.

—¡Zarpa Espinela, haz el favor de controlar ese mal genio! —maulló la guerrera—. ¡Deberías mostrar más respeto por nuestros veteranos!

—Lo siento —repitió la aprendiza, sonando esta vez más desdichada que furiosa.

—Más te vale. Luego buscaremos una buena presa para Musaraña, y tú serás la encargada de llevársela. Pero eso será más tarde, esta mañana vais todos a hacer prácticas de combate.

—¡Oh, vaya! —Zarpa Espinela no parecía muy impresionada.

—¡No, es genial! —exclamó Gabardeta, entusiasmada—. Yo te ayudaré, Zarpa Espinela. No falta mucho para mi evaluación final.

—Eh, jovencita, no corras tanto. —Espinardo se acercó a su aprendiza—. Tu evaluación no será hasta dentro de un par de lunas. Y es la mentora de Zarpa Espinela quien debe encargarse de su entrenamiento, tú tienes que concentrarte en el salto y el giro que te enseñé la última vez. Todavía no los dominas del todo.

—Vale —dijo Gabardeta, que no pareció molesta por el comentario de su mentor.

Pinta y Ratonero se unieron a Florina y Abejorro, y toda la tropa de mentores y aprendices salió del campamento, empujándose unos a otros y gritando los más jóvenes.

Glayo suspiró. «A veces me siento tan viejo como Pedrusco».

La hondonada pareció quedarse muy vacía cuando los gatos se fueron. El curandero se quedó totalmente quieto durante unos segundos que se le hicieron bastante largos, escuchando el leve crujido de las ramas sobre su cabeza, pero al final se sacudió, cruzó el claro y siguió a la vieja gata hasta la guarida de los veteranos. Rabo Largo dormía hecho un ovillo y roncaba levemente al respirar, y Musaraña estaba acomodándose en su lecho de frondas secas.

Puma se sentó al lado de la gata.

—Estaba recordando el día en que un par de ratas intentaron instalarse en la casa de mi Caminaerguido —empezó el viejo solitario—. Creo que te gustaría oír la historia, así que…

—Espera un momento, Puma —lo interrumpió Glayo—. Necesito hablar con Musaraña.

—¿Y ahora qué pasa? —quiso saber la anciana.

Aún sonaba un poco irritada, pero Glayo no estaba seguro de si era por la pedrada o porque no le apetecía nada oír una de las interminables historias de Puma.

—Tengo que ver dónde te ha golpeado el guijarro —le explicó el curandero.

La veterana soltó un suspiro.

—No ha sido nada, Glayo. No creo que sea necesario…

El curandero no la dejó acabar.

—Solo estoy haciendo mi trabajo, Musaraña.

Ella suspiró de nuevo.

—De acuerdo —maulló, tumbándose en el lecho—. Ha sido justo ahí, en la parte superior de la pata.

Glayo se acercó con cuidado a olfatear la zona. Para su alivio, no encontró el menor rastro de herida; la piel de Musaraña estaba intacta.

—Parece que estás bien… —maulló.

—¡Ya te lo he dicho! —le soltó ella—. Los jóvenes creéis que lo sabéis todo.

—Aun así, si notas algún dolor o empiezas a cojear, avísame enseguida, ¿de acuerdo?

—Yo me encargaré de eso —intervino Puma—. No te preocupes, muchacho.

—Gracias, Puma.

Glayo se dirigió a la salida, pero antes de que pudiera marcharse, el viejo solitario lo detuvo:

—Eh, no corras tanto, jovenzuelo. Seguro que tú también disfrutas con mi relato. Bueno, pues había dos ratas que…

A regañadientes, Glayo se quedó donde estaba, pero se mantuvo cerca de la entrada de la guarida, y en cuanto oyó movimiento en el claro, interrumpió la inconexa historia de Puma:

—Lo siento. Me tengo que ir, podría ser una emergencia.

Sin esperar una respuesta, se deslizó por debajo de las ramas hasta el exterior.

Zarzoso había regresado tras despedir a los miembros de la expedición, y al acercarse a él, Glayo percibió que Estrella de Fuego bajaba por las rocas desprendidas para ir a reunirse con su lugarteniente en el centro del claro.

—¿Y? —preguntó el líder del clan, un tanto ansioso—. ¿Cómo ha ido?

—Bien —respondió el lugarteniente—. Los cuatro clanes han enviado a dos gatos cada uno, y todos se han marchado arroyo arriba.

—¿Quiénes han sido los gatos escogidos?

—El Clan de la Sombra ha escogido a Sapero y Corazón de Tigre; el Clan del Viento, a Cañamera y Cola Blanca, y el Clan del Río, a Torrentero y Pétalo.

Glayo agitó las orejas, sorprendido. «No parece que Estrella Leopardina haya elegido a sus guerreros más fuertes. ¿No es consciente de los peligros a los que van a enfrentarse?».

Si Estrella de Fuego pensaba lo mismo, no dijo nada al respecto, solo comentó:

—Espero que les vaya bien juntos.

—Estoy seguro de que sí —aseguró Zarzoso—. Aprenderán a confiar en los demás, y cuando regresen, la experiencia los habrá hecho más fuertes.

—Solo le pido al Clan Estelar que regresen todos —maulló el líder—. Y que descubran qué ha sucedido con el agua del lago, claro… —Tomó una larga bocanada de aire y suspiró, pero un segundo después sonó mucho más brioso cuando añadió—: Mientras tanto, será mejor que empecemos con las patrullas antes de que el día se vuelva demasiado caluroso. Yo mismo dirigiré una de caza. ¿Organizas tú las demás, Zarzoso?

—Por supuesto.

Los dos gatos se alejaron y empezaron a llamar a los guerreros que seguían en su guarida. La mayoría salieron bostezando y desperezándose, dispuestos a ponerse en marcha. Glayo se dirigió de nuevo a su guarida. Al cruzar el claro, sin embargo, la patrulla de Estrella de Fuego pasó por su lado, y Manto Polvoroso, que iba el último, lo rozó levemente. Glayo percibió una punzada de dolor en la columna vertebral del atigrado marrón, y plantando las orejas captó una leve irregularidad en los pasos del guerrero.

—¡Eh, Manto Polvoroso! —lo llamó—. ¡Espera un momento!

—¿Qué pasa? —Sonó más hosco de lo habitual mientras volvía sobre sus pasos—. Tengo que ir a cazar con Estrella de Fuego, así que date prisa.

—¿Te has hecho daño en el lomo? —le preguntó Glayo.

El atigrado vaciló.

—¿Por qué dices eso?

—Soy curandero —replicó Glayo secamente—. Si sientes dolor, tengo hierbas que te ayudarán.

—Yo no necesito hierbas.

Por el modo en que maulló, Glayo se imaginó que se le estaba erizando el pelo.

—Guárdalas para los gatos que estén enfermos de verdad —añadió el guerrero.

—Tengo de sobra de la que te hace falta para eso —lo tranquilizó.

No iba a permitir que el guerrero se privara de un medicamento por un altruismo mal entendido. Si no le ponía remedio, su columna vertebral no haría más que empeorar, y entonces ya no podría cazar.

—Ven a verme cuando vuelvas.

—Vale, vale, lo haré —respondió Manto Polvoroso, todavía con cierta brusquedad.

Aunque el joven curandero captó alivio en su tono cuando, en voz más baja, añadió:

—Gracias, Glayo.

—¡Que no se te olvide! —exclamó el curandero mientras el atigrado se reunía con Estrella de Fuego y el resto de la patrulla.

«Hablaré con Fronda para que se lo recuerde», se dijo Glayo, pensando que la pareja de Manto Polvoroso era la más indicada para convencerlo. Mientras se dirigía hacia su guarida, percibió que alguien lo miraba con afecto. «¡Es Hojarasca Acuática!». Notó lo orgullosa que estaba su madre de él, por el modo en que había detectado la lesión de Manto Polvoroso y por la forma en que había evitado herir su dignidad o su sentido del deber al ofrecerle las hierbas.

«¡Pues no quiero que estés orgullosa de mí!», pensó.

De repente, sintió como si la hondonada estuviera cerniéndose sobre él. No podía permanecer ni un segundo más entre aquellos muros rocosos que lo atrapaban con sus ojos vigilantes. Así que se volvió en redondo y cruzó el claro a la carrera, para desaparecer por el túnel de espinos en pos de las patrullas. Una vez en el bosque, se dirigió hacia el lago, añorando el olor del aire fresco y húmedo lleno de matices que siempre lo recibía al tomar ese camino. De pronto, el bosque le parecía extraño e implacable, y lo único que flotaba en él era aquella brisa caliente y seca.

Cuando llegó a la orilla, a apenas una cola de distancia del lugar donde solía alcanzar el agua, un vacío desconocido se extendió ante él. Estaba acostumbrado a percibir el frío y húmedo peso del lago en su pelaje, pero ahora en el aire que lo rodeaba no había nada más que polvo. Deteniéndose al borde de los árboles, Glayo localizó a un par de patrullas del Clan del Trueno y el Clan del Viento que iban también hacia allí. «Probablemente vienen a

buscar agua», se dijo. Un poco más allá, oyó a una patrulla del Clan de la Sombra discutiendo con los guerreros del Clan del Río, que vigilaban a todas horas el menguante lago.

—¡No sois los dueños del agua! —espetó Bermeja—. Todos los gatos tenemos derecho a beber.

—¡Y nosotros tenemos derecho a los peces! —replicó Boira—. Tocadles una sola escama, y os arrancaré las orejas.

A pesar de sus amenazas, la voz de la gata del Clan del Río sonaba frágil y angustiada, como si ya no le quedaran fuerzas.

«No puede ser muy divertido estar ahí plantado todo el día sin ninguna sombra en la que guarecerse y sin poder descansar», pensó Glayo.

Echó a andar por el lecho seco, notando cómo los guijarros bailaban bajo sus zarpas. Sabía que cerca de esa zona tenía que estar la salida de los túneles por la que el río subterráneo los había arrastrado hasta el lago. Y sin embargo, ningún gato había mencionado que hubiesen encontrado una abertura en el lecho lacustre…

Quizá había quedado tapada por uno de los muchos deslizamientos de tierra, formando una poza como en la que había caído Chubasco.

A pesar del calor asfixiante, Glayo se estremeció al recordar el hundimiento de tierra que había atrapado a Carrasca, cuando el techo de un túnel se derrumbó sobre ella. Por un instante, volvió a estar allí, plantado en el bosque azotado por la lluvia y llamando desesperadamente a su hermana…

—¡Eh, Rosella! —La alegre voz de Nube Albina lo devolvió al lago reseco.

El joven curandero se dio una sacudida para librarse de aquel recuerdo espantoso.

La patrulla del Clan del Trueno que iba a por agua ya había llegado a la orilla: estaba formada por Nube Albina, Bayo y Centella.

Glayo oyó unas pisadas a su espalda y percibió que Rosella también se había aventurado a bajar. La joven gata se dirigió hacia la patrulla, y sus pasos sonaron lentos y pesados por la carga de sus cachorros.

—Hola —saludó Rosella sin aliento—. Qué calor hace, ¿no? El lago está…

—¿Tú no deberías estar en la maternidad? —la interrumpió Bayo antes de que ella pudiera decir nada más.

Glayo se percató de la sorpresa de la gata.

—Solo quería estirar un poco las patas… —se explicó Rosella—, y ver si el lago había encogido más.

—Se supone que deberías estar descansando —replicó Bayo, más crispado de lo habitual—. ¿Qué pasa con nuestros hijos?

—Pero es que quería beber un poco… —protestó ella.

—Nube Albina se encargará de llevarte agua —maulló el guerrero tostado, antes de darse la vuelta y echar a andar hacia el lejano lago.

La incomodidad que sentían Nube Albina y Centella era tan intensa que Glayo casi pudo paladearla.

—Claro, Rosella… —musitó Nube Albina—. Yo te llevaré un poco de musgo empapado.

—Gracias, pero de eso puedo encargarme yo sola. —La reina sonó tensa y compungida a la vez—. Nos vemos luego.

Y siguió los pasos de Bayo, pero sin intentar alcanzarlo. Cuando pasó al lado de Glayo, sin embargo, se detuvo junto a él.

—No hay problema si salgo de la maternidad, ¿verdad?

—Desde luego que no —respondió el joven curandero—. Tus hijos no nacerán hasta dentro de una luna.

—Eso pensaba yo. Dalia me ha dicho que no les haré ningún daño si doy un paseo. —Soltó un suspiro de cansancio—. ¡Es como si Bayo quisiera que me quedara para siempre en la maternidad! Dice que no hay sitio para mí en la guarida de los guerreros.

Glayo arañó el suelo árido, un tanto incómodo.

—Bueno, estoy seguro de que él solo quiere lo mejor para ti…

Rosella no respondió. Se limitó a soltar un bufido de incredulidad, y luego se dirigió hacia el agua.

Tratando de relajar la mente, Glayo regresó a la orilla en busca de su palo, que estaba cuidadosamente encajado debajo de las raíces de un saúco, a un par de colas de distancia de la orilla. Tras acomodarse a la sombra del arbusto, deslizó una zarpa por las marcas de la madera. Unos susurros tenues le revolotearon alrededor de las orejas, y enseguida reconoció algunas de las voces del tiempo que había pasado con el Clan Antiguo. Aguzó el oído para distinguir lo que decían, pero hablaban demasiado bajito. Sintió una punzada de tristeza, como si una espina se le clavara en el pecho. Los había dejado atrás… Habían sido sus amigos… y él los había ayudado a abandonar el lago para siempre. Ahora, sin embargo, los espíritus de los gatos antiguos parecían estar a su alrededor, rozándole el pelo con la cola, mezclando sus olores con el del lago seco.

«¿Qué queréis?», les preguntó Glayo al percibir su inquietud.

Pero no hubo respuesta.

De repente, unos aullidos procedentes de la orilla llamaron su atención. Enterró a toda prisa el palo debajo de las raíces, salió del arbusto y se incorporó.

—¡Esta parte del lago pertenece al Clan del Viento! —bufó una voz.

Glayo se quedó de piedra al reconocer a Ventolero.

—¡Volved a vuestra zona! —insistió el guerrero.

—¡Menuda ridiculez! —protestó Nube Albina—. Nuestros territorios terminan a tres colas de la orilla.

—La orilla está donde empieza el agua —gruñó Ventolero—, y eso convierte esta zona en territorio del Clan del Viento. ¡Así que sacad vuestras colas de aquí!

—¿Nos vas a obligar? —le espetó Bayo.

Glayo imaginó al guerrero tostado mostrando los colmillos en un gruñido y con el pelo erizado, preparado para pelear.

«¡Un enfrentamiento es lo último que necesitamos!».

El curandero corrió hacia ellos, levantando a su paso el polvo y los guijarros sueltos del fondo del lago seco.

—¡Deteneos! —aulló, interponiéndose entre los dos guerreros—. ¿Qué valor tiene el lecho del lago para los clanes?

Oyó un rugido de rabia, y notó el hocico de Ventolero contra el suyo.

—¡¿Qué si no ibas a decir tú, gato mestizo?!

A Glayo lo impactó la oleada de odio que emanaba del guerrero del Clan del Viento. Dio un paso atrás, dilatando las fosas nasales.

—¿Qué tiene que ver eso con…? —empezó.

Pero Ventolero volvió a pegar su cara a la del curandero.

—Tu madre traicionó a mi padre, además de a su propio clan —bufó—. No tienes ningún derecho a ser curandero. No tienes derecho a vivir entre los clanes. ¡Jamás os perdonaré lo que habéis hecho! ¡Jamás!

Glayo estaba demasiado atónito para responder. Notó que Bayo erizaba el pelo.

—¡Yo me encargo de él si tú quieres, Glayo! —gruñó el guerrero tostado.

El curandero negó con la cabeza. ¿Qué cambiaría eso? Oyó que se acercaban unos pasos, y captó el olor de Perlada, la lugarteniente del Clan del Viento.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber la gata.

—Nada —respondió Ventolero—. Solo un malentendido sobre cómo llegar al agua.

Perlada se volvió hacia Glayo.

—Deberías aconsejar a tus guerreros que se mantuvieran en vuestro lado del lago —le avisó—. Para evitar futuros… malentendidos.

Glayo no estaba dispuesto a discutir, no con Ventolero escupiendo tanto veneno.

—Muy bien —maulló, inclinando la cabeza ante la lugarteniente, aunque apenas pudo contener la rabia al detectar la arrogancia triunfal que irradiaba Ventolero—. Vamos —se dirigió a la patrulla del Clan del Trueno—, de aquí no vamos a sacar nada limpio.

Notó la irritación de sus compañeros de clan cuando volvían hacia su propio territorio.

—¡No puedo creer de lo que es capaz ese sarnoso gato del Clan del Viento! —bufó Nube Albina—. ¿Cómo se atreve a decirnos adónde podemos ir y adónde no?

—¡Deberías habérmelo dejado a mí, Glayo! —gruñó Bayo.

—Lo que te ha dicho no tiene ninguna disculpa —añadió Centella en voz más baja, impactada aún por las palabras de Ventolero.

Glayo se encogió de hombros; no quería comentar las acusaciones que el guerrero del Clan del Viento le había lanzado. Dejando atrás a la patrulla, que siguió su camino hacia la lejana poza de agua, regresó a la orilla, con el viento caliente alborotándole el pelo. A pesar del calor, notó que el frío volvía a penetrarle los huesos, y sintió que los gatos antiguos lo rodeaban de nuevo.

«Ten cuidado, Ala de Glayo —le susurró uno de ellos—. Una brisa oscura está formando nubes de tormenta».

15

Una brisa seca y polvorienta meció las ramas que se alzaban por encima de Zarpa de Tórtola, que se despertó parpadeando y abrió la boca en un bostezo enorme. Durante unos segundos, la aprendiza del Clan del Trueno fue incapaz de recordar dónde estaba. «¡Esto no es la guarida de los aprendices! ¿Dónde está Zarpa Espinela?».

Se puso en pie trastabillando, presa del pánico, hasta que reconoció la guarida que había construido la noche anterior con sus compañeros de expedición y vio el claro por el que habían huido de los perros. Los demás seguían durmiendo, excepto Leonado, que estaba sentado a un par de colas de distancia, en el borde del arroyo.

—Hola —la saludó su mentor con un ronroneo—. Estaba despierto cuando Cola Blanca ha terminado su turno, así que estoy haciendo el tuyo.

Zarpa de Tórtola sintió un hormigueo de irritación que le recorrió todo el cuerpo. Dio un pequeño salto para salvar el muro de frondas que la separaba de Leonado y se acercó a él.

—¡Puedo hacer mi turno de vigilancia! —gruñó—. No tienes que tratarme como a una cachorrita.

—Apenas acabas de convertirte en aprendiza —le recordó él.

Zarpa de Tórtola reprimió un bufido de frustración.

—Bueno, a la profecía eso no parece importarle, ¿verdad? —señaló—. Yo ya tenía mi poder especial antes de abandonar la maternidad. El Clan Estelar no esperó a que creciese, precisamente.

Leonado abrió la boca con la intención de responder, pero, antes de que pudiese decir nada, oyó un susurro en la guarida y vio que Cañamera estaba desperezándose. La gata miró a su alrededor, pasmada, luego pareció recordar dónde estaba y se puso en pie para sacudirse los trocitos de musgo.

—¡Hola, Cañamera! —exclamó Zarpa de Tórtola—. ¿Cómo va tu hombro?

Tras flexionar la pata delantera con precaución, la guerrera alzó la vista ronroneando de alivio.

—Mucho mejor, gracias. Ya no noto casi nada.

Mientras tanto, los demás comenzaron a despertarse. Todos parecían un poco tensos cuando descubrían lo cerca que se encontraban de los gatos de otros clanes.

—Deberíamos ir a cazar —maulló Sapero, levantándose de un salto—. Antes de que haga demasiado calor y todas las presas se metan en sus escondrijos.

—No os alejéis demasiado —los avisó Leonado cuando varios de ellos empezaron a dispersarse—. Recordad que los perros podrían seguir por aquí.

Zarpa de Tórtola desplegó sus sentidos, pero no captó ni rastro de ellos. «Lo más probable es que esas estúpidas criaturas estén durmiendo a pierna suelta en la guarida de sus Dos Patas…», pensó para sus adentros. Luego saltó al otro lado del arroyo, y enseguida, entre los árboles, detectó un olor intenso a ardilla. «¡Espero poder compensar lo del mísero ratón que cacé ayer!».

Un poco más allá, localizó a una ardilla que mordisqueaba una semilla al pie de una haya. Zarpa de Tórtola se pegó al suelo, comprobó que tenía el viento de cara y adoptó la postura del cazador. Paso a paso, sin hacer ruido, se fue acercando a su presa. «Eso está muy bien… tú sigue mirando hacia el otro lado…».

Con un zarpazo veloz, la abatió sin contemplaciones. Poco después, cuando regresaba orgullosamente a la guarida improvisada, vio que los demás estaban llegando también con sus presas. Leonado había cazado un campañol; Corazón de Tigre, un par de musarañas, y Sapero, un ratón. Cola Blanca y Cañamera habían atrapado un conejo juntas.

—Deberíais enseñarnos esa técnica de cazar en pareja —maulló Leonado —. Podría sernos útil en el bosque.

Cola Blanca respondió a esas palabras con un movimiento de orejas, y Zarpa de Tórtola entendió que la idea de enseñarles algo a los gatos de otros clanes la incomodaba demasiado.

Mientras todos se sentaban para dar cuenta de la comida, Torrentero y Pétalo se apartaron un poco.

—Nosotros no hemos cazado nada, así que no podemos comer… —maulló Pétalo, mirando anhelante la carne fresca.

—Tonterías —replicó Cola Blanca con fuerza—. ¿Cómo vais a viajar con el estómago vacío?

—Exacto —intervino Leonado—. En esta expedición se comparten las presas. Venga, hay carne de sobra para todos.

Los dos gatos del Clan del Río volvieron a acercarse a ellos despacio, y Zarpa de Tórtola les dejó la ardilla delante.

—Gracias —musitó Torrentero.

Mientras empezaban a comer, la aprendiza del Clan del Trueno percibió la culpabilidad y vergüenza que emanaban, y sintió lástima de los gatos que dependían tanto de un solo tipo de presa. No era de extrañar que el Clan del Río estuviera pasando tanta hambre ahora que ya casi no quedaban peces.

Cuando terminaron de comer se pusieron en marcha de nuevo, con Sapero en cabeza. Avanzaron sigilosamente por el lecho del arroyo, casi tan incómodos los unos con los otros como al inicio del viaje. Zarpa de Tórtola notó cómo la tensión iba aumentando. Ninguno de ellos sabía adónde iban exactamente, ni cómo iban a llegar hasta allí.

La joven sintió un arrebato de pánico. «Están aquí porque yo hablé sin pensar. ¿Y si estoy equivocada?».

Se detuvo en medio del cauce, y cerrando los ojos intentó silenciar los sonidos del bosque que la rodeaba para proyectar sus sentidos hacia delante. Unos segundos después, empezaron a descender unos susurros leves por el lecho del arroyo hasta las piedras que estaba pisando: arañazos, mordiscos, el golpeteo del agua atrapada, y las pisadas de los animales grandes y marrones deslizándose sobre los troncos apilados. Incluso percibió sus cuerpos corpulentos mientras arrastraban más ramas al arroyo.

—¿Zarpa de Tórtola? —La voz de Pétalo la sacó de su ensimismamiento, y la aprendiza pegó un salto—. ¿Te encuentras bien?

Cuando la pequeña gata abrió los ojos, vio a la guerrera del Clan del Río al final del grupo, mirándola por encima del hombro.

—Eh… sí, por supuesto… —respondió, correteando hacia ella para alcanzarla—. Estoy bien.

Más tranquila al saber que los animales marrones estaban arroyo arriba, siguió andando junto a Pétalo. Por encima de la patrulla, la vegetación era cada vez más frondosa y los protegía de los ardientes rayos del sol, así que parecía que caminaran por un túnel fresco y umbrío. Zarpa de Tórtola incluso vio una charca de agua en un recodo de la ribera.

—¡Eh, mira eso! —exclamó, tocando amistosamente a Pétalo con la cola —. A lo mejor ahí hay peces.

Lo había dicho medio en broma medio en serio, pero la gata del Clan del Río plantó las orejas.

—Pues a lo mejor sí.

Se dirigieron juntas hacia el borde de la charca para inspeccionar el fondo. El agua era de un verde profundo, y Torrentero se unió a ellas de inmediato.

—¿Algún pez? —le preguntó el guerrero a su compañera de clan, saboreando el aire.

—¡Sí! —Pétalo movió la cola, emocionada—. Hay varios. Deben de haber sobrevivido aquí, después de que el arroyo se secara.

—¿Crees que puedes atrapar alguno? —preguntó Corazón de Tigre con curiosidad.

—Por supuesto que puede —respondió Torrentero con un brillo de orgullo en los ojos.

—Apartaos todos un poco —les pidió Pétalo con un movimiento de la cola—. Si vuestra sombra da en el agua, los peces sabrán que vamos a por ellos.

—Es como cuando nos ponemos con el viento a favor delante de las presas —le susurró Zarpa de Tórtola a Leonado mientras retrocedían.

Torrentero y Pétalo se agacharon en el borde de la charca y esperaron muy quietos, sin apartar la vista del agua. Los segundos pasaban sin que ocurriera nada. Zarpa de Tórtola iba cambiando de posición, impaciente, pero luego se obligó a permanecer muy quieta, preguntándose si los peces percibirían las vibraciones del suelo. Siguieron esperando. A la aprendiza le dolían las patas y notaba ya un hormigueo en la piel. «¿Así atrapan a sus presas los gatos del Clan del Río? ¿En serio? —pensó mientras reprimía un bostezo—. ¡Espero que esos peces valgan la pena!».

De repente, Torrentero metió una zarpa en el agua y sacó un pequeño pez plateado, que dejó un arco de gotas tras él. El pez cayó al suelo reseco y empezó a agitarse frenéticamente, hasta que Pétalo lo mató de un zarpazo.

—Ya está —maulló—. Los demás peces habrán huido a los rincones más oscuros, pero al menos tenemos una pieza de carne fresca.

—Venid a comer —invitó Torrentero a los demás—. ¡Uno no puede decir que ha vivido de verdad hasta que prueba un pez!

Los dos gatos del Clan del Río observaron con ojos centelleantes a sus compañeros de patrulla, que se acercaron con cautela. Cola Blanca fue la primera en dar un mordisquito.

—Eh… no, gracias —maulló, pasándose la lengua por el hocico—. Me parece que seguiré con el conejo.

—Y yo —coincidió Cañamera, después de dar ella también un bocado—. Lo siento, pero creo que jamás podría acostumbrarme a esto.

—¡Seguro que yo sí! —exclamó Corazón de Tigre tras dar un buen mordisco—. Mmm, ¡está buenísimo! —añadió con la boca llena.

Zarpa de Tórtola esperó a que Sapero y Leonado cogieran su parte, y luego se agachó delante del pez para morderlo. Tenía un sabor fuerte pero no desagradable, aunque ella prefería un buen campañol o una ardilla.

—Gracias. La verdad es que es… diferente —maulló, retirándose para que se lo terminaran los gatos del Clan del Río.

Al ponerse en marcha de nuevo, la aprendiza se dio cuenta de que las zarpas y los bigotes le olían a pez. «¡Cagarrutas de ratón! ¡Ahora ya no podré detectar ningún otro rastro!».

Un poco más adelante, el arroyo giraba en un meandro cerrado. Sapero, que iba en cabeza, se detuvo de pronto y se volvió hacia los demás.

—¡Todos arriba, rápido!

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —quiso saber Leonado.

—¡Salid del cauce y seguidme! —bufó Sapero, con el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas.

Su alarma empujó a los demás como una ráfaga de viento. Zarpa de Tórtola ascendió por el empinado terraplén flanqueada por sus compañeros, y Sapero los guio debajo de los árboles, sacudiendo la cola para que se dieran prisa.

Corazón de Tigre se desvió hacia la orilla, miró hacia abajo y se quedó petrificado.

—Oh… —susurró.

Llevada por la curiosidad, Zarpa de Tórtola se acercó a él, consciente de que Sapero bufaba irritado a sus espaldas. Sintió que le subía la bilis a la garganta, y tuvo que tragar saliva al descubrir por qué el guerrero del Clan de la Sombra los había apartado tan rápidamente del camino. En el fondo del arroyo yacía un ciervo muerto, y sus patas rígidas impedían el paso. Muchas moscas zumbaban a su alrededor, y un olor dulzón y putrefacto colmaba el aire.

Zarpa de Tórtola retrocedió enseguida cuando los demás se acercaron a mirar.

—¡No digáis que no os he avisado! —maulló Sapero, al ver la cara de asco de los jóvenes—. Lo he olido muy levemente, porque tenemos el viento en contra… y he pensado que debíamos evitarlo a toda costa.

—Eso ha sido muy inteligente —respondió Cola Blanca—. Es posible que ese ciervo haya muerto de alguna enfermedad contagiosa…

—Lo más probable es que haya muerto de sed —maulló Torrentero con tristeza.

Los gatos siguieron adelante por la ribera, y solo volvieron a bajar al arroyo cuando ya habían dejado muy atrás el cadáver del ciervo. Un sombrío estado de ánimo se posó sobre ellos como una nube gris. Zarpa de Tórtola supuso que todos estaban pensando en lo mucho que necesitaban el agua del lago sus compañeros de clan.

—No lo entiendo —le susurró a Leonado—. Debería haber captado el olor del ciervo antes que Sapero, y no ha sido así.

Su mentor se encogió de hombros.

—Como ha dicho él, teníamos el viento en contra. Además, no te ofendas, Zarpa de Tórtola, pero hueles a pez.

La aprendiza suspiró.

—Sí, tal vez sea eso… pero debería haber estado más alerta…

«¿Qué más se me habrá escapado?».

Unos segundos más tarde, Corazón de Tigre redujo el paso para que ella lo alcanzara.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó preocupado.

—Solo era un ciervo muerto… —Zarpa de Tórtola intentó sonar como si la imagen del cadáver no la hubiera impresionado, no quería que Corazón de Tigre empezara a tratarla también como a una cachorrita indefensa—. ¡Eh!, ¿has visto eso? —exclamó de pronto, plantando las orejas hacia el arroyo que zigzagueaba ante ellos—. ¡Estamos saliendo del bosque!

Había conseguido distraer a Corazón de Tigre, que se adelantó para echar un vistazo. El resto de la patrulla también apretó el paso, y todos subieron a lo alto de la ribera, donde se quedaron formando una hilera al borde de la zona arbolada. Zarpa de Tórtola contempló un prado en el que unos animales de pelo esponjoso y color blanco grisáceo mordisqueaban la hierba.

—¿Qué son? —preguntó Pétalo, sorprendida—. ¡Parece que estén hechos de telarañas!

—Solo son ovejas —respondió Cola Blanca—. En el Clan del Viento las vemos continuamente.

—Su pelaje es estupendo para rellenar los lechos —añadió Cañamera.

Cola Blanca se puso en cabeza y dirigió a la patrulla hacia los prados, siguiendo el arroyo. Zarpa de Tórtola se sintió incómodamente expuesta trotando a cielo abierto, y agradeció más que nunca la experiencia de las gatas

del Clan del Viento. De repente, a su espalda, oyó un sonoro ladrido. Una oleada de olor a perro la inundó por completo, desbordando sus sentidos, y al volverse en redondo vio a un Dos Patas andando a lo largo del lindero del bosque, con un perrito blanco y marrón saltando tras él.

En cuanto el perro olió a los gatos, empezó a correr hacia ellos ladrando sin parar. Zarpa de Tórtola miró desesperada a su alrededor, pero no había árboles a los que trepar, excepto los del bosque que acababan de dejar atrás.

—¡Corred! —aulló Sapero.

Sus pasos resonaron sobre la corta hierba cuando salieron disparados hacia el lado opuesto del prado. Zarpa de Tórtola miró por encima del hombro.

—¡El perro nos está alcanzando! —exclamó sin aliento.

Cola Blanca también miró atrás.

—¡Id hacia las ovejas! —gritó.

—¿Qué? —Corazón de Tigre estuvo a punto de caer de bruces al volverse de golpe—. ¡¿Por qué hacia las ovejas?!

—Los Dos Patas no dejan que los perros se acerquen a ellas —respondió entre jadeos la guerrera del Clan del Viento—. Quizá las ovejas sean peligrosas para los perros, no lo sé. En cualquier caso, si llegamos hasta allí, creo que estaremos a salvo.

Mientras corría en dirección a las criaturas lanudas, Zarpa de Tórtola estaba aterrorizada. Pero no tenía elección, a menos que quisiera enfrentarse a ese perro en campo abierto. Junto con el resto de la patrulla, se metió entre las patas de aquellos animales extraños.

Las ovejas se habían arremolinado lanzando unos balidos estridentes, como si el perro también las asustara. Zarpa de Tórtola lo vio entre los cuerpos enormes y grisáceos, dando vueltas alrededor del rebaño a pocas colas de distancia y ladrando como un loco. Las ovejas comenzaron a corretear por el prado, moviéndose en un gran grupo compacto, y a los gatos no les quedó otra opción que moverse con ellas, esquivando frenéticamente patas huesudas y pezuñas fuertes. Zarpa de Tórtola se vio atrapada entre aquellos pelajes de telaraña, cálidos y mugrientos, y perdió de vista a los demás. «¡Ayudadme! ¿Dónde os habéis metido?».

Por encima de los balidos de las ovejas, oyó cómo el Dos Patas alzaba la voz emitiendo un aullido autoritario. Los ladridos del perro cesaron. Zarpa de Tórtola ya no podía verlo desde donde estaba, pero oyó sus patas vacilando sobre la hierba y luego retrocediendo, para regresar de mala gana junto a su dueño.

Poco a poco, las ovejas dejaron de correr, y al final se quedaron paradas cerca del seto del extremo más alejado del prado, sin dejar de balar como si las estuvieran degollando. Zarpa de Tórtola salió retorciéndose de entre el rebaño, y vio aparecer a Corazón de Tigre y a Leonado a unas pocas colas de distancia. Detrás de ellos iba Sapero, con Pétalo y Torrentero a la zaga. Al cabo de unos segundos, Cola Blanca y Cañamera aparecieron un poco más abajo.

—¡Tenemos que salir del prado! —exclamó Cola Blanca—. ¡Atravesad el seto!

Zarpa de Tórtola la obedeció, y se arrastró por debajo de las ramas espinosas, que le arañaron el lomo, con la barriga pegada a las hojas secas que cubrían el suelo. Al otro lado había una franja de hierba y más allá, una extensión de piedra negra. Los gatos se reunieron para recuperar el aliento.

A Zarpa de Tórtola se le desorbitaron los ojos al ver a sus compañeros. Todos tenían el pelo alborotado y salpicado de la pegajosa telaraña de las ovejas, y un olor a rancio los envolvía como una nube de moscas. «Yo debo de estar igual de mal —pensó asqueada, dándole un manotazo a una hebra gris que tenía pegada en el lomo—. Pero al menos ninguno de nosotros ha salido herido…».

Empezó a lamerse el pecho, haciendo una mueca al notar el sabor repugnante, pero de pronto oyó el sonido de un trueno. La aprendiza alzó la vista, sorprendida. El cielo estaba despejado y azul, con apenas unos retazos de nubes que el viento empujaba, pero el sonido atronador era cada vez más fuerte y percibió un olor áspero y ardiente.

Zarpa de Tórtola miró a un lado y a otro, confundida por el ruido y el hedor. Tenía la sensación de que algo enorme y reluciente, sólido como una roca, se les acercaba…

—¡Retroceded! —chilló Leonado.

El guerrero del Clan del Trueno empujó a Zarpa de Tórtola y a Pétalo contra el seto espinoso, y justo en ese momento una criatura plateada y gigantesca pasó rugiendo encima de unas zarpas redondas y negras.

—¡¿Qué… qué era eso?! —tartamudeó la aprendiza tras recomponerse.

—Un monstruo de los Dos Patas —maulló Leonado con la voz tensa—. Recorren los senderos atronadores. —Señaló con la cola la extensión de piedra negra—. Vimos muchos cuando fuimos al poblado de los Dos Patas en busca de Solo.

—Durante el Gran Viaje tuvimos que cruzar senderos atronadores —explicó Cola Blanca—, y también había uno cerca del viejo bosque. Son

peligrosos; debemos tener mucho cuidado con ellos.

Zarpa de Tórtola se acercó con prudencia al borde del sendero y lo olfateó, arrugando la nariz. El olor era muy desagradable e intenso. El resto de la patrulla se colocó a su lado. Corazón de Tigre posó con cuidado una pata en la superficie dura y negra, y luego la retiró de golpe.

—Será mejor que no nos entretengamos más —maulló Leonado—. Crucémoslo ahora que está tranquilo. —Se acercó a Zarpa de Tórtola y, en un susurro, le preguntó—: ¿Es seguro? ¿Viene algún monstruo?

La aprendiza proyectó sus sentidos para comprobar si se acercaba otra de aquellas criaturas aterradoras, pero no oyó nada en ninguna dirección.

—No hay peligro —musitó.

—De acuerdo. —Leonado alzó la voz—. Seguidme tan rápido como podáis, ¡y no os detengáis en ningún caso!

Saltó al sendero atronador desde la franja de hierba y empezó a correr. Zarpa de Tórtola lo siguió sin apartar la mirada de él, aunque podía percibir a los demás corriendo a su alrededor. Cuando alcanzaron la hierba del otro lado, sin embargo, tuvieron que frenar en seco porque se tropezaron con una valla de un material brillante, plateado y entrecruzado que se prolongaba muy por encima de sus cabezas.

—¿Qué hacemos ahora? —se lamentó Torrentero—. Por este lado no podemos seguir…

—¡Por aquí! —maulló Sapero a unas pocas colas de distancia—. Hay un agujero por el que creo que podemos colarnos.

El guerrero se pegó al suelo y se deslizó por una abertura estrecha al pie de la valla. Unos segundos después apareció en la hierba del otro lado.

—¡Venga, es fácil! —animó a sus compañeros.

Cola Blanca lo siguió, y luego le tocó el turno a Zarpa de Tórtola, que se estremeció ante el contacto de aquel duro material de los Dos Patas en el lomo. El resto de los gatos fueron pasando uno tras otro, y Leonado se quedó vigilando hasta que todos estuvieron a salvo en el otro lado. Finalmente también cruzó él, gruñendo por el esfuerzo.

Zarpa de Tórtola se quedó inmóvil, mirando a su alrededor. Un campo liso se extendía ante ella, con la hierba más verde que había visto desde que había empezado el calor y la sequía. Más allá había viviendas de los Dos Patas construidas con una especie de roca roja. La aprendiza jamás había pensado que pudiera haber tantas viviendas de los Dos Patas juntas en un mismo lugar. De ellas brotaba mucho ruido, como el estallido de un trueno tras otro. La joven se sacudió cuando el estruendo la arrolló, desbordando sus

sentidos. Los Dos Patas chillaban y parloteaban, golpeaban y rugían, en un interminable chorro de sonidos.

Desesperada, intentó bloquear el ruido y centrarse en los gatos que la rodeaban y en lo que podía ver justo delante de ella. Solo entonces se dio cuenta de qué era lo que no podía ver.

—¡¿Dónde está el arroyo?! —exclamó con la voz estrangulada.

16

Leonado captó el pánico en el grito de su aprendiza y reconoció el miedo en sus ojos. Se acercó a ella despacio y le posó la cola en el lomo.

—Tranquilízate —murmuró—. Todo irá bien.

Torrentero miraba a su alrededor.

—El agua no fluye hacia arriba —maulló—, así que el arroyo debe de estar por allí.

Y señaló con la cola una franja de hierba alta al fondo de una ladera verde.

—Vamos a comprobarlo —sugirió Sapero.

Dejó que Torrentero encabezara la marcha, y todos avanzaron en fila a lo largo de la valla plateada. Cuando apenas habían recorrido unas colas de zorro, Leonado oyó voces desde el otro lado del campo, y de pronto un grupo de cachorros de los Dos Patas aparecieron chillando y dándole patadas a algo que parecía una roca lisa y redonda.

—¡Deprisa! —les gritó a sus compañeros al ver que los jóvenes Dos Patas cruzaban el césped en dirección a ellos.

Los gatos apretaron el paso hasta que terminaron corriendo. Leonado notó que el suelo temblaba bajo sus zarpas a medida que se acercaban los Dos Patas, que no dejaban de chillar mientras se pasaban unos a otros aquella especie de roca. Con un respingo de alivio, se sumergió en la protección de la hierba larga del fondo de la ladera, pero el respingo se transformó en un grito de alarma cuando el suelo desapareció bajo sus patas. Empezó a rodar por un pequeño precipicio, sacudiendo las zarpas y la cola, y acabó aterrizando sobre un suelo de tierra duro y cubierto de guijarros.

—¡El arroyo! —exclamó Pétalo.

Un tanto mareado, Leonado se incorporó mirando a su alrededor. Estaba de nuevo en el lecho seco, con la hierba larga casi cerrándose por encima de

su cabeza. Sus compañeros estaban desparramados junto a él, sacudiéndose y examinándose las almohadillas y el pelo revuelto.

—¡Me he tragado toda la maldita arena de este arroyo! —se quejó Corazón de Tigre, escupiendo.

—No, de eso nada —gruñó Sapero, sacudiéndose con fuerza—. ¡La tengo yo toda en el pelo!

Leonado vio a Zarpa de Tórtola agazapada junto a un saliente rocoso, con los ojos velados por el miedo.

—Debería haber oído a esos Dos Patas —susurró la aprendiza—. Debería haber sabido lo que iba a pasar y haberte avisado.

Leonado miró por encima del hombro a los demás, que estaban preparándose para reanudar la marcha.

—Zarpa de Tórtola tiene un poco de grava en la almohadilla —les dijo—. Voy a ayudarla a sacársela, enseguida estamos con vosotros. —Luego se inclinó sobre su aprendiza para que nadie más pudiera oírlo—. Tú no eres la responsable de nuestra seguridad. Estás en esta misión porque percibiste a los animales marrones que bloquean el arroyo, pero eso no significa que el resto no podamos oír y ver cosas y protegernos a nosotros mismos.

La joven lo miró parpadeando, abatida.

—Odio estar aquí, tan cerca del poblado de los Dos Patas —murmuró—. Es demasiado… Todos esos sonidos, olores e imágenes en mi cabeza… ¡no puedo con ellos! Solo soy capaz de concentrarme en lo que tengo cerca. —Se le dilataron las pupilas, enormes como dos lagos de desdicha—. ¡Es como estar ciega!

Leonado inclinó la cabeza y le acarició la oreja a su aprendiza para tranquilizarla, pero al mismo tiempo sintió una punzada de inquietud al darse cuenta de que Zarpa de Tórtola tenía que limitar sus sentidos para soportar el estrés de hallarse en un territorio desconocido, y comprendió que se había apoyado demasiado en ella, pidiéndole una y otra vez que le dijera lo que había más adelante.

«Estaremos bien sin sus poderes —se dijo para animarse—. Después de todo, otros gatos han viajado contando tan solo con sus propios sentidos».

—No te preocupes —maulló—. Por lo menos hemos vuelto a encontrar el arroyo.

Aún oían el ruido de los Dos Patas más allá de la hierba larga; sus estridentes voces se entremezclaban con los golpes que daban a la roca redonda.

—Es imposible que eso sea una roca —comentó Cañamera con las orejas temblorosas—. Acabarían rompiéndose las patas…

Justo en ese momento, la roca lisa y redonda cayó en la hierba alta y se detuvo al borde de la ribera. Corazón de Tigre y Cañamera corrieron a echarle un vistazo.

—¡Tened cuidado! —exclamaron a la vez Cola Blanca y Sapero, mirándose azorados.

Los dos jóvenes guerreros no les hicieron ni caso. Corazón de Tigre subió el terraplén y tocó la roca lisa con el hocico.

—¡No es una roca! —maulló sorprendido—. ¡Mirad!

Le dio otro toque, y aquella cosa cayó rebotando hacia el arroyo, tan ligera como una hoja.

—¡Cabeza de chorlito! —bufó Leonado, que corrió para darle un fuerte empujón a la roca lisa, mandándola de vuelta al terraplén—. ¡No os acerquéis a eso, es de los Dos Patas!

Antes de que los tres pudieran esconderse de nuevo en el lecho del arroyo, uno de los Dos Patas jóvenes apareció saltando entre la hierba y les gritó algo a sus compañeros. Leonado imaginó que estaba buscando la cosa redonda.

—¡Escondeos! —exclamó—. ¡Agachaos!

Se agazapó al lado de Corazón de Tigre y Cañamera, sintiéndose muy expuesto con solo los tallos de hierba como protección. Corazón de Tigre estaba tenso, pero Cañamera parecía perfectamente cómoda, inmóvil y en silencio, ni siquiera parpadeaba mientras observaba al Dos Patas.

«No me extraña —pensó Leonado—. Los gatos del Clan del Viento están acostumbrados a cazar sin vegetación que los cubra».

Tuvo la sensación de que pasaban varias lunas antes de que el Dos Patas encontrara la cosa redonda y se marchara corriendo con ella. Poco a poco, el ruido de los jóvenes se fue apagando en la lejanía. Los tres gatos volvieron a bajar al arroyo. Sapero esperaba a su compañero de clan con el pelo del cuello erizado.

—Acaso tienes el cerebro de un ratón, ¿o qué? —maulló—. ¿Es que quieres que los Dos Patas te atrapen?

—Lo siento —masculló Corazón de Tigre.

Cola Blanca le lanzó una mirada asesina a Cañamera, que bajó la cabeza a modo de disculpa.

—Será mejor que nos movamos —maulló Sapero—. Ya hemos perdido bastante tiempo en este sitio. —Se puso en marcha de nuevo, pero entonces se

detuvo, miró hacia la aprendiza del Clan del Trueno y añadió—: Esos animales marrones no estarán por aquí, ¿verdad?

—Eh… no, no están por aquí —tartamudeó Zarpa de Tórtola.

El arroyo bordeaba el extenso prado de césped en el que estaban jugando los Dos Patas, y luego discurría entre hileras de viviendas con unas pulcras franjas de hierba que llegaban hasta la orilla. Había árboles flanqueando el canal, y Leonado agradeció la sombra y la protección que les brindaban, sobre todo cuando, procedentes de las viviendas, se oían gritos de los Dos Patas más jóvenes.

De vez en cuando asomaba la cabeza por la ribera y veía a cachorros de los Dos Patas persiguiéndose o dándole patadas a otra de esas cosas redondas y lisas. Incluso vio a uno chillando alegremente mientras se balanceaba desde un árbol subido a un trozo de madera sujeto por dos largos zarcillos.

—¿Qué crees que es eso? —le preguntó a Cola Blanca, que se había asomado también.

—No tengo ni idea. —La gata se encogió de hombros—. Sea lo que sea, ese cachorro parece estar divirtiéndose de lo lindo.

El sol llegó a lo más alto y luego comenzó a descender mientras la patrulla seguía su camino arroyo arriba. A Leonado empezó a rugirle el estómago; parecía que había pasado una eternidad desde el último bocado de carne fresca que había probado aquella mañana. Justo en ese momento, vio que Cola Blanca y Cañamera se entusiasmaban con algo. Tenían las orejas plantadas y los bigotes temblorosos, y no dejaban de cuchichear.

—¿Qué ocurre? —les preguntó Leonado.

Cañamera se volvió hacia él con los ojos resplandecientes.

—¡Olemos a conejos!

—¿Qué? —Sapero se detuvo con un movimiento desdeñoso de la cola—. ¿Es que tenéis abejas en el cerebro? Los conejos nunca vivirían tan cerca de los Dos Patas.

—Seguro que los Dos Patas también los cazan —dijo Corazón de Tigre.

—Aquí hay conejos —insistió Cola Blanca, fulminándolos con la mirada —. Y no muy lejos, además.

Y empezó a avanzar agazapada por el lecho del arroyo, abriendo la boca para captar el rastro. Cañamera la siguió, y Leonado se volvió hacia Zarpa de Tórtola.

—¿Tienen razón? —le preguntó.

Para su decepción, la aprendiza se limitó a encogerse de hombros.

—No lo sé. Todavía tengo los sentidos bloqueados… —Y mirándolo con ferocidad, añadió—: Ya te he dicho que no os puedo ayudar, ¿vale? ¡Aquí hay muchísimo más ruido del que puedo aguantar!

—Vale, vale —la tranquilizó Leonado antes de que los demás se preguntaran de qué estaban hablando.

De repente, Cola Blanca se desvió, con Cañamera pisándole los talones. Las guerreras del Clan del Viento treparon hasta la ribera y desaparecieron entre la densa hierba que bordeaba el arroyo.

—¡Cagarrutas de zorro! —bufó Sapero, yendo tras ellas.

Leonado y los demás también los siguieron, pero todos se detuvieron de golpe al llegar a lo alto del terraplén y asomarse por una mata de hierba.

—Sí que hay conejos… —susurró Pétalo—. Veo dos…

A Leonado se le hizo la boca agua al contemplar la escena: dos conejos jóvenes y rollizos, de pelo blanco y negro, estaban mordisqueando la hierba de la extensión de césped que llegaba hasta la vivienda de los Dos Patas, ajenos a la presencia de los cazadores que los acechaban. Por alguna razón, estaban protegidos por una valla del reluciente material que usaban los Dos Patas, pero era lo bastante baja para que un gato pudiera saltarla en un intento de huida.

Cola Blanca y Cañamera ya estaban agazapadas a pocos metros de las presas, listas para saltar. Leonado también se pegó al suelo y se acercó a ellas arrastrándose, mientras que Sapero y el resto de la patrulla se desplegaban a sus espaldas para interceptar a los conejos por si intentaban huir.

Cola Blanca tensó los músculos, dispuesta a lanzarse por encima de la valla, pero se quedó helada cuando oyó un sonoro aullido procedente de lo alto de un árbol, a unas pocas colas de distancia.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Quedaos donde estáis!

Leonado se quedó mirando atónito a tres mininos domésticos que bajaron de un salto del árbol y que corrieron hacia ellos para interponerse entre las gatas del Clan del Viento y los conejos. En cabeza iba un macho cobrizo de furibundos ojos amarillos, seguido de una pequeña gata blanca y un atigrado gordo de color negro y marrón.

El minino cobrizo se plantó frente a Cola Blanca, y sus compañeros se quedaron justo detrás de él; parecían aterrorizados, con el pelo erizado y las orejas pegadas a la cabeza.

—No podéis cazar a esos conejos —declaró el líder, mostrando los colmillos con un gruñido.

—¿Ah, no? —Cañamera abandonó la postura del cazador para encararse al minino—. Pelearemos con vosotros por ellos si es eso lo que pretendéis. ¡Deberíais dejar marcas olorosas si queréis que los demás nos mantengamos fuera de vuestro territorio!

—¿Territorio? —La gata blanca pareció desconcertada—. ¿De qué estás hablando?

—¡Sí, territorio! —gruñó Sapero, colocándose al lado de Cañamera—. No finjáis ser tan bobos como para no saber qué es un territorio.

—Esta es la vivienda de mi dueño —maulló el atigrado.

—Pero los conejos no están en la vivienda, ¿no? —Cola Blanca sonó como si se dirigiera a unos gatos especialmente idiotas—. A menos que este territorio esté señalado con marcas olorosas, es zona libre para que cace cualquier gato.

—No, no lo es —insistió el gato cobrizo, erizando el pelo del cuello.

Corazón de Tigre entornó los ojos.

—Escucha, minino…

—¡Esto es ridículo! —lo interrumpió Cañamera con impaciencia—. Aquí hay dos conejos de lo más apetitosos esperando a que los cacen, ¿y nos dedicamos a discutir? A ver, ¿vais a cazarlos vosotros? —les preguntó a los desconocidos—. Porque si no…

Los tres mininos se estremecieron horrorizados, con los ojos a punto de salírseles de las órbitas.

—¡No podemos tocarlos! —exclamó el atigrado—. Pertenecen a mis dueños.

—Si intentáramos cazarlos, nos meteríamos en problemas —maulló el gato cobrizo.

—Es verdad —intervino la minina blanca—. Todos los gatos de por aquí sabemos lo que le pasó al gato que cazó al conejo de su dueño —y, bajando la voz, añadió—: Lo llevaron al Rebanador, y desde entonces no ha vuelto a ser el mismo.

Leonado y los demás gatos de clan intercambiaron miradas, confundidos.

—Es lo último que me faltaba por oír —maulló Torrentero al cabo—. ¡Que los mininos caseros vigilan a los conejos de los Dos Patas!

—¿Y qué? —gruñó Sapero—. Yo voy a cazar esos conejos igualmente. Parecen gordos y lentos… cualquier gato podría atraparlos, no solo los guerreros del Clan del Viento.

Se lanzó hacia la valla reluciente y empezó a escalarla. El gato cobrizo no lo dudó ni un segundo: agarró por la cola al guerrero del Clan de la Sombra y

tiró de él.

Sapero se revolvió, sacando las uñas.

—¡Aparta, minino! —bufó—. ¿Crees que voy a dejar que me detengas?

—No. —Leonado se colocó entre los dos—. Buscaremos presas en otro sitio, Sapero.

—Sí —coincidió Cola Blanca, con tono decepcionado pero firme—. Estos conejos están demasiado bien protegidos. No podemos arriesgarnos a que nos hieran.

Sapero siguió mirando con rabia al gato cobrizo unos segundos más, pero finalmente se encogió de hombros y le dio la espalda, malhumorado. Los tres mininos se quedaron plantados delante de la valla, viendo cómo los gatos de clan cruzaban el césped en dirección al arroyo.

Aunque había evitado una pelea, a Leonado le estaba costando controlar su enfado. «¡Qué desperdicio de conejos! Habríamos podido comer todos muy bien».

—¡Esos mininos creen que han vencido! —exclamó Sapero, lanzando una última mirada por encima del hombro antes de saltar de nuevo al arroyo seco —. ¡Miradlos! Me encantaría borrarles esa expresión engreída de la cara.

—Sea como sea, Cola Blanca tiene razón, Sapero —le recordó Pétalo—: no podemos arriesgarnos. Tenemos que mantenernos sanos y salvos hasta que encontremos el agua.

—Ya lo sé —masculló Sapero, sombrío—. Pero si volvemos a pasar por aquí…

La patrulla continuó en silencio hasta dejar atrás las viviendas de los Dos Patas. Los jardines dieron paso a una arboleda llena de arbustos espinosos, con arbolillos jóvenes asomando entre la vegetación enmarañada.

—Creo que deberíamos hacer un descanso y buscar algo para comer — propuso Torrentero.

Leonado se dio cuenta de que el guerrero y su compañera de clan volvían a parecer exhaustos.

—Buena idea —maulló, viendo cómo Sapero fruncía el hocico con frustración—. No sabemos cuándo tendremos otra ocasión.

El guerrero del Clan de la Sombra soltó un suspiro exagerado.

—De acuerdo, pongámonos a ello ya. Y esperemos que no se crucen en nuestro camino más mininos estúpidos.

Zarpa de Tórtola irguió la cola de repente.

—Oigo un pájaro por ahí —le susurró a su mentor, ladeando las orejas hacia el otro extremo de la arboleda—. Está golpeando un caracol contra una

piedra.

Leonado aguzó el oído, pero no captó nada.

—Ve a por él —maulló, contento de que su aprendiza pudiera volver a usar sus extraordinarios sentidos.

Zarpa de Tórtola se marchó alegremente, y Leonado se quedó unos instantes saboreando el aire hasta que detectó una ardilla en la copa de un árbol cercano. Trepó por el tronco sin hacer ruido, y ya había llegado a la rama de debajo de su presa y se disponía a saltar sobre ella cuando, de pronto, un sonoro maullido resonó desde el suelo.

—¡Hola de nuevo!

La ardilla se incorporó, asustada, y al ver a Leonado salió disparada, lanzándose por el aire para desaparecer entre las hojas del árbol vecino. El guerrero del Clan del Trueno soltó un bufido exasperado, y al mirar hacia abajo vio a la gata blanca de la vivienda de los Dos Patas donde había conejos; estaba al pie del árbol, mirándolo amistosamente con sus ojos verdes.

—Acabas de espantarme la comida —se quejó Leonado mientras bajaba al suelo para ir a su encuentro.

—Lo lamento. —La minina le dedicó un guiño—. Solo quería veros cazar. Imaginaba que os pararíais aquí después de intentar comeros a esos conejos. ¿De verdad os buscáis vuestro propio alimento? Nosotros cazamos ratones a veces, pero no porque nos haga falta. Es decir, ¿quién querría comer un montón de pelo y huesos?

«Muchos gatos», pensó Leonado. ¿Era posible que aquella gata no tuviese ni idea de cómo era el mundo más allá de su jardín? Al ver a otra ardilla al borde de un zarzal, se despidió de la minina con un gesto rápido de la cabeza y se dirigió con sigilo hacia su presa.

La gata blanca, sin embargo, lo siguió.

—¿Vas a cazarla? —le preguntó—. ¿Puedo mirar? Estaré callada.

«¡Demasiado tarde!». Leonado soltó otro bufido cuando la ardilla plantó las orejas, saltó al árbol más cercano y masculló algo, enfadada, desde una rama baja antes de desaparecer.

—Me llamo Campanilla —continuó la gata, sin darle importancia a lo que acababa de hacer—. El macho cobrizo se llama Naranjo, y el atigrado marrón y negro, Parche. Gracias por dejar en paz a los conejos. No os he mentido cuando os he contado lo que le pasó a aquel otro gato, el que se comió al conejo de su dueño.

Leonado soltó un largo suspiro y se volvió hacia ella.

—Es muy agradable charlar y todo eso —maulló con los dientes apretados —, pero, como puedes ver, estoy muy ocupado.

No debería haber malgastado saliva, pues se dio cuenta de que la gata no reconocería una indirecta ni aunque le hubiera dado directamente en la cabeza con ella.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —quiso saber Campanilla, mirando entre los árboles hacia los demás, que también estaban acechando a sus presas—. ¿Os habéis escapado de la casa de vuestros dueños? ¿Os habéis perdido? ¿Estáis buscando el camino de vuelta?

Leonado levantó la cola para frenar el aluvión de preguntas.

—No, nosotros no somos mascotas —respondió, procurando no sentirse ofendido—. Vivimos en clanes junto a un lago, arroyo abajo.

—¿Clanes? —Campanilla parecía desconcertada.

—Un grupo de gatos que viven juntos —le explicó Leonado—. Tenemos un líder y…

—¿A qué viene todo este jaleo?

Las frondas de los helechos se separaron, y entre ellas apareció Sapero con el pelo erizado de irritación, dejando en el suelo el ratón que había cazado.

—Por el Clan Estelar, estáis haciendo tanto ruido que vais a ahuyentar a todas las presas de aquí al lago.

—Hola. —La minina no pareció inmutarse por el mal humor que se gastaba el guerrero del Clan de la Sombra—. Me llamo Campanilla. ¿Cómo te llamas tú?

Sapero intercambió una mirada de pasmo con Leonado.

—Eso a ti no te importa —respondió con brusquedad—. Tenemos una misión y tú no puedes ayudarnos, así que, por favor, déjanos en paz.

A Campanilla se le dilataron los ojos.

—¡Oh, vaya, una misión!

—Estamos buscando el agua —le explicó Leonado, mientras el resto de la patrulla se acercaba para ver qué sucedía.

Zarpa de Tórtola llegó con un tordo, y Torrentero dejó orgulloso un campañol junto al pájaro.

—Creemos que hay unos animales marrones bloqueando el arroyo —siguió explicándole Leonado.

—¿Ah, en serio? Muchas veces me he preguntado qué habría ocurrido. A mí me gustaba tener el arroyo tan cerca de casa. Era estupendo tumbarse en la hierba a contemplar los insectos que zumbaban sobre el agua.

Sapero puso los ojos en blanco.

—¿Puedo ir con vosotros? —preguntó de pronto Campanilla—. ¡Sería divertido! A lo mejor esos animales marrones son perros… ¿no creéis? ¡O conejos gigantes!

—No, lo siento; no puedes —respondió Torrentero—. No podrías cuidar de ti misma.

La minina bajó la vista hacia las pocas piezas de carne fresca que los gatos de clan habían logrado cazar.

—Pues parece que a vosotros tampoco se os da demasiado bien —comentó.

—Nos va perfectamente —replicó Torrentero—. Ahora será mejor que vuelvas con tu dueño.

Sapero hizo un movimiento con la cola para que la patrulla se pusiera en marcha.

—Ya comeremos más tarde —gruñó.

Cola Blanca cargó con el tordo de Zarpa de Tórtola; Pétalo, con el ratón, y Leonado, con el campañol. Antes de bajar de nuevo al lecho del arroyo, el guerrero del Clan del Trueno se volvió hacia Campanilla, que seguía donde ellos la habían dejado, viendo cómo se marchaban. Parecía triste y apenada.

El guerrero se sentía culpable por dejarla allí de esa forma, así que volvió sobre sus pasos.

—¿Te apetece un bocado de campañol? —le ofreció, dejando la presa a sus pies.

Los ojos de la minina se llenaron de espanto.

—¿Con pelo y todo eso? ¡No, gracias!

Leonado oyó los resoplidos de risa de sus compañeros.

—Vale, pues adiós —se despidió a toda prisa, y corrió a reunirse con ellos, sin olvidarse de coger el campañol en el último momento.

El sol se había puesto cuando emprendieron la marcha de nuevo. Bajo la luz del atardecer, llegaron a un valle de laderas empinadas donde los árboles eran mucho más viejos, tenían troncos anchos y ramas retorcidas. Cola Blanca, que se había adelantado a reconocer el terreno, encontró una grieta en un árbol enorme que estaba hueco y tenía el interior cubierto por una capa gruesa de hojas muertas. Allí había espacio suficiente para que todos se acomodaran a dormir.

—¡Bien hecho! —maulló Leonado sin poder reprimir un bostezo—. Ahí dentro estaremos a salvo de cualquier peligro.

Aun así, le pareció que no debían dejar de montar guardia. Agotado por la noche anterior, durante la cual había hecho el turno de Zarpa de Tórtola además del suyo, no protestó cuando Torrentero se ofreció a ser el primero en vigilar. Leonado se metió en el árbol, y se dio cuenta de que ya nadie parecía especialmente incómodo por si alguien lo rozaba mientras se acomodaban para pasar la noche. Él se ovilló agradecido junto a Zarpa de Tórtola, y se quedó dormido al instante.

Después de lo que se le antojó un simple segundo, se despertó al notar que lo pinchaban en las costillas. La luz de la luna que se colaba por la grieta del tronco le reveló a Zarpa de Tórtola, que lo miraba con ojos relucientes.

—¿Qué ocurre? —masculló el guerrero.

—¡Oigo a los animales marrones! —le dijo ella, sacudiendo la cola por la emoción—. ¡Estamos cerca!

17

Glayo alzó la cabeza para saborear el aire, que era un poco más fresco ahora que había caído la tarde. Una leve brisa susurraba entre las ramas de los árboles de lo alto de la hondonada rocosa y removía la tierra del suelo de su guarida. Había unos cuantos gatos alrededor del raquítico montón de la carne fresca, y sus tenues voces se colaban por la cortina de zarzas y llegaban hasta él como un sonido difuso. Glayo suspiró. En esos momentos le encantaría tener los sentidos de largo alcance de Zarpa de Tórtola para poder localizarla a ella y a Leonado, y al resto de la patrulla que se había dirigido arroyo arriba.

Ya hacía dos jornadas que se habían ido, y el curandero no tenía ni idea de si seguían buscando a los animales marrones que habían bloqueado el agua o si ya los habían encontrado. La noche anterior había intentado pasearse por los sueños de su hermano, y de pronto se encontró recorriendo el lecho seco del arroyo, con unos árboles desconocidos que arqueaban las ramas en lo alto, pero lo único que había podido captar había sido el olor de Leonado. En un momento dado, incluso le pareció vislumbrar la punta de una cola dorada tras una roca, justo delante de él. Aun así, por más que corría tras ella no lograba alcanzarla de ninguna de las maneras, y su hermano no respondía a sus llamadas.

«Está demasiado lejos —pensó Glayo cuando se hubo despertado, con las patas tan doloridas como si de verdad se hubiera pasado la noche intentando perseguir a su hermano—. Es imposible que pueda llegar hasta él».

Se sentía intranquilo y tenía ganas de contarle su encontronazo con Ventolero en el lago. Aún seguía alterado por el odio que emanaba el guerrero del Clan del Viento, y todavía podía oír las voces del Clan Antiguo susurrándole advertencias que no conseguía entender.

«¡No puedo creer que ese sarnoso saco de pulgas sea mi medio hermano!».

La cortina de zarzas susurró con la llegada de un gato. Glayo reconoció el olor de Manto Polvoroso.

—He venido a por un poco más de esas hierbas —anunció el guerrero, y luego, a regañadientes, añadió—: Hoy me noto la columna mucho mejor, así que parece que me van bien.

—Me alegra saberlo —respondió el curandero—. Espera aquí, iré a por ellas.

Mientras se dirigía hacia la cueva donde las almacenaba, al fondo de la guarida, Manto Polvoroso le dijo:

—Pero no las quiero si alguien las necesita más que yo.

—Tranquilo, tengo de sobra.

Glayo recogió unas cuantas hojas de atanasia y de margarita, y luego regresó junto al atigrado marrón.

—Cómete esto —le ordenó, empujando la atanasia hacia él.

Manto Polvoroso empezó a engullir las hojas, y Glayo masticó las de margarita para preparar una cataplasma, que luego extendió en la base de la columna vertebral del guerrero, donde el dolor era más agudo.

—Gracias… —maulló Manto Polvoroso, y al dirigirse a la salida, un poco azorado, añadió—: Fronda dice que también tengo que darte las gracias de su parte. Según ella, estaba siendo de lo más latoso, quejándome por el dolor sin hacer nada para aliviarlo.

—No hay de qué —murmuró Glayo, divertido, mientras el atigrado marrón salía de su guarida.

Apenas se había desvanecido el sonido de sus pasos, cuando otro miembro del Clan del Trueno se asomó por la cortina de zarzas.

—Hola, Carbonera —la saludó el curandero, aspirando su olor y percibiendo su inquietud—. ¿Ocurre algo?

—Yo estoy bien, pero me preocupa Rosella —respondió la gata gris, entrando en la guarida.

—¿Qué le pasa? —Una sensación de alarma saltó hacia Glayo como un pez fuera del agua—. ¿Se trata de sus cachorros?

—No, no… De hecho, físicamente está bien. Su vientre es del tamaño correcto, y no tiene fiebre ni náuseas.

—Bien —murmuró Glayo.

«Y nadie mejor que tú para saberlo… Carbonilla», añadió para sus adentros. Solo Hojarasca Acuática y él conocían la extraña verdad sobre Carbonera: que había vivido ya en el Clan del Trueno como la curandera Carbonilla, quien había muerto al salvar a Acedera de un tejón en el mismo

instante en que nacía Carbonera. Ella no tenía ni idea de por qué sabía tanto de hierbas, o por qué algunos recuerdos del antiguo hogar del Clan del Trueno se le aparecían en sueños. Hojarasca Acuática y Glayo habían acordado mucho tiempo atrás no contárselo. Ahora era guerrera de pleno derecho, y si el Clan Estelar había decidido darle una segunda oportunidad, ellos no iban a ser quienes se opusieran.

—Es solo que está muy callada y triste —continuó la guerrera—. ¿Hay algo que puedas hacer para ayudarla?

Glayo estaba confundido. «¿Qué clase de ayuda espera?».

—No quiero darle hierbas a menos que sea realmente necesario —empezó el curandero—. Está embarazada.

—Sí, pero…

—Dices que no está enferma, ¿no? —continuó él, pasando por alto la protesta de la gata—. Si todo va bien…

—Es que no va bien —lo interrumpió ella a su vez—. Nada va bien —añadió acongojada—. ¡Ay, Glayo, es que echo muchísimo de menos a Carrasca!

Glayo sintió como si alguien le hubiera lanzado una piedra al estómago. Todos los días intentaba con todas sus fuerzas no pensar en su hermana, y todos los días fracasaba.

—Yo también —respondió en voz baja.

—Sí, lo sé —maulló Carbonera, poniéndose en su lugar—. Perder a un hermano o a una hermana es lo peor del mundo. A lo mejor Rosella está tan triste por eso, por la muerte de Melada… —Soltó un largo suspiro—. Lamento haberte molestado, Glayo.

La gata dio media vuelta y salió de la guarida. El curandero se la imaginó cabizbaja y arrastrando la cola por el suelo. Cuando se quedó solo, volvió al almacén y se puso a revolver entre sus menguantes provisiones de plantas. Semillas de adormidera… atanasia… borraja… «No, aquí no hay nada que ayude a una gata que solo está triste». Y tampoco había nada que nadie pudiera decir o hacer para evitar que a Rosella le doliera la muerte de su hermana.

Glayo se ovilló en su lecho de musgo y frondas y se dejó llevar por el sueño con la intención de colarse en los de Rosella. Para su sorpresa, se encontró en el sendero empinado y rocoso que llevaba a la Laguna Lunar. La luna proyectaba su pálida luz sobre las colinas del páramo que bordeaban el camino, y relucía sobre el pelaje pardo de una gata que caminaba silenciosamente delante de él.

—¡Rosella! —la llamó Glayo.

La joven reina se sobresaltó, y luego se volvió despacio hacia él. La luz de las estrellas brillaba en sus ojos.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó el curandero.

Rosella no pareció sorprenderse al ver que era él quien la estaba siguiendo.

—Desde que Melada murió, he soñado muchas veces con este sendero —le explicó ella—. Tengo muchas ganas de verla, y oigo cómo me llama desde algún sitio de ahí arriba.

Señaló con la cabeza a lo alto del risco que se recortaba en el cielo, lleno de estrellas.

Glayo plantó las orejas, esforzándose por captar la voz de la joven fallecida. Pero no oyó nada, excepto el leve susurro del viento sobre la hierba.

—No la oigo.

—Yo sí —maulló Rosella en voz baja.

Su mirada era nítida, pero su tono delataba cuánto añoraba a su hermana.

Glayo notó un hormigueo en las zarpas. Rosella estaba pisando un camino que solo recorrían los curanderos.

—Deberías regresar a la hondonada —le dijo.

Recordaba muy bien que, en una ocasión, le había salvado la vida cuando apenas era una cachorrita minúscula afectada por la tos verde, guiándola de vuelta desde el Clan Estelar. Entonces ella lo acompañó de buena gana, porque aún no estaba lista para abandonar a unos compañeros de clan a los que tan solo había empezado a conocer.

—Este sitio no es para ti, Rosella.

—¡Tengo que seguir!

La gata se volvió en redondo y echó a correr hacia arriba por el sendero estrecho, cada vez más rápido, hasta que desapareció en un remolino de niebla. Su voz volvió a oírse tenuemente:

—¡Tengo que ver a Melada!

Glayo se despertó sobresaltado, pataleando entre el musgo revuelto. Un aire cálido le acariciaba el rostro, indicándole que el sol ya había salido. Le dolían las almohadillas, como si se hubiera pasado la noche subiendo a las montañas.

Se desperezó con un bostezo y se puso en pie para salir al claro. Los rayos del sol se colaban entre los árboles de lo alto y abrasaban el suelo pelado del campamento. El curandero intentó imaginarse la hondonada como era antes, verde y fresca, consciente de que ahora todo sería de un marrón reseco.

Una punzada de inquietud lo roía por dentro. Tratando de ignorarla, fue hasta la maternidad y se asomó al interior. Oyó la respiración suave de las gatas que aún dormían, y captó que Fronda, Dalia y Rosella estaban durmiendo apretujadas, formando un bulto peludo. Un poco más tranquilo, se retiró sin molestarlas.

«Pero no le quitaré ojo a Rosella», decidió.

• • •

—Esto es una hoja de romaza —anunció Glayo, sujetándola con la boca para levantarla y que todos los aprendices la vieran.

—Como si no lo supiéramos —masculló Zarpa Espinela.

Glayo se tragó una réplica cortante. Sabía que la aprendiza seguía enfurruñada por el hecho de que Zarpa de Tórtola se hubiera ido de expedición sin ella, y no podía culparla del todo. Pero Estrella de Fuego le había pedido que les enseñara a los aprendices algunas nociones básicas sobre el uso de las hierbas, y Zarpa Espinela tenía que aprender lo mismo que sus compañeros, tanto si le gustaba como si no.

—Las hojas de romaza son buenas para las almohadillas despellejadas —continuó, pasando por alto, al menos por el momento, el malhumor de la joven—. Y podéis encontrarla casi en cualquier parte, así que es una de las hierbas más útiles.

—Entonces, si nos fuéramos a hacer un viaje largo, ¿deberíamos buscar romaza? —preguntó Abejorro.

«Uy, no deberías haber preguntado eso», pensó Glayo, mientras Zarpa Espinela le lanzaba una mirada asesina a su compañero.

—Así es —respondió—. O si pisáis una piedra afilada cuando estéis de caza —añadió, procurando dejar a un lado el tema de los viajes.

—¿Para eso no necesitaríamos telarañas? —maulló Gabardeta.

—Solo si se ha abierto la piel. Y eso vale para todas las heridas, por supuesto, pero especialmente para las graves, en las que se pierde mucha sangre. Cuando se trata de arañazos y rasguños, usamos caléndula o cola de caballo para detener la hemorragia. Mirad, estas son hojas de caléndula —prosiguió, mostrándoles una—, pero ahora mismo no tengo cola de caballo; deberíais pedirles a vuestros mentores que os ayuden a buscarla cuando salgáis a entrenar. Sería estupendo que pudierais traer un poco.

—¿Y si alguien come algo malo, o algo de los Dos Patas que pueda hacerle daño, como dice nuestra madre que le pasó una vez al Clan del Río?

—preguntó Florina con su dulce voz—. ¿Qué le das entonces?

—Eso es demasiado complicado por ahora —respondió Glayo—. Hoy hemos aprendido sobre almohadillas despellejadas y heridas menores. Os encontraréis con situaciones así casi a diario. Los casos de gatos que se envenenan, en cambio, se dan como mucho una vez en cada estación.

—Pero deberíamos saber qué hacer, ¿no? —protestó Abejorro.

—Vosotros no vais a ser curanderos. Las enfermedades más graves…

Para su alivio, oyó que se acercaban unos pasos. Un segundo después distinguió el olor de Espinardo, que asomó la cabeza por la cortina de zarzas.

—¿Habéis acabado? —preguntó el guerrero—. Los demás mentores y yo queremos llevaros a hacer prácticas de caza.

—¡Sí! ¡A cazar! —Florina dio un brinco—. ¡Yo atraparé al conejo más grande del bosque!

—No hagas promesas que no puedas cumplir —le espetó Espinardo secamente—. ¿Puedo llevármelos ya, Glayo?

—Por supuesto que sí. ¡Ah, y acordaos de la cola de caballo! —les pidió el curandero a los aprendices cuando ya salían disparados de la guarida para cruzar el claro.

Una vez solo, Glayo se dirigió a la guarida de los veteranos. Al deslizarse entre las ramas del avellano, se encontró con que Musaraña y Puma seguían durmiendo, acurrucados tan tranquilos cerca del tronco del arbusto. Rabo Largo estaba despierto, y se desperezó al ver entrar al curandero.

—Hola —lo saludó—. Esperaba que pasaras por aquí.

Glayo sintió que la inquietud lo pinchaba como una ortiga al oír lo frágil que sonaba el veterano. Siempre había pensado que Rabo Largo era un gato relativamente joven que vivía en la guarida de los veteranos solo por su ceguera, pero en ese momento se dio cuenta de que él también estaba envejeciendo.

—¿Qué puedo hacer por ti? —maulló el curandero.

—Me preguntaba si tenías noticias de los gatos que se fueron arroyo arriba —respondió el guerrero—. ¿Han descubierto ya qué está reteniendo el agua?

—Aún no sabemos nada —respondió Glayo. «¡Por nada del mundo voy a desvelar el secreto de Zarpa de Tórtola!»—. Tú sabes tanto como yo.

Rabo Largo suspiró.

—Entonces sabemos bien poco. Nadie estará tranquilo hasta que regresen sanos y salvos.

—Lo sé, pero no hay nada que…

—¡Glayo!

El curandero detectó el olor de Fronda, que a pesar de haber gritado lo hizo en un susurro para no despertar a los veteranos, y se volvió en su dirección.

—¿Qué ocurre? ¿Hay alguien enfermo?

—No, pero no encontramos a Rosella. ¿Tú la has visto?

Glayo no se molestó en recordarle que él no podía ver.

—Hace un rato estaba durmiendo en la maternidad.

—Bueno, pues ahora ya no está. —Fronda sonaba más confundida que preocupada.

—Por aquí tampoco ha pasado —maulló Rabo Largo.

—¡No la encuentro por ninguna parte! —Dalia irrumpió entre las ramas, y estuvo a punto de derribar a Glayo sobre el cuerpo dormido de Musaraña—. No está en la guarida de los aprendices, y no ha ido al aliviadero y…

—Aquí dentro somos demasiados… —Glayo empujó con delicadeza a la gata hacia el exterior—. Si no tenemos cuidado, despertaremos a Musaraña y a Puma, y entonces se nos caerá el pelo. —Mientras guiaba a Dalia y a Fronda hasta el claro, se volvió hacia Rabo Largo—: Si me entero de algo sobre el arroyo, vendré a contártelo enseguida. Te lo prometo.

—Gracias, Glayo —maulló el veterano ciego.

Una vez en el claro, el curandero se volvió hacia las dos reinas.

—Vale, contádmelo todo desde el principio.

—Cuando me he despertado, Rosella no estaba en la guarida —comenzó Dalia—. Fronda no sabía adónde había ido. Al principio no nos hemos preocupado mucho, pero al ver que no volvía, hemos empezado a buscarla.

—No está en el campamento —añadió Fronda.

Glayo no estaba seguro de hasta qué punto debía preocuparse. A Rosella le faltaba alrededor de una luna para dar a luz, así que no le haría ningún daño salir a dar un paseo.

—Deberíamos decírselo a alguien… —sugirió Dalia.

—Pero ¿a quién? —quiso saber Fronda—. Estrella de Fuego se ha ido a por agua con una patrulla; Fronde Dorado y Acedera están cazando con Zarzoso…

—Y Carbonera está entrenando con su aprendiza… —añadió Glayo.

«Y decírselo a Bayo no le hará ningún bien a nadie», pensó, recordando lo brusco que había sido el guerrero tostado con su pareja cuando la había encontrado junto al lago.

—Creo que no deberíais preocuparos. Lo más probable es que Rosella haya salido a estirar las patas o a beber.

—Sí, probablemente tengas razón —maulló Fronda, un poco más tranquila.

Dalia aún parecía angustiada, pero no protestó cuando Fronda insistió en que regresaran a la maternidad.

Glayo volvió a su guarida y, una vez allí, fue hasta el almacén a seleccionar unas cuantas hierbas más para Manto Polvoroso. No le había dicho exactamente la verdad cuando le había asegurado que tenía de sobra. No había querido admitir que sus reservas de atanasia se estaban reduciendo peligrosamente, por si el guerrero se negaba a seguir tomándola.

Cuando estaba ya hurgando en el almacén, con la cabeza metida en la pequeña gruta, Glayo percibió un movimiento en la entrada de la guarida y al retroceder captó el olor de Dalia.

—Puedes pasar, Dalia —le dijo, reprimiendo un suspiro.

No le sorprendía que la gata hubiera ido a verlo; sabía que la inquietud que le provocaba la ausencia de su compañera la estaba volviendo loca.

La reina cruzó la cortina de zarzas y se detuvo delante del curandero, arañando el suelo seco.

—¡Estoy preocupadísima por Rosella, Glayo! Últimamente está muy triste.

—¿Y a qué crees que se debe? —le preguntó Glayo, recordando lo que le había contado Carbonera—. A sus cachorros no les ocurre nada. Están perfectamente dentro del vientre de su madre; los he oído moverse. Y los guerreros se están encargando de que tenga comida y agua de sobra.

—Es que… no se trata de eso… —maulló Dalia, sacudiendo la cola con impaciencia—. Es por Bayo. Rosella cree que no la ama.

Glayo intentó no perder los estribos. «¡No tengo tiempo para estas cosas, la verdad!».

—Bueno… Bayo se enamoró primero de Melada, ¿no?

Dalia soltó un respingo de sorpresa.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso, Glayo! Qué importa a quién haya amado Bayo en el pasado, ¡ahora está con Rosella!

El curandero se encogió de hombros.

—Tal vez importe más de lo que crees…

«A mí me parece lógico. Todo el mundo sabe que Bayo había escogido a Melada como pareja antes de que muriera por la picadura de la serpiente».

—Sea como sea, Rosella teme que Bayo no la quiera, y tampoco a sus cachorros —continuó Dalia—. Está convencida de que él desea que vuelva Melada.

—Bueno, pues eso no va a pasar —señaló Glayo.

—¡Ya lo sé! —le espetó la reina—. Pero Rosella no está pensando con lógica.

«¡Ni que lo digas!», suspiró el curandero para sus adentros.

Dalia volvió a arañar el duro suelo de la guarida.

—¿Y si…? ¿Y si ha decidido abandonar el clan para siempre?

—Rosella no haría eso —la tranquilizó Glayo.

«¡Que el Clan Estelar me libre de reinas desquiciadas!».

—Pero hablaré con Estrella de Fuego cuando vuelva con la patrulla que ha ido a por agua. Quizá pueda mandar a algunos gatos a buscarla…

«Aunque no estoy muy seguro de que podamos prescindir de muchos miembros, con la necesidad que tenemos de cazar, entrenar y bajar a por agua», añadió para sí mismo.

El curandero, muy educado, acompañó a Dalia fuera de su guarida y la llevó hasta la maternidad. Se daba cuenta de que no se había quedado muy contenta con la solución que le había propuesto, pero Glayo no sabía qué más hacer.

En cuanto dejó a la reina en la maternidad, se dirigió al muro rocoso para inspeccionar los agujeros y comprobar una vez más si la serpiente había vuelto a visitarlos. El sol ya había rebasado su punto más alto, y el suelo le abrasaba las almohadillas. Por suerte, la roca plana estaba demasiado caliente para que los veteranos tomaran el sol en ella.

«¡Por lo menos esta vez no tengo que lidiar con Puma!».

Mientras sacaba las piedras que taponaban los agujeros para olfatearlos bien, Glayo recordó el día en que había muerto Melada. Sin poder evitar un estremecimiento, dejó que lo inundara el espanto de Bayo mientras contemplaba cómo la joven gata se retorcía agonizando por el veneno. El dolor del guerrero persistía al pie del precipicio como un recordatorio, empapando las propias piedras.

«Bayo no dejaba de gritar que hubiera preferido que la serpiente lo hubiese mordido a él en vez de a Melada. Si Rosella se ha enterado de eso, tiene una buena razón para escaparse».

Cuando estaba a punto de colocar la última piedra en su agujero, Glayo se detuvo de pronto, empujado por una sospecha terrible. Tal vez supiera dónde estaba Rosella.

Salió de la hondonada y se internó en el bosque, agradeciendo la fresca sombra que proporcionaban los árboles. Allí el aire parecía tan húmedo que casi podía bebérselo. Sacó la lengua, intentando atrapar la humedad que flotaba en la brisa, pero eso solo le sirvió para que se sintiera más sediento que nunca.

«¡Cerebro de ratón! ¿Qué haces, acaso eres un cachorro?».

Dándose una sacudida, se dirigió entre los árboles hasta la colina que miraba al lago. Allí el aire era caliente y seco, y un viento abrasador le acercó los olores y los sonidos de los gatos que había junto al agua. Por sus sueños, Glayo sabía qué aspecto tenía el lago; ahora intentó imaginárselo mucho más pequeño, rodeado de barro reseco y piedras.

«A estas alturas, incluso los túneles estarán secos».

Caminando a lo largo de la colina, Glayo fue deteniéndose cada pocos pasos a saborear el aire. Al final captó el olor de Rosella en una mata de hierba larga. «¡Sí! ¡Tenía razón!». Siguió su rastro hasta la frontera del Clan del Viento. El olor de la reina apenas se distinguía bajo las marcas olorosas del clan vecino.

A Glayo se le cayó el alma a los pies al confirmar su sospecha: Rosella estaba intentando seguir el camino que había recorrido en sus sueños.

«¡Qué gata tan descerebrada!».

Siguiendo el olor de la joven reina, el curandero echó a andar por el sendero que llevaba a la Laguna Lunar. Pero tras unos pocos pasos detectó otro olor, algo más reciente que el de Rosella y superpuesto al de ella, como si su propietario estuviera siguiéndola.

«¡Ventolero! ¿Qué está haciendo aquí?».

18

Zarpa de Tórtola sintió que se le erizaba el pelo de emoción mientras miraba a su mentor, cuyos ojos centelleaban a la luz de la luna que se colaba por la grieta del árbol hueco.

—¿Qué percibes? —le preguntó el guerrero en un susurro, para no despertar a los gatos que dormían y para que no lo oyera Pétalo, que montaba guardia fuera.

Zarpa de Tórtola cerró los ojos.

—Sonidos de zarpas que excavan en el suelo —susurró—. Y de dientes mordiendo madera… ¡Y el estruendo de los árboles que caen! Los animales marrones están arrastrando los árboles hasta el arroyo y colocándolos allí, encajándolos unos con otros como si construyeran un muro… —Se detuvo un instante para tomar aliento—. ¡Ah… y noto el agua! Está atrapada detrás de los árboles… ¿Qué son esas criaturas?

Volvió a abrir los ojos y vio que su mentor parecía alarmado, aunque su expresión cambió enseguida y la miró con determinación al darse cuenta de que su aprendiza lo estaba mirando.

—¿Cuántos hay?

—No estoy segura…

Zarpa de Tórtola intentó concentrarse en los animales marrones que se movían entre los árboles caídos, aunque no logró ver la imagen con la bastante nitidez para contarlos a todos.

—Pero diría que son menos que nosotros…

Leonado le tocó el lomo con la punta de la cola.

—De acuerdo, no te preocupes, todo irá bien —la tranquilizó.

La aprendiza no compartía su confianza. Lo que no le había dicho a su mentor era que no sería fácil luchar contra aquellos animales. Eran mucho más pesados que los gatos, macizos y de patas cortas, y sería complicado

derribarlos para que quedaran boca arriba. Tenían unos dientes largos y afilados, y unas zarpas potentes y gruesas. Se estremeció al pensar en las heridas que podrían provocarles. El miedo de que podría estar guiando a la patrulla a una batalla que no tendrían manera de ganar le pesó en el estómago como una piedra.

Leonado salió del tronco hueco para reemplazar a Pétalo. Zarpa de Tórtola ya había hecho su turno, así que volvió a ovillarse para dormir, pero era incapaz de bloquear los sonidos que captaba arroyo arriba. Se despertaba con un sobresalto cada vez que un árbol caía al suelo, o cuando una rama chocaba contra otra. Seguía intentando conciliar el sueño cuando la pálida luz del alba comenzó a colarse dentro del tronco y los demás empezaron a despertarse.

—¡Por el gran Clan Estelar! —exclamó Corazón de Tigre, incorporándose para sacudirse hojas muertas del pelo—. Zarpa de Tórtola, ¡te retuerces más que un montón de orugas!

—Lo siento —masculló ella.

Antes de salir por la grieta, Corazón de Tigre le hundió brevemente el hocico en el pelo para demostrarle que no pretendía ser grosero. Zarpa de Tórtola y los demás lo siguieron, y se reunieron alrededor del pequeño montón de la carne fresca para terminarse lo poco que quedaba. La aprendiza del Clan del Trueno se dio cuenta de que Torrentero y Pétalo ya no parecían tan escuálidos y frágiles.

«¡Debían de estar pasando hambre de verdad en el Clan del Río si los dos han engordado con lo poco que hemos conseguido cazar durante el viaje!».

Por encima de los árboles, el cielo era de un blanco lechoso. Un viento frío empujaba unas nubes grises y alborotaba el pelo de los gatos.

—Hacía muchas lunas que no sentía tanto frío… —maulló Pétalo, estremeciéndose—. A lo mejor el tiempo está cambiando por fin.

—Podremos soportarlo —gruñó Sapero.

Cuando acabaron de comer, Leonado se puso en cabeza, indicando a los demás que lo siguieran.

—Falta poco para llegar —los animó—. Los animales marrones están cerca.

—¿Cómo lo sabes? —quiso saber Sapero, entornando los ojos con recelo.

—El sueño del Clan Estelar decía que estaban justo después del poblado de los Dos Patas —explicó Leonado, haciéndole un discreto movimiento con la cabeza a Zarpa de Tórtola.

Aunque a ella le preocupaba lo que pudieran pensar los demás si conociesen sus habilidades, le molestó el secretismo de su mentor. «Está dispuesto a usar mi poder, así que ¿por qué actúa como si fuera una vergüenza para el Clan del Trueno?».

—No olvidéis que esos animales están derribando árboles —los avisó—. Estad atentos. Y cuando lleguemos, tened en cuenta que el agua será muy profunda, así que procurad no caeros dentro.

—¿Todo eso salía en vuestro sueño? —le preguntó Sapero, que no parecía tenerlo muy claro.

—Así es… —respondió Leonado, haciendo una pausa para darse un par de lametones en el pecho y pensar a toda prisa—. Zarpa de Tórtola vio a los animales marrones empujando árboles, y… y el Clan Estelar le advirtió de lo del agua, ¿no es así, Zarpa de Tórtola?

Zarpa de Tórtola asintió, muy a su pesar.

—¡Menudo sueño! —exclamó Torrentero—. Estrella de Fuego no dijo nada de eso en la Asamblea.

—Ya… Bueno… Tampoco estaba obligado a hacerlo, ¿no? —maulló Leonado, mirando ceñudo a su aprendiza.

Ella le sostuvo la mirada con expresión inocente. «Tú solito te has metido en esto, ¡así que apáñatelas como puedas para salir!».

El viento soplaba con más fuerza a medida que la patrulla avanzaba arroyo arriba, serpenteando por la suave cuesta del valle, y a Zarpa de Tórtola cada vez le costaba más oír lo que había más adelante. Aguzó el oído para distinguir a los animales marrones, y pegó un salto cuando Corazón de Tigre habló justo a su lado.

—¿No es genial? —maulló el joven guerrero—. Vamos a encontrar a esos animales, y luego… ¡paf! ¡Haremos que el agua vuelva a correr! Ellos no se negarán, ¿no? Y si se niegan… bueno…

Se agazapó y, acto seguido, saltó por el aire, moviendo las patas delanteras como si estuviera propinando un fuerte zarpazo.

Zarpa de Tórtola sabía que no iba a ser tan fácil, y le habría gustado que Corazón de Tigre dejara de parlotear. Contuvo un suspiro cuando Cañamera se les acercó.

—¡Ya estás fanfarroneando! ¡Típico del Clan de la Sombra! —exclamó la guerrera del Clan del Viento—. Mira esto.

Se puso delante de Corazón de Tigre con tanta rapidez que él estuvo a punto de tropezar con ella, luego se lanzó por el aire con un alarido aterrador, retorciéndose ágilmente, y aterrizó justo a sus espaldas.

—¡Ja! ¡Has fallado! —se burló Corazón de Tigre.

—No intentaba atraparte —replicó Cañamera—. De lo contrario, te habrías enterado.

—Oh, ¿en serio? Inténtalo otra vez ¡y verás!

Zarpa de Tórtola se apartó cuando Corazón de Tigre se abalanzó sobre Cañamera y le dio un manotazo en la cabeza con las garras envainadas. La gata del Clan del Viento se dejó caer de lado, y enganchó las patas del guerrero por debajo para que perdiera el equilibrio. Los dos jóvenes rodaron por el suelo del estrecho arroyo, y Pétalo tuvo que subirse a la ribera para que no la aplastaran.

—¡Parad de una vez! —gruñó Leonado, interponiéndose entre los dos guerreros—. ¿Es que tenéis el cerebro de un ratón? Os acabaréis haciendo daño antes incluso de llegar a nuestro destino.

Los dos jóvenes se separaron. Tenían el pelo revuelto y cubierto de tierra.

—Yo habría ganado con el siguiente movimiento —masculló Corazón de Tigre.

—¡Ni en tus sueños! —Cañamera le dio un último coletazo antes de retirarse.

Zarpa de Tórtola vio que Leonado estaba mirando a Cañamera con inquietud: la gata parecía moverse con torpeza, como si se hubiera lastimado el hombro de nuevo. Luego su mentor miró a Corazón de Tigre con una expresión indescifrable.

«¿En qué estará pensando ahora mismo?», se preguntó la aprendiza.

En lo alto del valle, la tierra se desplegaba en un bosque más llano y menos frondoso. El viento había cesado, y Zarpa de Tórtola oyó los arañazos y los mordisqueos de los animales marrones con más claridad aún que antes. Su inquietud pareció contagiarse a los demás, y Sapero, que encabezaba la marcha, apretó el paso, hasta que todos acabaron corriendo por el lecho del arroyo.

Leonado saltó a la ribera para ver lo que había más adelante y se detuvo de pronto, sacudiendo la cola por la sorpresa.

—¡Mirad eso!

—¿Qué? —le preguntó Cola Blanca.

El guerrero no respondió; se limitó a hacerle una señal al resto de la patrulla para que se reunieran con él en lo alto del terraplén.

Mientras subía a la ribera, Zarpa de Tórtola notó que el corazón empezaba a latirle con más fuerza. Sabía lo que iban a encontrar desde el principio del

viaje, pero, ahora que se enfrentaba a ello de verdad, lo veía todo mucho más claro y aterrador.

Por delante de ellos, el arroyo cruzaba una extensión de árboles dispersos. Varios troncos habían sido talados limpiamente a unas dos colas del suelo, y la parte superior del tocón formaba una punta afilada y astillada. Parecía como si un animal gigantesco se hubiera desplazado estrepitosamente por el arroyo, aplastando los árboles de ambos lados a su paso.

«Pero algo así no tendría un aspecto tan… premeditado».

Extendiéndose de lado a lado del arroyo, claramente visible por encima de los árboles caídos, había una barrera enorme de troncos. Se alzaba formando una curva en el centro, y era casi tan grande como una vivienda de los Dos Patas.

Zarpa de Tórtola se encogió, cerrando los ojos y pegándose al suelo. Los sonidos que llegaban hasta ella eran ahora ensordecedores: gruñidos y arañazos, roces y mordiscos, el golpeteo de unas patas pesadas sobre la madera… Necesitó de todas sus fuerzas para controlar aquella cacofonía de sonidos y entender lo que estaba viendo más allá de la barrera de troncos.

—Así que eso es lo que está obstaculizando el arroyo… —susurró Torrentero.

Un instante de silencio conmocionado siguió a sus palabras. La primera en reaccionar fue Pétalo.

—Tendremos que retirar los troncos empujándolos…

—No, será mejor que los saquemos del arroyo tirando de ellos… —replicó Sapero—. Si nos limitamos a empujarlos, ¿quién sabe dónde terminarán?

—Lo que sea con tal de que el agua fluya de nuevo —maulló Leonado.

—Y tendremos que estar a cierta distancia cuando los troncos cedan —señaló Cola Blanca.

—Esperad… —La voz de Zarpa de Tórtola sonó como un graznido ronco mientras se ponía en pie a duras penas—. Los animales marrones siguen aquí. Ellos han construido la barrera a propósito para atrapar el agua.

Otro silencio lleno de inquietud recibió sus palabras. Finalmente, Sapero se encogió de hombros.

—En ese caso, tendremos que echarlos.

Zarpa de Tórtola no estaba segura de que eso fuera tan fácil, pero no se le ocurría ninguna alternativa.

—No tengas miedo —le susurró Corazón de Tigre, poniéndose a su lado y rozándola—. Yo cuidaré de ti.

La aprendiza estaba demasiado alterada para protestar, y se limitó a seguir a la patrulla cuando Leonado les indicó que regresaran a la seguridad del arroyo seco.

—Yo propongo que esperemos a que anochezca para atacar —maulló su mentor—. Esos animales conocen el territorio mucho mejor que nosotros, así que lo primero que tenemos que hacer es explorar los dos lados de la barrera de troncos para contrarrestar esa ventaja.

—Sí, me parece una buena idea —concedió Cola Blanca.

—Y debemos recordar que cada clan tiene que luchar según sus propias fuerzas —añadió Leonado—. No podemos arries…

—Yo estoy seguro de mis fuerzas, Leonado —lo interrumpió Sapero—. Tú preocúpate de las tuyas.

El guerrero del Clan del Trueno le sostuvo la mirada unos segundos, pero dejó pasar el velado desafío. Zarpa de Tórtola estaba tan inquieta por la tensión que percibía entre los dos guerreros como por la angustia que captaba en el resto de la patrulla. ¡Ahora no podían pelearse! Más que nunca, tenían que trabajar juntos para liberar el agua.

Cola Blanca se puso en cabeza para salir del arroyo y ascender por una ladera entre los árboles, sorteando los troncos caídos. Se detuvo en el primer árbol talado para olfatearlo con curiosidad.

—Dientes grandes —le susurró a Leonado, señalando con las orejas la parte puntiaguda del tocón, donde las marcas de la dentadura de los animales marrones eran claramente visibles.

Leonado respondió moviendo la cabeza con cautela, mientras a Zarpa de Tórtola se le revolvía el estómago al pensar en esos dientes clavándose en su cuerpo. El olor de los animales marrones estaba por todas partes. La aprendiza ya lo había captado con anterioridad, pero allí era mucho más intenso, una mezcla de almizcle y peces.

—Eh, huelen un poco como el Clan del Río —susurró Corazón de Tigre con un brillo travieso en los ojos.

—Más te vale que ni Torrentero ni Pétalo te oigan decir eso —le aconsejó Zarpa de Tórtola, que no estaba de humor para bromas.

Siguiendo a Cola Blanca cuesta arriba, la aprendiza fue percibiendo algo que había más adelante. «¡Dos Patas!». Estuvo a punto de gritarlo, pero comprendió que se metería en problemas otra vez cuando tuviera que explicar cómo lo sabía. «También hay guaridas de manto verde, como las que encontramos en la frontera con el Clan de la Sombra».

A pesar de todo, aceleró el paso para alcanzar a Cola Blanca y le susurró:

—Creo que huelo a Dos Patas.

—¿En serio? —La gata blanca se detuvo con la boca abierta para saborear el aire—. Sí, es posible que tengas razón. —Se volvió hacia el resto de la patrulla y anunció—: Hay Dos Patas más adelante. Debemos tener cuidado.

Los gatos continuaron más despacio, usando los troncos y los tocones para camuflarse. En lo alto de la ladera, Cola Blanca les hizo una señal para que se agacharan, así que recorrieron el último trecho con la barriga pegada al suelo. Asomándose desde la protección de una mata de hierba, Zarpa de Tórtola distinguió varias guaridas verdes en el claro que había más adelante. Un Dos Patas adulto estaba sentado ante la entrada de una de ellas, mientras que otros compañeros suyos examinaban algo en el suelo, a pocos zorros de distancia. No parecía haber Dos Patas jóvenes jugando por allí, como los que habían visto en el otro claro.

«Mejor», pensó Zarpa de Tórtola con un suspiro de alivio.

—¿Qué creéis que están haciendo? —preguntó Torrentero, que estaba un poco más adelante—. ¿Pensáis que tienen algo que ver con los animales marrones?

—A lo mejor han venido a observarlos —sugirió Pétalo.

En los extremos del pequeño campamento de los Dos Patas había unas cosas duras y negras, con zarcillos largos y también negros que discurrían por el suelo. Sentados ante ellas había algunos Dos Patas más, mascullando y tocando de vez en cuando aquellas cosas, que emitían unos chasquidos secos. Zarpa de Tórtola se inclinó a lamer uno de los zarcillos que serpenteaba cerca de ella, y retrocedió de un salto cuando comprobó que olían igual que el sendero atronador.

—Eh, ¿has visto eso? —susurró Corazón de Tigre a su lado—. Algunos de esos Dos Patas tienen pelo en la cara. Qué pinta más rara…

—Los Dos Patas son raros —apuntó Sapero con desprecio, a sus espaldas —. Eso lo sabemos desde hace tiempo.

—Me pregunto qué tendrán en esa guarida —murmuró Cañamera, asomándose por detrás de un árbol—. ¡Huele muy bien!

Zarpa de Tórtola olfateó a fondo, moviendo el hocico mientras captaba el olor de la guarida más lejana. Olía a algo similar a la carne fresca, aunque mezclado también con los olores de los Dos Patas. Le rugió el estómago. En ese momento estaba dispuesta a comerse cualquier cosa.

—Voy a echar un vistazo —anunció Cañamera, saltando al claro en dirección a la guarida blanda.

—¡No, espera…! —la llamó Cola Blanca.

Su compañera de clan siguió avanzando sin inmutarse.

—Yo iré a por ella —maulló Pétalo, que avanzó tras los pasos de la guerrera del Clan del Viento.

—Ahora son dos las que van a meterse en problemas… —La gata blanca sacudió la cola, enfadada.

Zarpa de Tórtola se quedó mirando cómo avanzaban, conteniendo la respiración. Cañamera iba derecha hacia la guarida verde, y Pétalo la seguía, pero estaba tan concentrada en la guerrera del Clan del Viento que no vio que un Dos Patas se acercaba a ella.

—Oh, no —susurró Zarpa de Tórtola.

No quería ver lo que iba a suceder a continuación, pero tampoco podía apartar la vista.

El Dos Patas gritó algo, se agachó y atrapó a Pétalo entre sus grandes zarpas, levantándola en el aire. La gata soltó un chillido aterrorizado, pero el Dos Patas la sujetó con firmeza y le dijo algo… algo que Zarpa de Tórtola no logró entender, aunque no le pareció hostil.

—¡Le arrancaré las orejas a ese bruto! —bufó Sapero, tensando los músculos para saltar al claro.

—No, espera. —Leonado lo detuvo con la cola—. Mira.

Pétalo había dejado de debatirse, y ahora alzaba la cara y miraba al Dos Patas. Acto seguido le dio un manotazo juguetón en la oreja. Zarpa de Tórtola la oyó ronronear mientras él le acariciaba el lomo.

—No puedo creer lo que estoy viendo… —maulló Corazón de Tigre con regocijo—. Ya veréis cuando lo cuente al volver a casa…

El Dos Patas dejó a Pétalo en el suelo y le dio unas palmaditas, como diciéndole que esperara. Pétalo se quedó sentada, todavía ronroneando, y el Dos Patas se dirigió a grandes zancadas hacia la guarida blanda, pasando muy cerca de Cañamera, que estaba contemplando la escena, paralizada de espanto, cerca de la entrada.

El Dos Patas desapareció en el interior y volvió a salir al cabo de un instante con algo en la mano. Lo llevó junto a Pétalo y lo dejó delante de ella. La gata lo recogió, se restregó contra las piernas del Dos Patas, y luego salió disparada para volver al lindero del claro.

—¿Qué estáis mirando? —maulló tras soltar lo que le había dado el Dos Patas.

—Bueno… Pues a ti, tan amistosa con ese Dos Patas —respondió Sapero.

—¿Y qué? —replicó ella—. Eso nos ha sacado de un problema, ¿no? ¡Oh, puaj! —Se frotó contra el árbol más cercano—. ¡Voy a atufar a Dos Patas

durante una luna!

—Lo siento muchísimo… —La vegetación susurró con la llegada de Cañamera—. No pensaba que fueran a fijarse en nosotras.

—No ha pasado nada —murmuró Leonado, mientras Pétalo seguía intentando librarse del olor a Dos Patas—. Pero tened un poco más de cuidado a partir de ahora.

Zarpa de Tórtola olfateó con curiosidad lo que le había dado el Dos Patas. Olía a carne fresca, aunque mezclada con el olor de los Dos Patas y de algunas hierbas, y tenía forma de palo grueso.

—Nunca había visto un animal como este —maulló la aprendiza.

—Debe de ser una presa de los Dos Patas —sugirió Corazón de Tigre—. Eh, Pétalo, ¿puedo probar un poco?

—Podéis probarlo todos —respondió ella—. No sé qué es, pero tiene muy buen sabor.

Zarpa de Tórtola se agachó para comerse su parte. Pétalo tenía razón: estaba rico, y la aprendiza notó que le calentaba el estómago después de los pocos restos que habían comido aquella mañana.

—Qué pena que no haya más —maulló Corazón de Tigre, pasándose la lengua por el hocico y mirando hacia el claro con expresión calculadora.

—Si sales ahí, Corazón de Tigre —gruñó Sapero—, te despedazaré las orejas personalmente y se las daré de comer a los animales marrones.

—Yo no he dicho que…

—No ha hecho falta —lo interrumpió Cola Blanca, más enfadada aún que Sapero—. Los Dos Patas ya saben que estamos aquí, y eso ya es bastante malo, no tenemos que buscarnos más problemas.

—Yo no me preocuparía demasiado —dijo una voz desconocida a sus espaldas—. Los Dos Patas están muchísimo más interesados en los castores.

Todos se dieron la vuelta, y Zarpa de Tórtola se encontró frente a un gato de patas largas y pelaje greñudo y marrón. Los miraba con sus penetrantes ojos amarillos, que iban pasando de uno a otro.

—¿Quiénes sois? —preguntó finalmente el recién llegado.

—Podríamos preguntarte lo mismo —replicó Sapero, erizando el pelo del cuello—. ¿Qué sabes de esos Dos Patas?

El gato no pareció inmutarse por las muestras de hostilidad del guerrero.

—Me llamo Montuno —respondió—. Y llevo consiguiendo comida de los Dos Patas durante las dos últimas lunas.

Tras lanzar una mirada de advertencia a Sapero, Leonado se adelantó inclinando la cabeza.

—Nosotros no hemos venido a robarte comida a ti ni a los Dos Patas —maulló el guerrero del Clan del Trueno—. Estamos aquí por el arroyo bloqueado.

Montuno agitó las orejas, sorprendido.

—¿Os referís a los castores?

—¿Castores? —repitió Cola Blanca—. ¿Eso son los animales marrones? ¿Así se llaman?

El solitario asintió.

—Animales grandes y malos de dientes afilados —explicó, confirmando la impresión que Zarpa de Tórtola se había formado a través de sus sentidos —. Me crucé en alguna ocasión con unos cuantos cuando estuve de viaje.

—¿Has luchado alguna vez con ellos? —quiso saber Sapero.

El gato marrón se lo quedó mirando como si hubiera perdido la chaveta.

—¡Por supuesto que no! ¿Por qué iba a hacer algo así? ¿Qué me importa a mí un montón de árboles talados?

—Nosotros necesitamos que el agua atrapada vuelva a llenar el lago —le explicó Torrentero.

Montuno pareció completamente desconcertado.

—¿El lago? ¿Qué lago?

—El lago en el que vivimos —le dijo Leonado—. Está a un par de jornadas, arroyo abajo.

—¿Y habéis subido hasta aquí en busca del agua? —Montuno sacudió las orejas—. ¿Por qué no os vais a un lago distinto y ya está?

Zarpa de Tórtola lo observó con curiosidad. Montuno no olía como los mininos caseros, y no tenía el aspecto lustroso y acicalado de los gatos del poblado de los Dos Patas. ¿Era un solitario? Parecía sentirse bastante seguro en aquel bosque, incluso estando en inferioridad numérica frente a la patrulla. Y también daba la impresión de saber muchas cosas sobre los animales marrones. «A lo mejor puede ayudarnos a liberar el agua…».

—Tú no lo entiendes —le contestó Leonado, haciendo una señal con la cola para que todos se retiraran un poco más hacia la vegetación, fuera de la vista de los Dos Patas—. En el lago vivimos muchos gatos… demasiados como para abandonar nuestro hogar y buscar otro sitio en el que vivir.

—¡Y el Clan Estelar nos ha dicho que viniéramos hasta aquí a averiguar qué estaba obstaculizando el arroyo! —añadió Corazón de Tigre.

«¡Cabeza de chorlito! —pensó Zarpa de Tórtola—. Montuno no entenderá lo del Clan Estelar…». El solitario, sin embargo, la sorprendió asintiendo

brevemente, como si lo comprendiera a la perfección. «Vaya, pues parece que sí ha oído hablar del Clan Estelar…».

—Tenemos que echar de aquí a esos castores —maulló Cola Blanca con decisión—. Así podremos librarnos de la barrera y recuperar el agua.

Montuno negó con la cabeza.

—Estáis más locos que un zorro con abejas en el cerebro —masculló.

—Entonces, ¿no nos vas a ayudar? —le preguntó Leonado.

—Yo no he dicho eso. Os llevaré hasta el río para enseñaros el dique… Así se llama la barrera que construyen para detener el paso del agua y que se forme una laguna lo bastante profunda para sus guaridas. Quizá cambiéis de opinión tras echarle una ojeada de cerca.

—Gracias —ronroneó Torrentero, amasando las hojas muertas como si se muriera de ganas por acercarse de nuevo al chapoteo y el olor del agua.

—Habrá Dos Patas curioseando —los avisó Montuno, dándose la vuelta para iniciar la marcha—. Pero no tenéis que preocuparos por ellos. Solo les interesa observar a los castores. De hecho, son ellos los que los trajeron hasta aquí.

—¿Cómo? —Sapero se detuvo, boquiabierto y atónito—. ¿Que los trajeron los Dos Patas? En el nombre del Clan Estelar, ¿por qué?

Montuno se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? A lo mejor querían que les talaran unos cuantos árboles.

El gato marrón los guio por una zona en la que había muchas de esas cosas negras de los Dos Patas con largos zarcillos rastreros, y luego los condujo hacia un pequeño valle para cruzar el lecho seco del arroyo justo por debajo del muro de troncos. Así que eso era el dique de los castores, la razón de que el agua hubiera dejado de fluir hasta el lago… Zarpa de Tórtola alzó la vista hacia la imponente pila de troncos mientras la recorrían de arriba abajo.

«¡Qué grande es! ¿De verdad podremos mover algo de este tamaño?».

Cuando llegaron al otro extremo, Montuno los guio trazando un círculo a través del bosque, para llevarlos de nuevo al arroyo.

—Por este lado no hay Dos Patas —les explicó—. Pero tened cuidado con los castores. No vais a ser bien recibidos, que lo sepáis.

Se detuvo en mitad de la ladera, en una zona de árboles caídos, y los gatos se alinearon junto a él para mirar más allá del arroyo atrapado, por encima del dique. El agua había rebasado la ribera y formaba una gran extensión lisa que reflejaba el cielo gris. Aquí y allí aparecían círculos en el agua que dibujaban espirales, como si un pez hubiera saltado para atrapar una mosca.

Cerca de la ribera había un montículo de barro, palos y corteza que sobresalía por encima del dique. Zarpa de Tórtola detectó un potente olor a castor procedente de allí.

—¿Qué es eso? —le preguntó Cola Blanca a Montuno, señalando el pequeño promontorio con la cola.

—Es donde viven los castores —explicó él—. Su madriguera. Los Dos Patas lo llaman «castorera» y…

—¡Eh, mirad! —lo interrumpió Pétalo, gritando como un cachorro entusiasmado—. ¡Cuánta agua…! ¡Es maravilloso!

Antes de que ninguno de ellos pudiera detenerla, la gata corrió hasta la orilla, con Torrentero a la zaga, y se lanzó a la laguna, chapoteando embelesada y metiendo la cabeza debajo del agua.

—Son como peces peludos —rezongó Corazón de Tigre, colocándose junto a Zarpa de Tórtola y Cañamera—. Decid lo que queráis, pero eso no puede ser bueno para los gatos.

—Pues parece que se lo están pasando genial —maulló Zarpa de Tórtola con cierta envidia.

Estaba tan ocupada viendo jugar a los gatos del Clan del Río en el agua que dejó de prestar atención a lo que la rodeaba. De repente, percibió un movimiento en lo alto del dique. Al volverse hacia allí, vio que dos pesadas figuras marrones habían aparecido sobre los troncos. Tenían el cuerpo lustroso y redondeado, como el huevo de un ave, y unos ojos negros y diminutos. Sus orejas parecían hojas enrolladas, y su cola era ancha y plana, como un ala de madera. Eran mucho más grandes que un gato, y se veían tan anchos y robustos como los troncos sobre los que estaban posados.

—¡Castores! —aulló—. ¡Mirad…! ¡Ahí arriba!

—¡Oh, por el Clan Estelar! —exclamó Corazón de Tigre, erizando el pelo del cuello y doblando el tamaño de su cola—. ¡Qué bichos más raros!

Los gatos del Clan del Río seguían nadando alegremente en la laguna y no repararon en los castores, ni siquiera cuando estos bajaron del dique hasta el agua y golpearon la superficie con la cola, levantando pequeñas olas tras ellos.

—¡Torrentero! ¡Pétalo! —chilló Zarpa de Tórtola, corriendo hasta la orilla —. ¡Castores! ¡Salid del agua enseguida!

Los castores se deslizaban ahora por la laguna sin que sus enormes cuerpos perturbaran apenas la superficie. Zarpa de Tórtola podía oír sus patas moviéndose deprisa por debajo del agua, y notó cómo sus grandes colas los guiaban directamente hacia los gatos.

Torrentero y Pétalo los vieron y comenzaron a chapotear desesperadamente hacia la orilla. Los castores viraron hacia ellos sin hacer el menor esfuerzo, estirando el cuello para evitar las olas que los gatos provocaban. Zarpa de Tórtola hundió las garras en el suelo mientras veía cómo la distancia entre unos y otros se iba acortando cada vez más.

«¡Oh, Clan Estelar, ayúdalos!».

Los dos gatos del Clan del Río salieron de la laguna justo por delante del hocico de los castores. Tenían el pelo chorreante y pegado al cuerpo, y miraron hacia el agua con los ojos desorbitados de pavor.

—¡Corred! —aulló Leonado.

Corrieron hacia los árboles de lo alto de la ladera. Al mirar atrás, Zarpa de Tórtola vio que los castores salían de la laguna, alzando el hocico y mostrando unos dientes largos y amarillos. En tierra eran mucho más torpes que en el agua. La aprendiza se dio cuenta enseguida de que podrían dejarlos atrás fácilmente, si es que iban tras ellos.

Los castores, sin embargo, se quedaron donde estaban, en la orilla, mirando hacia los gatos, pero sin hacer el menor ademán de perseguirlos. La patrulla se agrupó debajo de los árboles, con Torrentero y Pétalo temblando y sacudiéndose el agua del cuerpo.

—Por los pelos —masculló el guerrero del Clan del Río—. Gracias por avisarnos.

—Por el Clan Estelar —maulló Sapero—, esto no va a ser tan fácil como creíamos.

Zarpa de Tórtola vio que Leonado la estaba mirando. Su mentor no dijo nada, pero ella se imaginó lo que estaba pensando.

«¿Por qué no nos habías contado que iba a ser tan difícil?».

19

Leonado guio a la patrulla lejos del agua, hacia la protección de árboles más frondosos. Vio su misma conmoción reflejada en los ojos desorbitados de sus compañeros. Los dos gatos del Clan del Río seguían temblando, pegados el uno al otro, y miraban valle abajo como si esperaran que los castores aparecieran entre la vegetación en cualquier momento.

Montuno los había seguido, y se sentó con la cola enroscada alrededor de las patas.

—No digáis que no os había avisado —comentó con un gran bostezo.

Leonado tomó aire, consciente de que si a alguno de ellos no se le ocurría un plan, se darían por vencidos y volverían a casa.

—Montuno, ¿los castores duermen por la noche? —preguntó.

El solitario se encogió de hombros.

—No lo sé. Por la noche es cuando duermo yo. Eso lo sabrán los Dos Patas.

—Sí, pero a ellos no podemos preguntárselo —replicó Sapero, frunciendo el ceño.

—Bueno, al menos los Dos Patas no andarán por ahí cuando haya anochecido —maulló Leonado—. Y es posible que los castores estén durmiendo. Yo creo que ese sería el mejor momento para atacar.

El aire crepitó en medio de tanta tensión mientras los gatos intercambiaban miradas. Pétalo y Torrentero no apartaban la vista de los árboles, entre los que se vislumbraba la laguna.

—Eso es nuestro —murmuró el guerrero del Clan del Río.

Leonado era consciente de que no podían marcharse sin más, con lo que les había costado llegar hasta allí. Tenían que hacer algo para recuperar el agua, por el bien de sus clanes.

—Mirad —empezó, formando un montoncito con palos—. Esto es el dique. Aquí está la laguna, y esto —añadió, trazando una larga línea en la tierra— es el arroyo del otro lado…

—Deberíamos dividirnos —maulló Sapero, tocando el suelo a ambos lados del montón de palos—. Atacar desde dos direcciones a la vez.

Leonado asintió.

—Buena idea. En cuanto consigamos llegar a lo alto del dique, empezaremos a desmantelarlo hasta que el agua pueda superarlo. Montuno, ¿tú sabes si el dique está hueco por dentro? ¿Es posible que los castores se escondan en su interior?

El solitario negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Y lo siento, pero yo no voy a participar en el ataque —añadió—. Esta es vuestra guerra, no la mía.

—Nunca te pediríamos que lo hicieras —respondió Leonado, aunque sintió una punzada de lástima; Montuno habría sido un aliado muy valioso.

—De acuerdo. Ahora vayamos a cazar algo —propuso Sapero—. Luego descansaremos hasta que caiga la noche.

—Pero no nos alejemos demasiado —advirtió Leonado—. Y si vemos un castor, avisamos a los demás.

El guerrero se internó en el bosque con Zarpa de Tórtola, y se detuvo al cabo de unas pocas colas para saborear el aire.

—Solo huelo a castores —se quejó.

—A mí me pasa lo mismo —maulló la aprendiza—. Mira esto.

Se detuvo delante de un montón enorme de barro mezclado con palitos y hierba. En el barro seco había huellas de unas zarpas grandes.

—Me pregunto para qué usan esto.

Leonado se acercó a olfatear con cautela, pero retrocedió unos pasos al percibir el olor intenso y desagradable de los castores, a almizcle y peces.

—Quizá sean marcas olorosas —aventuró—. Si nos alejamos, tal vez podamos captar el rastro de alguna presa.

Para su alivio, el olor a castor se fue difuminando conforme se internaban en el bosque y dejaban atrás los últimos árboles talados. Leonado empezó a reconocer los aromas familiares de ratones y ardillas. Tras oír unos ruiditos debajo de un arbusto, localizó un campañol y se deslizó hacia él con delicadeza, procurando no hacer ruido. El campañol intentó huir en el último momento, pero el guerrero lo atrapó con una zarpa y lo despachó con una dentellada en el pescuezo.

—¡Yo también he cazado uno! —anunció Zarpa de Tórtola, acercándose con un campañol en la boca.

Leonado echó tierra encima de las piezas.

—La caza es mucho mejor aquí —comentó, contento de haber encontrado presas tan deprisa—. Supongo que es porque estamos muy cerca del agua.

No tardó mucho en atrapar una ardilla, y Zarpa de Tórtola se hizo con un par de campañoles más.

—Nunca pensé que cazar pudiera ser tan fácil —masculló mientras llevaban las presas de vuelta al arroyo.

Leonado se recordó que su aprendiza todavía era una cachorrita cuando había empezado la sequía. Ella jamás había salido de caza cuando habían tenido presas de sobra.

—En el bosque será igual de fácil en cuanto consigamos que el agua regrese —le prometió.

Cuando llegaron al punto de reunión, se encontraron con que los demás también habían cazado bien, y, por una vez, los miembros de la patrulla pudieron llenar la barriga antes de tumbarse a dormir hasta el anochecer.

—Yo montaré guardia —se ofreció Zarpa de Tórtola, con los ojos dilatados y los bigotes temblorosos.

—No, tú necesitas descansar —le dijo Leonado—. Yo me encargo del primer turno.

—Pero no creo que sea capaz de dormir… —protestó ella con un susurro, mirando a los demás para asegurarse de que no podían oírlos—. Sigo oyendo cómo los castores roen, rascan…

—Entonces bloquea tus sentidos como lo hiciste cuando pasamos por la zona de los Dos Patas. Ahora ya sabemos que los castores están aquí, así que no necesitamos que estés alerta todo el tiempo. —Al ver que su aprendiza no parecía muy convencida, le dio un lametazo en la oreja—. Lo has hecho muy bien, Zarpa de Tórtola. ¡Y tenías razón! El arroyo lo obstaculizaban unos animales marrones… Gracias a ti ahora podemos hacer algo al respecto. Cuando los venzamos y liberemos el agua, los clanes te lo deberán todo.

Zarpa de Tórtola suspiró.

—Espero que lo consigamos.

Y sin protestar más, se acurrucó en el suelo. Unos segundos después, Leonado se dio cuenta de que estaba dormida.

El viento agitaba la superficie de la laguna, y las nubes pasaban ante la luna menguante. El bosque estaba moteado de luces y sombras cuando la patrulla avanzó con sigilo hasta el borde del agua.

Leonado se detuvo en la orilla. En la oscuridad, el dique parecía más grande y amenazador, y ocultaba las estrellas por detrás de los troncos de la cima. Al guerrero del Clan del Trueno se le hizo un nudo en el estómago. «Clan Estelar, ¿estás con nosotros? ¿Recorres también estos cielos?». Inspeccionó la ribera cuidadosamente en ambas direcciones y saboreó el aire, pero no percibió ningún movimiento. El olor a castor lo cubría todo y no lo ayudaba a saber si los propios castores estaban por allí. «Con un poco de suerte, estarán dormidos ahí arriba, debajo de ese montón de barro».

—De acuerdo —susurró mientras los demás se apiñaban a su alrededor—. Zarpa de Tórtola y yo cruzaremos el arroyo con Cola Blanca y Cañamera. El resto, quedaos en este lado.

Sapero asintió con la cabeza.

—Luego subiremos todos al dique para retirar los troncos —continuó Leonado—. Y si los castores intentan detenernos, lucharemos.

—¡Sí! —bufó Corazón de Tigre, con los ojos refulgiendo a la luz de la luna.

—Muy bien, en marcha —maulló el guerrero del Clan del Trueno.

Bajó al fondo del arroyo seco y cruzó al otro lado, con la mitad de la patrulla detrás. Ahora que había terminado la espera, sus preocupaciones se esfumaron y se vieron reemplazadas por una resolución firme. «¡Esta noche vamos a recuperar el agua!».

En cuanto llegaron al otro lado del arroyo, Cola Blanca soltó un aullido, y Sapero respondió desde la orilla opuesta.

—¡Ahora! —maulló Leonado.

Bajó por la ladera para saltar al dique, pero al entrar en contacto con la madera húmeda sus patas resbalaron y se deslizó hasta la mitad del montón de troncos, librándose por los pelos de caer a la laguna. Junto a él, Zarpa de Tórtola había resbalado hasta una rama más baja, y Leonado se inclinó para agarrarla del pescuezo e izarla de nuevo.

—Tened cuidado —susurró el guerrero mientras recuperaba el equilibrio —. Estos leños son muy resbaladizos.

Reparó en algo en lo que no se había fijado antes. Los castores habían eliminado toda la corteza de los troncos, dejando expuesta la madera lisa. Cola Blanca estaba avanzando cautelosamente sobre uno de ellos, colocando una pata delante de la otra en línea recta y clavando bien las garras, pero

Cañamera, que también intentó saltar, desplazó un leño, aunque por suerte logró apartarse a tiempo antes de que la arrastrase hasta el agua.

Aullidos y gruñidos de rabia procedentes del otro lado indicaron a Leonado que el resto de los gatos estaban teniendo el mismo problema. «¿Cómo vamos a destruir el dique si ni siquiera podemos movernos por él?».

Cuando Zarpa de Tórtola y Leonado empezaron a forcejear para sacar un leño de su sitio, el guerrero oyó un sonido en el agua, seguido del chapoteo de unas patas fuertes. Se le erizó hasta el último pelo cuando dos castores aparecieron de repente, con sus ojillos como moras y sus dientes curvados reluciendo a la luz de la luna.

—Oh, no… —masculló la aprendiza.

Leonado soltó un alarido y se lanzó contra el castor que tenía más cerca, arañándole el costado al pasar. Sus garras, sin embargo, no le hicieron el menor daño: el pelaje de la criatura era grueso y resbaladizo como el barro. Al volverse en redondo, Leonado vio que los dos castores iban hacia Zarpa de Tórtola, que se encaró a ellos valerosamente y saltó por el aire cuando se abalanzaron sobre ella. La joven aterrizó en el lomo de uno de los atacantes y le golpeó en la cabeza y las orejas, pero él ni se inmutó. Sacudiendo la cabeza, se libró de la aprendiza como si fuera una mosca, y la lanzó contra los troncos.

Los castores se deslizaron hasta lo alto del dique, donde esperaban Cola Blanca y Cañamera, silueteadas contra el cielo. Las gatas arquearon el lomo con el pelo erizado, y soltaron aullidos desafiantes.

Tras asegurarse de que Zarpa de Tórtola estaba ilesa, Leonado dejó que se recuperara mientras él volvía a la batalla. Al llegar a la cima del dique, vio cómo uno de los castores giraba sobre las patas traseras para propinarle un golpe tremendo a Cañamera con la cola. La guerrera del Clan del Viento soltó un grito conmocionado al caer de espaldas, y en su caída rozó a Cola Blanca, que tuvo que clavar las garras en el tronco más cercano para no seguir a su compañera de clan.

Entornando los ojos en la oscuridad, Leonado localizó a Cañamera tirada en el lecho del arroyo seco. La gata se estaba moviendo, así que supuso que solo estaba aturdida; no tenía tiempo de ir a comprobarlo. Mientras se volvía en redondo para enfrentarse de nuevo a los castores, Cola Blanca se colocó a su lado.

—Cagarrutas de zorro, se me ha roto una uña —masculló.

Uno de los castores había desaparecido, pero el otro iba hacia ellos. Se plantó sobre las patas traseras y soltó un gañido furioso. Cuando se abalanzó

sobre los gatos, Leonado se deslizó hacia un lado mientras Cola Blanca saltaba sobre el enemigo desde el otro. Los dientes del castor se cerraron a un pelo de distancia de la oreja de Leonado, pero Cola Blanca logró propinarle un zarpazo en la cabeza antes de que se encarara a ella.

—¡Bien hecho! —exclamó el guerrero.

A continuación vio por el rabillo del ojo que Zarpa de Tórtola huía del segundo castor, saltando y trepando por los leños resbaladizos, mientras el pesado animal iba tras ella. Leonado quería acudir en su ayuda, pero justo en ese momento tuvo que esquivar un coletazo cuando el castor contra el que estaba luchando se volvió hacia Cola Blanca.

—¡Leonado, ayuda! —chilló la guerrera del Clan del Viento.

Estaba despatarrada sobre los troncos, y los afilados dientes del castor chasqueaban inclinándose hacia su garganta. El guerrero embistió al enemigo y sintió como si hubiera intentado mover un árbol, pero al menos consiguió distraer al castor durante unos segundos, lo suficiente para que Cola Blanca se zafara retorciéndose y le asestara de paso un golpe en la oreja.

«¡Esto es inútil! —pensó Leonado—. ¡Son demasiado fuertes para nosotros! ¿Y dónde se han metido los demás?».

Poniéndose fuera del alcance del castor, subió a lo alto del dique y miró hacia el otro extremo. Le dio un vuelco el corazón al ver que sus cuatro compañeros estaban luchando a muerte contra otro par de castores al pie del dique, cerca del agua. Mientras contemplaba la escena, vio que derribaban a Pétalo, que cayó a la laguna de espaldas. La gata volvió a emerger y nadó enérgicamente, pero parecía tener dificultades para trepar de nuevo por los troncos sin corteza.

Sapero y Corazón de Tigre estaban peleando como una patrulla entera, pero aquellos castores eran incluso más grandes y más fuertes que los que estaban luchando con él en lo alto del dique. «No podremos vencerlos», comprendió Leonado, invadido por una sensación amarga de fracaso. Al mirar hacia atrás, vio a Cola Blanca y a Zarpa de Tórtola agazapada justo a su lado, con expresión aterrorizada pero resuelta. Los dos castores avanzaban hacia ellas, soltando bufidos amenazadores.

—¡Atrás! —aulló Leonado—. ¡Volved a la ribera y subíos a un árbol! ¡Yo voy a ayudar a los demás!

—¡No! —le respondió Zarpa de Tórtola con un chillido—. ¡No vamos a abandonarte!

—¡Estaré bien! —Leonado clavó los ojos en su aprendiza, esperando que recordara que él no podía morir en combate—. ¡Corred!

Para su alivio, Cola Blanca se volvió en redondo y empujó a Zarpa de Tórtola a lo largo del dique. Las dos huyeron hasta la ribera, trastabillando sobre los troncos. La guerrera del Clan del Viento iba cojeando, y Cañamera seguía sin aparecer, así que Leonado supuso que aún estaría aturdida en el cauce seco del arroyo.

«Esperemos que espere ahí», pensó.

El guerrero se dirigió al lado opuesto del dique, y se encontró frente a frente con los dos castores; sus ojos centellearon al avanzar hacia él.

—¿Creéis que vais a obtener una victoria fácil? —se burló Leonado, erizando el pelo—. ¡Pues os equivocáis!

Se abalanzó en su dirección, apuntando al estrecho espacio que quedaba entre ambos. Cuando se coló por él, ayudado por el pelaje resbaladizo de las bestias, agachó la cabeza para evitar sus dientes y fue esquivando sus zarpazos. Salvó sus colas de un salto cuando se volvieron en redondo, tratando de derribarlo, y se zafó hábilmente de su última embestida. Notaba los costados vapuleados, y al aterrizar estuvo a punto de perder el equilibrio y caerse del dique, pero logró no derrumbarse.

—¿Lo veis? —aulló triunfal—. ¡No tengo ni un rasguño!

Apenas había terminado de decirlo cuando recibió por detrás un potente golpe que lo derribó. Había llegado otro castor, que se plantó ante él agitando sus cortas patas delanteras para lanzarse contra su cuello.

Leonado lo esquivó rodando y sacó las uñas mientras resbalaba por el dique, pero terminó al pie de la construcción, donde seguían peleando Sapero y los demás.

—¡Retirada! —exclamó Leonado sin aliento—. ¡Esto se ha acabado!

—¡No mientras yo siga en pie! —gruñó Sapero, golpeando a un castor que estaba intentando tirarlo del montón de troncos.

—¡Y yo! —declaró Corazón de Tigre, apretando los dientes.

Leonado vio que los dos guerreros del Clan de la Sombra estaban heridos: Sapero sangraba por un corte encima del ojo, y Corazón de Tigre tenía unos zarpazos profundos en el cuerpo.

No había tiempo para discutir. Leonado se lanzó hacia Pétalo, que intentaba mantener el equilibrio en los troncos inferiores, la agarró por el pescuezo y la lanzó a la ribera. Se la quedó mirando un par de segundos, hasta que la vio ascender por la ladera para ponerse a salvo. Luego buscó a Torrentero, y se le subió el corazón a la boca al descubrirlo acorralado por el castor más grande de todos en el lugar donde el dique entraba en contacto con la orilla. Torrentero se enfrentaba desafiante a la criatura, mostrando los

colmillos y con las uñas desenvainadas, pero Leonado se dio cuenta de que no tenía la menor posibilidad.

Justo cuando el guerrero del Clan del Trueno se lanzaba hacia la bestia, el castor hundió sus dientes largos y afilados en el lomo de Torrentero, provocándole una herida profunda. El guerrero del Clan del Río soltó un alarido agónico. Leonado saltó a la cabeza del castor y le clavó las uñas en las orejas. La criatura soltó un bramido de dolor y retrocedió, sacudiendo la cola para intentar sacárselo de encima. Torrentero logró zafarse, y se deslizó por el tronco sobre el que estaban peleando antes de tirarse al agua.

—¡Ayudadlo a salir! —chilló Leonado, aferrándose con desesperación a la cabeza del castor, que trataba de arañarle el costado con las zarpas traseras.

Un segundo después, el guerrero del Clan del Trueno vio que Pétalo volvía a bajar la pendiente a la carrera.

—¡Torrentero! ¡Torrentero! —gritaba la gata.

Justo entonces, el castor se plantó sobre las patas traseras y se sacudió de encima a Leonado, que se quedó tirado en los troncos con impotencia, tratando penosamente de recuperar el aliento mientras aquella bestia enorme se cernía sobre él con los ojos centelleantes y unos dientes diabólicos.

Por suerte, justo en ese momento apareció Sapero, que se interpuso entre Leonado y su atacante. Distraído, el castor se volvió para perseguir al guerrero del Clan de la Sombra, que se mantuvo fuera de su alcance, gruñendo y dándole golpetazos hasta que Leonado logró incorporarse y huir.

Leonado y Sapero bajaron del dique de un salto y corrieron al borde del agua, con Corazón de Tigre a la zaga.

Pétalo estaba encorvada en la orilla.

—¡Voy a ayudar a Torrentero! —aulló, antes de lanzarse al agua y nadar hacia su compañero de clan, que pataleaba en la laguna.

Leonado no pudo evitar recordar lo alegremente que habían jugado en el agua los dos gatos del Clan del Río esa misma mañana.

Los cinco castores se habían apretujado en lo alto del dique, observando a los gatos. Leonado y Sapero se volvieron hacia ellos, listos para pelear si los atacaban antes de que Pétalo pudiera rescatar a su compañero de clan.

La gata llegó junto a Torrentero, lo agarró por el pescuezo, y comenzó a regresar hacia la orilla. Mientras tanto, apareció Cola Blanca desde el arroyo; la garra en la que había perdido una uña le sangraba profusamente. Zarpa de Tórtola y Cañamera iban tras ella; la guerrera se apoyaba en la aprendiza y aún parecía medio aturdida tras haberse caído desde lo alto del dique.

Cuando Pétalo se acercó con Torrentero, Leonado y Sapero se metieron en el agua poco profunda de la orilla para ayudarla a sacar al gato a la ribera. El guerrero del Clan del Río estaba casi inconsciente; las patas apenas lo sostenían, y le colgaba un poco la cabeza. Leonado y Sapero lo ayudaron por delante y Zarpa de Tórtola y Pétalo lo sujetaron por detrás, y entre todos lo llevaron ladera arriba, de vuelta a la zona de helechos donde habían descansado aquella misma tarde. Cola Blanca y Cañamera los seguían renqueantes.

Cuando llegaron al refugio provisional, Zarpa de Tórtola arrancó unas cuantas frondas para hacer un lecho sobre el que depositar a Torrentero. Sangraba abundantemente por la herida que le había provocado la dentellada del castor, y la sangre le resbalaba por el pelo empapado. Leonado sintió que se le encogía el corazón al ver aquella herida tan profunda.

—Tenemos que detener la hemorragia —maulló Zarpa de Tórtola—. ¿Alguien sabe qué hierbas necesitamos?

Leonado intentó pensar. «Seguro que Glayo dijo algo, en algún momento, que ahora nos sería útil…», pero entre el miedo y el agotamiento, era incapaz de concentrarse.

—Torrentero era el que sabía más sobre eso. —Pétalo estaba atónita, tenía los ojos desorbitados y las pupilas dilatadas—. Ala de Mariposa le dio algunas instrucciones antes de que nos marcháramos.

Leonado arañó el suelo con frustración.

—¿Torrentero? —susurró—. Torrentero, ¿me oyes?

Pero el guerrero del Clan del Río no respondió. Tenía los ojos cerrados y respiraba de forma superficial.

—Las telarañas frenan la hemorragia —maulló Cola Blanca.

Zarpa de Tórtola se levantó de un salto.

—Iré a buscar unas cuantas.

Y se internó en el sotobosque.

Pétalo se inclinó sobre su compañero de clan, lamiéndole delicadamente el pelo mojado, igual que una madre lo haría con su cachorro. Los demás gatos la observaron en silencio. «¡Oh, Clan Estelar! —suplicó Leonado—. No dejes que se vaya contigo todavía».

Alzó la vista cuando un helecho se sacudió bruscamente, esperando ver a Zarpa de Tórtola, pero se trataba de Montuno, que se detuvo en el claro con un campañol entre los dientes. Al ver a Torrentero, se le desencajó la mandíbula, con lo que la presa cayó al suelo. Su mirada era de espanto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con voz ronca.

—Los castores —replicó Sapero con sequedad.

Montuno se acercó a olfatear con cuidado la herida de Torrentero.

—No puedo creer que hayáis corrido semejante peligro —maulló.

—Es lo que hacemos nosotros. —Leonado tuvo que contenerse para no gruñir al solitario—. El código guerrero dice que debemos luchar a muerte por nuestro clan.

—En ese caso, estáis más locos de lo que creía —resopló Montuno.

Corazón de Tigre soltó un gruñido de rabia y se abalanzó sobre el gato marrón.

—¿Es que no ves lo valiente que ha sido este guerrero? —le soltó.

Montuno se volvió en redondo para plantarle cara desenvainando las uñas, pero, antes de que Corazón de Tigre se lanzara sobre él, Cola Blanca se interpuso entre ambos y empujó hacia atrás a su compañero.

—Esto no ayudará en nada a Torrentero —señaló.

Mientras Corazón de Tigre se sentaba, bufando y fulminando con la mirada a Montuno, los helechos susurraron de nuevo y apareció Zarpa de Tórtola, caminando solo con tres patas: en la cuarta llevaba un buen puñado de telarañas.

—Gracias, Zarpa de Tórtola.

Pétalo recogió las telarañas para ponerlas en la herida de Torrentero, pero se empaparon de sangre inmediatamente. La respiración de su compañero de clan era cada vez más débil y penosa.

—Le arde la piel —susurró.

Leonado advirtió que la luna se había puesto y que el cielo estaba cada vez más claro. Pronto amanecería. Todos los gatos, Montuno incluido, se sentaron en silencio alrededor de Torrentero, escuchando cómo su respiración se iba apagando. Poco después, cuando una línea dorada apareció en el horizonte, el guerrero del Clan del Río exhaló su último suspiro.

Leonado inclinó la cabeza. Torrentero era un guerrero joven, con mucho que ofrecer a su clan. Y durante el tiempo que habían viajado juntos, había empezado a considerarlo un amigo. Aquel castor enorme había terminado con todo eso.

—Ahora caza con el Clan Estelar —murmuró Sapero, tocando a Pétalo en el lomo con la punta de la cola.

Pétalo se derrumbó con un sonido de dolor estrangulado. Cola Blanca y Cañamera se pegaron a ella, una a cada lado, y las tres permanecieron apretujadas junto al cuerpo de Torrentero. Corazón de Tigre parecía

horrorizado, como si no pudiera creer que la vida de un guerrero pudiese acabar tan deprisa.

Zarpa de Tórtola se puso en pie de un salto y se alejó, cruzando a ciegas las matas de helechos y la hierba, y Leonado la siguió, temiendo que, desgarrada como estaba por el dolor, su aprendiza no estuviera atenta a los peligros que acechaban. La encontró en lo alto de la ladera, contemplando el montículo enorme que formaba el dique. Los castores habían desaparecido. Aparte de unos cuantos leños desperdigados, no había ni rastro de la batalla que se había producido allí mismo hacía nada.

Mirando el dique sin pestañear, Zarpa de Tórtola susurró:

—No deberíamos haber venido.

20

«En el nombre del Clan Estelar, ¿qué la ha impulsado a venir hasta aquí?».

Glayo estaba ascendiendo por el sendero rocoso que llevaba a la Laguna Lunar, siguiendo el olor de Rosella y el de Ventolero, y sintió un hormigueo por todo el cuerpo al pensar en lo improbable que era que los dos estuvieran juntos por voluntad propia.

«¿Qué puede querer Ventolero de ella?».

El sol se había puesto, y el viento había arreciado, cargado con un olor húmedo a lluvia. Parecía que, finalmente, después de tantas lunas, la sequía pronto llegaría a su fin. «Una cosa buena, por lo menos», pensó Glayo.

Un último tramo escarpado lo llevó hasta el círculo de arbustos que rodeaba la Laguna Lunar. Colándose entre ellos, el curandero comenzó a descender por el sendero en espiral, notando una vez más las huellas de los gatos antiguos bajo las zarpas. Sus susurros lo rodearon de inmediato, pero esa noche Glayo estaba demasiado concentrado en encontrar a Rosella como para escucharlos.

Con el interminable sonido de la cascada en los oídos, llegó al borde del agua, donde captó el olor de la gata. Rosella se había sentado cerca de la orilla. Estaba sola; no había ni rastro de Ventolero. «Está por aquí, en algún sitio, pero ¿dónde?», pensó Glayo.

—¿Rosella? —susurró.

La joven reina dio un respingo, sorprendida.

—¡Glayo! ¿Me has seguido?

—Sí…

«Aunque no le contaré que también puede que la haya seguido otro gato», pensó.

—Tus compañeros de clan están preocupados por ti —añadió el curandero —. No deberías haber venido hasta aquí tú sola.

—Mis cachorros están bien —contestó ella con la voz apagada y un tanto lánguida—. ¿Acaso Bayo está preocupado por mí?

El curandero vaciló. No había visto a Bayo en todo el día; por lo que él sabía, el guerrero tostado seguía ajeno a la desaparición de su pareja.

—No hace falta que contestes —continuó Rosella con amargura—. ¡Por supuesto que no está preocupado por mí! No le importo nada. Todavía está enamorado de Melada.

Glayo buscó inútilmente las palabras adecuadas para responder a eso, pero Rosella siguió hablando, dando por hecho que el curandero coincidía con ella.

—Deseo ver a mi hermana con todo mi corazón. La añoro más de lo que puedo expresar, y no la culpo de que Bayo no me ame. —Soltó un suspiro tembloroso—. Yo siempre lo he amado, incluso cuando él estaba con Melada, pero ¡jamás habría intentado separarlos! Luego, cuando mi hermana murió, pensé que él podría llegar a amarme como la había amado a ella… pero no es así.

—Tú no sabes si… —empezó él.

—¡Oh, sí, sí que lo sé! —le espetó la reina—. Por la forma en que se comporta, se nota que no le importo nada. Si no, ¿por qué querría que me fuese a la maternidad tan pronto? ¡Ni siquiera desea verme en la guarida de los guerreros!

Glayo seguía sin saber qué responder. Nadie podía hacer que Bayo amara a Rosella si él todavía amaba a Melada. Aun así, recorrer el largo trayecto hasta la Laguna Lunar no serviría de nada.

—Voy a llevarte a casa —maulló—. ¿Recuerdas que ya lo hice una vez, desde un bosque que visitaste en sueños?

La gata guardó silencio un instante. Glayo percibió los recuerdos que se despertaban en la mente de Rosella, titilando como la luz de las estrellas sobre el agua.

—Sí —respondió ella al cabo, con una voz apenas audible por el ruido que hacía la cascada—. Estaba enferma, ¿no? Pero en aquella ocasión yo no salí de la hondonada rocosa, así que… ¿dónde estaba ese bosque, en realidad? —Contuvo la respiración, y luego continuó hablando con voz más firme—: Era el bosque del Clan Estelar, ¿verdad? Yo me estaba muriendo, ¡y tú me salvaste la vida!

—Sí, estabas a punto de morir. Y hoy he venido a ayudarte de nuevo.

Rosella se puso en pie y se acercó al curandero.

—Si una vez estuve allí, con el Clan Estelar, y regresé… entonces ¡puedo volver a ir! ¡Por favor! —Todo su cuerpo parecía temblar de emoción—.

Necesito ver a Melada. Necesito decirle que no pretendía quitarle a Bayo. Ay, Glayo, ¿y si ella también me odia?

El gato se tragó un suspiro.

—Eso no es posible. Los guerreros no pueden entrar y salir del Clan Estelar cuando quieran. Tendría que herirte o hacer que te pusieras enferma, y los curanderos no podemos…

Se interrumpió al oír unas pisadas quedas en el borde de la hondonada. La voz de Ventolero resonó fríamente contra la roca.

—¿Qué es esto? ¿El Clan del Trueno tiene otro dilema? La verdad es que deberíais aprender a controlaros. Vais a tener más cachorros que no deberían nacer…

—¡Ventolero! —Rosella sonó conmocionada—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te noto poco amable… —replicó él con suavidad—. La Laguna Lunar no es territorio exclusivo del Clan del Trueno, ¿sabes?

—¡Déjanos en paz! —le espetó Glayo, intentando disimular el miedo que le recorría la columna cual hielo derretido—. No te necesitamos para nada.

—Pues yo creo que sí. —La suave voz estaba cada vez más cerca—. Yo estoy dispuesto a ayudar a Rosella a reunirse con el Clan Estelar, aunque tú no quieras satisfacerla.

Glayo tragó saliva, y captó una oleada de miedo y desconcierto procedente de Rosella, como si la joven reina no entendiera por qué el guerrero del Clan del Viento la estaba amenazando de muerte.

—No seas ridículo —maulló el curandero—. Eso no va a ocurrir, no mientras yo esté aquí.

—Oh, ¿en serio? —gruñó Ventolero, ya a solo una cola de distancia—. Y tú, un curandero ciego, crees que puedes detenerme, ¿no? Cuando encuentren el cuerpo de Rosella ahogado en tu preciada Laguna Lunar, será tu palabra contra la mía. Yo no he estado aquí esta noche. Mis compañeros de clan pueden mentir tan bien como los tuyos, Glayo.

Rosella soltó un grito ahogado, y Glayo se colocó delante de ella, protegiéndola de Ventolero. Las olas de odio que irradiaba su medio hermano estuvieron a punto de derribarlo… y entonces comprendió que Ventolero haría cualquier cosa con tal de castigarlo por el simple hecho de haber nacido.

—Tu problema es conmigo, Ventolero —gruñó—. Deja que Rosella se vaya.

El guerrero soltó un resoplido desdeñoso.

—Mandarte con el Clan Estelar no me basta como castigo. Tienes que saber cómo se siente uno cuando todos los miembros de tu clan te miran de soslayo y murmuran sobre ti. Tienes que saber cómo es estar rodeado de mentiras, odio y cosas que jamás deberían haber sucedido.

—¿Acaso crees que no lo sabemos? —le espetó Glayo—. Las peores mentiras se referían a nosotros. Mis hermanos y yo ni siquiera sabíamos quiénes eran nuestros verdaderos padres.

Por un momento, sintió que el odio de Ventolero flaqueaba, pero no duró demasiado.

—No intentes librarte de esto con palabrería —bufó el guerrero—. No eres más que un cobarde.

«¡Clan Estelar, ayúdame!», suplicó Glayo, consciente de que solo tenía una salida. Desenvainando las uñas, saltó sobre Ventolero y notó la sorpresa del guerrero al ser derribado. Glayo aterrizó sobre él y le atizó en el cuello y las orejas, arañándole la piel.

Ventolero soltó un alarido de dolor y rabia. Pero el curandero sabía que no podía esperar vencer a un guerrero experimentado. El gato del Clan del Viento se lo quitó de encima y lo inmovilizó contra el suelo, boca arriba, y le propinó varios golpes en la barriga. Retorciéndose en vano para escapar, Glayo se dio cuenta de que su adversario mantenía las garras envainadas.

«Está jugando conmigo. Solo me matará cuando esté preparado para hacerlo».

Rosella soltó un aullido aterrorizado.

—¡Suéltalo ahora mismo, Ventolero! ¡No puedes matar a un curandero!

—Oh, sí que puedo, Rosella, ¡y tú serás testigo de ello! —gruñó Ventolero.

La reina le dio un manotazo en el lomo, pero el embarazo la había vuelto torpe y pesada, y Glayo se dio cuenta de que apenas había hecho mella en su adversario.

Ventolero volvió a golpearlo en la barriga.

—¡Vete de aquí, Rosella! —le gritó el curandero sin apenas aliento—. ¡Piensa en tus cachorros!

La gata retrocedió gimoteando, pero no estaba dispuesta a irse.

Ventolero se apartó de un salto, y Glayo se levantó, aturdido; luego se quedó inmóvil, tratando de localizar al guerrero del Clan del Viento, pero entre el dolor y el miedo, estaba perdiendo el control de sus sentidos.

Entonces, Ventolero saltó de nuevo delante de él y le dio un par de manotazos en las orejas y el hocico, todavía con las uñas envainadas.

—¡Vamos, a ver si puedes darme! —se mofó.

Glayo se abalanzó hacia delante, pero antes de que pudiera tocar siquiera a su rival, un gran peso aterrizó sobre él por detrás, y unas garras le arañaron el lomo.

«¿Otro gato? ¡Por el Clan Estelar, no!».

Recordando su entrenamiento de combate, Glayo dejó de oponer resistencia y se quedó tirado al borde del agua con aquel gato desconocido aplastándolo contra el suelo. Luego se revolvió y sacudió las cuatro patas, arañándole la barriga frenéticamente.

«¿Quién es? ¿Cuántos gatos quieren matarme?».

El olor del recién llegado estaba por todas partes, pero Glayo no lo reconoció. Aquel gato no pertenecía al Clan del Viento ni a ninguno de los otros clanes. «Aun así, no es un descarriado ni un solitario. Debería reconocer su olor, pero no puedo».

El peso del desconocido desapareció de repente, y Glayo se incorporó con esfuerzo, pero se tambaleó cuando una zarpa enorme lo empujó hacia la Laguna Lunar. Ventolero lo detuvo antes de que cayera y lo empujó a su vez. Durante unos segundos, los dos gatos estuvieron dándole golpes como si fueran un par de cachorros jugando con una bola de musgo.

Rosella seguía allí.

—¡Ventolero, para! —le suplicaba—. El Clan Estelar se enfurecerá si matas a un curandero.

—¡¿Y crees que eso me importa?! —gruñó él.

Aullando de rabia, Glayo intentó contraatacar, pero sus golpes eran demasiado desesperados y descontrolados para hacer daño. Cuando Ventolero le propinó otro zarpazo, el joven curandero notó que empezaba a sangrar por el hombro.

«Se están hartando. Acabarán conmigo enseguida».

Estaba a punto de caer arrodillado de agotamiento, cuando notó que otro gato saltaba junto a él. Sus últimas esperanzas murieron ante la idea de que lo atacara otro enemigo más. Entonces oyó el grito de sorpresa de Ventolero y comprendió que el nuevo se había abalanzado sobre el guerrero del Clan del Viento, apartándolo del curandero.

—¡Hola, Glayo! —maulló una voz entre dientes…

Se trataba de una gata.

—¿Tienes problemas?

—¡Melada! —exclamó él sin aliento.

Lo envolvió el olor de la guerrera del Clan Estelar cuando ella regresó a su lado de un salto. El enorme macho los atacó de nuevo, pero esta vez Glayo le respondió con unos zarpazos veloces en las orejas, mientras Melada le daba un fuerte golpe en la barriga a Ventolero.

Glayo oyó que el desconocido gruñía furibundo al retroceder.

—¡Lárgate! —le gritó Melada—. ¡Aquí no eres bienvenido! Y respecto a ti, Ventolero… —Se encaró de nuevo al guerrero del Clan del Viento—. Fuera de aquí también. ¿O quieres que te haga trizas las dos orejas?

—Puede que hayas ganado esta vez —bufó Ventolero—, pero no creas que esto ha terminado, Glayo, porque no ha hecho más que empezar.

El joven curandero oyó cómo sus pasos se alejaban por el sendero en espiral, y el olor del guerrero del Clan del Viento empezó a desvanecerse. Resollando, Glayo se volvió hacia Melada y descubrió que podía verla. La guerrera estaba sentada al borde del agua, con la luz de las estrellas resplandeciendo en su pelaje atigrado. Tras ella habían aparecido hileras e hileras de gatos estelares, abarrotando el espacio alrededor de la Laguna Lunar y las laderas de la hondonada. Glayo no se atrevió a fijarse mucho en ellos por si veía a Carrasca entre sus filas. O por si no la veía… lo que podría significar que su hermana estaba en un lugar muchísimo peor.

En vez de eso, se acercó a Melada.

—Gracias —le dijo sin aliento—. No tenía la menor duda de que iba a reunirme contigo en el Clan Estelar.

Melada sacudió la cola.

—Aún no ha llegado tu hora, Glayo. Todavía tienes mucho que hacer —contestó la gata acercándose a él, y dándole un cariñoso lametón en la oreja —. Gracias por salvar a mi hermana.

—¿Puede verte? —le preguntó el curandero señalando a Rosella, que estaba agazapada en el camino en espiral.

Melada negó con la cabeza. Su mirada estaba llena de tristeza.

—Por favor, dile que yo la echo de menos tanto como ella a mí. Y que querré a sus cachorros como si fueran los míos propios. —Sus ojos se llenaron de amor y comprensión—. Bayo la ama, pero tiene miedo de perderla como me perdió a mí. Yo estoy cuidando de los dos.

La gata inclinó la cabeza una vez más y retrocedió hasta fundirse con la multitud de guerreros estelares. Otra gata se adelantó; su pelaje desaliñado era como humo a la luz de las estrellas.

—Fauces Amarillas… —dijo Glayo con una voz apenas audible.

—Sé quién estaba ayudando a Ventolero —le dijo la antigua curandera, sin malgastar tiempo en saludos.

—¿En serio? ¿Quién?

Fauces Amarillas lo miró con sus ojos ámbar y parpadeó.

—No hace falta que lo sepas todavía. Pero su presencia es señal de que se avecina un gran problema, Glayo.

Un estremecimiento recorrió la columna del joven curandero.

—¿Qué quieres decir?

—Melada ha luchado a tu lado hoy —maulló Fauces Amarillas—. Y lo mismo harán los guerreros del Clan Estelar cuando llegue el momento. Pero el corazón vacío de nuestros enemigos se ha llenado de odio y ansias de venganza, y eso les da una fortaleza inusitada.

Glayo se quedó mirándola, aterrado.

—Las fuerzas del Bosque Oscuro se están alzando. —La voz de Fauces Amarillas vibró con el presagio—. Y me temo que hará falta un poder más grande que el del Clan Estelar para derrotarlas.

21

Leonado y Sapero bajaron el cuerpo de Torrentero al agujero que habían cavado debajo de un roble. Más allá de la vegetación, Zarpa de Tórtola apenas distinguía la laguna por detrás del dique, resplandeciendo bajo la luz matinal. Deseó que el espíritu de Torrentero estuviese allí abajo, nadando y pescando como a él le gustaba.

Le ardía el estómago de rabia, como si una hoguera se consumiera en las brasas. «¡Torrentero no debería haber muerto en este viaje!». Ansiaba vengarse de los castores, tanto como un gato hambriento ansiaría un bocado de carne fresca. «¡Tenemos que destruir el dique! ¡El agua pertenece a los clanes!».

Al acercarse al borde de la tumba para empezar a lanzar tierra y mantillo sobre el cadáver del guerrero, se detuvo a escuchar a los castores. Estaban moviéndose sigilosamente dentro de su madriguera, y Zarpa de Tórtola se los imaginó celebrando su triunfo, regocijándose por haberse librado de los gatos con una victoria tan fácil.

La voz de Leonado la sacó de sus pensamientos.

—No podemos volver a pelear contra ellos.

—Os lo dije —masculló Montuno, que estaba sentado sobre una de las raíces retorcidas del roble.

Leonado agitó una oreja para mostrarle al solitario que lo había oído, pero no le respondió.

—Tenemos que encontrar una forma distinta de liberar el agua.

Pétalo apartó la mirada del cuerpo que estaban enterrando. Sus ojos seguían desolados por el dolor, pero su voz sonó dura y resuelta.

—Podríamos intentar alejar a los castores con un señuelo.

—¿Y luego qué? —preguntó Sapero.

—Luego destruimos el dique —contestó Pétalo.

—Pero ¡es enorme! —protestó Corazón de Tigre—. Tardaríamos días, y no podemos mantener lejos a los castores tanto tiempo.

—No tenemos que destruirlo todo. —La gata del Clan del Río sonó muy segura—. Si retiramos las suficientes ramas de la parte superior y el agua la rebasa, la fuerza de la corriente arrastrará el resto de los troncos.

Zarpa de Tórtola asintió.

—Ya entiendo… —maulló.

Supuso que Pétalo sabía de lo que estaba hablando cuando se trataba de agua. Proyectó sus sentidos hasta el dique, intentando averiguar el modo en que los leños y las ramas se entrelazaban, y se dio cuenta de que el plan de la gata del Clan del Río podría funcionar.

—Tenemos que hacerlo deprisa —intervino Cola Blanca, mirando hacia el cielo—. El tiempo va a cambiar pronto, y, además… —añadió, volviéndose hacia Pétalo—, tenemos que regresar al lago para contarles a nuestros clanes lo sucedido.

—Es cierto —coincidió Leonado.

—¡Ya sé lo que podemos hacer! —Corazón de Tigre miró a su alrededor —. Vamos a practicar moviendo estas ramas caídas. Si aprendemos a hacerlo sin perder el equilibrio, podremos desmantelar el dique con más rapidez.

Sapero le dedicó a su compañero de clan un gesto de aprobación.

—Buena idea.

Zarpa de Tórtola también estaba impresionada. Corazón de Tigre podía ser un incordio a veces, pero tenía que admitir que no era tonto.

Cuando terminaron de cubrir la tumba de Torrentero, los gatos se dispersaron por el claro y empezaron a probar las distintas formas de mover las ramas y los troncos. Para sorpresa de Zarpa de Tórtola, Montuno se puso a ayudar a Pétalo.

—No debería haber permitido que atacarais a los castores… —masculló mientras la ayudaba a hacer rodar un tronco cubierto de musgo—. Debería haber insistido en que eran demasiado fuertes para vosotros. Lo lamento.

—¡No es culpa tuya, Montuno! —exclamó Cola Blanca.

Pétalo no dijo nada. Se limitó a concentrarse en la pesada rama que tenía al lado.

Zarpa de Tórtola siguió a Leonado hasta un árbol que un rayo había derribado. Se quedó pasmada al ver que su mentor cojeaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Leonado asintió.

—Yo no salgo herido en las batallas, ¿recuerdas? —le susurró al oído—. Pero no puedo permitir que los demás lo sepan.

Zarpa de Tórtola suspiró.

—Ojalá no tuviéramos que mantenerlo todo en secreto.

—Es por su propio bien. —Leonado se volvió hacia su aprendiza, clavando en ella una mirada llena de convicción—. Tienen que dejar que los ayudemos, y si creyeran que somos diferentes, quizá no lo harían.

Zarpa de Tórtola miró por encima del hombro a los demás, que estaban diseminados por el claro, practicando con los troncos. «¿De verdad me tendrían miedo si supieran lo que puedo hacer? Sí, probablemente sí —se dijo con tristeza—. Después de todo, si yo no hubiese percibido a los castores, jamás habríamos venido hasta aquí y Torrentero seguiría vivo».

Comenzó a empujar el tronco con su mentor. Era pesado, y costaba moverlo con la hierba que crecía a su alrededor.

—Vamos a intentar darle la vuelta —sugirió Leonado—. Tú ve a ese extremo, y yo lo levantaré desde aquí.

—De acuerdo —maulló Zarpa de Tórtola, lanzando una mirada dubitativa al tronco.

«¡Es muy grande! ¡Y algunos de los que hay en el dique todavía lo son más!».

Vio que Leonado metía las patas por debajo de su extremo y empezaba a izarlo.

—Voy a empujarlo hacia arriba —explicó, apretando los dientes—. Tú mantenlo firme y luego empuja por tu lado; debería moverse.

La aprendiza trató de sujetar el tronco, pero, en cuanto su mentor empezó a desplazarlo, las patas le resbalaron. El madero la golpeó en la barbilla y volvió a caer al suelo.

—Lo siento —se disculpó, casi sin aliento—. Vamos a probar otra vez.

El segundo intento, sin embargo, no fue mejor. En esa ocasión, el tronco rodó hacia Zarpa de Tórtola, que retrocedió de un salto y se salvó por los pelos de acabar con las patas aplastadas.

Leonado sacudió la cola con frustración.

—No puedo moverlo yo solo —gruñó, aunque Zarpa de Tórtola sabía que estaba más enfadado consigo mismo que con ella—. Pesa demasiado.

—Esto no va a funcionar, ¿verdad? —preguntó Sapero, acercándose a ellos—. Necesitaremos al menos a tres gatos para alejar a los castores del dique —continuó, dejándose caer junto al tronco con un suspiro—. Así que

solo quedaremos cinco para desarmarlo, contando con que Montuno nos ayude. Jamás lo lograremos.

Zarpa de Tórtola miró al otro lado del claro y descubrió que los demás también se habían dado por vencidos con las ramas y los troncos. Parecían agotados, sobre todo Pétalo, cuyos ojos seguían ensombrecidos de pena por el compañero al que acababan de perder.

«¡Esto es inútil! ¿Qué vamos a hacer?».

Leonado se puso en pie.

—No podemos rendirnos ahora —gruñó—. Necesitamos ayuda.

—Pero ¡eso es absurdo! —protestó Cola Blanca—. No podemos recorrer de nuevo todo el camino hasta el lago para traer más gatos. Está demasiado lejos, ¡y los clanes necesitan el agua ya!

—Hay otros gatos que podrían ayudarnos —le recordó Leonado con un movimiento de la cola.

A Sapero se le desorbitaron los ojos, no se lo podía creer.

—¿Te refieres a los mininos caseros?

El guerrero del Clan del Trueno asintió.

—Vale la pena intentarlo, ¿no? Solo tenemos que ir arroyo abajo hasta la vivienda de los Dos Patas con conejos.

—Sí, pero… son mininos caseros —señaló Corazón de Tigre.

Cola Blanca coincidió con él.

—Si vas a buscarlos y no vienen —murmuró—, habremos perdido mucho tiempo.

—Nos arriesgaremos —respondió Leonado.

A Zarpa de Tórtola se le formó un nudo en el estómago. «Si el resto de la patrulla no está de acuerdo, ¿qué puede hacer Leonado?».

Al cabo de unos segundos, Cañamera rompió el silencio:

—Yo creo que vale la pena que lo intentemos. Se lo debemos a Torrentero.

Pétalo asintió.

—Yo no quiero pensar que ha muerto por nada.

Los gatos se miraron unos a otros, y Zarpa de Tórtola supo que todos lamentaban la muerte del guerrero, no les importaba el clan al que perteneciera.

—En ese caso, adelante —maulló Sapero—. A mí no se me ocurre nada mejor.

—De acuerdo. —Leonado plantó las orejas—. Zarpa de Tórtola, tú vendrás conmigo. Los demás, seguid practicando. Estaremos de vuelta lo

antes posible.

Zarpa de Tórtola siguió a su mentor ladera abajo hacia la laguna, y saltó tras él al lecho seco del arroyo por detrás del dique. Mientras recorría el pedregoso canal, se dio cuenta de que sus almohadillas se habían endurecido por el largo viaje. Ya ni siquiera sentía dolor al pisar una piedra afilada.

El sol estaba casi en lo más alto cuando llegaron a la arboleda en la que se habían parado a cazar. Leonado redujo el paso.

—Campanilla nos siguió hasta aquí —maulló—. A lo mejor viene a menudo. Zarpa de Tórtola, ¿puedes captarla?

La aprendiza ya había empezado a sentirse aturdida por los sonidos del poblado de los Dos Patas: monstruos, Dos Patas chillando, y el extraño y caótico estrépito de su vida. Se moría de ganas de bloquearlo todo, como había hecho la vez anterior, concentrándose tan solo en el suelo que tenía delante y en las hojas que susurraban más cerca de ella, pero en esta ocasión no podía hacerlo. Tenía que escucharlo todo, registrar toda la información que se filtraba a través de su oído, su olfato y sus zarpas, hasta que encontrara a los mininos. Proyectó sus sentidos, buscando en particular a Campanilla, pero no logró captar ni el menor rastro de la gata blanca.

—No importa —le dijo Leonado—. Probablemente esté cerca del jardín donde vimos a los conejos, o dentro de la vivienda de los Dos Patas.

A medida que bajaban por el arroyo, Zarpa de Tórtola detectó el olor a conejos, y ella y su mentor salieron a la ribera por la misma zona del territorio de los Dos Patas. Los conejos seguían mordisqueando la hierba detrás de su valla, pero los mininos brillaban por su ausencia. Zarpa de Tórtola solo captó un levísimo rastro de Parche.

—¿Dónde se han metido? —se lamentó—. Yo creía que vivían aquí.

Los ojos de Leonado reflejaron la misma preocupación.

—Pensaba que esta parte sería fácil —masculló, y vaciló antes de añadir —: Es probable que consideren todo este poblado de los Dos Patas como su territorio. ¿Crees que podrías localizarlos ahora?

A Zarpa de Tórtola le dio un vuelco el estómago. «¿A tres mininos caseros, y en un lugar tan grande y ruidoso como este?». Pero había detectado a los castores desde muy lejos… así que se dijo que también podría hacer aquello. Tenía que usar de nuevo sus sentidos para que el viaje valiera la pena, a pesar de la pérdida de Torrentero.

—Lo intentaré.

Se agazapó cerrando los ojos, y dejó que sus sentidos se desplegaran por el poblado de los Dos Patas. Aquel territorio era tan distinto de cualquier cosa

que hubiese visto antes que al principio solo pudo hacerse una idea muy confusa de lo que había entre las viviendas. Poco a poco comenzó a trazarse una imagen de hileras e hileras de casas, con senderos atronadores entre unas y otras, mientras el rugido de los monstruos resonaba contra los duros muros rojos. Había Dos Patas corriendo, Dos Patas gritando, Dos Patas cargando con cosas…

—Los mininos —le susurró Leonado, apremiante—. Estás buscando a los mininos…

Zarpa de Tórtola volvió a sumergirse en el caótico torbellino del poblado. Esta vez fue más despacio, aguzando el oído en cada esquina, dejando que las imágenes le llenaran la mente hasta que empezó a ver los detalles más pequeños: la sombra de las hojas en los arbustos de color verde oscuro, el rostro ancho y rosado de los cachorros de los Dos Patas, el resplandor de los monstruos dormidos.

«Gatos. Estás buscando gatos… —se recordó—. ¡Ahí hay uno!».

Zarpa de Tórtola detectó el movimiento de una cola y el sonido de unas zarpas felinas que trepaban a un muro y luego bajaban a una zona de hierba. Concentrándose al máximo, dejó que sus sentidos siguieron al gato y saboreó su olor. «No —concluyó poco después—. No es ninguno de los mininos que conocimos el otro día. Este es demasiado joven y asustadizo».

Cuando dejó que sus sentidos vagaran de nuevo, un maullido un poco más allá atrajo su atención. «Me resulta familiar…». Rastreando el sonido, localizó a Naranjo, el gran gato cobrizo: estaba tumbado al sol llamando a Parche. «Y Parche está…». Zarpa de Tórtola oyó unas uñas que arañaban madera, y supo que el rollizo gato negro y marrón estaba en una valla, por encima de Naranjo.

Abrió los ojos para mirar a Leonado.

—¡Los he encontrado! —exclamó muy contenta—. ¡Vamos!

Poniéndose en cabeza, echó a andar a lo largo de la ribera del arroyo, dejando atrás la casa con los conejos, hasta que llegó a un pasaje estrecho que discurría entre dos viviendas de los Dos Patas. A Zarpa de Tórtola se le erizó el pelo al salir a un sendero atronador; el hedor de los monstruos y el ruido de los Dos Patas en sus casas la inundaron hasta tal punto que lo único que quería era dar media vuelta y regresar al bosque a la carrera para taparse las orejas y la nariz con hojas.

El gruñido de un monstruo que pasaba por el sendero atronador la hizo retroceder de un salto y chocar contra Leonado.

—¡Lo siento! —exclamó sin aliento cuando el lustroso y colorido monstruo pasó de largo—. No sé si puedo hacerlo…

—Sí, sí que puedes. —Leonado le hundió el hocico en el pelo—. Puedes hacerlo por los clanes. Ahora dime, ¿tenemos que cruzar este sendero atronador?

Zarpa de Tórtola asintió, y cuando su mentor la empujó delicadamente hacia el borde de la superficie negra, el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que creyó que iba a estallarle en el pecho.

—Cuando yo te lo diga, corre —le ordenó Leonado, que miró cautelosamente a ambos lados con las orejas bien plantadas y luego alzó la cola—. ¡Ahora!

Tragándose un alarido de pavor, Zarpa de Tórtola se lanzó hacia delante. Sus zarpas rozaron apenas la superficie del sendero atronador, y segundos después estaba a salvo al otro lado, temblando mientras se protegía apretujándose contra un arbusto.

—¡Buena carrera! —ronroneó Leonado—. ¿Adónde vamos ahora?

«¡Concéntrate!», se dijo Zarpa de Tórtola con fiereza.

—Por aquí —respondió, guiando a su mentor a lo largo del borde del sendero atronador, y escondiéndose detrás de un árbol cuando un monstruo pasó muy despacio—. ¿Crees que nos está buscando? —susurró.

Leonado se encogió de hombros.

—Lo dudo. Aunque ningún gato sabe qué piensan los monstruos.

Dejando atrás el sendero atronador para ir hacia donde percibía la presencia de Naranjo y Parche, Zarpa de Tórtola se encontró en un laberinto de sendas estrechas entre paredes de piedra roja y vallas altas de madera. Al doblar una esquina, estuvo a punto de pisar a un minino que dormía. El gato dio un brinco, bufando, y saltó a una verja antes de desaparecer en el jardín contiguo.

Zarpa de Tórtola soltó un suspiro de alivio, pero justo entonces oyó que un perro ladraba detrás de una valla, y volvió a sobresaltarse.

—Tranquila —maulló Leonado, aunque ella vio que su mentor también estaba erizando el pelo del cuello—. No puede llegar hasta nosotros.

—Espero que tengas razón —masculló la joven.

Aquel laberinto de caminos entrecruzados no parecía llevar a ninguna parte. «¿Nos hemos perdido?», se preguntó Zarpa de Tórtola. Pero justo entonces captó el intenso olor de la hierba cortada entre dos sendas que se cruzaban y vio un arbusto de fragantes flores rojas. «¡Sí! Recuerdo el aroma

de estas flores… y recuerdo las sombras que ese arbusto proyecta en el suelo».

—Tenemos que doblar esta esquina —le explicó a Leonado mientras apretaba el paso—. Y ahora hay que subir a esta pared…

Zarpa de Tórtola subió de un salto seguida de su mentor, y de allí bajó a un rectángulo de mullida hierba verde. Naranjo estaba tumbado al sol al pie de la valla del otro extremo.

—¡Hola, Naranjo! —lo llamó Zarpa de Tórtola, cruzando el recinto para entrechocar la nariz con el gran gato cobrizo.

El gato los miró como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—¡Los gatos viajeros! —exclamó—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Habéis encontrado a los animales que estabais buscando? ¿Habéis liberado el agua?

—Hemos encontrado a los animales —respondió Leonado—, pero no podemos liberar el agua. Necesitamos ayuda.

—¿Quieres decir «nuestra ayuda»? —preguntó una voz desde lo alto—. ¡Guau!

Al levantar la cabeza, Zarpa de Tórtola vio a Parche encima de la valla, con su pelaje atigrado marrón y negro casi oculto por la sombra de un avellano. El minino bajó de un brinco, ahuecando el pelo al entrechocar el hocico con Zarpa de Tórtola y Leonado.

Naranjo parpadeó, mirando con cautela a los dos gatos de clan.

—¿Y qué tipo de ayuda necesitáis, exactamente? —preguntó con voz grave.

—¿Sabéis dónde está Campanilla? —quiso saber Leonado, esquivando la pregunta—. Os hemos buscado en la casa de los conejos, pero no estabais por allí.

—Yo soy el único que vive en esa casa —le explicó Parche—. Los dueños de Campanilla viven detrás de ese abedul.

Y señaló con la cola un árbol alto que crecía al otro lado de una valla de madera.

—¿Cómo nos habéis encontrado? —añadió, entornando los ojos.

—Ha sido fácil —contestó Leonado—. Somos gatos de clan, ¿recuerdas?

Y miró divertido a Zarpa de Tórtola.

—¡Guau! —A Parche le brillaron los ojos—. Iré a decirle a Campanilla que estáis aquí —se ofreció—. Nos matará si se pierde la oportunidad de ayudar a unos auténticos gatos salvajes.

Sin esperar una respuesta, volvió a trepar por la valla y desapareció.

Naranjo se desperezó, señalando con la cola un espacio soleado junto a él.

—Tumbaos a descansar —invitó a los gatos de clan—. Aquí hace un solecito delicioso.

—Últimamente hemos tenido sol de sobra, gracias —respondió Leonado.

Se volvió hacia el jardín, vigilando la posible presencia de perros o de Dos Patas, mientras Zarpa de Tórtola arrancaba hierba con las zarpas delanteras. Parecieron transcurrir varias lunas hasta que regresó Parche, seguido de Campanilla.

—¡Eh, hola! —saludó la minina blanca, corriendo junto a Leonado para tocarle la oreja con la nariz—. Me alegro muchísimo de volver a verte.

De repente retrocedió, frunciendo el hocico como si acabara de oler algo asqueroso.

—No irás a hacerme comer pelo y huesos, ¿verdad?

—No —respondió el guerrero—. Hemos venido a pediros ayuda.

—¡Genial! —ronroneó Campanilla—. ¿Qué queréis que hagamos?

—Podemos pelear, ¡mirad! —maulló Parche.

Y saltó sobre Campanilla, intentando rodearle el cuello con las zarpas. Ella se plantó sobre las patas traseras y perdió el equilibrio al ir a propinarle un manotazo en la oreja a su amigo. Los dos cayeron sobre la hierba formando un montón peludo.

Naranjo puso los ojos en blanco.

—Eeeh… eso está muy bien —maulló Leonado—. Pero la verdad es que no necesitamos que peleéis, sino que nos ayudéis a desmontar el dique.

Campanilla se incorporó, sacudiéndose trocitos de hierba del pelo.

—¿Qué es un dique?

Leonado describió la gigantesca barrera de troncos que bloqueaba el arroyo.

—Luchamos contra los castores, pero son demasiado fuertes para nosotros —les contó—. Necesitamos atraerlos con un señuelo y llevarlos lejos del dique, mientras tanto, los demás lo desmantelamos para liberar el agua.

Parche parpadeó.

—¿Será peligroso?

Leonado asintió.

—Sí.

Los ojos del atigrado marrón y negro brillaron más todavía.

—¡Estupendo! Estamos de lo más aburridos, aquí tumbados todo el día.

Zarpa de Tórtola sintió que su conciencia le pinchaba como una espina en la almohadilla.

—No va a ser divertido —les advirtió—. Uno de nosotros ha… ha muerto.

—Pero no vamos a volver a pelear con esos castores —los tranquilizó Leonado, fulminando con los ojos a su aprendiza.

Ella le sostuvo la mirada.

—No podemos pedirles que nos acompañen sin explicarles a qué tipo de peligros se enfrentarán —maulló la joven, mientras se preguntaba angustiada: «¿Y si no vienen? ¿Qué haremos entonces?».

—Iremos, ¿verdad, Parche? —maulló Campanilla.

Parche asintió, aunque ya no parecía tan seguro.

Naranjo soltó un gruñido, se puso en pie y se desperezó arqueando el lomo.

—No puedo dejar que unos jovencitos como vosotros os vayáis solos. Seguro que acabaríais metiéndoos en un lío… Yo también iré.

—Gracias —maulló Zarpa de Tórtola—. Nuestros clanes os lo agradecen.

—Seguidnos. —Parche se incorporó de un brinco—. Conocemos un atajo para llegar al arroyo.

A Zarpa de Tórtola le asombró lo tranquilos que estaban los mininos mientras cruzaban el poblado de los Dos Patas. Cuando llegaron a un sendero atronador, Parche saltó directamente sobre un monstruo dormido, dejando huellas de tierra en su reluciente morro. Lo siguieron Naranjo y Campanilla, y luego los tres se volvieron a mirar a los gatos de clan, que seguían en el otro extremo del sendero.

—¡Venga! —los llamó Naranjo—. ¡Creía que teníais prisa!

Leonado miró de reojo a su aprendiza.

—¿Vamos a dejar que estos mininos caseros crean que tenemos miedo de los monstruos?

—Para nada —respondió ella.

«¡Aunque sea verdad!».

Leonado tensó los músculos y saltó a las ancas del monstruo, y Zarpa de Tórtola lo siguió, intentando no estremecerse cuando sus zarpas tocaron la superficie lisa y caliente. Subió por su lomo y luego bajó por el morro, y al cabo de un segundo estaba de nuevo en el suelo, jadeando aliviada. Al mirar atrás cuando ya estaba al otro lado del sendero atronador, se dio cuenta de que el monstruo ni siquiera se había despertado, a pesar de que le habían pasado cinco gatos por encima.

«A lo mejor son más tontos de lo que creíamos…».

Para entonces, Zarpa de Tórtola ya estaba completamente desorientada, pero no tenía tiempo de detenerse a pensar en la dirección en la que deberían estar yendo. De pronto vio una hilera de árboles y, entre ellos, el arroyo. Poco después salieron del laberinto de casas de los Dos Patas, a apenas unos zorros de distancia de la vivienda con conejos.

—¿Y ahora por dónde? —preguntó Naranjo.

—Solo tenemos que seguir el arroyo hacia arriba —respondió Leonado, poniéndose en cabeza y apretando el paso hasta acabar corriendo.

—Eh, tómatelo con calma —protestó Parche, alzando una zarpa al tiempo que hacía una mueca—. Estas piedras están muy afiladas.

Leonado bajó el ritmo.

—Vale, vale, perdón.

Zarpa de Tórtola se situó en la retaguardia para asegurarse de que ninguno de los mininos se quedaba rezagado, y notó cómo la tensión aumentaba entre ellos a medida que se acercaban al dique… Aunque la tensión no procedía tan solo de los mininos, sino también del propio aire. Daba la sensación de que estaba a punto de suceder algo irremediable. Por encima de ellos, las nubes iban acumulándose en el cielo, tapando el sol, y el zarpazo de un rayo destelló en el horizonte. Mientras iban hacia la arboleda, Zarpa de Tórtola se dio cuenta de que los mininos caseros se sobresaltaban cada vez que las ramas entrechocaban empujadas por el viento. Estaban atemorizados.

Haciendo un gran esfuerzo, alcanzó a Parche y se puso a su lado.

—¿Te encuentras bien?

El atigrado respondió asintiendo con la cabeza, un tanto nervioso.

«Espero que sea verdad», pensó la aprendiza, que sintió cómo un hormigueo de culpabilidad y miedo le recorría todo el cuerpo.

«Oh, Clan Estelar, ¿estaré llevando a más gatos a una batalla de la que jamás regresarán?».

22

Leonado subió a la ribera del arroyo y se volvió para mirar a su maltrecha patrulla. Naranjo, Campanilla y Parche estaban contemplando el dique, boquiabiertos.

—¡Eso es tremendamente enorme! —exclamó Parche sin aliento.

Campanilla miró a Leonado.

—¿De verdad crees que podemos desmantelar eso?

El guerrero del Clan del Trueno asintió, tratando de ocultar sus propias dudas para transmitirles seguridad a los mininos.

—Si todos trabajamos unidos, sí, lo creo.

—Venga —los instó Zarpa de Tórtola, saltando junto a su mentor—, vamos en busca de los demás.

Leonado encabezó la marcha ladera arriba, hasta el claro en el que habían dejado a los otros gatos de clan. Cuando cruzaron el círculo de vegetación, se quedó pasmado al ver un montón de troncos en mitad del claro. Cañamera acabó de empujar una rama hasta lo alto de la pila antes de bajar ágilmente de un salto.

—¡Hola, habéis vuelto! —los saludó, sin apenas aliento.

—He pensado que si lográbamos amontonar ramas como lo hacen los castores, podríamos averiguar cómo separarlas luego —explicó Sapero, yendo al encuentro de Leonado.

Tenía el pelo cubierto de trocitos de palos y corteza, y hablaba también entrecortadamente.

—Buena idea —maulló Leonado con admiración—. Estáis haciendo un gran trabajo.

En el extremo opuesto del claro, Pétalo arrastraba una rama que era muchísimo más grande que ella. La gata no se detuvo hasta llegar al pie del montón de troncos, donde dejó la carga. Luego cruzó el claro cojeando para

unirse a Leonado y los demás. Parecía agotada, pero miró a los recién llegados con expresión madura y resuelta.

Cuando Corazón de Tigre y Cola Blanca aparecieron con Montuno, Leonado empezó a presentar a los mininos.

—Yo no soy un gato de clan —les explicó Montuno—. Solo estoy de paso.

—Creo que te he visto alguna vez en el bosque —maulló Naranjo, que parecía aliviado de ver a un gato que le resultaba vagamente familiar.

—Vamos a concretar el plan —anunció Sapero al terminar las presentaciones—. Tenemos que decidir si…

—Primero cazaremos algo —lo interrumpió Cola Blanca, moviendo el rabo—. No podremos hacer nada si no comemos y descansamos un poco.

Sapero pareció algo ofendido al ver que lo contradecían, aunque finalmente asintió.

—De acuerdo —accedió—. Pero será mejor que lo hagamos deprisa.

Para alivio de Leonado, en el bosque seguía habiendo un montón de presas, y los gatos no tardaron en reunirse de nuevo en el claro para comer carne fresca.

—Nosotros ya hemos comido, gracias —maulló Naranjo cuando Cola Blanca le ofreció un ratón.

Campanilla retrocedió, con sus ojos verdes rebosantes de espanto, pero Parche, aunque cauteloso, se mostró interesado y se inclinó a olisquear la ardilla que había cazado Zarpa de Tórtola.

—Venga, dale un mordisco —lo animó la aprendiza.

Parche vaciló, pero al final clavó los dientes en la ardilla y le arrancó un bocado.

—¿Qué te parece? —le preguntó Zarpa de Tórtola cuando el minino lo engulló.

—Mmm… no está mal —respondió el atigrado—. Aunque es un poco… velludo.

Cuando los gatos terminaron de comer, la noche ya estaba cayendo. La luna brillaba a intervalos tras los bancos de nubes, y el aire era húmedo y pesado.

—Creo que Cola Blanca y Cañamera deberían ser quienes se encargaran de alejar de aquí a los castores —empezó Leonado cuando los demás se apiñaron a su alrededor, debajo de los árboles.

—¿Por qué? —La guerrera blanca agitó la punta de la cola—. A nosotras no nos asusta trabajar en el dique —declaró, mientras Cañamera asentía.

—Porque los miembros del Clan del Viento sois los más veloces —respondió Sapero—. Cada uno tiene que hacer lo que se le dé mejor.

—Ah… claro. De acuerdo. —Cola Blanca pareció satisfecha.

—Yo iré con vosotras —maulló Montuno—. Conozco el bosque. Empezaremos junto a la madriguera, y luego vendremos por aquí.

Cogió un palito entre los dientes para trazar una línea en el suelo que representaba el arroyo, y luego una ruta serpenteante entre los árboles.

—Hay mucha vegetación, y los castores no sabrán qué está sucediendo en el dique —añadió, soltando el palito.

—Eso es genial, Montuno —le dijo Leonado.

—Distraeremos a los castores todo lo que podamos —maulló Cola Blanca.

—Y si deciden regresar, yo me adelantaré para avisaros —añadió Cañamera.

Leonado asintió, mirando de soslayo a Zarpa de Tórtola. «Ella también puede emplear sus sentidos para localizar a los castores».

—¿Y qué pasa con el dique? —quiso saber Corazón de Tigre—. Una vez que los castores estén fuera de nuestro camino… ¿qué haremos?

—Será mejor que empecemos por el otro lado del arroyo —maulló Leonado—. Así estaremos más lejos todavía de los castores.

—Buena idea —coincidió Pétalo—. Y he estado pensando… Mirad esto. —Señaló con la zarpa un montoncito de palos que había preparado—. Es más fácil derribar los troncos que están arriba del todo.

Hizo una demostración tirando con una garra el palito que estaba en lo alto.

—Pero si, de algún modo, conseguimos meternos en el dique y mover los leños de más abajo, entonces la estructura entera acabaría derrumbándose.

A continuación, retiró con delicadeza un palo del centro del montón, y este se desmoronó de inmediato, desperdigando palitos ladera abajo.

—El peso del agua lo destrozaría todo.

—¡Eso es brillante! —exclamó Corazón de Tigre.

—Esperad un momento —dijo Naranjo—. Queréis que nos metamos en el dique para hacer que se desmorone, pero… nosotros seguiríamos dentro, ¿verdad?

Leonado asintió.

—Es arriesgado, pero parece que es la forma más rápida de lograrlo. —Vaciló al ver las caras de preocupación de sus amigos—. Tendremos que ver cómo es cuando lleguemos allí —añadió, encogiéndose de hombros.

Tras echar una última mirada a sus compañeros, Cola Blanca, Cañamera y Montuno se dirigieron a la parte alta del arroyo, hacia la madriguera de los castores. Leonado les hizo una señal a los demás y los guio hacia el cauce seco, por debajo del dique, para llevarlos hasta el otro lado.

En lo alto de la colina se veían las guaridas verdes de los Dos Patas, que parecían brillar con luz propia. El eco de sus murmullos llegaba hasta los gatos.

—¿Y qué pasa con ellos? —preguntó Sapero, apuntando con la cola hacia las guaridas.

Leonado se detuvo al pie del dique.

—No hay nada que podamos hacer al respecto —respondió finalmente—. No tenemos bastantes gatos para distraer también a los Dos Patas. Esperemos que no nos den problemas.

—La esperanza es lo último que se pierde —replicó Sapero, mordaz.

Leonado sintió un hormigueo de tensión mientras aguardaban la señal de Cola Blanca. Se dio cuenta de que los demás se sentían igual. Zarpa de Tórtola estaba arañando el suelo, y Corazón de Tigre no paraba de sacudir la cola. Los tres mininos caseros parecían aterrorizados, con los ojos desorbitados y las orejas pegadas a la cabeza.

«Venga, Cola Blanca —la apremió Leonado—. Ponte en marcha antes de que alguno de nosotros acabe dejándose vencer por el pánico».

—¡Recordad! —dijo en voz alta—: nadie tiene que pelear. Si los castores regresan buscando pelea, que ninguno intente hacerse el héroe. Ya hemos aprendido esa lección, y a un coste muy elevado.

—De acuerdo —coincidió Sapero—. Si los castores atacan, corred y trepad a un árbol. No creo que puedan…

Lo interrumpió un alarido estridente desde el otro lado del arroyo.

—Está pasando algo —murmuró Leonado, mirando a Zarpa de Tórtola.

Ella asintió.

—Los castores se están moviendo en su madriguera —susurró la aprendiza muy bajito, para que nadie más pudiera oírla.

Leonado miró hacia la madriguera. Al principio no pudo ver nada en la oscuridad, pero luego apareció la luna por detrás de una nube y el guerrero distinguió un movimiento junto al montículo de ramas y barro. Los castores asomaron la cabeza por la superficie del agua y empezaron a trepar por la parte exterior de la madriguera; sus cuerpos se desplazaban por los troncos como sombras abultadas.

En la ribera, Leonado distinguió el pelaje claro de Cola Blanca, con las siluetas oscuras de Montuno y Cañamera a su lado. Luego pudo oír sus bufidos burlones, con los que intentaban provocar a los castores para alejarlos de su hogar y de la laguna. Uno de los más grandes gruñó, y acto seguido bajó por el montículo de ramas hasta la orilla y se dirigió con brío hacia los gatos, con la cola susurrando sobre las hojas. Los demás lo siguieron, un tanto torpes pero sorprendentemente rápidos. Cañamera se adelantó para propinarle al líder un manotazo veloz en el morro, antes de apartarse de un salto.

—¡Por el gran Clan Estelar! —bufó Sapero al lado de Leonado—. ¿Es que esa gata no tiene sentido común?

Los castores iniciaron la persecución pesadamente cuando Cola Blanca, Montuno y Cañamera retrocedieron hacia los árboles, para atraerlos al interior del bosque. Al cabo de unos segundos, Leonado los perdió de vista.

—¡Adelante! —exclamó Sapero.

Justo cuando los gatos saltaron al dique, un rayo hendió el cielo de arriba abajo y un trueno restalló sobre sus cabezas. Campanilla se encogió, pegándose al tronco sobre el que estaba posada, pero luego se obligó a levantarse y siguió trepando.

—Será mejor que nos dividamos —maulló Pétalo—. Que algunos vengan conmigo a buscar un hueco por el que colarnos. Los demás, empezad a empujar los troncos de la parte superior.

—Yo voy contigo —se ofreció Sapero.

Pétalo se dispuso a cruzar el dique, justo por encima del nivel del agua, y Sapero la siguió. La guerrera se detuvo a hurgar en uno de los troncos, y luego se dirigió a la parte superior de la barrera. Otro relámpago iluminó el cielo, y Leonado se quedó ensordecido por el trueno que estalló después. Los oídos le pitaron unos instantes, y el guerrero del Clan del Trueno sacudió la cabeza con impaciencia. Entonces empezaron a caer unas gotas de lluvia enormes, que repiquetearon sobre los troncos y sobre el pelaje de los gatos.

—Justo lo que necesitábamos —rezongó Corazón de Tigre.

—En el lago habríamos estado encantados con esto —repuso Zarpa de Tórtola—. Espero que allí también esté lloviendo.

Cuando Leonado subió al tronco más alto para mirar hacia la laguna, comenzó el aguacero de verdad: la lluvia cayó formando una cortina atronadora que lo ocultaba todo, excepto los troncos sobre los que el guerrero se mantenía de pie. Se le empapó el pelo en tan solo unos segundos, y se estremeció cuando la fría lluvia le llegó a la piel.

—¡De acuerdo! —bramó, gritando para que lo oyeran por encima del aguacero—. A ver si podéis soltar algunos de estos troncos y ramas. Empujadlos al lecho del arroyo.

Agarró con los dientes una rama larga y delgada y la lanzó al suelo, y luego la emprendió con un tronco más grande. Parche lo ayudó empujando por el otro extremo: el tronco rodó poco a poco hasta el borde y acabó aterrizando en el arroyo con un estruendo.

—¡Sí! —gritó Parche, satisfecho.

En otro punto del dique, Corazón de Tigre y Campanilla estaban peleándose con un tronco enorme, mientras Naranjo iba tirando al arroyo palos y ramas pequeñas. Zarpa de Tórtola había cerrado los ojos y se había agazapado junto a su mentor, y este supuso que estaba proyectando sus sentidos para descubrir qué hacían los castores.

—¿Todo bien? —le preguntó.

La aprendiza lo miró entornando los ojos bajo la intensa lluvia.

—Bien —respondió—. Cola Blanca y los demás están manteniendo ocupados a los castores.

Leonado agitó las orejas.

—Estupendo. Ahora ven a ayudarme con este tronco. De lo contrario, todos empezarán a preguntarse por qué estás ahí, sin hacer nada.

Zarpa de Tórtola lo fulminó con la mirada. Leonado sabía que a ella no le gustaba tener que mantener sus poderes en secreto, pero no veía qué otra cosa podían hacer. Deslizándose trabajosamente por los troncos empapados, la aprendiza apoyó las patas traseras en la rama enorme que Leonado estaba intentando desplazar. El guerrero la empujó con fuerza y notó que empezaba a moverse, hasta que acabó rodando y cayendo al arroyo.

—¡Bien hecho! —exclamó—. Ahora tendríamos que empujar…

Se interrumpió cuando el aullido de un gato atravesó la cortina de lluvia. A un par de colas de distancia, vio que Corazón de Tigre resbalaba en el dique y caía en picado al arroyo, donde aterrizó con un chapoteo, pues el agua había empezado a encharcarse en el lecho pedregoso.

Antes de que Leonado encontrara una manera de ayudarlo, Corazón de Tigre empezó a trepar resueltamente por la barrera de leños. Tenía el pelo cubierto de barro, pero sus ojos brillaban con determinación.

—¿Estás bien? —le preguntó Leonado.

—¡No, estoy furioso! —Corazón de Tigre se izó hasta lo alto del dique—. Me gustaría convertir en carne fresca a todos esos castores.

—Corazón de Tigre está bien —murmuró Zarpa de Tórtola.

Leonado le hizo una señal con la cola al joven guerrero, y luego empezó a examinar los troncos para ver cuál debería tirar. Todos parecían estar bien encajados, unidos entre sí con barro, palos y ramas.

Entonces oyó que Pétalo los llamaba.

—¡Eh, necesitamos ayuda aquí abajo!

Siguiendo el sonido de su voz, Leonado se unió a los tres mininos caseros. Tenían el pelo pegado al cuerpo y los ojos desencajados de miedo, pero ninguno de ellos vaciló, y todos bajaron por los troncos en respuesta a la llamada de la guerrera.

«A partir de hoy, no volveré a verlos del mismo modo», pensó Leonado.

Pétalo y Sapero se aferraban al dique a dos o tres colas por encima del agua. La lluvia horadaba la superficie mientras el agua negra y oscura de la laguna lamía los troncos inferiores. Junto a Pétalo y Sapero había un agujero en el montículo por el que asomaba un tronco de grandes dimensiones.

—Hemos sacado barro y ramas —explicó Pétalo—. Si conseguimos retirar este árbol, creo que buena parte del dique se irá con él.

—De acuerdo, vamos a probar —maulló Leonado, que, al mirar a su alrededor, vio que su aprendiza y Corazón de Tigre también habían bajado a ayudar—. Zarpa de Tórtola, tú eres la más pequeña. ¿Puedes meterte en el agujero y empujar desde allí?

La aprendiza abrió mucho los ojos mirando el hueco, pero finalmente asintió y desapareció por él. Los demás se situaron en fila y empezaron a tirar del árbol. Al principio, Leonado no notó que se moviera lo más mínimo.

—¡Más fuerte! —chilló—. ¡Parche, empuja más por tu lado! Sapero, ¿puedes colarte por debajo y retirar más barro?

Poco a poco, mientras todos tiraban, empujaban y jadeaban por el esfuerzo, el árbol comenzó a moverse. El extremo exterior giró, y Leonado oyó un crujido en el interior del dique.

—¡Zarpa de Tórtola, sal de ahí! —aulló.

La aprendiza salió justo cuando un montón de barro empezó a deslizarse por el agujero, que se cerró enseguida. El árbol se bamboleó aún más, arrancando varios troncos a su paso, y al cabo se desencajó del todo y bajó rodando. Derribó a Parche a su paso, pero Campanilla agarró a su amigo por el pescuezo y volvió a incorporarlo. Corazón de Tigre se agazapó en el dique, y el árbol saltó por encima de él, rozándolo al caer al agua. De repente, Leonado se dio cuenta de que el tronco sobre el que se hallaba había empezado a moverse. Miró a su alrededor, buscando un sitio firme al que saltar, pero era demasiado tarde. Cuando el leño cayó a la laguna, el guerrero

clavó las garras en una rama y se quedó colgando y balanceándose en el aire, con el agua lamiéndole la cola.

El agua embestía el dique con avidez. Leonado se izó aferrándose a un madero más grande, notando cómo se movía bajo su peso. Toda la estructura estaba empezando a temblar.

—¡Saca esos palos de ahí! —le ordenó Pétalo a Naranjo, señalando con la cola—. ¡Corazón de Tigre, retira el barro de ese agujero! ¡Sapero, Parche, ayudadme con este tronco!

Leonado se detuvo a recuperar el aliento. «¿Cómo sabe Pétalo lo que va a hacer el agua?». Empezó a sacar ramas a puñados, advirtiendo que el nivel del agua de la laguna estaba subiendo… ¿o era que el dique se estaba hundiendo? Una pequeña ola lo dejó empapado, y Leonado acabó escupiendo y tragando agua. Entrevió a Zarpa de Tórtola y Campanilla trabajando hombro con hombro, con parte del cuerpo sumergido en el agua atrapada.

«¡Tenemos que ir más deprisa!», pensó, cuando la aprendiza alzó la cabeza para tomar aire. Le dolían las patas por el esfuerzo de tener que tirar de las ramas a la vez que se deshacía de los escombros con las patas traseras. De repente, reparó en que Zarpa de Tórtola estaba a su lado, chorreando.

—¡Los castores! —exclamó la aprendiza con voz estrangulada—. ¡Vuelven hacia aquí!

Un segundo más tarde, Leonado oyó un alarido de pavor. Cola Blanca, Cañamera y Montuno subieron a la carrera a lo alto del dique roto. Entornando los ojos bajo la lluvia, Leonado distinguió las formas corpulentas y amenazantes de los castores, justo detrás de ellos.

—¡Rápido! —chilló—. ¡Tirad, tirad de esas ramas con fuerza!

Todos los gatos empezaron a tirar, pero las ramas de ese lado estaban demasiado entrelazadas. Leonado sintió una oleada de rabia al comprender que iban a fracasar solo porque se les acababa el tiempo.

Entonces oyó un retumbo arroyo arriba, y el dique comenzó a sacudirse.

—¡Riada! —gritó Sapero—. ¡Viene directa hacia nosotros!

Leonado se volvió en redondo, y estuvo a punto de perder pie sobre los inestables troncos. Entonces vio una masa de agua que bajaba por el arroyo; una ola enorme que se iba elevando más y más a medida que se aproximaba.

—¡Salid todos del dique! —aulló.

Campanilla era la que estaba más cerca de él. Leonado la agarró por el pescuezo, sin hacer caso de su grito de indignación, y la lanzó a la seguridad de la ribera. Naranjo y Parche saltaron tras ella, seguidos de Montuno.

Ladera arriba, los rayos amarillos de las luces de los Dos Patas se abrieron paso entre los árboles. Leonado vio a varios de ellos corriendo hacia el arroyo, entre gritos. Un rayo de luz incidió en Zarpa de Tórtola, que estaba agarrada con las cuatro zarpas a una rama en mitad del dique.

—¡Salta a la ribera! —le ordenó Leonado.

Pero ya era demasiado tarde. El rugido se hizo más fuerte, hasta que acabó por llenar el mundo entero, apagando los chillidos de los Dos Patas y los aullidos de los gatos. El dique estaba temblando demasiado para saltar de él, y el estruendo del agua rugió en los oídos de Leonado cuando la riada impactó sobre ellos.

—¡Agárrate fuerte! —le gritó a Zarpa de Tórtola.

Clavó las garras en el tronco sobre el que estaba cuando el dique reventó, haciendo volar leños y ramas como si fueran simples palitos. El agua encerrada salió despedida, derramándose en el arroyo y desbordándose por las orillas. Leonado distinguió a Montuno y a los tres mininos apiñados en mitad de la ladera, boquiabiertos, mientras el muro de agua lo arrastraba.

23

Glayo gimió cuando abrió los ojos trabajosamente en la oscuridad. Lo envolvía el olor de Rosella, y notó la lengua de la joven reina lamiéndole afanosa los zarpazos.

—¡Glayo, por favor, despierta! —suplicaba la gata—. ¡Por favor! Yo sola no puedo cargar contigo hasta el campamento.

—¿Qué…?

El curandero tardó un segundo en recordar dónde estaba y por qué su compañera de clan era presa del pánico.

—¡Oh, gracias, Clan Estelar! —exclamó Rosella—. ¡No te estás muriendo! Lamento mucho haberte causado tantos problemas —continuó, dándole lametazos mientras hablaba—. No tenía ni idea de que Ventolero me había seguido hasta aquí.

«Ventolero… hasta aquí…». Glayo reparó en que oía el tenue sonido de la cascada de la Laguna Lunar, y entonces lo recordó todo: su pelea con Ventolero y el gato misterioso que se le había unido en la batalla contra él… Y la gata que había acudido en su rescate. «De no ser por Melada, ahora mismo yo sería carroña».

Hizo un gran esfuerzo por ponerse en pie, aturdido como estaba.

—Estoy bien, Rosella. Deja de armar tanto jaleo.

«¿Cuánto habrá visto? —se preguntó—. ¿Se habrá dado cuenta de quiénes eran los demás gatos?».

—Pero ¡no estás bien, Glayo! —protestó la reina, todavía alterada—. Aquí tienes un corte muy profundo.

—Bueno, tengo que darle las gracias a Ventolero por eso… Menos mal que venía solo… —añadió, preguntándose si Rosella mencionaría al aliado del guerrero del Clan del Viento.

La gata se estremeció.

—Ya… pero aún no puedo creer que se haya atrevido a atacar a un curandero. Has sido muy valiente al enfrentarte a él.

Glayo sintió un cosquilleo de alivio en las zarpas. «No ha visto a nadie. Pero hay algo que debo contarle».

—Melada ha venido a verme.

Notó al instante la intensa punzada de las emociones que emanaba la reina: una mezcla de esperanza y temor.

—¿Has… has hablado con ella? —le preguntó Rosella, nerviosa.

Glayo asintió.

—Me ha dicho que está encantada de que estés con Bayo. Y dice que cuidará de vuestros cachorros.

—¿En serio? —Su voz se transformó en un ronroneo—. ¡Oh, qué alegría…!

—Ah, y también ha dicho que Bayo te quiere de verdad —añadió.

El ronroneo de Rosella se detuvo.

—Ojalá pudiera creerlo… —Suspiró—. Pero no entiendo cómo Melada puede saber eso.

Glayo se tragó un bufido de exasperación.

—Es miembro del Clan Estelar, Rosella. Sabe muchas cosas que tú no sabes.

Y se mordió la lengua para no añadir: «cabeza de chorlito».

—Supongo que será mejor que regresemos al campamento —maulló la reina—. Yo te ayudo.

—Puedo solo, gracias.

Sin embargo, mientras ascendía por el sendero en espiral, empezó a ser consciente del dolor que sentía en el costado. Notaba las patas tan flojas como las de un recién nacido, y cuando llegaron a la línea de arbustos, tuvo que apoyarse en Rosella.

Bajaron cojeando despacio por el camino que llevaba al bosque, deteniéndose de vez en cuando para descansar. Aunque Glayo estaba agotado y dolorido, su mente continuaba trabajando, y fue dándose cuenta de lo raro que era que Ventolero hubiese seguido a Rosella hasta la Laguna Lunar.

«¿Por qué lo ha hecho? Ella no ha traspasado la frontera del Clan del Viento, e incluso aunque lo hubiera hecho, lo correcto habría sido echarla de su territorio… ¿Por qué ha amenazado con matarla? No tiene ninguna cuenta pendiente con ella. Rosella no es mestiza, y no tiene nada que ver con las mentiras que contaron Hojarasca Acuática y Esquiruela».

Glayo soltó un suspiro. Había muchas cosas que no sabía pero que necesitaba averiguar. Y lo antes posible. La aparición del gato desconocido era lo que más lo desconcertaba.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Rosella—. ¿Quieres descansar otra vez?

—No, puedo seguir.

El calor que notaba en el pelo le indicó que el sol ya había salido, aunque soplaba un viento húmedo por el páramo que arrastraba de vez en cuando gotas de lluvia. El aire estaba cargado, y Glayo notó un hormigueo en la piel. «Se avecina una tormenta». Al llegar a la frontera del Clan del Viento, saboreó el aire en busca del rastro de Ventolero, por si estaba esperándolos para tenderles una emboscada. Pero solo captó las marcas olorosas del clan vecino, intensas y recientes, como si una patrulla acabara de pasar por allí.

Rosella pegó un salto, interrumpiendo los pensamientos de Glayo.

—¿Qué ocurre? —gruñó el curandero, erizando el pelo del cuello.

—Perdona, no es nada —respondió la gata—. Es que he visto un relámpago por encima de los árboles y me he sobresaltado, eso es todo.

Glayo se obligó a alisar el pelo de nuevo. «¿Acaso eres un cachorrito miedica? —se riñó a sí mismo—. ¡Solo falta que la próxima vez te asustes de las hojas que caen al suelo!».

Pero el peligro era real, aunque en esos momentos no les estuviera pisando los talones. Glayo volvió a sentir un escalofrío por todo el cuerpo al preguntarse si los gatos del Bosque Oscuro lo estarían observando en ese instante. El Bosque Oscuro, el Lugar Sin Estrellas que recorrían los espíritus de los gatos que no habían sido admitidos en el Clan Estelar…

«¿De ahí venía el desconocido? No era ni Estrella de Tigre ni Alcotán… ¿Y a qué se refería Fauces Amarillas? ¿Me estaba avisando de que habrá una guerra entre los gatos del Bosque Oscuro y el Clan Estelar? Y si es así, ¿los clanes tendrán que luchar?».

Soltó un suspiro.

—Necesito descansar —musitó, dejándose caer sobre la hierba que crecía junto al arroyo.

Magullado y exhausto, se preguntó cómo había llegado a imaginarse que tenía el poder de las estrellas en las manos.

«¿Dónde están Leonado y Zarpa de Tórtola? Espero que estén a salvo y de camino a casa».

El sol ya estaba en lo alto cuando Glayo y Rosella llegaron tambaleándose al campamento. En cuanto cruzaron el túnel de espinos, Bayo fue corriendo hacia ellos desde la maternidad; su olor, rebosante de ansiedad, envolvió al curandero.

—¡¿Dónde estabas?! —quiso saber el guerrero, lamiendo las orejas de Rosella—. ¡Estaba muerto de preocupación!

La reina comenzó a ronronear.

—Eso no importa. Ya estoy aquí.

Bayo se restregó contra ella.

—No soportaría perderte a ti también —murmuró.

—No te preocupes —maulló Rosella, con la voz algo temblorosa—. No voy a irme a ninguna parte.

—¡Por supuesto que sí! ¡Vas a irte derechita a la maternidad ahora mismo! —Bayo la empujó hacia la guarida de las reinas—. Te traeré algo de carne fresca, y luego vas a descansar.

Glayo se quedó donde estaba mientras la pareja se alejaba. Dalia y Fronda salieron a recibir a Rosella, y Bayo la guio al interior de la maternidad sin dejar de reñirla con cariño.

«Bayo es un auténtico dolor de cabeza, y sin embargo, ha conseguido que dos gatas aparentemente sensatas acaben enamorándose de él —pensó, negando con la cabeza—. Nunca llegaré a entenderlo».

Se dio la vuelta y se dirigió cojeando a su guarida, pero una vez que se hubo acomodado en su lecho supo que no iba a poder conciliar el sueño. Se sentía tan inquieto como los árboles, que entrechocaban las ramas por encima de su cabeza. «Se avecina una tormenta, y es algo más que lluvia y truenos. Las fuerzas del Bosque Oscuro se están alzando…».

Al final, después de dar muchas vueltas en el lecho sin lograr ponerse cómodo ni sacarse las preocupaciones de la cabeza, decidió bajar al lago en busca de su palo. «A lo mejor Pedrusco puede decirme algo de la batalla que se avecina…».

Al salir de la guarida se encontró con Carbonera, que estaba cruzando el claro en dirección al túnel de espinos.

—Gracias por traer de vuelta a Rosella —maulló la guerrera, tocándole la oreja con la nariz—. Todos estábamos muy preocupados.

—De nada —masculló Glayo, que no tenía ningunas ganas de charlar.

Pero Carbonera lo detuvo cuando él intentó seguir adelante.

—¿Estás bien? —le preguntó, un tanto inquieta—. Pareces… no sé, triste. Y… ¡Oh! —Soltó un grito ahogado—. Tienes un corte muy feo en el costado,

Glayo.

—No es nada —rezongó él.

—¡¿Que no es nada?! Eres curandero, y sabes de sobra que cualquier herida es importante. Venga, ven conmigo, tú jamás permitirías que ninguno de nosotros saliera del campamento con una herida sin tratar.

Sin hacer el menor caso de las protestas de Glayo, Carbonera lo llevó de regreso a su guarida y se dirigió al almacén de las hierbas. Unos segundos después volvió con un puñado de perifollo.

—Esto debería detener cualquier tipo de infección —anunció la guerrera, empezando a mascar las hojas.

Cuando la cataplasma estuvo lista, se la aplicó con destreza y seguridad en el costado. Glayo soltó un suspiro de alivio al notar que el remedio mitigaba el intenso dolor.

«¿Se habrá preguntado alguna vez Carbonera por qué se siente tan cómoda en la guarida del curandero? Ha sabido exactamente qué hierba usar y qué hacer con ella. ¿Alguna vez llegará el momento de contarle que en una vida anterior fue la curandera Carbonilla…?». Justo entonces se vio sacudido por un presentimiento doloroso. «Si se avecina una batalla que involucrará a todos los gatos habidos desde los albores de los clanes, necesitaremos a todos los curanderos que podamos conseguir».

Cuando Carbonera se quedó satisfecha, Glayo salió por fin del campamento, con el pelo pegajoso por la cataplasma. Las ramas susurraban por encima de su cabeza, y de pronto comenzaron a caerle unas grandes gotas de lluvia que, empujadas por el viento, estallaban también contra los árboles.

—¡Está empezando a llover! —exclamó Raposo.

Al cabo de un instante, una patrulla formada por Raposo, Esquiruela, Rosada y Nube Albina apareció ante él.

—¡Hola, Glayo! —lo saludó el joven guerrero alegremente—. ¿No es genial? Si sigue lloviendo, ya no tendremos que ir a por agua.

Esquiruela soltó un bufido de irritación.

—¡Raposo, mira lo que has hecho! Has soltado el musgo y ahora se ha manchado. Deja la emoción a un lado y concéntrate en tu tarea.

—Lo siento —maulló el guerrero, aunque no sonaba muy arrepentido—. Lo limpiaré cuando lleguemos al agua.

Glayo caminó junto a la patrulla hasta que alcanzaron el lago. Luego se desvió hacia el lugar en el que tenía escondido el palo, debajo de las raíces de un saúco. Lo llevó hasta la ribera y se acomodó junto a él, deslizando la zarpa por las marcas.

Las voces de los gatos antiguos eran tenues y remotas.

—Pedrusco… —murmuró Glayo—. ¿Estabas anoche en la Laguna Lunar? ¿Sabes qué es lo que está pasando en el Bosque Oscuro?

—Sí, lo sé —le susurró una voz al oído, provocándole un escalofrío que lo recorrió desde las orejas hasta la punta de la cola—. Pero no puedo impedirlo… Y aunque pudiera, no lo haría. Esa tormenta debe estallar, Glayo.

El curandero agitó las orejas, conmocionado.

—¿Por qué?

—Se han difundido demasiadas mentiras —respondió Pedrusco—. Esto ha provocado demasiado dolor entre los clanes. Los gatos tendrán su venganza, y los resentimientos más antiguos quedarán saldados.

Glayo se volvió hacia la voz y vio la figura borrosa del gato antiguo, con su cuerpo sin pelo y sus abultados ojos ciegos.

—¿Tú lo sabías? —preguntó—. ¿Lo de Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso?

Pedrusco soltó un suspiro que llegó a agitar los bigotes de Glayo.

—Sí.

El curandero se levantó de un salto.

—¿Y por qué no me lo contaste? ¡No sabes lo mucho que hemos sufrido!

—No era el momento de que lo supieras, Glayo —respondió el anciano con voz tranquila y serena—. Tenías que crecer como un miembro más del Clan del Trueno, y tu madre, Hojarasca Acuática, tenía que enseñarte a ser curandero. Ese era tu destino.

—¡Pues no es el que yo deseaba! —espetó él.

—No convenía que fueras un gato mestizo desde tu nacimiento —continuó Pedrusco, como si Glayo no hubiese intervenido—. No convenía que fueras rechazado porque tu madre había quebrantado el código de los curanderos y el código guerrero.

Glayo lo miró boquiabierto, casi incapaz de creer lo que estaba oyendo.

—¿Así que mentiste, todos mentisteis, por el bien de la profecía?

La rabia fue creciendo en su interior, hasta que estuvo más furioso de lo que había estado en toda su vida. Hundió las garras en el suelo para no sacarle los ojos a Pedrusco.

—¿Y crees que ha valido la pena? ¿Lo crees de verdad? ¡Pensaba que eras mi amigo!

Pedrusco negó con la cabeza lentamente.

—Yo no soy amigo de nadie. Sé demasiadas cosas para tener amistades. Alégrate, porque nunca tendrás que cargar con el peso de todo el

conocimiento que yo poseo. Mi maldición es vivir eternamente sabiendo lo que ha sido y lo que ha de ser, pero incapaz de cambiar nada.

Su contorno comenzó a difuminarse. Mientras se desvanecía, la ira de Glayo estalló. Palpó el suelo a su alrededor hasta que encontró una piedra afilada. Luego cogió el palo, lo puso encima y dejó caer las patas delanteras sobre un extremo. Oyó cómo el palo se rompía, y las astillas se le clavaron en las almohadillas. Pedrusco y los gatos antiguos también lo habían traicionado. ¿Es que nadie decía la verdad?

En ese preciso instante, un trueno restalló en lo alto, retumbando por todo el cielo, y una cortina de agua empezó a caer sobre el lago. Glayo se agazapó en la orilla, con la boca abierta en un alarido mudo, y se tapó las orejas con las zarpas.

24

Zarpa de Tórtola clavó las garras en una rama cuando la ola de la riada la arrastró arroyo abajo. Oía alaridos de gatos aterrorizados por todas partes, pero solo veía las turbulentas aguas negras y las copas de los árboles que pasaban dando vueltas. Estaba empapada, temblaba de frío, y tenía más miedo del que había tenido en toda su vida.

—¡Agárrate! —bramó la voz de Leonado por encima del caos de la tormenta.

—¡¿Dónde estás?! —chilló Zarpa de Tórtola.

Pero no hubo respuesta.

La golpeó una ola, llenándole de agua la boca y la nariz. Agarrada todavía a la rama, logró sacar la cabeza a la superficie, escupiendo y tosiendo mientras luchaba por respirar. Vio el destello de unas luces amarillas, y comprendió que estaba pasando junto a las viviendas del poblado de los Dos Patas. «Espero que los mininos vuelvan sanos y salvos a su casa», pensó confundida.

Algo oscuro se alzaba más adelante: eran las ramas de un árbol que se inclinaba sobre el cauce y que rozaban el agua desbocada. Zarpa de Tórtola pataleó frenéticamente intentando esquivarlas, pero la corriente la condujo justo hacia allí. Le arañaron la piel al pasar entre ellas, y estuvieron a punto de derribarla de la rama. Pero se aferró a ella tan fuerte como pudo, hasta que creyó que iba a perder las garras.

De repente, se encontró de nuevo en aguas abiertas. Un bulto de pelo atigrado y oscurecido por el agua pasó junto a su cola.

«¡Corazón de Tigre!».

Parpadeando para aclararse la vista, la aprendiza vio horrorizada cómo el joven guerrero del Clan de la Sombra desaparecía bajo la superficie.

«¡Por el Clan Estelar, no!».

Tomó una profunda bocanada de aire, se soltó de la rama y se lanzó tras el joven guerrero. Recordando cómo nadaban Torrentero y Pétalo en la laguna del dique, intentó imitar sus movimientos, pero era difícil: tenía el pelo empapado, y le pesaba, y las patas le dolían por el agotamiento. No paraba de chocar con más ramas flotantes que la hundían bajo el agua, y cada vez que emergía, las olas le inundaban los ojos.

Ya casi se había resignado a perder a su amigo, cuando lo vislumbró cabeceando a menos de una cola de distancia, antes de desaparecer de nuevo casi de inmediato. Nadó hacia él y luego se zambulló.

En la superficie, el agua era oscura, solo había unos rayos intermitentes de luz de luna centelleando entre las olas. Pero abajo, Zarpa de Tórtola se sintió tan ciega como Glayo, de modo que proyectó sus sentidos para localizar a Corazón de Tigre, avanzando por el agua turbulenta hasta que sus zarpas tocaron al joven.

«¡No se mueve! ¿He llegado demasiado tarde?».

Agarrándolo con los dientes, pataleó con desesperación hacia arriba. Cuando salió a la superficie, una rama pasó bamboleándose por su lado, y la sujetó con las patas delanteras. El peso de Corazón de Tigre amenazaba con hundirla de nuevo, pero ella no pensaba soltarlo. Se sintió aliviada al ver que Pétalo nadaba con brío hacia ellos.

—¡Torrentero no habrá muerto en vano! —bufó la gata del Clan del Río, apretando los dientes—. ¡El Clan Estelar no nos arrebatará a más guerreros!

Agarró a Corazón de Tigre por el pescuezo, y liberó a Zarpa de Tórtola de su carga. Así, la aprendiza pudo elevarse un poco más en el agua, y entonces vio un trozo de madera plano que giraba en su dirección. Debatiéndose entre las olas, logró agarrarlo y empujarlo hacia Pétalo.

Juntas, las dos gatas izaron a Corazón de Tigre a la tabla y se agazaparon a su lado, aferrándose con fuerza a la madera mientras el agua los arrastraba por la extensión de hierba verde que había en las afueras del poblado de los Dos Patas, y luego hacia el bosque de más allá.

Zarpa de Tórtola reparó en que ya podía ver con más claridad; el cielo cargado de lluvia estaba tornándose gris con las primeras luces del alba, y el agua estaba más tranquila. Seguía desbordándose por las riberas, pero la terrorífica primera ola ya había pasado. Al mirar a su alrededor, la aprendiza vio ramas por toda la superficie, y aquí y allá, balanceándose arriba y abajo, cabezas de gatos.

—¡Sí! —exclamó con la voz quebrada, tocando a Pétalo con la cola—. ¡Ahí está Sapero! ¡Y Leonado! ¡Y ahí están Cola Blanca y Cañamera, en la

misma rama!

—¡Gracias al Clan Estelar! —maulló la gata del Clan del Río—. ¡Están todos sanos y salvos!

Mientras hablaban, Corazón de Tigre comenzó a retorcerse y a escupir, inclinando peligrosamente la tabla de madera, que se cubrió de agua.

—No te muevas —le dijo Zarpa de Tórtola—. Estás a salvo, pronto estaremos en casa.

Un poco más abajo, la corriente se amansó por fin lo suficiente como para que los gatos soltaran las ramas a las que se aferraban y nadaran hasta la orilla. Los siete se apretujaron unos contra otros, jadeando y contemplando cómo las aguas iban volviendo a los límites del cauce del arroyo.

Seguía lloviendo mucho, pero Zarpa de Tórtola apenas se daba cuenta de eso. Jamás había estado tan empapada, y había tragado tanta agua que pensó que no volvería a tener sed nunca más en su vida. Respirando hondo, aguzó sus sentidos y oyó cómo el agua borboteaba y chapoteaba por el bosque, por el territorio del Clan de la Sombra y, por fin, hasta el lago, donde se extendía poco a poco sobre el barro seco y las piedras, rellenando todas las grietas y los huecos, y trazando líneas plateadas sobre la abrasada superficie.

«Lo hemos conseguido —pensó—. Hemos recuperado el lago».

Corazón de Tigre estaba despatarrado en el suelo, tosiendo agua mientras Pétalo le masajeaba el lomo.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Zarpa de Tórtola, nerviosa.

—Se pondrá bien —la tranquilizó la guerrera—. Esto es lo que hacemos en el Clan del Río cuando un cachorro se cae al lago antes de saber nadar. Siempre funciona.

Corazón de Tigre escupió más agua, y luego volvió sus ojos llorosos hacia Zarpa de Tórtola.

—Gracias —le dijo con voz ronca.

Cuando se recobró lo suficiente para ponerse en pie, aunque aún tambaleándose, todos los gatos formaron un círculo inclinando la cabeza.

—Clan Estelar, te damos las gracias —maulló Cola Blanca—. Nos has ayudado a destruir el dique y nos has protegido de la riada. Te pedimos que honres a Torrentero, el guerrero que ya nunca podrá regresar a casa.

Zarpa de Tórtola alzó la cabeza para mirar a Leonado. Se preguntó si él estaría pensando lo mismo que ella.

«El Clan Estelar no nos ha salvado. Lo hemos hecho nosotros».

25

La luz del día iba aumentando a medida que los gatos avanzaban por el bosque, siguiendo la orilla del arroyo. Había ramas esparcidas por todas partes, abandonadas por el agua después de que esta se hubo retirado. La patrulla iba pasando por encima y por debajo de ellas, hasta que Zarpa de Tórtola tuvo la sensación de que sus patas ya no podían dar ni un paso más.

«¡Ojalá estuviera en mi lecho! ¡Dormiría una luna entera!».

Poco a poco, la lluvia fue amainando, y, aunque no cesó por completo, a veces aparecían retazos de cielo azul cuando el viento conseguía hacer mella en las oscuras nubes. Bajo la protección de los árboles, a los gatos se les empezó a secar el pelo en mechones desgreñados.

—Cuando vuelva a casa, voy a lavarme y a acicalarme como nunca en mi vida —masculló Cola Blanca—. Jamás había tenido el pelo tan mugriento como ahora.

De repente, Sapero se detuvo levantando la cabeza y con la boca abierta para saborear el aire.

—¡Huelo las marcas olorosas del Clan de la Sombra! —anunció.

Las patas de Zarpa de Tórtola parecieron recuperar las fuerzas, y todos apretaron el paso. Un poco más adelante, traspasaron la frontera.

—Nunca habría imaginado que algún día me alegraría de estar en el territorio del Clan de la Sombra —le susurró Leonado a su aprendiza.

Ella asintió. «Este viaje ha cambiado para siempre nuestra forma de entender a los demás clanes».

Al cabo de unos segundos, captó el olor de una patrulla del Clan de la Sombra que se aproximaba, y que apareció enseguida entre los árboles. Iba encabezada por Trigueña, a la que acompañaban su aprendiz, Chirlero, y los guerreros Rapaz y Manto Ruano.

—¡Sapero! ¡Corazón de Tigre! —exclamó la guerrera, corriendo bajo la lluvia.

Entrechocó la nariz con la de Sapero y hundió el hocico en el pelo de Corazón de Tigre.

—¡Estás a salvo! —murmuró.

A Zarpa de Tórtola la recorrió un escalofrío al imaginarse cómo habría sido ese encuentro si el hijo de Trigueña no hubiera vuelto.

—¡Es maravilloso! —continuó la guerrera del Clan de la Sombra, retrocediendo para mirar a los demás gatos—. ¡Habéis traído el agua al lago de nuevo! Chirlero, ve corriendo al campamento e informa de inmediato a Estrella Negra.

Su aprendiz salió disparado, rozando apenas las agujas de pino que había esparcidas por el suelo y ondeando la cola de emoción.

—Venga —los instó Trigueña—. Tenéis que venir a nuestro campamento y contárnoslo todo.

Zarpa de Tórtola intercambió una mirada con su mentor; ella también deseaba llegar a su hogar, en la hondonada de piedra, pero, al mismo tiempo, no le apetecía tener que despedirse del resto de la patrulla.

Cola Blanca y Cañamera susurraron entre ellas unos segundos. Al cabo, Cola Blanca asintió.

—Nos encantaría ir —maulló.

Leonado también aceptó, y, aunque Pétalo parecía algo reacia, acabó por seguir a los demás a través del bosque, guiados por Trigueña y su patrulla.

Mucho antes de llegar al campamento, Zarpa de Tórtola oyó los alaridos de entusiasmo que lanzaban los gatos del clan. Entre los árboles, vio que el terreno se elevaba hasta una hilera de arbustos, donde los aguardaba Estrella Negra, flanqueado por sus guerreros. A su alrededor, iban apareciendo más gatos entre los arbustos.

—¡Bienvenidos a nuestro campamento! —exclamó Estrella Negra, haciéndoles un gesto con la cola—. Descansad aquí y tomad algo del montón de la carne fresca.

—Vaya, ¿quién es ese? ¿Y qué le ha hecho a Estrella Negra? —le susurró Leonado a Zarpa de Tórtola mientras subían la loma.

Rosero y Canela, los hermanos de Corazón de Tigre, corrieron a entrechocar los hocicos con él.

—¡Acabo de bajar al lago! —anunció Canela, emocionada—. El agua del arroyo vuelve a desembocar en él.

—El lago tardará un tiempo en llenarse de nuevo —añadió Rosero, restregando el hocico contra el lomo de su hermano—. Pero los clanes se han salvado, ¡y lo habéis conseguido vosotros!

—Lo hemos conseguido todos juntos —maulló Corazón de Tigre.

Zarpa de Tórtola se sentía rara al ser tan bien recibida, sobre todo porque los miembros del Clan de la Sombra siempre se mostraban muy reservados y recelosos. Además, no pensaba que se mereciesen tantos elogios. «Hemos perdido a Torrentero, y por poco no conseguimos destruir el dique. Y no hemos podido hacerlo solos… Nos ha hecho falta la ayuda de tres mininos caseros y de un gato solitario».

—Pasad al campamento —los invitó de nuevo Estrella Negra, adelantándose para dar la bienvenida a la patrulla.

Pétalo inclinó la cabeza.

—Gracias, Estrella Negra, pero no puedo aceptar tu invitación. Yo he perdido a mi compañero, y tengo que regresar al Clan del Río para contarles cómo ha fallecido.

—Iremos contigo —se ofreció Leonado inmediatamente, y Cola Blanca y Cañamera se sumaron a su propuesta.

Pétalo alzó la cabeza.

—Gracias, pero debo ir sola.

Sin esperar respuesta, inclinó de nuevo la cabeza ante Estrella Negra, y luego se despidió con un gesto del resto de la patrulla y echó a andar. Zarpa de Tórtola se quedó mirándola hasta que desapareció entre los árboles.

—También es hora de que nos vayamos nosotros —le dijo Leonado a Estrella Negra—. Cola Blanca, ¿Cañamera y tú venís con nosotros?

—Sí —respondió la gata del Clan del Viento—. Estrella Negra, gracias por invitarnos a tu campamento, pero tenemos que regresar con nuestros propios clanes.

Zarpa de Tórtola sintió una punzada de pena al volverse hacia Sapero y Corazón de Tigre para despedirse de ellos. De algún modo, parecían distintos ahora que estaban de nuevo con sus compañeros de clan. Su olor ya se estaba tornando más fuerte, menos familiar, y su expresión resultaba más hermética. «Son más… más del Clan de la Sombra. Durante la expedición hemos sido un solo clan».

Sapero estaba al lado de Trigueña, y les dedicó una pequeña reverencia muy solemne.

—Estoy orgulloso de haber viajado con vosotros —maulló—. Y más orgulloso aún de que hayamos logrado cumplir con la misión que nos habían

encomendado.

A Zarpa de Tórtola le sonó como el informe oficial de un líder en una Asamblea. No era la primera vez que se preguntaba qué sentía realmente Sapero, y si su lealtad se había extendido realmente más allá de su propio clan, hasta los gatos que habían viajado con él.

Mirando de soslayo a sus compañeros, Corazón de Tigre se acercó a Zarpa de Tórtola y restregó el hocico contra el de ella.

—Te echaré de menos —le susurró—. Nos veremos en las Asambleas, ¿vale?

—Sí, yo también te echaré de menos…

Aunque apenas pudo susurrarle esas palabras, porque Sapero llamó enseguida al joven guerrero con un gesto de la cola.

Corazón de Tigre regresó con sus compañeros de clan.

—Sigue practicando ese movimiento de combate que te enseñé —le recordó Cañamera a Corazón de Tigre—. ¡Te ganaré en la próxima Asamblea!

Corazón de Tigre se despidió por última vez con la cola, mientras los gatos del Clan del Trueno y del Clan del Viento daban media vuelta para bajar hacia el arroyo por el bosque de pinos. Con Leonado en cabeza, avanzaron en silencio por la ribera, todavía por el lado del Clan de la Sombra, hasta que llegaron al lago.

Zarpa de Tórtola casi se esperaba verlo lleno a rebosar, como en su sueño, pero el borde del agua seguía estando lejos, en medio de la extensión de barro, a pesar de que el arroyo vertía agua sin cesar sobre las piedras secas del lecho del lago. «Supongo que a ninguno de nosotros le importará mojarse las patas en el futuro», pensó Zarpa de Tórtola mientras cruzaban el arroyo chapoteando para entrar en el territorio del Clan del Trueno.

Al llegar al lugar en el que ella y Leonado tenían que internarse en el bosque para dirigirse a la hondonada rocosa, se despidieron de las gatas del Clan del Viento.

«Esto sí que es el fin —pensó la aprendiza con tristeza—. Ya no somos una patrulla. Solo somos gatos de diferentes clanes».

—Adiós —maulló Cola Blanca con los ojos tristes, como si a ella también le diera pena que el viaje hubiese tocado a su fin—. Que el Clan Estelar ilumine vuestro camino.

—Y el vuestro —respondió Leonado.

Él y Zarpa de Tórtola se quedaron mirándolas unos segundos, observando cómo las dos gatas del Clan del Viento se alejaban, fatigadas, por el borde del

lago. Luego subieron por la ribera y se dirigieron hacia los goteantes árboles. No habían dado más de un par de pasos, cuando Zarpa de Tórtola oyó un alarido a sus espaldas y vio a Tormenta de Arena corriendo por el lecho del lago, seguida de Raposo, Nube Albina y Tordo. Los cuatro llevaban bolas de musgo empapado en la boca.

—¡Eh, son Leonado y Zarpa de Tórtola! —exclamó Raposo, que soltó su bola de musgo una vez más y salió disparado para adelantar a Tormenta de Arena y llegar el primero junto a los viajeros—. ¡Habéis vuelto! ¡Habéis traído el agua!

Nube Albina corrió detrás de su hermano.

—¿Qué ha pasado? —les preguntó sin soltar su bola de musgo—. ¿Habéis encontrado a esos animales?

—¿Habéis pasado miedo? —quiso saber Tordo con los ojos brillantes por la emoción y arremolinándose con los demás.

—Dadles un poco de espacio —intervino Tormenta de Arena—. Habrá tiempo de sobra para escuchar su historia en el campamento. Raposo, adelántate para avisar a Estrella de Fuego de que ya han regresado.

Raposo echó a correr entre los árboles ondeando alegremente la cola, mientras Leonado y Zarpa de Tórtola lo seguían más despacio, escoltados por la patrulla que había salido a por agua. Para cuando tuvieron a la vista el túnel de espinos del campamento, sus compañeros de clan ya estaban saliendo a borbotones. «Igual que la riada cuando ha roto el dique», pensó Zarpa de Tórtola. Gabardeta, Abejorro y Florina correteaban, peleándose en broma de tan emocionados como estaban. Los guerreros de mayor edad los seguían más dignamente, con la cola tiesa y los ojos relucientes. Rosella, con el vientre redondeado, salió con Fronda y Dalia. Incluso aparecieron los veteranos; Musaraña guiaba a Rabo Largo con la cola en el lomo y Puma iba tras ellos.

Cuando Estrella de Fuego cruzó el túnel de espinos, los demás se apartaron para dejarlo pasar. El líder del Clan del Trueno se detuvo delante de Leonado y Zarpa de Tórtola para tocarlos con la punta de la cola.

—Os felicito —maulló, y sus ojos verdes destellaron con orgullo—. Habéis salvado la vida de los gatos de todos los clanes.

Con un gesto de la cola, invitó a Leonado y a Zarpa de Tórtola a entrar en el campamento delante de él, y los demás fueron tras ellos. Nimbo Blanco escogió un conejo enorme del montón de la carne fresca y lo llevó a rastras hasta los pies de Leonado.

—¡Venga, comed un poco! —maulló—. ¡Debéis de estar muertos de hambre!

—Comeremos luego, gracias. —Leonado inclinó la cabeza ante el guerrero blanco—. Primero tenemos que informar a Estrella de Fuego.

Pero era imposible moverse, porque más y más gatos se apretujaban contra ellos.

—¿Qué bloqueaba el arroyo?

—¿De verdad eran los animales marrones?

—¿Habéis tenido problemas con los Dos Patas?

Tratando de esquivar el aluvión de preguntas, Zarpa de Tórtola se estiró al máximo para mirar por encima de las cabezas que la rodeaban.

«¿Dónde está Zarpa Espinela?».

Por fin la localizó en la última fila, lanzándole una mirada tímida y luego bajando la cabeza. Zarpa de Tórtola se abrió paso entre la multitud hasta que llegó junto a su hermana.

—¡Zarpa Espinela! —exclamó—. ¡Cómo te he echado de menos!

Zarpa Espinela la miró con tristeza.

—Tenía miedo de que no te hubieras acordado de mí… —confesó.

—¡Cómo no iba a acordarme de ti, cerebro de ratón! —murmuró la aprendiza con afecto—. Somos las mejores amigas del mundo, ¿no? ¡He pensado en ti todo el tiempo!

«Bueno, por lo menos muchas veces…».

—¡Eh, Zarpa de Tórtola!

Al oír la voz de Leonado, la aprendiza se dio la vuelta. Su mentor estaba con Estrella de Fuego y Zarzoso, al pie de las rocas desprendidas.

—Tenemos que informar —maulló el guerrero—. Estrella de Fuego quiere que le contemos a todo el clan cómo ha ido.

—¡Voy!

Al ir a su encuentro, la joven vio que la mirada de su mentor se desviaba hacia algo que estaba detrás de ella.

—Glayo… —maulló Leonado.

Cuando volvió la cabeza, Zarpa de Tórtola vio que Glayo se acercaba desde su guarida, y casi se atragantó de la impresión. El curandero parecía muchísimo más viejo que cuando Leonado y ella habían salido del campamento. Tenía una expresión angustiada, y su cuerpo mostraba el aspecto consumido de un veterano, además de una cicatriz reciente en un costado. Caminaba despacio, poniendo una pata delante de la otra, como si no estuviera seguro de que pudiesen sostenerlo.

—Bienvenidos a casa —dijo con la voz ronca.

—Gracias, Glayo… —contestó Zarpa de Tórtola sin poder quitarle los ojos de encima.

¿Qué habría sucedido en su ausencia para que tuviese ese aspecto?

Cuando miró a Leonado, Zarpa de Tórtola vio la misma conmoción reflejada en sus ojos. La joven siguió a Glayo para reunirse con el líder del clan y los demás, pero antes se volvió hacia Zarpa Espinela.

—Enseguida vuelvo —le susurró a su hermana.

—Lo de Torrentero es una noticia espantosa —maulló Estrella de Fuego cuando Leonado y Zarpa de Tórtola acabaron de contarles lo ocurrido—. Todos somos compañeros de clan en esto. Hemos perdido a un guerrero valiente.

El clan al completo bajó la cabeza en silencio.

Zancudo fue el primero en romperlo.

—¿Estáis diciendo que les pedisteis ayuda a unos mininos caseros? ¿Es así?

—¿Y que luchasteis contra esos… cómo los habéis llamado, «castores»? —maulló Manto Polvoroso—. Tendréis que enseñarnos los movimientos de combate necesarios por si vienen por aquí.

—Mejor que no vengan —gruñó Puma—, o yo les daré lo que es bueno.

Estrella de Fuego alzó la cola para pedir silencio.

—Ya basta por ahora. Tendremos tiempo de sobra para hablar con Leonado y Zarpa de Tórtola. Ahora vamos a dejar que coman y descansen.

Leonado fue hasta el montón de la carne fresca, donde empezó a comerse el conejo de Nimbo Blanco con Glayo y algunos guerreros más. Aunque no recordaba cuándo había comido por última vez, Zarpa de Tórtola se sentía demasiado exhausta para unirse a ellos. Cruzó el claro hasta la guarida de los aprendices.

Gabardeta la siguió.

—¡Mira! —exclamó muy ufana, señalando con la cola el lecho de Zarpa de Tórtola—. Lo hemos hecho especialmente cómodo para ti.

Zarpa de Tórtola vio que su lecho estaba alfombrado de unas plumas grises muy mullidas.

—Gracias —ronroneó, reconfortada por el cariño de los otros aprendices —. Tiene una pinta estupenda. Habréis tardado un montón en hacerlo.

—¡Te lo mereces! —declaró Abejorro, asomando la cabeza por la entrada.

—¡Sí, eres una heroína! —exclamó Florina, asomándose tras el joven aprendiz.

Los tres hermanos la dejaron sola para que pudiera descansar. A la joven le resultó extraño acurrucarse de nuevo en su propio lecho. «Ahora que he regresado, ya no soy más que una aprendiza común y corriente, ¿no? ¿No debería estar fuera patrullando o algo así?».

Su lecho nunca le había parecido tan cálido ni tan cómodo, pero Zarpa de Tórtola no dejaba de dar vueltas sobre las plumas, incapaz de dormirse.

«¿Qué me pasa? ¡Estoy tan cansada que se me cae el pelo!».

Abrió los ojos al oír un susurro, y vio que Zarpa Espinela había asomado la cabeza entre los helechos de la entrada.

—Pensaba que estarías dormida —maulló.

—No puedo —le confesó Zarpa de Tórtola—. Siento como si tuviera hormigas recorriéndome la piel.

—¿Quieres ir a dar un paseo?

Tal vez necesitara hacer algo para sentirse más cansada aún. Zarpa de Tórtola se levantó y siguió a su hermana por el túnel de espinos hasta el bosque. Aquello era mejor que intentar dormir a solas con sus pensamientos. Sus patas tiraban de ella hacia el lago y el agua que habían liberado. El sol se había puesto, envolviendo el bosque en las sombras del crepúsculo. Había dejado de llover, y el viento había cesado. Notaba el aire fresco y húmedo en el pelo, y la hierba ya parecía lozana y renovada bajo sus zarpas.

«La sequía ha terminado. ¡Los clanes sobrevivirán!». Zarpa de Tórtola se detuvo un instante y parpadeó, confundida. «Y lo he hecho yo… —comprendió de golpe—. De no ser por mis sentidos, los clanes seguirían muriéndose de sed». La embargó una oleada de orgullo que parecía tener la misma fuerza que el agua que habían liberado y que ahora fluía hasta el lago. «Quizá no sea tan malo tener estos poderes si puedo utilizarlos para ayudar a mi clan».

Cuando llegaron, las dos aprendizas bajaron por la orilla hasta el borde de la extensión de barro, mirando hacia el agua lejana.

—¿Son imaginaciones mías o está más cerca? —susurró Zarpa de Tórtola.

—Creo que está más cerca —respondió su hermana, y dio un saltito de alegría—. Me muero de ganas de ver cómo será cuando esté lleno de verdad, cuando el agua llegue hasta aquí arriba.

Zarpa de Tórtola dio un paso adelante, pero se detuvo cuando algo afilado se le clavó en la almohadilla.

—¡Ay! He pisado algo.

Al mirar hacia abajo vio un palo marcado con unas rayas y partido en dos; los extremos rotos estaban astillados. Sacudiendo la cola, irritada, apartó los trozos y se examinó la almohadilla.

—¿Estás bien? —le preguntó Zarpa Espinela.

—Sí, no hay problema. —Se pasó la lengua por la almohadilla—. Ni siquiera me he cortado.

Luego volvió a acercarse a su hermana y se quedó así, rozando su cuerpo. Zarpa Espinela entrelazó la cola con la de Zarpa de Tórtola, ronroneando quedamente.

—Me alegro mucho de que hayas vuelto —le dijo.

—Yo también. —Zarpa de Tórtola enterró el hocico en el suave pelaje de su hermana—. Nunca volveré a dejarte atrás —le prometió.

26

—¿Qué ocurre? —Bayo asomó la cabeza por la entrada de la maternidad—. ¿Por qué los cachorros no han nacido todavía?

Glayo se detuvo, con una pata posada con delicadeza en el vientre de Rosella, y soltó un suspiro exasperado.

—Porque aún no es la hora, Bayo —respondió, obligándose a hablar con calma—. No te preocupes, todo va bien.

Notaba cómo el cuerpo de Rosella se estremecía con unos espasmos potentes mientras sus cachorros se preparaban para nacer. La joven reina estaba tumbada de costado sobre el blando musgo de la maternidad. Dalia estaba inclinada junto a su cabeza, lamiéndole las orejas, mientras Fronda le acariciaba el pelo para tranquilizarla.

—Sí, Bayo, ¿por qué no te vas a cazar un musgaño o algo? —le sugirió Dalia—. Aquí estamos bien.

—Entonces, ¿por qué tarda tanto? —insistió el guerrero.

Glayo puso los ojos en blanco. Cuando Dalia lo había despertado para que fuese a la maternidad, Bayo se había empeñado en permanecer junto a su pareja. Pero había estado incordiando tanto, metiéndose por medio y cuestionando todo lo que hacía el curandero que Glayo lo había mandado fuera. Pero al curandero lo irritaba casi lo mismo oír cómo se paseaba arriba y abajo, y que se asomara cada dos por tres para hacer preguntas estúpidas.

«¡Cualquiera diría que es la primera reina en tener hijos!».

Bayo se retiró, y Glayo volvió a oír sus pasos nerviosos de un lado a otro. Fuera, la hondonada se hallaba sumida en la oscuridad de la noche, una suave brisa movía los árboles y el olor de la estación de la caída de la hoja llenaba el aire. Dos noches atrás, Glayo había ido hasta la Laguna Lunar con los demás curanderos. Esperaba averiguar algo más sobre el aviso de Fauces Amarillas, pero ninguno de los otros curanderos habló de mensajes del Clan Estelar ni de

sueños sobre el Bosque Oscuro. Cuando Glayo se acomodó para dormir junto a la Laguna Lunar, se encontró recorriendo el territorio soleado de sus antepasados guerreros, pero ninguno de ellos respondió a sus llamadas.

Un gemido de dolor de Rosella, que se sacudió con otro espasmo, lo devolvió al presente.

—Ya falta poco —le aseguró el curandero.

Dalia dejó de lamerla para darle de beber con una bola de musgo empapado, y luego la joven reina se relajó soltando un largo suspiro.

—Nadie me dijo que sería tan duro —murmuró.

—¿Qué pasa? ¡He oído algo! ¿Ya han nacido? —Era Bayo de nuevo, metiendo la cabeza y medio cuerpo en la maternidad.

—Bayo, estás tapando la poca luz que hay —le dijo Fronda con delicadeza—. Eso no ayuda en nada.

—Se trata de mis hijos, ¿sabes? —protestó el guerrero.

—¡Sí, y yo soy la que los está pariendo! —le espetó Rosella, cortante—. De verdad, Bayo, estoy bien.

En ese instante, Glayo oyó la voz de su hermano llamándolo desde fuera.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—Sí, Leonado —respondió el curandero—. ¡Quítame de encima a Bayo!

El guerrero tostado retrocedió con un resoplido, ofendido, y Glayo oyó cómo Leonado hablaba con él en voz baja. Luego sonaron pasos de nuevo, pero esta vez pertenecían a dos gatos que se alejaban un poco de la maternidad.

—Bien —maulló Glayo—. Ahora ya podemos centrarnos en esto.

Rosella gruñó, tensándose por el esfuerzo de traer a sus hijos al mundo.

—No creo que vayan a salir —maulló jadeante cuando pasó el espasmo.

—Saldrán —le dijo Glayo con calma—. El primer cachorro es grande, por eso está tardando un poco más de la cuenta. Pero enseguida lo tendrás aquí.

La gata tomó aire boqueando. El curandero notó una convulsión en el vientre de la reina, y de pronto un cachorro se deslizó sobre el musgo.

—¡Oh, mirad eso! —exclamó Fronda, ronroneando encantada—. Es un macho… y es precioso, Rosella.

La gata respondió con un gruñido mientras la recorría otro espasmo. Glayo le palpó la barriga con cuidado.

—Ya solo queda uno —le dijo.

«Está cada vez más agotada —pensó—. Venga, pequeño, muévete. Tu madre necesita descansar».

Dalia volvió a darle un poco de agua a Rosella, mientras Fronda se inclinaba sobre ella para susurrarle ánimos. Pero la gata apenas estaba consciente cuando nació la pequeña cachorrita que se unió a su hermano.

—Oh, son una preciosidad —susurró Dalia, inclinándose a lamerlos junto con Fronda para que se despertaran—. Mira, Rosella, ¿no te parecen adorables?

Rosella murmuró algo, exhausta, y atrajo a los dos pequeños hacia su vientre. Sus débiles quejidos cesaron cuando comenzaron a mamar.

—Ya hemos acabado —declaró Glayo, satisfecho—. Ten, Rosella, cómete estas hojas de borraja. Te ayudarán a producir leche.

Mientras la madre primeriza mascaba las hierbas, Glayo tuvo la repentina sensación de que la maternidad estaba más concurrida.

—Muy bien, Bayo, ya puedes entrar a conocer a tus hijos.

El curandero se dio la vuelta, esperando captar el olor del guerrero tostado. Pero entonces descubrió que podía ver las ramas de la maternidad entrelazadas con zarcillos para evitar las corrientes de aire.

«¿Qué está pasando? ¿Estoy soñando?».

Glayo no captó el rastro de Bayo, pero vio que había tres gatos sentados junto al muro. El joven curandero sintió que se le erizaba hasta el último pelo cuando distinguió, espantado, las musculosas siluetas de Estrella de Tigre y Alcotán, uno con los relucientes ojos ámbar y el otro con los ojos azul hielo. El tercer gato era un macho marrón grande con la cola torcida. Era la primera vez que Glayo lo veía, pero reconoció su olor, era el desconocido que lo había atacado en la Laguna Lunar durante su pelea con Ventolero.

Los espíritus de los tres felinos observaban a los cachorros recién nacidos con avidez.

Glayo seguía paralizado de horror cuando Leonado asomó la cabeza por la maternidad.

—¿Bayo puede entrar ya…? —preguntó el guerrero, pero entonces entornó los ojos y se volvió hacia los tres gatos del Bosque Oscuro—. ¡Jamás tendréis a estos cachorros! —bufó.

A Glayo se le desbocó el corazón.

—¿Tú también puedes verlos?

Leonado asintió.

—Sí, claro que puedo verlos. —Y bufó de nuevo, mostrando los colmillos.

—Leonado, en el nombre del Clan Estelar, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Dalia—. Ve a por Bayo.

Al escucharse la voz de la reina, los tres gatos desaparecieron y la visión de Glayo volvió a sumirse en la oscuridad. El curandero se encogió, estremeciéndose, mientras Leonado se retiraba, pero luego se obligó a devolver su atención a los cachorros. Al oír cómo mamaban, sanos y fuertes, se tranquilizó, y logró recuperar la compostura antes de que Bayo entrara en la maternidad.

El guerrero tostado temblaba de emoción.

—¡Oh, ¿habéis visto eso?! ¡Un macho y una hembra! —exclamó. Y se apretujó contra Rosella, cubriéndole la cara de lametazos—. Eres tan lista y tan hermosa… ¡Nuestros hijos van a ser los mejores del clan!

El curandero captó el olor de Melada envolviéndolo, y oyó un leve murmullo: «Gracias, Glayo».

Todavía con la cabeza dándole vueltas, el joven curandero salió al claro. Leonado estaba esperándolo.

—¿Sabes quién es el tercer gato? —le preguntó.

Su hermano negó con la cabeza.

—No sé cómo se llama, pero lo he visto antes. Me atacó en la Laguna Lunar, cuando peleaba contra Ventolero.

—¿Qué? —Leonado sonó horrorizado, y sus uñas arañaron la tierra del suelo.

Glayo le contó rápidamente lo que había sucedido cuando siguió a Rosella hasta la Laguna Lunar.

—Según parece, tras lo ocurrido con Hojarasca Acuática y Corvino Plumoso, Ventolero quiere vengarse de todos los miembros del Clan del Trueno —terminó.

—Eso puedo comprenderlo… en cierto modo —maulló Leonado—. Pero ¿de dónde viene el otro gato?

—Fauces Amarillas me habló en un sueño. Parece ser que lo conoce… Viene del Bosque Oscuro, igual que Estrella de Tigre y Alcotán… pero no me dijo su nombre. —Suspiró con frustración—. No entiendo por qué de pronto los gatos del Bosque Oscuro aparecen entre los clanes. ¿De verdad quieren iniciar nuevas disputas?

«Eso es precisamente lo que me contó Pedrusco —recordó de repente—. Habló de resentimientos antiguos que quedarían saldados. ¿Es eso a lo que se refería?».

—Glayo, tengo que contarte una cosa, ven conmigo.

Leonado llevó a su hermano fuera del campamento, hasta el bosque, y se detuvo frente a él sobre el musgo que crecía debajo de un roble. Las ramas

crujían pacíficamente, mecidas por la brisa.

—Hay algo que debo confesarte —empezó Leonado.

Glayo lo escuchó, y se quedó boquiabierto de espanto al oír que Estrella de Tigre visitaba a su hermano por las noches y que aquel gato vengativo lo había entrenado para que combatiera mejor y con más intensidad que sus compañeros de clan. Y no por el bien del Clan del Trueno, sino para satisfacer sus ansias de poder.

—¿Por qué… por qué no me lo habías contado? —le preguntó Glayo con la voz quebrada.

—Porque creía que era mi destino —respondió Leonado—. Estrella de Tigre me dijo que estábamos emparentados, aunque sabía desde el principio que no era cierto. Así que me mintió, me mintió para tenerme de su lado, como uno de sus guerreros cuando estallara una batalla entre los clanes.

—Ya se acerca —susurró Glayo—. Una batalla entre el Clan Estelar y el Bosque Oscuro, en la que todos los guerreros serán llamados a luchar. —Un frío glacial le erizó hasta el último pelo—. Quizá esos tres gatos hayan venido por si alguno de los cachorros de Rosella moría, para poder llevárselo al Bosque Oscuro…

—No necesitan cachorros muertos, Glayo —replicó Leonado—. Pueden visitar a los vivos, como me visitaban a mí. —Vaciló—. Yo… creo que ya están entrenando a Corazón de Tigre. Durante la misión para liberar el agua, lo vi poner en práctica uno de los movimientos de combate que me enseñó Estrella de Tigre.

Los pensamientos de Glayo volaron hasta la Laguna Lunar, y recordó que Ventolero no parecía sorprendido de pelear junto al guerrero desconocido.

—También han reclutado a Ventolero —comprendió—. Alimentando el odio que siente por nosotros, y toda su sed de venganza. Pero ¿cómo? Hasta ahora, los antepasados guerreros nunca habían podido tocar el mundo de los vivos.

—Sí que podían —declaró Leonado con voz grave—. Cuando yo entrenaba en sueños con Estrella de Tigre, las últimas veces, me despertaba con heridas reales. —Y posó la cola en el lomo de su hermano—. Se están abriendo paso en nuestro mundo —gruñó—. Y cuando llegue el momento de enfrentarnos a ellos, la batalla será muy real.

Bajo este seudónimo colectivo escriben las escritoras Cherith Baldry, Kate Cary, Inbali Iserles, Gillian Philip y Tui Sutherland la serie de novelas fantásticas infantiles y juveniles, *Los gatos guerreros*.